



Taller de Escritura
**Móntame
una Escena**

Recopilación nº 4
octubre 2015 - junio 2016

Literautas Editorial

Taller de Escritura

Móntame una Escena

RECOPIACIÓN DE TEXTOS DEL TALLER
OCTUBRE 2015 - JUNIO 2016

Literautas

www.literautaseditorial.com

LITERAUTAS EDITORIAL
Palma de Mallorca - España
editorial@literautas.com
www.literautaseditorial.com

© 2016, Literautas

Los relatos recogidos en esta publicación son una recopilación
de textos participantes en el taller de escritura online
Móntame una Escena, de Literautas.com
Ninguno de los relatos puede ser reproducido,
modificado, comercializado o transmitido
en manera alguna
sin el previo permiso escrito de sus autores.

Índice de Contenidos

Introducción

Descripción de las escenas

Página 7

Capítulo 1

Escena n° 28 (El sobre)

Página 9

Capítulo 2

Escena n° 29 (El lápiz mágico)

Página 47

Capítulo 3

Escena n° 30 (El espejo y el bosque)

Página 91

Capítulo 4

Escena n^o 31 (El último beso)

Página 136

Capítulo 5

*Escena n^o 32 (Enganchando al lector
desde la primera página)*

Página 189

Capítulo 6

Escena n^o 33 (El ascensor)

Página 190

Capítulo 7

Escena n^o 34 (En la Luna)

Página 247

Capítulo 8

Escena n^o 35 (El museo y la arena)

Página 302

Capítulo 9

Escena nº 36 (El anciano y la llave)

Página 355

Epílogo

Sobre el proyecto Literautas

Página 472

Introducción

En este libro se recogen algunos de los relatos participantes en el taller de escritura “Móntame una escena” organizado por Literautas entre los meses de octubre de 2015 y junio de 2016.

Para este taller, cada mes se lanza desde el blog de Literautas una propuesta, a partir de la cual los participantes han de desarrollar sus relatos. A continuación exponemos la lista de escenas y sus bases:

- Escena número 28 (Octubre, 2015): la propuesta de este primer mes del taller consistía en crear un relato en el que apareciese la frase «El sobre estaba vacío».

- Escena número 29 (Noviembre, 2015): para participar en la edición de este mes tenían que enviarnos un relato titulado El lápiz mágico.

- Escena número 30 (Diciembre, 2015): Para participar este mes tenían que enviarnos un relato en el que apareciesen las palabras espejo y bosque. Como reto extra y opcional, proponíamos incluir a un personaje que siempre miente.

- Escena número 31 (Enero, 2016): La propuesta de este mes era crear un relato con el título El último beso. El reto opcional consistía en contarlo desde el punto de vista de un narrador testigo.

- Escena número 32 (Febrero, 2016): Para participar en la escena de este mes no había que enviar un relato, sino el primer capítulo de una novela. Esto quiere decir que no era necesario terminar la historia. Solo plantearla e intentar enganchar al lector desde la primera frase. El capítulo podía ser del género y temática que quisiera el autor. No había limitaciones en este sentido. Como reto opcional, proponíamos cerrar este primer capítulo con un cliffhanger.

- Escena número 33 (Marzo, 2016): Para participar en la edición de este mes tenían que enviarnos un relato en el que apareciesen las palabras ascensor, diccionario y traición. Como reto opcional, proponíamos que en el texto apareciese un único escenario o localización, y que este fuese el ascensor. Es decir, que todo el relato tuviese lugar dentro del ascensor.

- Escena número 34 (Abril, 2016): Para participar en esta edición había que escribir un relato que tuviese lugar en la Luna. Es decir,

tanto los personajes como las acciones que sucediesen en la historia (o al menos buena parte de ellos) tenían que situarse en nuestro querido satélite. Como reto opcional, proponíamos que en el texto apareciese un sombrero de copa.

- Escena número 35 (Mayo, 2016): Para participar en esta edición el requisito era escribir un relato con las palabras museo y arena. Como reto adicional (no obligatorio), sugeríamos ir un poco más allá e incluir también las palabras loro, cartero y tormenta.

- Escena número 36 (Junio, 2016): Para participar en la edición de este mes, los participantes tenían que escribir un relato que comenzase con la frase «El anciano encontró la llave en...». Como reto adicional (no obligatorio), se proponía que el relato tuviese un solo personaje (que podía ser el anciano u otro personaje, a elección del autor).

Todos los textos del libro han sido revisados y corregidos por sus autores para la actual publicación, con lo que puede que alguno de ellos no coincida exactamente con las bases pedidas en un principio, pero merecerá la pena leerlo igualmente. Esperamos que disfrutéis con todos los relatos. ¡Feliz lectura!

.....

Capítulo 1

El sobre

Octubre, 2015

.....

El sobre - Patricia Millán

<http://www.relatosenconstruccion.com>

La rutina comenzó a provocarle pavor. Cada viernes, cuando Elsa iba a tomar un café a media mañana, se encontraba un supuesto regalo en una mesa con un sobre a su nombre. Lo que más le asustaba era que jamás decía a nadie a qué cafetería iba a ir. Eso era algo que escogía de manera improvisada, en función del tiempo libre de que dispusiera, de la climatología, de si quería aprovechar para hacer algún recado... Tenía una docena de locales que le gustaban, tascas de toda la vida sin conexión a internet donde leer el periódico, locales donde preparaban batidos de sabores inexplicables que combinaban cosas tan extrañas como el apio, el aguacate y las semillas de sémola, cafeterías de toda la vida en las que aún se podía disfrutar viendo a la gente jugar a las cartas en alguna mesa del fondo... Pero fuera donde fuera, cada viernes, ahí estaba su regalo y el sobre que lo acompañaba.

La primera semana fue una rosa de color púrpura de las que se tratan para que no se marchiten jamás, con un largo tallo al que le habían arrancado las espinas. El perfume que emanaba de ella era demasiado dulzón y artificial, como si hubieran impregnado cada pétalo con una jeringuilla. El sobre junto a la rosa era pequeño, del tamaño de un posavasos, y cuadrado. De papel más grueso de lo habitual y color marfil, nada indicaba su procedencia. Estaba vacío. Solo el nombre Elsa aparecía mecanografiado en una esquina. Preguntó al camarero de la barra por su procedencia, pero este solo supo decirle que lo había traído un hombre normal, cualquiera que fuera su definición de normal, y que le había pedido que lo dejara ahí hasta que llegara ella. Le había dado una descripción bastante acertada de su aspecto, así que no tenía dudas de que la flor era para ella y no para ninguna otra Elsa.

La segunda semana fue un ramo de margaritas frescas cuyos tallos habían sido entrelazados formando uno solo. Estaban envueltas en algún tipo de papel de celofán morado y entre las flores asomaban pequeñas hojas de helecho. De nuevo, el sobre reposaba junto a ellas, pero esta vez no estaba vacío, sino que en su interior había un papel del mismo tipo

del sobre en el que aparecía escrito “No eres perpetua”. Elsa sintió un escalofrío ante lo que le pareció una amenaza.

La tercera semana una única flor sustituyó al ramo: una campanilla, también violácea aunque con ligeros matices rosados. No la acompañaba ningún perifollo, parecía arrancada de cualquier jardinera de la ciudad. Junto a ella, el mismo sobre y, en esta ocasión, la nota rezaba “Tú, como las flores, te marchitarás con rapidez”.

Elsa estaba paranoica y aterrada. Había acudido a la policía, quien consideraba que se trataba de una broma de muy mal gusto, aunque un par de agentes se habían molestado en hablar con los camareros, que apenas pudieron facilitar una descripción del hombre que dejaba las flores y las notas, más allá de su estatura media, peso medio, cabello castaño y joven, entre los veinte y los cuarenta años. Pero no sabían decir nada característico en su físico. Es más, uno decía que tenía barba, mientras que los otros dos estaban convencidos de que no. Uno creía que tenía un pequeño corte en la ceja derecha, mientras que los otros dos lo negaban de forma tajante.

Elsa decidió dejar de ir a tomar el café durante varias semanas pero, a la vista de que no sucedía nada más extraño y que no era capaz de pensar en nadie capaz de hacerle una jugarreta tan desagradable, volvió de nuevo a una de sus cafeterías favoritas, donde el sabor del café cortado denso, espeso, que servían compensaba las largas colas.

Nada más entrar en el local, vio el sobre en una mesa a su derecha. Se acercó nerviosa, temblando y, al cogerlo, vio que debajo había un crisantemo rojo sin tallo, marchito, casi podrido. El sobre estaba vacío.

Elsa no volvió a ser vista. Pero en la puerta de su casa, sobre el felpudo, la policía encontró un ramo de flores artificiales, exuberante, lleno de colorido y que, hasta que lo tocaron, cualquiera hubiera dicho que estaba repleto de vida.

Chaperon Rouge - Sergio Mesa

<https://miesquinadelring.com>

En el barrio la conocían como Caperucita Roja por su manía de usar siempre condones de ese color. A quien preguntara le contaba gustosa que todo había empezado como un juego cuando era una novata, una forma de sentirse más segura. “Es divertidísimo ver a un tío, a cualquiera, con un trozo de látex rojo saltando entre las piernas”, se reía. Al final se había convertido en “su marca” y hasta había conseguido algún cliente fijo gracias a eso. “Y es que algunos incluso se ven importantes”, decía y no paraba de reír.

El caso es que érase aquella una cálida noche de verano en París, cuando recibió la llamada de “La Abuelita”, que con buenas maneras le pidió que llevase hasta el número 6 de la Rue du Bois una bolsa de deporte que se le había quedado en un garito que las dos frecuentaban. Caperucita aceptó, por supuesto. No había que confundir el buen tono de la madame, aquello era una orden. Así la joven recogió la bolsa en el lugar convenido y se dirigió a la casa de la Abuelita con paso resuelto.

Pero he ahí que a medio camino un coche se paró junto a ella. “¿A dónde vas Caperucita?”, sonó una voz masculina. “A casa de la Abuelita”, respondió con voz aflautada. Y con una enorme sonrisa se asomó al interior, como había hecho mil veces. En el asiento del conductor, un hombre (muy bien parecido, por cierto) le devolvía el gesto con una mano en el volante y la otra por fuera de la ventanilla, sujetando un cigarrillo. “Si quieres te acompaño. Me llamo Lupín”, ambos sonrieron con complicidad y Caperucita subió.

Por el camino la conversación fue especialmente animada, del juego sobre el cuento infantil pasaron a los cumplidos, hablaron un poco del tiempo y acabaron conviniendo en que la ciudad ya no era tan bonita como hace años, pero que en otoño aún había magia en los barrios viejos. Tan animada fue que cuando el coche se detuvo fue la chica la que le pidió que esperase un momento. Cuando volviera podrían seguir la charla en algún sitio más agradable. A lo que él aceptó.

La entrada del sórdido boulevard estaba guardada por dos enormes

matones, vestidos con pantalones vaqueros y camisas de franela a cuadros recortadas para mostrar sus enormes bíceps. “La Abuelita te espera”, dijo uno sin más y Caperucita siguió adelante. Por el pasillo iba pensando en su anfitriona. Aquella mujer le desagradaba. Ella mejor que nadie entendía las ventajas de la innovación en su oficio, pero hacerse extraer todos los dientes para “optimizar el servicio” le parecía excesivo.

“Muy bien hecho niña”, dijo La Abuelita satisfecha y le tendió un sobre. “Esto es lo tuyo”. Caperucita se forzó a sonreír y lo abrió. El sobre estaba vacío. “Joder”, fue lo único que acertó a pensar antes de sentir el golpe en la espalda. “Y ahora quiero presentarte a unos amigos”, la cabeza de la chica daba vueltas. “Estos señores quieren un servicio especial y estoy segura de van a estar encantados contigo”. Por la puerta del fondo de la habitación entraron dos hombres grandes y peludos. Llevaban arneses de cuero y máscaras que les ocultaban casi toda la cara. Caperucita retrocedió como pudo. “¡Qué cuerdas más grandes tienen!”. “Son para inmovilizarte mejor”, respondió la Abuelita con su sonrisa vacía. “¡Qué látigos más grandes tienen!”, “Son para castigarte mejor”. “¡Qué púas más grandes tienen!”, “Son para hacerte sangrar mejor”.

Cuando Caperucita ya solo podía oler el sudor de aquellos dos perversos, intentando zafarse de sus fatales manos, un estruendo sacudió la habitación. La puerta había salido despedida y una tromba de policías entraba por el hueco. “Gendarme Lupín de la Policía Nacional ¡Que no se mueva nadie, están todos arrestados!”

Quienes no obedecieron la orden fueron reducidos a porrazos. Y en unos minutos estaban inmovilizados y esposados. Todos menos la atónita Caperucita, a la que el gendarme se llevó a un lado guiñándole un ojo antes de encararse a la mujer desdentada. “Madame Delacroix, se la acusa de proxenetismo, trata de blancas y tráfico de estupefacientes”. Un tipo malencarado abrió la bolsa que había traído Caperucita. Estaba llena de pastillas, cápsulas de colores chillones y bolsas de polvo blanco.

Y colorín colorado de esta forma todos acabaron encarcelados. Excepto cierta jovencita que nunca dejó de usar condones rojos, aún después de convertirse en la “Señora De Lupín”. El mismo que la devoraba cada noche.

El adiós que nunca se mencionó - Darkristal

<https://demartblog.wordpress.com/>

“Cuando lo abras, el sobre estará vacío. ¿Qué? ¿Te sorprende? Mal, muy mal, es que te lo mereces, siempre fuiste un tipo muy malagradecido, nunca me dejaste comer mis caramelos, me los quitabas cuando casi estaban en mi boca o me los escondías en lugares que nunca pude alcanzar.

Siempre tratabas de darme de comer comidas malas y amargas medicinas y nunca me dejabas solo ni un instante, ¿sabes lo fastidioso que fue todo eso?

Así, cuando me enteré que tenía que dejar un testamento, lo primero que pensé fue en ti y todo el mal que me has hecho, por lo que aquí te dejo un sobre con todo mi agradecimiento para contigo”.

Cuando lo abrió, efectivamente, el sobre estaba vacío.

El joven por su parte, se encogió de hombros y guardó con mucho cariño el sobre y la carta. Después de todo, era lo único que le quedaba de su amado abuelo, quien fue perdiendo sus facultades mentales con el tiempo y a quien cuidó hasta el último momento.

Él siempre supo que iba a ser así, desde niño prometió que lo cuidaría como lo había hecho con él y se encargó de cumplir su promesa por difícil que sea.

Juntos cuidaron de otros ancianos en el asilo y entendieron gracias a eso lo duro que sería esa época de su vida, por lo que no les tomó por sorpresa. Aun así, empezaron a sospechar cuando al abuelo comenzó a parecerle normal que el dulce de leche sea argentino cuando, hasta que el doctor le diagnosticó a su abuelo demencia senil, la peor enfermedad que le pudieron detectar pues junto a la diabetes le alejaba de su más grande pasión, los dulces.

Probablemente fue una carga pesada, pero nunca quiso despedirse de él, a pesar de que su abuelo siempre le decía que era mejor hacerlo en ese momento y no cuando sea muy tarde.

Siempre se despidió con un “hasta luego” o un “nos vemos mañana”, siempre con la esperanza de volverlo a ver, de escuchar sus historias, de

sentir su cálido abrazo cuando estaba desconsolado, de que todo vuelva a ser como antes, pero la vida nunca es tan ideal.

Fue duro cuando el abuelo de su propio nombre y aún más duro cuando olvido el nombre de todos, también lo fue cuando olvido aquellas historias que tanto le gustaba oír a cada momento, pero también existieron momentos de lucidez en los que el abuelo felicitaba su duro trabajo nombrándolo y dándole un abrazo, como si aquella persona que siempre quiso solo estuviera yendo y viniendo de un viaje cada vez más largo.

El mismo asilo donde cuidaban a otros pacientes ahora los alojaba entre sus frías y tenebrosas paredes. El joven, a pesar de su devoción, debía ir y volver para poder continuar con su vida a pesar de que el mismo abuelo en sus momentos de lucidez lo obligaba a continuar sin él, en lugar de mantenerlo como a una reliquia oxidada. Pero a pesar de todo, siempre volvía, cada mañana a saludarlo y cada tarde a desearle buenas noches.

El joven durante sus visitas a veces se encontraba con un niño berrinchudo. Otras, se encontraba con un venerable y sabio anciano dispuesto a consolarlo. Incluso se ha encontrado con aquel joven conquistador que fue en otras épocas.

Eran tristes los momentos en los que llegaba y lo único que encontraba era un vegetal, un ser durmiente que no podía hablar, como si de una lápida viva se tratara, sentándose a su lado imaginándose que hablaba con él y le contaba esas historias que tanto le gustaban.

Tantos recuerdos y tanto tiempo no le daban oportunidad para asimilar lo que sucedía, el abuelo se había marchado una noche tranquila sin mediar palabra, sin dar oportunidad a los doctores de mantenerlo en esta tierra ni un momento y sin decirle buenos días al joven por última vez.

La despedida llegó como lo había dicho el abuelo, pero el joven nunca se despidió, lo último que le dijo fue, “Hasta luego”.

El timbre de su casa lo sacó de sus pensamientos, un abogado y amigo del abuelo se había asomado y saludó educadamente. Trajo un mensaje de una época antigua o tal vez no tanto, pero sin duda, algo en lo que

tanto el abuelo como el joven tendrían el interés de leer.

“Es probable que cuando lo abras, el sobre este vacío, así son las cosas con esta enfermedad. Escribí esto por si te llega un testamento de mi yo demente, pero quiero que tengas mi verdadero mensaje y sepas que siempre estaré agradecido por lo que has hecho por mí.

Seguramente me habré marchado sin despedirme, así que permíteme hacerlo bien.

Adiós, querido nieto, gracias por todo lo que hemos pasado juntos, se feliz y vive tu vida al máximo”.

El abogado también le mostró la verdadera herencia y un diario con muchas de las historias que solía contar, con una nota diciendo “para cuando no esté para contarlas”.

Fue entonces cuando el joven rompió a llorar.

Ese poema llamado alma - Juan F. Valdivia

<https://juanfvaldivia.wordpress.com>

“El cuerpo es el sobre que envuelve ese poema llamado alma. Cuídalo.”

Vaya jodida ñoñería, ¿no? Al menos a mí siempre me lo pareció: una soberana ridiculez. Pero la frase de marras presidía la pared del despacho del señor Arzuaga, el director del reformatorio. Colgaba flanqueada por diplomas y menciones, como una especie de ley absoluta. Cuando el carcamal se sentaba en su enorme sillón de cuero la chorrada flotaba sobre él a modo de aureola. La leí innumerables veces, tantas como las que me llamaron a su presencia por mala conducta.

“Ese poema llamado alma...”. Jódete. ¡Qué cursi, por Dios!

Aquella basura no servía conmigo. En el reformatorio trataron de domarme, de someterme. Yo siempre resistí. ¿Reventando morros? Pues sí: imponiéndome. También resistí soportando charlas bajo ese letrero.

Había otros como yo. Todos acabábamos en aquel jodido despacho soportando la mirada de Arzuaga, con su mezcla de condescendencia y repulsión. Debía su trabajo y su sueldo a nuestra existencia. El cabrón sabía que pasábamos de él y le deba igual. Nos reprendía sin emoción, siempre dejando clara la línea entre ‘la gente normal’ y nosotros.

–‘La gente normal’ nunca conoce al asistente social mejor que a sus padres –decía–. ‘La gente normal’ no considera al reformatorio su casa.

Padres, casa. Todo guay, ¿no? ¡Cojones! Me gustaría ver a esa ‘gente normal’ con un padre como el mío, un puto borracho aficionado a sacar de paseo el cinto. Sí, huí de ese infierno con doce años; mejor afrontar las peleas de la institución, donde podía ganar, a las palizas de mi viejo.

Pero todo acaba.

A los dieciocho me dieron la patada del reformatorio, arrojándome a una libertad falsa. Sí, en teoría podía hacer lo que quisiera, pero sin dinero ni estudios solo me quedaba mendigar, delinquir... o unirme a una banda.

Ni lo dudé.

Afronté las pruebas en el salón del cubil de la banda, un chalet abandonado. Los puñetazos, la sangre y las malas artes no me cogieron

por sorpresa. Arreé, pateé y demostré lo aprendido en el reformatorio. Minutos después me hallaba jadeante y dolorido pero orgulloso, celebrando mi ingreso en La Hermandad. Ninguno de mis nuevos hermanos pertenecía a la 'gente normal' de Arzuaga.

–Me gustas –dijo Mato, el líder, una mole recostada sobre un sofá que hacía las veces de trono–. Y también al Jefe, seguro –apostilló– sin aclarar aquellas palabras–. Pero estás muy flaco. Hay que hacer algo con eso.

Aquel armario ropero, una columna de músculos capaz de intimidar con su mera presencia, se levantó del sofá y se me acercó. Sentí su poder: Mato mandaba, y punto.

–Ches –dijo volviéndose hacia un hermano sentado en una esquina–, lleva a Flaco a la cocina. Que coma. Luego enseñale el gimnasio. Da grima verle así de escuchumizado. Ha demostrado poseer alma de tigre: quiero que tenga ese aspecto.

El tal Ches se me acercó. No parecía mucho más gordo que yo, pero bajo su piel bullían masas de músculos, resortes dispuestos a saltar.

–Hola. Me llamo Anto...

–Flaco. Te llamas Flaco –dijo tajante–. Sígueme.

Se dirigió a una de las puertas del salón. De repente restalló a nuestras espaldas la voz de Mato:

–Ches, después de comer llévale con Emma. Debe empezar a hacer ejercicio. Mucho. Ya sabes.

Y profirió una carcajada. Los hermanos que lo rodeaban, repantingados en los sillones mugrientos repartidos por la sala, se apresuraron a reír.

Mato tenía poder.

Al llegar a la cocina Ches señaló unas escaleras:

–El gimnasio lo tenemos en el sótano.

El frigorífico, enorme y flamante, desentonaba en la cocina ruinosa.

–Toma: ensaladilla rusa y frijoles con carne. Caliéntalos en el micro. Bajo la mesa hay banquetas.

Comí en silencio, soportando la mirada descarada de Ches. Al otro lado de la ventana veía la maraña del jardín; más allá la verdadera jungla.

Cuando vacié los tupperes Ches me llevó arriba, a los abrazos

hambrientos de Emma. Después –todavía sudoroso– me machaqué en el gimnasio.

Los años transcurrieron.

Trapicheos, robos, palizas. Algún ‘paseo’.

Crecí. Lo hice en todos los sentidos. Tal y como predijo Mato, me convertí en un tigre, una bestia forjada a base de ejercicio y sexo.

Pero al tiempo que yo me forjaba Mato se consumía: el poder desgastaba.

El gigante, bajo su fachada brutal, empezó a mostrarse débil –o magnánimo– demasiadas veces. Eso me defraudó... y me impulsó a abrirme paso. Si él cedía ante el enemigo, yo les machacaba sin la menor piedad. Por supuesto que jamás intenté desobedecerle: solo completaba su ley con la mía.

–Te llama Mato.

Ches seguía igual: delgado y mortal, un bisturí humano. Asentí y me encaminé hacia el trono de Mato.

El salón estaba desierto. Para mi sorpresa el gigante me esperaba de pie ante el sofá, ansioso.

–Lo dejo, Flaco. –Sus ojos descendieron–. Te he elegido como mi sucesor. Ya está hablado con el Jefe. –De nuevo aquella figura invisible. Nadie hablaba de él, nunca, pero siempre estaba presente: él movía todos los hilos–. Tienes su bendición. Si quieres, claro.

Al decirlo me tendió un sobre.

–¿Qué es esto?

–Ábrelo.

Lo hice. El sobre estaba vacío.

–Pero... ¿qué cojones?

–Sabes de sobra lo que significa, Flaco.

Me quedé en silencio.

–Lo has leído miles de veces. El lema del Jefe.

Un recuerdo súbito me vino a la mente. Noté cómo la mandíbula se me desencajaba.

–Arzu...

–Sí, él. Nos escoge, nos encamina.

–Sigo sin entender.

–Te hemos moldeado, Flaco. Ahora, si de verdad quieres El Poder, él exige que llenes el sobre con tu poema. Si aceptas introdúcelo aquí. – Mato señaló el sobre–. Tú decides. Yo dimito.

Mato sacó otro sobre. Tenía aspecto viejo, desgastado. Al romperlo emergió de su interior un hilo melodioso de bruma. Los vapores ascendieron hacia su rostro. Mato aspiró el humo y sonrió.

–Al fin: completo otra vez. Adiós.

Y salió del despacho. Quedé solo, dubitativo, soportando en mis manos el peso descomunal de un sobre vacío.

Angustia - Vespasiano

<http://lhlupianes.blogspot.com.es>

Aquel domingo salimos a pasear al parque con nuestro hijo Nicolás. Mi mujer se distraía viendo nadar a los elegantes cisnes. Sacaba fotos de ellos y del puente chino que cruza uno de los muchos meandros que se adentran por entre el follaje, sin perder la oportunidad de conseguir alguna instantánea de nuestro hijo mientras este miraba extasiado a los pavos reales protagonizando, en época de celo, un cortejo nupcial abriendo su vistoso plumaje a la vista de los curiosos paseantes.

Se detenía, de vez en cuando, para dar de comer a patos y gansos que andaban libremente por el verde y cuidado césped de los jardines.

Mientras tanto, yo me divertía perdiéndome entre los setos frondosos, jugando al escondite con el pequeño. Este alegre y temeroso de perderme, se regocijaba al encontrarme, exclamando lleno de felicidad:

«¡Soy un famoso detective, papá!».

Durante el transcurrir del juego me había adentrado en el bosque para alargar la búsqueda, y hacer más emocionante y ruidosa su alegría al avistarme.

Esperé escondido por unos instantes en silencio. Después llamé al crío para que se orientara al oír mi voz.

Pasados unos momentos escuché el crujir de unas ramas. «Intuí entonces que ya vendría a mi encuentro».

Mientras tanto yo estaba contando:

«... diez, veinte, treinta...setenta... ». Me alarmé por la tardanza, azorado, le llamé:

—¡Nicolás! —pero él no respondía.

Pensé: «¡Se habrá caído!».

Preocupado, fui hasta donde lo había dejado, y... ¡No lo encontré!

Ya no le llamaba, gritaba con el corazón palpitando!

—¡Nicolaaas! ¡Nicolaaas! —después, solamente el silencio.

Agobiado inquirí a su madre, en la orilla del lago, por si el niño cansado de buscarme, hubiera ido a su encuentro.

Ella, al saber la noticia, visiblemente atemorizada respondió: «¡No,

no le he visto! ¡Por el amor de Dios! ¡No me digas que lo has perdido!».

Atolondrado, no sabía qué dirección tomar para buscarlo. Corría desesperado; miraba para todos los lados, voceaba, preguntaba por él a las personas con las que me cruzaba por el camino. No sabían darme una respuesta tranquilizadora. ¡Nadie le había visto!

Al rato de deambular, demudado, de un sitio para otro, vi como un agente de policía se dirigía hacia mí.

—¡Señor, señor! ¿Qué le ocurre? —me preguntó.

—¡He... he perdido a mi hijo! —le dije atropelladamente.

—Hay una llamada para usted en el teléfono público. ¡Serénese, señor; quizás sean buenas noticias! —dijo tratando de calmarme.

—¿Dónde se encuentra el teléfono? —indagué.

—Sígame, por favor. Es por allí.

Ansioso descolgué el auricular:

—¡Diga... diga! —repetí nervioso.

—¿Sr. Andreu Terrada? —una voz desconocida, al otro lado de la línea, pronunciaba mi nombre.

—¡Sí, soy yo! ¡Dígame!

—¡No se asuste, tenemos a su hijo! ¡Está en buenas manos! Y no le pasará nada, si hace exactamente lo que le digamos. Pero sobre todo no se lo diga a la policía. ¡No se preocupe! No queremos su dinero...

¡Aquella amarga noche no pudimos conciliar el sueño!

De madrugada me encontraba en el Consejo Superior Científico, donde ejercía como jefe del Laboratorio de Investigación con Células Madre.

Apresurado recogía muestras, fotocopiaba informes del Archivo del Departamento y copiaba en un pendrive importante documentación secreta; a los cuales tenía libre acceso debido a mi posición en dicho Organismo Gubernamental.

Mientras estaba ejecutando aquel robo, no pensaba en las consecuencias nefastas, para mi carrera y mi dignidad, aquel acto delictivo. ¡Quería tener a cualquier precio a nuestro hijo en casa y acabar con aquel sufrimiento lacerante!

Bajé hasta el garaje en más de una ocasión portando el material sustraído. Después salí del recinto apremiado, sin ser molestado por los

guardias de seguridad.

Tal como me habían indicado, me dirigí al sitio convenido para entregarles todo lo que me habían exigido: estudios, resultados y progresos obtenidos a lo largo de dichas investigaciones.

A cambio de estas informaciones nos devolverían a nuestro hijo sano y salvo.

El automóvil corría como el rayo para llegar, cuanto antes, al lugar del intercambio. Llegado allí, un grupo de emboscados se hizo con el maletín y con el voluminoso recipiente especial que contenía los screenings y ensayos clínicos.

Me conminaron, bajo amenazas, a guardar silencio. Solamente al llegar a casa debería abrir la cartera que me entregaron.

«Debemos certificar la idoneidad de los informes, antes de devolverle a su hijo», me dijo el que lideraba el grupo.

¡No sé cómo pude llegar a mi domicilio! Tal era el estado de ansiedad y nerviosismo que me invadía. Desabroché la cartera y saqué de ella un envoltorio lacrado. Rasgué la solapa con mano temblorosa y busqué desazogado en su interior.

¡El mundo se me vino encima! ¡El sobre estaba vacío!

Almas junto al mar - Roger/NHICAP

Hacia el mediodía, Yago Peroto vio como un sobre revoloteaba en el aire con rumbo errático: a veces perdía altura lentamente, de pronto ascendía rápido, después desaparecía de su vista.

Yago regresó a la Costa da Morte tras doce años de residencia en Ciudad de México. Entró al mundo un invierno, en Leducia, un pueblo atrapado entre la perenne bruma, el olor a salitre, un viento rugiente de los días de temporal, y el océano embravecido que cubría de espuma blanca las peñas y acantilados.

Las abnegadas gentes de Leducia miraban el mar con enorme respeto, temerosas del peligro que corrían sus pescadores, todos amigos y familiares, si un golpe de mar arrastraba una embarcación contra los peñascos.

El físico endeble de Yago, su precaria salud y una malformación congénita en la pierna derecha, le impidieron ser marinero, pero no frustraron su sueño de infancia: escribir una novela de ambiente marinero. A los dieciocho años, emigró a México animado por el único hermano de su padre, el tío Cleto, soltero incorregible y empresario de hostelería en el país. Allí, Yago trabajó muy duro, además estudió literatura y aprendió a ser escritor.

Ahora había vuelto para novelar aquel sueño en el imponente escenario del finisterrae romano. Escribía ALMAS JUNTO AL MAR en su Leducia, cuna de corajudos marineros hechos al riesgo que salían a faenar incluso los días de vendaval. No quedaba otra, tenían que ganarse el sustento para sacar las familias adelante.

La novela narraba los gozos y desdichas de la saga marinera de los Perouto, desde el bisabuelo Bernardino hasta sus recuerdos de adolescencia: aquel anochecer que birlaron el chinchorro del parvo Monchiño para ir al calamar; los besos robados a la guapa Tamara en la verbena del Carmen; pescar truchas con Milucho en el río Anllóns; los porros nocturnos en la playa de Traba; las primeras prácticas amatorias con Lola, la Coruxa; cuando presenció el naufragio del palangrero María Bonita encaramado a la tapia del cementerio...

Escribía por las noches, el día lo dedicaba a observar y documentarse. Siempre acudía al Tarambana, la taberna anexa a la casa de los Perouto regentada por Milucho, un grandullón lleno de humanidad y generoso; había sobrevivido a dos naufragios y tenía cicatrices hasta en el alma de viejo marinero. Allí escuchaba a los parroquianos contar historias de dramáticos hundimientos, desmenuzar leyendas ancestrales, o discutir sobre supersticiones, mientras desde el ventanal, él escudriñaba el quehacer rutinario de los vecinos, sus miradas luminosas o tristes, reflejo de alegrías o penas.

Entre aromas a algas y humedad, la corpulenta y dulce Concha, su madre, preparaba tapas de sabor a mar un punto picantes que estimulaban los sentidos. Perdió al marido embarazada de ocho meses, cuando el océano se tragó a Tino Perouto mientras cogía percebes en Pedra Lobeira; el cuerpo nunca apareció, y de eso hacía ya treinta años. Ella heredó la casa familiar, los restos de la chalana de Tino, sus deudas...y a Yago. Tras el suceso, Milucho se jubiló del mar para ocuparse de madre e hijo.

Horas después, Yago vio de nuevo el sobre frente al ventanal del Tarambana, la curiosidad actuó como un resorte y salió a recogerlo. Volvió a la taberna y comprobó que el sobre estaba vacío, tenía un sello venezolano e iba dirigido a Concepción García de Perouto. Le intrigó quien escribía a Concha desde Venezuela, «quizás algún pariente emigrante», pensó.

—Yago, cariño, ven a comer. —La llamada de Concha interrumpió sus conjeturas. Primero comían madre e hijo, después lo hacía Milucho.

Tomó su cuaderno de notas, se dirigió a la cocina y aprovechó el momento a solas con ella para preguntarle quien le escribía. Ella esbozó un gesto de sorpresa y sus mejillas tornaron a un color rojizo que iluminó la redondez de su cara.

—¿Te lo dijo Milucho...o el atolondrado del cartero? —preguntó con ingenuidad, inquieta.

Él se acercó, besó su frente y le entregó el sobre. Al reconocerlo, Concha soltó las primeras lágrimas. Se abrazó a él sin hablar, pero de inmediato dejó el silencio.

—No sé donde lo dejé —balbuceó llorosa—. La carta llegó esta mañana

pero Milucho me recomendó tranquilizarme antes de contártelo.

A Yago le extrañó tanta cautela. Sin dejar de abrazarla, esperó una explicación.

—Tu padre falleció de unas fiebres en Venezuela, donde vivía. —Él permaneció quieto, sin decir palabra—. Ocurrió hace diez días, un amigo suyo escribió y también envió mi fotografía, la que Tino siempre llevaba encima.

Retrocedió sorprendido, totalmente desconcertado por la trascendente noticia. Le invadió la tristeza y sentía una fuerte decepción, consciente de los años que dispuso para haber conocido a su padre. Ahora ya era tarde.

—Incluso pensé en el suicidio, nunca en su huida —dijo Concha—. Cuesta admitirlo pero nos abandonó. —Lloraba desconsolada.

Yago aporreó la mesa con los puños, le costaba aceptar que su padre desapareciera de repente, un mes antes de su nacimiento. También se preguntaba si Tino era el muerto, y si fue su padre. Concha intuyó sus dudas.

—¡Sí hijo mío!, el muerto era Tino, tu padre. —Ahora lloraba a mares—. Algún secreto tendría para marcharse de manera tan cobarde, sin explicaciones. O tal vez loqueara,...no sé, no sé.

En ese momento llegó Milucho, escuchó sus palabras y la abrazó.

—Sí, Yago. Tino murió en Caracas —dijo Milucho—, lo incineraron. Fue su voluntad según decía en la carta su amigo Darío que llegará la próxima semana con las cenizas.

Sin embargo, una duda todavía martilleaba a Yago «¿Por qué nos abandonó?». Se propuso averiguarlo, aunque pronto recapitó: «Remover ese pasado no modificará mis convicciones ni las experiencias vividas hasta ahora, quizá sea mejor seguir creyendo que mi padre murió cómo me dijeron entonces».

—Me niego a escuchar al venezolano —dijo tranquilo. Y se sentó a comer.

No le interesaba lo que fuera a contarles Darío, había tomado la decisión de esparcir las cenizas en el mar de Pedra Lobeira, donde para él se había ahogado su padre: el bravo percebeiro, último marinero de la familia Perouto.

El Principio de la Venganza de Lady Constance - Ryan Infield Ralkins

<http://secuenciasdeficcion.blogspot.com/>

Lady Constance miraba por la ventana. Apenas estaba anocheciendo. Una sombra de preocupación afeaba su rostro. Ya habían encendido los faroles cuya luz amarilla iluminaba la siempre solitaria calle. Un coche tirado por caballos esperaba junto a la acera y el cochero aguardaba a su lado, fumando mientras el humo subía en espirales.

Con un suspiro, dejó de prestar atención a lo que acontecía afuera y en cambio fijó su vista en su propio reflejo, que le mostraba el cristal. Una joven de cabello rizado rojo, cejas arqueadas, ojos verdes y labios delgados, finos y rojos le devolvía la mirada. Arregló su cabello, dejando que cayera por su espalda como una cascada escarlata.

Sonriendo satisfecha consigo misma, iba a dar la vuelta cuando un golpe en la puerta la devolvió al estudio. Se dirigió hasta su escritorio y encendió el candelero. Segundos después un sujeto menudo rodó por el suelo hasta chocar contra una silla. Detrás venía Víktor, su mano derecha: un hombre alto y delgado, de largo cabello castaño. Cerrando de un portazo, cruzó la habitación y agarró al sujeto por el cuello, obligándolo a ponerse de rodillas.

—Lady Constance, el invitado que esperaba —anunció.

Constance asintió y se acercó a ambos. El sonido de sus pasos era absorbido por la enorme alfombra roja que cubría el suelo del estudio. Su caminar era elegante. El sujeto temblaba al verla acercarse: era gordo, con un rostro muy parecido al de una rata. «Una enorme y asquerosa rata», pensaba ella, sin poder evitar sonreír en sus adentros. El terror era evidente en el recién llegado: sus ojos se abrieron de par en par y su respirar se hizo ruidoso y agitado. Intentó alejarse pero Víktor lo sujetó con fuerza, obligándolo a quedarse donde estaba. Constance sonrió.

—Tú...tú eres...—balbuceó retorciéndose.

—Lady Constance, hija de Lord Jacques Drake —dijo ella, sentándose sobre el escritorio. Lentamente agarró un cuchillo que descansaba sobre un enorme libro y comenzó a acariciar el filo, pasando su pulgar—. Ahora

dime, ¿quién dio la orden?

—¿Qué orden? ¿De qué habla mi Lady? —preguntó el sujeto con voz empalagosa.

—¿Y todavía tienes el descaro de negarlo? —gritó ella y abalanzándose hacia él, le puso el cuchillo en la garganta. Una gota de sangre asomó allí donde le presionó con fuerza—. Dime lo que quiero saber porque no dudaré en rajarte la garganta —añadió con voz suave, apretando más el cuchillo e ignorando el olor a sudor y a cerveza que despedía el hombre.

—No sé quien dio la orden... —balbuceó. Lady Constance hizo ademán de apretar más el cuchillo—. ¡Solo nos dijeron que recibiríamos un sobre y si estaba vacío, era la orden para matarlos! —añadió con voz ahogada.

—¿Dónde está ese sobre?

—En mi chaqueta, bolsillo derecho —respondió, respirando agitadamente.

Víktor buscó hasta encontrar el sobre, que luego entregó a Constance. Esta dejó el cuchillo sobre el escritorio y observó el sobre junto al candelero. Estaba hecho de papel apergaminado y solo tenía escrita una palabra justo en medio: Jack. Dándole vuelta lo abrió pero el sobre estaba vacío.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó sin apartar la vista del sobre.

—Jack Fuller —respondió el sujeto.

—Víktor, ya puedes llevártelo —dijo.

—¿Con los otros? —preguntó este.

—Sí.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó Jack aterrado.

—Cállate y avanza si no quieres morir —le espetó Víktor mientras lo levantaba con facilidad, dirigiéndose a la puerta.

«Uno menos en quien pensar... ya son siete y cuantos faltan, no lo sé», pensó mientras cerraba la gaveta de un golpe. Dirigiéndose luego al baño, se lavó el rostro para luego mirarse en el espejo. Unas lágrimas escurridizas bajaron por sus mejillas rápidamente. Con lentitud desabrochó su traje y observó la cicatriz en su abdomen. La llevaba desde aquella fatídica noche. La rabia brotó de repente y despegando el espejo de la pared, lo lanzó al suelo. Una lluvia de cristales se regó por la habitación.

Al volver nuevamente junto a la ventana la envolvió el silencio. El coche ya no estaba. «Jack está de camino al infierno», pensó con forzada tranquilidad mientras se sentaba en su silla. Entonces clavó su mirada en un cuadro cuyas personas le miraban: un hombre alto y de bigote poblado junto a una alegre mujer de cabello rizado. Alargando la mano, agarró el retrato. Al pie del mismo y en letras grandes decía: Lord Jacques y Lady Catelyn Drake. Hacía quince años que no los veía: quince años esperando encontrar al asesino de sus padres. Desde que tenía diez años. Llevándose el retrato a los labios, lo besó.

—Los vengaré a ambos. Lo prometo.

Entender la clave - Eduardo Tapia

<http://www.eskeningar.com/>

En tan poco tiempo, tantas veces a punto de perder la vida, era angustiante; habíamos avanzado en nuestra lucha, pero tras meses de campaña el equipo necesitaba un descanso. La celebración del solsticio de invierno, la noche de la guarda, parecía buena ocasión. Eleiya y Cuiper decidieron casarse esa misma noche aprovechando el descanso.

Me alegraba por ellos, aunque tenía una espinita; Eleiya y yo nos habíamos acercado mucho justo antes de su noviazgo, antes de que las mujeres del pueblo estuvieran tan detrás de mí y ella se alejara.

Pero no, no era excusa cómo se comportaran los demás; sabía que también era mi culpa por no haber puesto toda la carne en el asador. Lo cierto, es que me prometí no atarme alocadamente a la primera mujer bonita que conociera, muchos conocidos lo habían hecho, errando en la elección; ahora me pasaba factura tal criterio; me preguntaba si su fulminante noviazgo tendría algo de despecho.

Como no habían contado conmigo para los preparativos, di un relajante paseo por la pequeña villa. Los adornos para la boda se mezclaban con lo dispuesto para la festividad. La noche de la guarda coincide con lo que los druidas llaman el solsticio de invierno; la oscuridad es el amparo de criaturas viles, enemigas de la humanidad, en la noche más larga del año siempre se envalentonan, así que los creyentes del protector decidimos mandar un mensaje: venid, os esperamos.

Antorchas y hogueras iluminarán todo el poblado; las revisé durante mi ronda, tras los recientes ataques no podía haber un solo error. Hoy, hasta los más pequeños harán vigilia; hacía tiempo que muchas villas estaban lo bastante confiadas como para celebrar la fecha cual alegre fiesta: con música y bailes, realizando pruebas de habilidad y valor. Aquello no era malo si ayudaba a espantar el sueño y el miedo, los dos peores enemigos aquella noche, solo lo era si distraía a los vigilantes.

El matrimonio de dos valientes sería un añadido muy particular a la festividad, nunca había asistido a una boda en tal día cómo hoy.

Seguía yo con mi paseo cuando se me acercó sonriente la hija del rico

del pueblo.

—¡Máximo! —gritó.

—Lizbet, cuanto tiempo.

—Demasiado, te he echado mucho de menos. —Ella sonreía tontamente, con una mirada brillante.

Hace meses nos hicimos amigos y me habló de sus inquietudes de ver mundo, yo tuve la feliz idea de llevármela de viaje, para asistir a mi investidura, inconsciente de que eso alimentaba anhelos de noviazgo.

—¿Me has traído algún recuerdo? Quizás la joya de un tesoro. —Su sonrisa ya no me parecía tan tonta.

Fruncí el ceño, pero la verdad es que tenía botín suficiente para donar y regalar.

—Podría tener alguna alhaja guardada. ¿Qué harás para ganártela?

—¿Ir mucho a la iglesia a verte? —Se había vuelto muy descarada, otros mozos usaban los jardines de la iglesia para sus escarceos nocturnos; ella sabía que yo no aprobaba esa profanación.

—No te voy a recompensar por cumplir tus deberes religiosos, Liz.

—Entonces... —rebuscó en las prendas de su cadera— quizás por esta carta, la que nos dijo Polgara que recogieramos.

Mi rostro cambió con «esa» carta. —¡Eh! Es importante, entrégamela, por favor —apremié.

—A cambio de un beso.

Suspiré.

—Entonces no hará falta joya. —Le di un fugaz beso en los labios y arrebaté la carta de su fajín.

Se rió como la adolescente que era. —Ya pensaré algo para ganarme la joya. —dio énfasis moviendo las cejas, luego se puso a mirarme abrir la carta—. ¿Es de la madre de Polgara? ¿De una poderosa maga elfa?

—Sí, eso nos dijo. —Lo abrí, y vi que el sobre estaba vacío. Escruté a Liz.— ¿Has abierto la carta? —Ella se asustó, en su casa había bronca siempre que algo iba mal.

—N.. no, de verdad. Sé que es importante, no la he tocado. —Mantuve la mirada.— ¡De verdad!

Sacudí la cabeza. —Tranquila, te creo. Tengo que ver a los demás, a

ver si averiguamos qué significa esto. —Lizbet se despidió, fastidiada por el bajón de la carta.

La creatividad no era el fuerte de mis compañeros, que ocupados con la boda apenas prestaron atención; ni siquiera conseguí la opinión de los novios. Visité a los eruditos locales, pero ninguno tenía idea del significado de aquella ausencia de mensaje y Polgara ya no estaba.

Me quedé a solas para pensar hasta llegado el ocaso.

—¿Max? —Alguien llegó.

—Eleiya, ¿Qué haces aquí? Te casas en un rato. —La admiré, llevaba un exótico traje de bodas, estaba bellísima.

—Me han dicho de la carta, quería ver si resolvía el misterio. —Le entregué el sobre vacío, ella lo ojeó de todas las formas imaginables.

—¿Alguna idea?

—No es mágica, así que será otra cosa, ni idea de cual. —La sopesó un poco más antes de seguir—. Sé quién podría saberlo, la nereida del embalse, conocen bien a los elfos; deberías visitarla.

—Bueno, podemos ir mañana.

—No debes demorarte, hay muchas vidas en juego.

—¿No quieres que esté en tu boda? —La miré sorprendido.

—Sí, claro; pero cuanto antes salvemos a esa gente, antes podré disfrutar tranquila de mi matrimonio.

—Siendo tan importante, vayamos todos.

—No necesitas un regimiento para ver a un hada, si quieres ayuda esotérica, ve con tu amiga la bruja. —La última frase era un carcaj entero de virotos.

—¿Ahora es “mi amiga la bruja”?

Eleiya sonrió con un punto de malicia. —Era para que nos entendamos; no lo debes dilatar, no por mi prisa en casarme.

—Cómo quieras... Podemos partir tras la ceremonia. ¿De acuerdo?

Ella asintió. —No te demoraremos.

Recuerdos - Ella

La conocí cuando estudiábamos juntos en la universidad.

Nunca... Siempre... Todos... Su pensamiento y por lo tanto sus palabras iniciaban frecuentemente así. Su razonamiento me parecía primitivo, básico, elemental.

¿Y sus emociones? Miedo, angustia, indefensión eran sus preferidas.

De no haber sido por eso, la hubiera enamorado. Era bella y además atractiva. Sin embargo ese temor, esa inseguridad, ese aburrimiento que finalmente provocaban sus conversaciones eran mayores que lo agradable que me parecía. Una gatita asustada. Sí... Pudiera describirla de esta forma. Quieres acariciarla... ella lo permite, es obvio que no lo disfruta. Al final te cansa su pasividad, su nula respuesta. Y con su inacción, la nada es lo que quedaba.

Han pasado treinta años. Y hoy yo mismo me siento como una hoja al viento, primitiva, básica y elemental. ¿Qué ha sucedido? Pues nada, la vida que me ha pasado por encima. Qué paradoja deprimente.

Divorcio, muerte de los padres, desatenciones a la salud y al espíritu, bajar la guardia. Nada original. Ahora vulnerabilidad y melancolía son mis emociones preferidas. Dios, ¿quién o qué soy yo en realidad?

Lo he estado pensando. Quizá mas como un ejercicio de recuperación que como un acto de contrición. Si la mente se mantiene activa el resto del sistema debe responder. Siempre he sido de teorías y machacar esta idea me distrae un poco más que la televisión y las visitas de amigos y familiares.

¿En qué recodo del camino me perdí?

Vamos a ver... Tengo claro que todo empezó a ir mal cuando celebramos el décimo aniversario de la boda. La mujer llena de vida, estimulante y ferozmente atractiva se había transformado. Lo vi de golpe, cuando nos mostraron las fotografías. El hombre genial, demandante de las mejores ideas, exigente de agudas respuestas tampoco estaba ahí.

Al salir de la universidad conseguí rápidamente un buen trabajo y una esposa. Seguí frecuentando al grupo de amigos que hice cuando estudiante. Al reunirnos parecía que el tiempo no transcurriera. Yo seguía

siendo el alma del grupo, el ingenio vivo, la gracia personificada.

Poco a poco, el grupo se dispersó y yo fui perdiendo la brújula.

Lo primero que intenté fue regresar al grupo, al menos con alguno de ellos ya que habían tomado diferentes caminos. Nadie era ya el mismo. Cada quien tenía sus propias alegrías y tristezas. En resumen, la magia había terminado. Fue duro darme cuenta de que yo era lo que era porque ellos fueron lo que fueron. Yo era un reflejo de vivos colores que se apagó al perder el espejo.

Seguí adelante como tantos, por inercia. Lánguido y triste. Un aburrido sin brillo alguno. Finalmente y como era de esperarse, me quedé solo. Sin escuchar a nadie, cargando con la desagradable sensación de estar flotando inmóvil en un espacio sideral infinito, oscuro, silencioso.

En mi sufrimiento ha venido a mi mente aquella gatita de los años buenos... Que sería de ella... a lo mejor ahora que estamos parejos pudiera aceptarla. Ya no me disgustaría su vacío... Tendría compañía, alguien que me escuchara con intenso interés, sin contradecir ni interrumpir... Y a quien pudiera dejar cuando satisficiera mis necesidades ya que todo me lo perdonaría... Con un poco de suerte puedo dar con ella y...

Me muevo a buscarla. Llamadas, correos, googleadas y no recibo respuesta. Al tiempo, llega la aplastante información. Me arrepiento de haberlo hecho.

La gatita creció y siguió adelante con sus limitaciones. Se movió a Europa para un posgrado. Ahí vivió varios años donde intentó escribir, pintar, fotografiar y vivir sin dejarse vencer por sus temores. Regreso y a pesar de caídas, se levantó y siguió en terapia hasta que finalmente lo encontró.

Su inseguridad, el motivo por el que yo no la acepté, la llevó a búsquedas, lecturas e interminables charlas, hasta que dio con lo que se sentía viva: salvar a otros inseguros como medio de su propia salvación.

Identificó que necesitaba algo... Lo buscó hasta encontrarlo...No desfalleció. Muchísimo más de lo que yo mismo me siento capaz...

Necesito verla. Entre mis cosas busco mi pasado. Aquí están... fotografías de aquellos tiempos.

Mil recuerdos y sensaciones vienen a mí. Imágenes de jóvenes

sonrientes, felices, genuinamente alegres y disfrutando. Llego a un sobre rotulado con el nombre de ella. No recordaba tener fotos tuyas. Con una punzada en el estómago y la respiración contenida, abro el sobre. Pero el sobre estaba vacío. No. No puede ser, tienen que andar por ahí. No. No hay nada.

En realidad no necesito ninguna fotografía. La imagen es muy clara:
El gatito insulso y vacío soy ahora yo. Y ella es una hermosa gata.

No puedo - Maureen

—El sobre estaba vacío, jefe.

—¿Vacío? ¿Y la maldita carta?

—No había nada dentro.

Daniel no necesitó mirar a los dos hombres para saber lo que reflejarían sus rostros: miedo, pero también desprecio. Supo que se había equivocado al citarles en su apartamento alquilado, pero ya no tenía remedio. Solo necesitaba encontrar al asesino de su hermano y luego podría retirarse. Con Lena.

—¡Maldita sea! Esa carta puede contener alguna pista que nos lleve al asesino de Simon, ¿y me decís que la habéis perdido?

—No hemos perdido nada —respondió Josh—. El sobre estaba donde nos dijo. Pero la carta no. No podemos hacer más —añadió con desdén.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano —corroboró Manny, temblando de forma perceptible.

Daniel se volvió hacia ellos.

—Está bien, largaos y dejadme solo —dijo. Se le había ocurrido algo y quería comprobarlo cuanto antes.

Los dos hombres se fueron sin perder tiempo y Daniel se frotó los ojos. Estaba cansado; de la vida que había elegido, del odio que los demás sentían por él y, sobre todo, del asco que sentía por sí mismo. Ahora que Lena era suya, solo quería encontrar al asesino de Simon para vengarse y luego huir con Lena a algún lugar donde nadie le conociera y pudiera empezar de nuevo.

Se dirigió a la habitación que ahora compartía con la joven. La intuición no le había fallado y no tuvo que buscar mucho: encontró la carta en el cajón de la ropa interior, debajo de unos pares de medias sin estrenar. Cuando estaba terminando de leerla entró Lena, que dudó al verle con la carta en la mano, pero que finalmente no reuló. Se dirigió a él tranquila como siempre para besarlo. Él la apartó.

—¿Qué significa esto?

—¿Es que tengo que darte explicaciones? Simon era mi marido y la carta, tal y como habrás leído, va dirigida a mí.

—Sabes que llevo semanas buscándola, ¿y la tenías tú todo este tiempo? —preguntó, la ira apenas contenida.

—Sí. Y sí —respondió ella, impasible—. Ya has visto que no indica quién pudo matarle y es privada. No deberías haberla leído sin mi permiso.

—Deberías habérmela entregado cuanto antes, Lena. Ya sabes que...

—Escúchame bien, Danny, que ahora duerma en tu cama no significa que te pertenezca. Yo accedí a ayudarte y me enamoré de ti porque sé que eres algo más que el cabrón sin sentimientos al que todos odian y temen. —Hizo una pausa—. Pero eso no quiere decir que tenga que complacerte en todo lo que tú quieras. La carta no tiene nada que ver con el asesinato, como has podido leer, y quería guardarla para mí. —Entonces Lena perdió un poco de esa seguridad que había demostrado hasta el momento y la voz le tembló al añadir—. Son las últimas palabras que tengo de tu hermano.

Daniel se dejó caer en la cama.

—¿Y ahora qué, Lena? Los hombres me odian y yo no sé por dónde seguir con esto.

Lena se sentó a su lado y le cogió de la cintura. Nunca pensó que lo que le dijo entonces pudiera salir de sus labios, pero ella también estaba harta de pelear y de una búsqueda que, hasta ahora, solo había causado pesar y dolor.

—¿Por qué no lo dejamos, Danny? La policía encontrará al que mató a Simon. Yo ya no puedo más y tú tampoco. Y no quiero perderte a ti también. —Daniel la miró—. Sí, veo cómo te miran los hombres y, si alguno de ellos mató a tu hermano, no vacilará en acabar contigo también si te acercas demasiado. Huyamos de aquí, por favor. —Lena se puso de pie—. Yo me voy, contigo o sin ti, aunque no quiero tener que dejarte. No puedo más —concluyó.

Daniel se levantó y se paseó por la habitación. Lena le miraba, pero no dijo nada. Ya había hecho su propuesta y ahora le tocaba a él tomar una decisión. Al cabo de unos minutos, Daniel se decidió.

—Lo siento, Lena, no puedo irme sin más. Necesito resolver esto.

—Entonces me voy yo. Búscame cuando esto acabe, si... —No pudo terminar la frase. Con lágrimas en los ojos, sacó su maleta de debajo de

la cama. La abrió despacio y sacó un papel, que tendió a su compañero.

—Toma, Daniel, creo que buscabas esto.

Se secó los ojos con rabia, guardó sus cosas y se fue sin mirar atrás.

Corazón partido - Carolina Tribó Alonso

<http://reflexioneswc.wordpress.com>

Como cada día 10, Carlota salió del instituto con una sonrisa de oreja a oreja y se dirigió a su escondite secreto. Pero su alegría se transformó en decepción cuando vio que el sobre estaba vacío. Regresó cabizbaja a casa y por mucho que su madre insistió y preguntó, Carlota contestó que no le ocurría nada, simplemente que estaba absorta en sus pensamientos. Una vez hubo acabado los deberes, cogió su libreta preferida y empezó a escribir, una de sus actividades preferidas.

El mes siguiente, sucedió lo mismo. Carlota llegó a su escondite y, de nuevo, se encontró con el sobre vacío. Esta vez, la chica no pudo reprimir una lagrimita. “¿Se habrá olvidado de mí?”, pensó. “¿Estará leyendo mis cartas otra persona y por eso ya nadie me las devuelve?”.

La preocupación de su madre aumentó. Su niña, esa muchacha presumida, inteligente, con una gran sonrisa que disimulaba su Síndrome de Down, estaba sumida en una extraña tristeza, había perdido aquella alegría que la caracterizaba.

Carlota no perdió la esperanza y el tercer mes volvió al coche abandonado y abrió el sobre. Casi al mismo instante en que su corazón estallaba de felicidad, se empequeñeció de dolor. En efecto, dentro del sobre estaba la carta que tanto esperaba, pero no así su contenido.

«Estimada Carlota.

»Con todo el dolor de mi alma tengo que decirte que Iván se fue para siempre. Es por eso que durante ese tiempo no obtuvieras respuestas a tus cartas que, por cierto, son todas preciosas. Lamento haberte causado tan profunda pena.

»Te mando un enorme beso.

»La mamá de Iván».

Justo en el momento en que Carlota se dejó caer al suelo, los brazos de su madre la rodearon. Ella, sufridora como pocas, decidió seguirla para averiguar el mal de su hija y, nada más verla, ya pudo comprender que su corazón quedó herido para siempre.

Pese a todo, Carlota decidió volver cada día 10 a su escondite, aun

sabiendo que se encontraría con un sobre vacío. Pero ella nunca perdía la esperanza...

El alma en la carta - Nick Brooks

Laura Fratello. La mejor escritora que existió. Probablemente jamás has oído de ella. Y probablemente jamás lo hagas. A los escritos “vinculados” solo tienen acceso los miembros del Contrato de las Letras Vivientes. Son textos demasiado poderosos para el público general. No cualquiera está preparado para sentir almas mientras lee.

Cuando un escritor derrama una pequeña porción de su alma en lo que escribe, se le llama “vinculación”. La vinculación está estrictamente regulada por el Contrato, pues es peligrosa. Muchos autores han intentado “vincular” sus textos, y luego de dejar una mínima porción de su alma en el escrito, han quedado bloqueados permanentemente. Jamás han vuelto a escribir. Es por ello que la vinculación y toda investigación relacionada está limitada solo a los miembros más importantes del Contrato.

Ya soy parte de la investigación. Lo he sido por un tiempo, y creo que estoy progresando.

“El color del tiempo” es el último libro vinculado escrito por Laura Fratello. Es, sencillamente, hermoso. El Contratante nos ha dicho que lo escribió vinculando una décima parte de su alma con él, y aún así, siguió siendo capaz de escribir después. Años antes cuando Laura comenzaba a escribir —antes de que el Contrato la encontrara— sin saberlo, cada vez que escribía de corazón, derramaba una gotita de su alma en lo que escribía. Tenía un talento especial para la vinculación, y no se cansaba luego de hacerlo. En el Contrato le enseñaron a controlarlo, porque tenían temor de que fuera a quedarse bloqueada alguna vez.

Laura, al conocer los secretos del Contrato, comenzó a investigar acerca de la vinculación. Sin embargo, se guardaba los resultados de su búsqueda para sí misma. Nadie sabía lo que estaba haciendo en realidad. Probablemente la habrían detenido, de haberlo sabido.

Laura Fratello desapareció un jueves, el 26 de julio de 1973, sin dejar rastro alguno. Un año más tarde, se encontró una tumba con su nombre en el cementerio de un pueblito francés. El Contrato envió a un grupo de noche al cementerio. Abrieron la tumba, y en el lugar donde debería estar el ataúd, había una pequeña nota, que decía:

“Un sacrificio era requerido para la unión perfecta. Solo el escritor más intrépido puede escribir un final para esta historia y darle un giro a la trama. Busca al pie del nogal, cuando todo se tiñe de rojo y dorado. Mira la torre del desesperado, sigue las sombras y tira de la cuerda del hombre ahorcado.”

El Contratante nos contó que habían tomado las señas de algunos escritos vinculados de Laura. “El nogal herido”, “El color del tiempo”, “El campanario gris” y “La rama de los lamentos”. Habían dado con un árbol casi muerto, con una cuerda que colgaba de la rama más alta. Tiraron de ella con fuerza, y una cajita había caído estrepitosamente al suelo. Dentro había otra nota de Laura, en la que explicaba lo que había sucedido.

“He logrado la vinculación suprema. He descubierto que es posible derramar el alma entera en un escrito. Lamentablemente, eso quiere decir que me quedaré sin alma, y aún no sé lo que eso significa. Escribiré con mi alma una última carta, y la guardaré para el sucesor indicado. Aprendí que el tener acceso a libros vinculados es la fuente de energía para los mejores escritores. Cada vez que un libro es leído, parte del alma con la que fue escrito es robada por quien lo lee. Es por eso que me doy cuenta de que quien lea mi carta, tendrá el potencial de escribir lo que sea. Acceso a todos los mundos que cabe imaginar a través de la fuerza de mi alma. Busquen mi carta. Y por favor... perdonéme.”

Al final venían una serie de pistas para encontrarla. Es por eso que estamos investigando. Buscamos la carta de Laura. El secreto para escribir la historia perfecta está guardado en un sobrecito de papel. Nos ha tomado mucho tiempo, pero creo que al fin, hemos descubierto su ubicación. Viajé esta tarde hasta aquí, a Bélgica. Creemos que el sobre se encuentra en una alcoba del “Château de Noisy”.

Recuerdo subir las escaleras con mucho cuidado, el lugar estaba en ruinas. Logré llegar a la alcoba indicada, después de sortear algunos obstáculos. Había una cómoda cubierta de polvo. Recuerdo acercarme y tirar del cajón superior. No reparé en que tenía mucho menos polvo que los demás. ¡Allí estaba el bendito sobre!

Lo tomé en mis manos, sin darme cuenta que apenas tenía polvo. Ahora que lo pienso, debí fijarme en esos detalles. Estaba tan decidido a

ser el “escritor más intrépido” que lo ignoré en el momento.

“De Laura Fratello”, ponía en la parte de atrás.

Siempre pensé que escribir era una vocación, cosa de almas. Pero parece, tristemente, que también hay mercenarios en esto de la escritura.

Lo abrí, con manos temblorosas...

El sobre estaba vacío.

El precio de un error - Beta Vera

Un ardor familiar le cocía la cara a fuego lento. Intentó ignorarlo y seguir durmiendo, pero con el agudo dolor no pudo. Abrió los ojos y creyó quedarse ciego; el abrasador sol parecía estar sobre él. Empleó su palma de visera al tiempo de sentarse en la cama. Cuando se puso de pie todo le dio vueltas y su estómago regurgitaba con vehemencia.

“Dicen que ya lo hiciste, Rafa. Bien por ti, el trabajo valía poco pero lo lograste esta vez. Tu dinero espera donde siempre, esta noche”, decía la nota pegada a la heladera.

—Estoy salvado —dijo al tomar una taza de manija rota y servirse café. Miró en los pocos rincones limpios buscando algo, revolvió su ropa del sofá, y escarbó en la montaña pestilente que comenzaba a estorbar en el pasillo. Después, encontró su camisa tirada en el piso de la diminuta entrada, y sacudiéndola la vistió. Buscando visibilidad movía la ventana hasta que encontró sus ojeras en el reflejo en el vidrio, se pasó la mano por el desprolijo cabello, y salió después de aquel remedo de casa que llamaba hogar.

Almorzó en un viejo restaurante y estuvo rondando las calles, pero en la noche cuidó con sigilo que nadie lo siguiera al dirigirse al lado Este del puerto. Cada pocos pasos miraba detrás suyo. Había estado allí antes, pero no quería correr riesgos. Por experiencia; sabía que vigilar su espalda era la diferencia abismal entre seguir vivo o evaporarse sin rastros en manos de Rodríguez. Desde hace días, se volvió neurótico con eso, y con justa razón, pues por milagro regresó entero del Valle de los Desaparecidos, que es como todos se refieren al último lugar donde uno quisiera ir si el trabajo fallara. Y él falló; el mes pasado no cuidó las calles de atrás al avanzar con el maletín, y por poco termina hecho colador en la balacera con los Peralta que, eternos rivales del jefe, intentaron robarle el dinero. Algunos vecinos llamaron a la patrulla, quienes casi arrestan a Roberto, el proveedor desde hace años de Rodríguez. Y cuando este lo supo al amanecer, mandó inmediatamente una camioneta por él.

—¿Sabes a dónde vas, verdad?

No contestó.

—No está feliz, pero por los trabajos anteriores, tal vez te perdone.

Escoltado lo bajaron cerca de la chatarrería abandonada al pie de la colina, donde atravesándolo, solo campo abierto y aire fresco esperan, listo para ahogar los tiros en aquella llanura de desolado silencio. Nadie ve, nadie oye, nadie sabe.

—Carlos, lo siento, fueron los Peralta, no fue mi culpa, sé que Roberto lo entenderá. Por favor, fueron ellos, él los vio.

—Silencio Rafa.

—¡Carlos, escúchame!

—¡Rafael, tú escúchame a mí! Apareció la policía, casi arrestan a Roberto, y por poco roban mi dinero.

—¡Carlos por favor! —Rodríguez dio un tiro cerca de los pies de él—. ¡Escúchame he dicho! —dijo enojado.

—Te daré una oportunidad, la última. No correré el riesgo de que la próxima lo logren. Tienes que vengarte por mí.

—¿Qué quieres que haga?

—Algo sencillo. Solo consígueme la cabeza del idiota que estaba a cargo esa noche. —Rafa palideció.

—Fue Miguel, el hijo mayor, pero yo no...

—Pues entonces ya sabes a quien traer la próxima vez.

—Pero Carlos yo...

—O será la última vez que te vea Rafa. Es fácil —dijo sonriendo—, es tu cabeza o la suya. Lo haces, y te pago el doble de lo prometido, después de todo, ¿somos amigos, no? Es tu primera falla, pero que sea la última —dijo amenazándolo con el índice—. Ahora llévenselo.

—¡Carlos!

—¡Retírense!

Por días calculó detalles, vías de escape y formas de lograr su trabajo. Cuando lo tuvo todo listo y vio la oportunidad de acercarse a Miguel Peralta, no dudó, porque sabía lo que debía hacer, y las consecuencias de equivocarse al trabajar para Carlos Rodríguez.

La mañana siguiente, los noticieros locales se escandalizaban a raíz de un cuerpo degollado que flotaba en la costa más lejana del puerto, irreconocible y sin huellas dactilares. La policía tenía mucho trabajo, y

Don Peralta también, si quería vengar a su hijo muerto.

Un hombre lo reconoció del otro lado de la mirilla y abrió la puerta.

—Te esperan en el depósito de atrás.

—¿Y Rodríguez?

—Al depósito. Él lo ordenó.

Caminó por el oscurecido pasillo apestando a humedad, pensando en ese cambio repentino y en lo terrible de terminar muerto en una pocilga como esa si volvía a equivocarse. Sería su fin y nadie lo sabría. Jamás. También recordó que siempre era Carlos quién pagaba, porque no permitía a nadie que nadie toque su dinero, pero obedeció sin más, satisfecho de haber de no ser él el cadáver que descansaba en formol en la morgue, hasta que alguien pudiera reconocer el cuerpo sin rostro. “Trabajo es trabajo” pensó, y cruzó la primera puerta abierta donde le pasaron un paquete sin mediar palabra. Lo tomó y abriéndolo notó que el sobre estaba vacío.

—Rodríguez te envía un presente —dijo alguien detrás de él, y sintió entonces un culatazo en la nuca.

Ya inconsciente, Rafa se desplomó hasta dar con el piso y un tiro resonó en la noche, anunciando que el Valle de los Desaparecidos tiene ahora una nueva sucursal.

.....

Capítulo 2

El lápiz mágico

Noviembre, 2015

.....

El lápiz mágico - Peter Walley

Esperando.

Estamos esperando.

Estamos esperando cada uno en nuestro cubículo.

La mayor parte del tiempo vivimos a oscuras y no sabemos de él.

Algunos días le vemos pasar de largo, como si supiera que tiene que hacer algo con nosotros, pero no acabase de recordar el qué.

Y luego están los días buenos.

Cuando llega todos nos ponemos a saltar y gritar. Cada uno intenta atraer su atención lo mejor que puede, ser el elegido. Y esto lo hacemos todos sin excepción, porque, mal que nos pese, somos conscientes de que la única vida que podemos tener es la que él decida darnos.

Es mejor no especular con lo que le ocurre, porque te puedes volver loco.

Algunas veces viene medio tambaleándose y no consigue abrir las cerraduras. Desde el otro lado intentamos ayudarle pero no nos acaba de escuchar, y al cabo de un rato se da por vencido y se va. Esos momentos son los peores, porque aumenta nuestro miedo.

A que no vuelva nunca.

A que nos deje aquí.

Y a poco a poco apagarnos y morir.

Otros días, en cambio, viene de buen humor; se diría incluso que tiene un brillo especial en los ojos y un aura en torno a sí. Saca a alguno y se lo lleva, y los descartados nos dedicamos a especular con qué cosas ocurren al otro lado. Normalmente los que se van no vuelven. Y es mejor así, porque si lo hacen están totalmente cambiados; él los suelta de mala manera en la celda y nadie se atreve a preguntar qué les ha hecho.

Alguna vez (pocas) ha sacado a varios a la vez, de celdas muy lejanas. Cuando pasa esto, los elegidos se miran con desconfianza; a los que somos del mismo tipo nos ha colocado unos cerca de otros, y no nos gusta tener que compartir su atención con un extraño. Además, ¿qué es lo que quiere hacer? ¿Está todavía por decidir con quién se va a quedar? ¿O piensa hacer experimentos a ver si puede cruzar dos especies distintas? No nos

gusta que cambie la rutina, la poca rutina que podemos tener aquí.

Pero ya ha estado cambiando.

Antes venía mucho más a menudo, de hecho le veíamos casi todo el tiempo. Se pasaba el día con nosotros, y no teníamos esta preocupación por el abandono que ahora nos atenaza. Pero, poco a poco, las visitas comenzaron a espaciarse, y ahora en los gritos que damos cuando llega hay una nota cada vez más fuerte de desesperación.

Algunos eran sus favoritos y los fue dejando de lado sin saber por qué. Y la incomprensión por la situación se unió al terror a que fuese a peor, y que cada vez que abría la puerta fuese la última en que venía a por nosotros.

En cambio otros a los que nunca había prestado atención son cada vez más importantes para él. Y cuando salen nos miran con arrogancia, como diciéndonos: «Yo nunca me preocupé; sabía que tu momento pasaría y llegaría el mío, y el tuyo no volverá». Pero lo que ellos no saben, o no quieren reconocer, es que tarde o temprano acabarán por estar en nuestro mismo barco.

¿Que si le odiamos? ¿Podrías tú odiar a un dios?

¿No entiendes que es él quien nos ha creado? No estamos vivos más que en su mente, somos ideas a la espera de un camino.

Nuestro sueño es que nos lleve al otro lado y nos dé un soplo de vida, nos haga parte de una historia y podamos así vivir aventuras que apenas podemos imaginar. Y que con ello, su lápiz nos dé lo que ni siquiera él puede conseguir para sí mismo: la inmortalidad.

El lápiz mágico - Demetrio Vert

Leopoldo siempre había tenido fantasías. Una de sus preferidas era poder convertirse en hombre invisible. Soñaba con introducirse en la Casa Blanca, en el Kremlin, en los palacios presidenciales de los mandatarios del mundo. «¡O ponéis freno de inmediato a tanta injusticia y desafuero, o lo haré yo!». Ante su amigo Julián, librero de viejo, solía inventar parodias para reprender a los mandamases del mundo. Ambos se reían a gusto con estas farsas. «¡Y ya pueden imaginar cuánto poder tengo yo, el hombre invisible!». Tronaba Leopoldo con fingido sarcasmo.

Lo que nunca sospechó fue que poseería un objeto con poderes mágicos.

—Mira lo que he encontrado revolviendo por el almacén —le dijo Julián a su amigo en uno de estos habituales encuentros—. Estaba completamente cubierta de polvo —añadió.

Leopoldo observó fascinado la hermosa y vetusta cajita de madera policromada que el librero le tendía. Lápices mágicos, ponía en la tapa del estuche con letras doradas.

—Toma, te regalo uno. En señal de nuestra inquebrantable amistad —proclamó un Julián alborozado.

A Leopoldo le maravilló el color granate del lápiz, brillante, con adornos dorados. Un lápiz cilíndrico, de tamaño común, con una punta cónica perfecta y una mina de trazo suave y color negro. El lápiz mágico de la fama, decía un epígrafe áureo a lo largo del lapicero. Le intrigó el objeto.

Partió Leopoldo muy contento para casa. Se acomodó ante su escritorio y depositó el sugerente lápiz sobre la mesa. Lo observaba deslumbrado. Empezó a fantasear: «Seré famoso», se decía entusiasmado. Unas dudas le hicieron fruncir el entrecejo. «¿Y... cómo lograré la fama?». «¿Qué puede hacer un lápiz mágico?». Caviló respuestas. «¿Acaso dibujos sublimes? ¿Escribirá como por encanto?».

Con el lápiz escribió un artículo de fondo para un periódico. Le salió perfecto, a pesar de que era el primer texto que escribía en su vida. No solo se lo publicaron; le ofrecieron una columna semanal. Una ligera

embriaguez hizo que sacara pecho. Su nombre empezaba a sonar entre los círculos ilustrados.

Las visitas a su amigo el librero se distanciaron. En una de las últimas, Julián se quejó con cierta amargura.

—Ya no vienes tan a menudo como antes.

—Julián, ¡no paro! Discúlpame. Mis obligaciones me llevan de aquí para allá. Me falta tiempo.

—La fama, ¡eh! —le dijo socarrón su viejo amigo—. ¡Ten cuidado, no te coma!

—Paparruchas. Tú sabes que soy el mismo.

—No sé... no sé. ¿Aún conservas el lápiz mágico? —le preguntó irónico.

—¡Pues claro! Lo guardo como oro en paño. ¡Ni siquiera lo toco! —mintió Leopoldo. Le quedaba la mitad, de tanto usarlo.

Con el lápiz escribió numerosos libros. Su prosa era excelsa y cosechó importantes premios. Estaba exultante.

Fue recibido por los más altos dignatarios del mundo, pero se olvidó de sus antiguas convicciones y nada les reprochó; es más, se sentía a gusto entre ellos. También su voz era escuchada con reverencia en los más insignes púlpitos, pero en ninguna de sus conferencias reivindicó los ideales de antaño. Le otorgaron el Premio Nobel de la Prosa y de la Concordia.

Un mediodía soleado, protegido por sus guardaespaldas y aclamado por el público, salía de un edificio en el que había participado en un notable congreso, cuando de pronto oyó una voz que sobresalía de entre las de la multitud.

—¡Leopoldo, Leopoldo! —le requería un hombre. Este iba aseado, aunque saltaba a la vista que su traje era viejo. Leopoldo se preguntó quién podría ser aquel desconocido que con tanta confianza le llamaba. Su rostro le era vagamente familiar.

—Déjenle pasar —ordenó a sus guardas.

Cuando el hombre llegó a su lado, Leopoldo reconoció de inmediato a Julián, su amigo librero. Se percató de que la gente los observaba y le entró cierto reparo al verse en público con un hombre que vestía deslucido.

—¡Julián...! ¿Tú por aquí? ¡Cuánto tiempo...!

—Sí..., mucho... Disculpa, Leopoldo; necesitaba verte.

—¿Y eso?

—Verás... no sé si este es el mejor sitio..., pero... preciso ayuda, Leopoldo. Estoy en la ruina.

—¡Oh! Cuanto lo siento, Julián. Es que... ahora tengo un compromiso. No puedo detenerme. Llámame a mi despacho... —y se dejó arrastrar por sus agentes al interior de la limusina.

Habían pasado unos meses desde el encuentro con Julián. Leopoldo continuaba en la cima de la fama cuando de pronto su prosa perdió el esplendor; se tornó estéril, incomprendible, propia de un iletrado. Él adivinó de inmediato el motivo. De tanto sacarle punta, el lápiz mágico se había agotado. De inmediato fue a ver al amigo librero.

—Hola Julián ¿Cómo estás?

—¡Leopoldo! ¡Qué alegría!

—Bueno, me he dicho, ¿qué será de mi viejo amigo el librero? Como no me llamaste...

—Te llamé. Pero no atendiste mis recados.

—¡Oh! ¿De verdad! ¡Cuanto lo siento! No me dieron los avisos.

—¡Olvídalos!, —atajó Julián, amistoso—. ¡Celebremos este encuentro! Tengo por aquí... una botellita..., ¡aquí está! ¡Mira, qué buen vino! Un Reserva..., ¡nada menos! —Julián estaba exultante.

—Espera..., espera un momento. Ahora lo celebramos. Oye Julián, necesito otro lápiz de aquellos.

—¿Un lápiz mágico?

—Sí, uno de aquellos tan bonitos.

—¡Buah! Lo siento, Leopoldo. Pero no podrá ser. ¡Mira que lo lamento...!

—¿Cómo? ¿Por qué no va a poder ser, Julián?

—Verás..., las cosas me han ido muy mal. Desde hace bastantes meses. Por eso te busqué.

Julián dejó la botella sobre una mesa y en su rostro se dibujó la pesadumbre.

—En realidad estoy cerrando, Leopoldo. Lo he liquidado todo y también vendí el Estuche Mágico.

—¡A quién, Julián!

—No lo recuerdo... Creo que fue a un niño..., o a una niña... No sé, le brillaron los ojos. De eso sí que me acuerdo. Dijo... dijo... algo raro. Que venía de muy lejos, del pasado. Una broma, ¡ya sabes como son los niños!

Leopoldo se marchó desolado. Al poco, su nombre y su fama pasó al olvido.

¿Serás tú, amigo lector, quién encuentre un lápiz mágico? Si es así, cuídate de la gloria y de la fama, y mantén los amigos.

El lápiz mágico - Lunaclara

<http://mhelengm.blogspot.com.es>

Creo que fue a los diez años cuando empecé a conocer a qué se dedicaba mi padre. Yo le preguntaba con la típica curiosidad que podía tener una niña de mi edad.

—Mira, hija, tu papá tiene un lápiz mágico con el que hace feliz a mucha gente...

Hacía unos movimientos con las manos, como si fuera a enseñarme su mejor truco; y, de repente, ante mis ojos abiertos como platos, sacaba un lápiz de rayas amarillo y negro, muy pequeño, con la punta roma, que llevaba en uno de los bolsillos de sus pantalones. Yo disfrutaba muchísimo con esas demostraciones, que repetía a menudo. Entre risas y aplausos me sentía muy orgullosa de que mi padre trabajara en algo tan bonito.

Todo aquello transcurría bajo la atenta mirada de mamá, que no reía ni aplaudía; pero yo no reparaba mucho en eso. Al principio no.

Ese trabajo era nuevo. Lo mejor que había hecho en su vida, decía: dejar a su antipático jefe con su aburrido trabajo en la oficina. Ahora él era dueño de su propio destino.

Había dedicado mucho dinero a hacer realidad su sueño. Por las noches discutía con mi madre. Ellos pensaban que no les oía, pero a ratos elevaban mucho la voz y yo no podía dormir. Andaba de puntillas hasta una maceta gigante que teníamos en el pasillo y sin que me vieran, sentada en el suelo junto a ella, los escuchaba muy triste:

—¡Eso es una tontería! ¿Escribir cartas? ¿A mujeres que no conoces de nada? ¿Para qué, eh?

—Ya te he dicho que no las veo físicamente, mujer. Ni siquiera hablo con ellas...

—Las enamoras en nombre de otros, ya... —decía mi madre enfadada.

—Sí, les ayudo a reconciliarse. ¿No te parece algo digno?

Mi padre también parecía triste, y mi madre solo gritaba.

—¿Sabes lo que no me parece digno? Lo que no me parece digno es que estés todo el día por ahí, en no sé dónde, escribiendo tonterías en nombre de otros, estando yo y tu hija aquí en casa, comiendo y cenando

solas, mientras tú te regodeas en esos escritos de mierda, dirigidos a otras mujeres, de las que deberían ocuparse esos hombres, ¿no crees?, si tanto las quieren... ¡Es que no te entiendo! —Mi madre dio un golpe en la mesa y empezó a sollozar.

—Cariño...

—¡Déjame en paz! ¡Qué absurdo es esto, por Dios! ¿Cómo es posible que puedas escribir esas cosas y después a mí ni me hablas, ni me abrazas, ni me besas ya...? ¡Venga, hombre! A tu hija la tienes ahí abandonada. Ya ni la llevas al colegio, ni le cuentas cuentos, ¡ni nada! ¡Nada

—Por favor, escúchame...

Esto se repetía casi todas las noches. Y cada día que pasaba iba a peor.

Con el paso del tiempo me enteré que mi padre había fundado Love & Co, una empresa que se dedicaba a escribir cartas de amor en nombre de personas que querían reconciliarse con otras, y que por sí solas eran incapaces de hacerlo.

Mi madre fue incapaz de entenderle y le abandonó. Cosa curiosa. Nunca comprendí por qué mi padre no pudo mantener a mi madre a su lado.

El lápiz mágico - R. P. García

«La vida es lo suficientemente larga como para esperar algo bueno todavía; no puedo seguir así, dejando escapar el tiempo», pensaba Ruth, y poniendo los ojos en blanco buceó en su memoria buscando algún recuerdo nítido al que aferrarse. «Una vida plena», eso era, podía sentirse afortunada... «Pero ¿qué diantres sería eso?». Parecía una anciana pensando de esa forma; no era algo apropiado para alguien tan joven y fuerte como ella; sí, fuerte, como lo fue él hasta el último momento. «Bah, tonterías».

Permaneció recostada en la misma postura hasta que la espalda comenzó a dolerle; algo no iba bien. «Qué asco de sofá», dijo entre dientes, y abrazó uno de los cojines. Un dolor agudo e inesperado la asaltó de pronto; de un manotazo apartó el mando a distancia que se le clavaba en un costado. «Algo no va nada bien». Resoplando, fijó su atención en las imágenes de la pantalla. «Me estoy quedando sorda, lo que me faltaba», masculló. Con las cejas a punto de llegarle al cogote, presionó la tecla “mute”, y la voz grave del presentador retumbó de nuevo por los altavoces.

«Uff...».

El ruido de la lavadora había dejado de escucharse; debía darse prisa si no quería que la ropa se arrugase demasiado. La sangre, que borboteaba desde sus piernas entumecidas, le golpeó con efervescencia el cerebro nublando su vista; como pudo, se apoyó en la pared para no caer desmayada. ¿Quién acudiría en su auxilio si eso ocurriera? Los gatos hambrientos acabarían mordiéndole la cara. «Qué espanto», pensó, e hizo un esfuerzo por olvidar aquello.

Últimamente se recreaba en su infancia; apenas podía recordar casi nada de su niñez; debía de haber sido una muchachita muy risueña, o eso aparentaba en las fotografías del viejo álbum de mamá. A partir de su graduación todo había girado en torno a él. «¿En qué demonios consistía mi vida antes de conocerle?». Se avergonzó de haber preguntado eso. La espalda volvía a dolerle. Era una mujer valiente, siempre habían dicho eso de ella; necesitaba volver a salir, hacer planes... «¿Sally seguirá teniendo

el mismo número?».

A tientas, caminó por el pasillo hasta chocar con el primer peldaño de la larga escalera que conducía a la segunda planta; maldijo, y dio la luz. Continuó subiendo hasta llegar a la buhardilla. La iluminación artificial se desparramaba en aquel cuartucho como una fina capa de musgo verdoso sobre los montones de cajas de cartón apiladas. Ruth se encogió de frío, y caminó por la habitación mirando de soslayo las manchas de humedad del techo. «Esto no es bueno para mis dolores; cualquier día mando todo al carajo y me vuelvo con mamá».

La buhardilla estaba llena de estrambóticos artilugios pertenecientes al antiguo propietario. No sabían nada de aquel hombre. Solo un par de datos que les dieron al comprar la casa. Debió de ser un tipo extraño, con cierto nombre, que se dedicaba a dar espectáculos de ilusionismo allá donde le llamasen.

—Dicen qu'el cadáver d'ese viejo huraño continúa pudriéndose en el caserón —les había dicho el agente de la inmobiliaria con una sonrisilla estúpida en la cara.

Pronto sus ojos se posaron en lo que parecía un bonito joyero de madera; «un lápiz...», sin poder ocultar su decepción leyó la nota que lo acompañaba: “Usar con moderación”.

«¡Dios santo, la ropa!», exclamó, y dando la vuelta al papelito escribió: “Tender la ropa”. Así no volvería a olvidarse (ya no podía volver a confiar en su mala memoria). Al llegar a la cocina observó que toda la colada estaba perfectamente colocada, pinzas incluidas, y, sorprendida, intentó hacer un repaso mental de lo sucedido.

«Un maldito lápiz... menudo descubrimiento». Sintió el rugoso tacto veteado entre sus dedos. Aburrida, deslizó el grafito sobre la nota: “Usar con moderación, y un cuerno”, añadió junto a la enigmática caligrafía, y se tronchó de risa con la ocurrencia. «Y UN CUERNO». Tan pronto como leyó aquellas palabras, un cuerno de ternero cayó pesadamente sobre la mesa.

«Está clarísimo... he perdido el juicio».

“Magdalenas”, garabateó sobre el papel, y, como salido de la nada, un plato con deliciosas magdalenas se materializó al instante. La sangre le

latía con violencia en el pecho. Casi por inercia escribió el nombre de él.

No ocurrió nada a continuación.

«Ni siquiera un milagro lo traerá de vuelta». Secando el papel humedecido por las lágrimas, anotó algo más; y sonriendo tímidamente, fijó su vista en la gomita rosada del lápiz que, tras unos instantes suspendido en el aire, cayó al suelo con un característico tamborileo.

«Una vida plena...», fueron las últimas palabras que se escucharon en la casa en mucho tiempo.

El lápiz mágico - Laurindiel

<http://frominsidelaaurindiel.blogspot.com>

Consiguió levantarse de la cama, donde llevaba postrado desde aquel día en que todo su mundo se vino abajo. Todavía recordaba aquel momento en el cementerio. Mientras llovía a raudales y todo su cuerpo se empapaba, observaba el ataúd descender sobre el hueco que habían excavado en la tierra. Dentro de esa caja reposaba la vida que la enfermedad le había truncado, la vida que había vivido durante veinte hermosos años, la única vida que había conocido, la única luz que le había acompañado durante ese tiempo, la única persona que había sabido conocerle y comprender el mundo en el que se adentraba noche tras noche, en ese bar de citas que regentaba. La única, al fin y al cabo.

Siempre tuvo la certeza de que nunca habría nadie como ella, y desde ese día, cuando contemplaba las paredes de su cuarto, no podía evitar sumirse en la soledad más profunda, en un universo donde los demonios constantemente lo amenazaban y lo atraían hacia el vicio y la autodestrucción. Muchas veces estuvo tentado a sucumbir ante tamaños despropósitos, pero justo cuando su voluntad más flaqueaba, se asía al embozo de la cama con fuerza, se mordía los labios y, en silencio, gritaba. Como si ese grito ahogado pudiera expulsar toda la maldad y todo el desasosiego que amenazaba con rodearle.

Se levantó, pero, sin embargo, apenas pudo andar. Al instante de ponerse en pie sintió cómo sus piernas flaqueaban y se vio abocado a sentarse en la silla del escritorio, sobre cuya mesa había un lápiz y unos papeles. Una vez sentado y sudoroso, apoyó su frente en la palma de su mano, y su mirada, inconscientemente, se dirigió a ese trozo de granito que se encontraba sobre los folios en blanco que daban color a la mesa negra como el carbón.

No supo el motivo que le empujó a ello, pero de repente sintió cómo su mente se despejaba y cómo los recuerdos se le agolpaban. Entonces, se decidió a escribir sobre ella. Su instinto le decía que solo así podría recuperarse del dolor, que solo así podría recordarla como se merecía y que solo así podría volver, de alguna manera, a ser él mismo. ¿Por qué

no lo había hecho antes? No lo sabía. Quizá era porque había estado demasiado ocupado intentando retener a sus demonios y no se había preocupado por nada más, o quizá era porque, simplemente, ni siquiera se había levantado de la cama para otra cosa que no fuera ir al lavabo. En cualquier caso, daba igual. En un momento, su mente se había iluminado, y sus miembros habían empezado a responder como nunca antes lo habían hecho.

Pasaba con su mente por cada uno de los fotogramas de la vida compartida con ella, intentando retenerlos. Tanto, que al final su propia mano iba a un ritmo mucho más rápido que sus pensamientos.

Y entonces, solo entonces, mientras cada una de las líneas escritas iba creando una atmósfera extraña en esa habitación, mientras el lápiz que estaba usando iba dejando su impronta en el papel en blanco, y resucitaba en cierto modo el espíritu de su amada, se dio cuenta de que la felicidad que había experimentado durante esos veinte años volvía, al menos momentáneamente, a su vida.

Tal era la rapidez y concentración con la que escribía, que sentía, notaba, cómo ella le estaba observando desde donde quisiera que estuviera. Cerraba los ojos mientras su mano seguía con su tarea, y podía sentir el tacto de su mano sobre su hombro, y la frialdad de sus besos en las últimas horas antes de su muerte. Notaba cómo revivía, no solo en sus recuerdos, sino en esa habitación en la que estaba, como si nunca se hubiera ido de allí. Era como una experiencia mística, la unión de dos almas que nunca iban a ser separadas. Una magia misteriosa que desprendía ese lápiz que estaba usando.

Desde entonces, no pudo parar. No quiso hacerlo. Todas las mañanas, o tardes, no sabía, escribía durante una hora, o dos, o toda la noche, dependía del momento, y de la necesidad. Era su manera de encontrarla, de volver a la felicidad vivida y de sentirla de nuevo a su alrededor.

Con la última línea de sus recuerdos, el granito del lápiz se terminó, de la misma manera que lo hizo su vida.

El Lápiz mágico - Beba (Argentina)

I- Algunos de los mejores momentos de mi vida transcurrieron en los Campamentos de Jóvenes Cristianos, en Los Gigantes, (Sierras de Córdoba). Comenzaban los años 60. Durante diez días se alzaban las carpas para el grupo de sesenta chicos y chicas; disfrutábamos de una sana amistad y vivíamos en un sereno y organizado régimen scout. Ya era un milagro un campamento mixto, con un cura que no usaba sotana, nadaba entre todos nosotros, y nos hablaba de un Dios que nos quería libres y responsables. Reflexiones, fogones, caminatas y escaladas, tardes de río... y “la espera del sol”. La primera vez que participé tenía catorce años. Y la emoción del momento me sigue desde entonces, en cada recuerdo, en cada canción.

II- Acabamos de llegar a la cima del cerro; “mochila al hombro, paso adelante, azul de horizonte la mirada”, como dice una vieja canción campamentera; en realidad, “gris de horizonte la mirada”, porque apenas comienza a aclarar.

Adormilados y friolentos, mientras tomamos unos mates, avistamos la primera señal: una pincelada roja y naranja, una fogata vibrante contra el cielo: el sol está apareciendo, y sube despacito por detrás del cerro; es un lápiz mágico; los negros rincones de la noche se agrisan, se sonrojan y azulan; y despierta el verde en el suelo y en la copa de los árboles; y junto a alguna flor sorprendida en el sueño, colorada y vergonzosa, un colibrí centellea en el follaje.

El lápiz mágico engruesa su punta y se vuelve pincel, brocha confiada y resuelta que llena de luz todo el espacio. Y también se vuelve batuta de trinos, balidos, y campanas lejanas.

Por un instante vibramos silenciosos ante la maravilla; después arrancan los “hurra” y las coplas; el lápiz mágico nos dibuja sonrisas y nos cosquillea el corazón.

El capellán inicia la misa, una de las primeras en castellano y con guitarras, después del Concilio; y todos cantamos, saltamos y aplaudimos. Mañana volvemos a casa. Somos poco más que niños, aunque algunos “nos pusimos de novios”, en el campamento. Y somos los que, veinte

años después, rotos por el miedo y el odio, o desaparecidos, o muertos, tratamos de salir de una página negra de nuestra historia.

III- Buscando reencontrarme, anoche llegué otra vez a Los Gigantes; me alojo en un refugio de montaña que ayudamos a construir en los campamentos.

Ya está aclarando. No he dormido bien; mi corazón sigue afligido de incertidumbres, rencores y tristezas...

De pronto el lápiz mágico del sol se cuela por un ventanuco y me acaricia los ojos hinchados y la cabeza afiebrada; y me llama con voces de pájaros y de amigos lejanos; me invita, insistente, a tomar conciencia de mi propio milagro:

«Estás viva. No hay noches eternas».

«Despierta; mira, oye, descubre; confía; vive».

Me asomo a la puerta de la cabaña; y le lloro a las montañas soleadas y a los recuerdos felices; y me siento acariciada por el aire limpio y brillante...

Pasó la noche; no sé cuánto durará mi profunda tristeza, pero ya la siento más liviana.

Con la olorosa presencia del mate que acabo de preparar, me llega un párrafo leído en algún momento joven y feliz:

«Pertenece a una eternidad cuyos límites apenas intuimos. Somos puntos en el cuadro increíble de la Creación; y Dios, el dibujante, traza, ilumina y sombrea nuestros días con su maravilloso lápiz de amor: a veces, palabras; otras, un rayo de sol. Confiamos. Cada segundo y cada átomo responden a este trazo invisible y perfecto».

El lápiz mágico - Pato Menudencio

<http://menudencio.wordpress.com/>

Les voy a contar la historia de cuando casi me convertí en millonario.

Mi sueño era triunfar en las letras. En esos años tenía talento y juventud, pero nadie me valoraba como escritor. No lo entendía, mis historias tenían todo lo necesario. Eran originales, con excelente ritmo, de esos relatos que atrapan en un instante. Solo los críticos ignorantes no entendían la magia que brotaba de mis manos. Aún ahora no entiendo que calificaran mi obra como una mierda de proporciones épicas. ¿Qué saben ellos? Mi historia del travesti que se hace monja y que luego embaraza a todo el convento estaba destinada para brillar en el mundo y esos envidiosos cortaron mis sueños.

Ahí estaba yo, treinta años, un trabajo aburrido, poco dinero, sin sexo en varios meses; en otras palabras, una situación de lo más jodida para alguien como yo que ansiaba fama y fortuna.

¿De qué se escandalizan? ¿Fue porque dije fama y fortuna? No sean hipócritas, en el fondo también lo piensan. Por más que nos guste escribir por amor al arte, todos alguna vez fantasearon con la idea de ser millonarios escribiendo. Las giras firmando libros, los lanzamientos en los que tú eres la estrella, el séquito de aduladores; que tu novela sea adaptada al cine, y por qué no, de vez en cuando llevarte a la cama a alguna universitaria hipster, pseudointelectual era un sueño recurrente en mi cabeza, y les apuesto que en las tuyas también.

Merecía un destino mejor y estaba dispuesto a vender mi alma con tal de lograrlo. Eran tanta la angustia que todas las noches bebía hasta la inconsciencia, maldiciendo a los hijos de puta que tenían el monopolio literario.

Una de esas noches en las que odiaba a todo el mundo, alguien golpeó la puerta de mi piso. Me puse los pantalones, me rasqué las bolas y, al abrir, una mujer de cuarenta años, con pintas de “golden MILF” de películas “softcore”, me miraba de pies a cabeza.

—Hola —dijo—, soy Lucy Fernández, agente literaria, pasaba por fuera y tus quejidos han sido tan patéticos que he decidido ayudarte.

—¿Cómo sabes de mis quejidos? Eres un poco acosadora...

—Eso ahora no importa. ¿Quieres mi ayuda si o no?, tengo entendido que decías algo de vender el alma.

—¿Acaso eres el diablo? —pregunté.

—Vaya que tipo tan astuto; por algo mi nombre es más que obvio, creo que deberías reconsiderar ser escritor; por tus aptitudes intelectuales podrías trabajar en McDonald's.

—No me vengas a insultar en mi propia casa —dije enojado—, y si es verdad lo que dices ¿Cómo me ayudarías?

—¿Ves el lápiz que tengo en mi mano? Es el lápiz mágico, y antes que lo menciones, si, es un nombre de mierda para un artículo tan maravilloso. Usarlo es fácil incluso para un escritor fracasado como tú. Lo que debes hacer es vendarte los ojos, tomar el lápiz, y de inmediato, este se moverá por sí mismo en el cuaderno. Eso sí, no debes ver la obra hasta que esté terminada. Ahora debo irme, es hora del castigo nocturno a Hitler.

Con un estruendo desapareció dejando una nube de azufre en la sala. Casi me cago en los pantalones, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. Me senté y seguí las instrucciones de Lucy, de inmediato mi mano se movió a una velocidad inigualable, apenas podía adivinar lo que ella escribía, estuve toda la noche escribiendo. Por un momento pensé que a lo mejor la obra demoraría varios días en escribirse y moriría de hambre al no poder alimentarme.

Por suerte el punto final llegó antes de lo que esperaba. La muñeca no me dolía tanto desde que tenía catorce años (ustedes entienden) y empecé a leer ansioso, por fin sería millonario escribiendo.

Leía cada página con cuidado, y ya en la número veinte sospeché que algo andaba mal. Aún así, debía cerciorarme al terminar mi lectura de que solo era un miedo infundado. Sabía que esa novela pavimentaría mi éxito, sin embargo el horror se apoderó de mí cuando vi el resultado.

Era una puta novela de autoayuda.

Quemé el borrador y cancelé mi contrato con Satanás. Nunca más volví a ser escritor. Abandoné esa vida con todos mis anhelos de fama. Aunque no me rendí, al cabo de un tiempo inicié una fructífera carrera como crítico literario.

Si no podía crear, me ganaría la vida destruyendo...
Las universitarias desnudas pueden esperar...

El lápiz mágico - Ariel Martínez Malpica (M.M.Ariel)

<http://delfin.bioidentia.com/wp/usuarios/m-m-ariel/>

En cierta ocasión, las moiras o diosas de la fortuna: Cloto, diosa del nacimiento, Láquesis, diosa del destino y Átropos, diosa de la muerte, fueron invitadas por su padre Zeus a un banquete en el Olimpo. Una de esas reuniones para apaciguar la furia de Hera, por las constantes infidelidades del padre de los dioses. Las moiras que gustaban de esas reuniones, vistieron sus mejores galas y asistieron a la velada.

Cuando las respetadas diosas regresaron a su palacio, Cloto continuó decidiendo quién nacía, e hilando las vidas de los mortales, al tiempo que Átropos decidía quién debía morir y en qué forma, cortando el hilo de la vida con sus terribles tijeras. Entonces se encontraron con un problema: Láquesis tomó una regla y procedió a medir la longitud de uno de los hilos, pero no encontró la pluma para marcar el punto donde Átropos debía cortar.

Durante un rato estuvieron buscando, pero no encontraron la pluma, así que llamaron a sus subalternos y ayudantes, quienes peinaron cada milímetro del palacio, pero tampoco encontraron la pluma extraviada.

Se sentaron entonces las tres diosas a dialogar, y a tratar de dar una solución al problema:

—Ya corté el último hilo que había marcado —dijo Átropos—, puedo seguir cortando hilos a ojo, pero no sé qué suerte correrían los humanos.

—Yo puedo seguir creando e hilando vidas, pero no soy responsable por el tipo de destino que ellos tengan —agregó Cloto.

La diosa Láquesis no sabía que decir, ni que hacer. Ciertamente la situación era un problema grave. A partir de ese momento, a los mortales no se les podría decidir su destino y se podrían volver impredecibles. Finalmente, después de deliberar una eternidad (que para los mortales fueron tres minutos), las moiras decidieron que no debían hacer nada al respecto, y esperar para ver que sucedía.

Algún tiempo después, entre los hombres corrió el rumor de que su destino ya no estaba en manos de los dioses. Por supuesto, esto causó

alarma y revuelo entre ellos. Muchos se suicidaron, otros perdieron la razón y el resto simplemente no le dio importancia al asunto.

El tiempo pasó, y un buen día, las moiras se percataron de que a un pequeño, pero muy pequeño grupo de hilos, les aparecía una marca como si Láquesis la hubiera hecho. Intrigadas las moiras comenzaron a investigar sin encontrar causa alguna, hasta que en otro banquete ofrecido por Zeus para enmendar sus errores con su esposa Hera, la excelsa diosa Palas Atenea les dijo:

—Es el lápiz mágico. Si. Los humanos han descubierto un lápiz con el que pueden establecer su propio destino.

Después del festín, las moiras ahora si extrañadas por esa situación, bajaron a la tierra y fueron directamente donde los hombres a preguntarles quién poseía ese prodigioso instrumento. Llegaron primero donde un sacerdote de Apolo a quien preguntaron, pero su respuesta fue:

—Divinas señoras, no sé de qué me hablan. Yo soy fiel a los dioses, mi vida la he entregado a ellos, y así será hasta mi muerte.

Llegaron a una calle donde vieron un pordiosero, a quién le preguntaron si sabía algo. Su respuesta fue:

—No quiero nada de ustedes, por su culpa ahora mi fatalidad está en manos del resto de los hombres. Hay días en que pruebo alimento, hay otros que no, y es lo único que me importa.

Se presentaron entonces en una vivienda de propiedad de un hombre muy rico, a quién interrogaron.

—¿Lápiz mágico? ¿Tiene algún valor comercial? Mis riquezas han disminuido a la mitad. He sido víctima de múltiples robos en los últimos días. Mis hijos y mi esposa no cesan de pedir y gastar, y ni qué decir de los impuestos...

Después de hablar con muchos humanos que se lamentaban y se quejaban por todo, ingresaron a una casa modesta pero cómoda, donde habitaba un hombre muy sabio, a quién interrogaron sobre el lápiz mágico. El individuo notando quienes eran, y lo que hacían, dijo:

—¿Creen que soy un hombre que puedo ser guiado hasta un fin no escogido por mí de forma fatal e inevitable?, o ¿creen ustedes que puedo ser un hombre libre de llevar a cabo mis propias acciones?

Las diosas no respondieron. Comprendieron que habían encontrado al lápiz mágico. Había humanos que dejaban el destino en manos de los dioses, otros que lo dejaban en manos de los demás mortales, y un pequeño grupo que lo había tomado en sus propias manos. Desde ese día, las moiras saben de la voluntad del hombre.

El Lápiz Mágico - Daniel Drago

Otoño 2142

Bodo es visto por sus colegas como un atavismo. Desde el nombre celta antiguo que eligió para sí mismo hasta su extraña costumbre de usar lápiz de grafito sobre papel (si, aún en pleno siglo XXII existen extravagantes fabricantes de papel físico y de lápices de grafito) para tomar notas y dibujar en lugar de cualquier dispositivo bioelectrónico etéreo o tangible disponible. Por eso no es de extrañar que se ofrezca siempre de voluntario para las exploraciones no interventivas al pasado que organiza el CEHE (Centro de Estudios Históricos Europeos). Él está entrenado para mimetizarse en el medio social que le toca reseñar, pero esta vez la tiene difícil: debe ir a las llanuras cantábricas por el año 25.000 A.C. a estudiar posibles presencias residuales de Homo Neanderthalensis y su convivencia con el Homo Sapiens.

Otoño 24.813 A.C.

Crom-Eh tenía miedo. No era bueno vislumbrar a un extraño en el territorio. Él, con su aún poco desarrollada memoria de hombre prehistórico, asociaba esta presencia con el cruento enfrentamiento contra los que vinieron de la montaña hacía muchos inviernos, más robustos y fuertes, aunque más bajos y torpes. Los asaltantes se marcharon, pero antes mataron a varios de su horda y a dos de sus mujeres. Él se quedó con una de las invasoras que se negó a huir y le dio varios hijos. Leb-Mo, el mayor de éstos, solía acompañarlo a cazar y antes de la partida dibujaba figuras mágicas en el barro fresco con una estaca para conjurar a los animales a acercarse. Luego Crom-Eh y los otros hombres del clan los perseguían para apedrearlos o lancearlos hasta darles muerte, de modo que el clan pudiese comer.

El miedo de Crom-Eh y sus hombres aumentó con los días. El extraño semejava un hechicero, alto y cubierto con extraños atuendo muy distintos a las pieles que usaban él y los suyos. Parecía ignorar su presencia, pero cuando los hombres intentaban acercarse, se hacía invisible. Una vez alguno lo tuvo a tiro de lanza, pero en su mente lo paralizó con una

sensación de miedo incomprensible. Por el contrario, Leb-Mo encontraba fascinante al extraño y se le aproximaba cada día más, hasta poder ver los extraños símbolos que este trazaba sobre una superficie que le pareció inusitadamente clara, como una nube o como la nieve invernal.

Un buen día Bodo terminó su estudio. A sabiendas de que Leb-Mo estaba tras él, se giró bruscamente y le vio fijamente a los ojos. ¡Cuántas cosas se transmitieron mudamente en ese cruce de miradas! Bodo se embargó con una lejana sensación de familiaridad, y Leb-Mo sintió como si en su mente se instaurase una semilla de creatividad, una forma desconocida y novedosa de ver y representar las cosas.

Simultáneamente

Al regresar, Bodo no se atrevió a confesar que había extraviado (quizás no tan involuntariamente) su lápiz en algún saliente rocoso del lugar que eligió para observar, lo que violaba las normas del CEHE y ameritaba una severa sanción. Entregó un informe que invitaba a proseguir la investigación, pero tuvo la certera corazonada de que nunca volvería a las llanuras cantábricas durante el período Auriñaciense.

Leb-Mo encontró la pequeña vara mágica que usaba el extraño para trazar sus signos y dibujos. El objeto negro de su extremo parecía un minúsculo tizón. No servía para mucho en la tierra, pero funcionaba perfectamente en las rocas de la cueva en la que se refugiaba el clan durante los crudos inviernos. Siguió dibujando animales para que su anciana madre y todos los de su horda tuviesen que comer. Y al agotarse el lápiz mágico, tanto Leb-Mo como otros jóvenes de su horda comenzaron a dibujar a los uros, ciervos y caballos utilizando los carbones de la leña con que se asaba la carne.

Verano 1879

—¡Mira papá, bueyes! —exclamó María Faustina Sanz Rivarola, mostrándole a su padre, Marcelino Sanz de Sautuola, los extraordinarios dibujos plasmados en una galería lateral de la caverna conocida como la Cueva de Altamira.

El lápiz mágico - Mònica Pérez Sánchez (Wolfy27)

No era el primer avistamiento. Se pretendía ignorar lo inminente y el capitán lo sabía. Eran meses de mareas altas, independientemente de la posición de la luna y del temporal. Algunos marineros que tenían fama de poco cuerdos rumoreaban que había algo entre las aguas; algo tan inmenso que era capaz de hacer subir el nivel del mar.

Aaron, el más joven e inexperto de los tripulantes de “El lápiz mágico” — llamado así por la estela que dejaba tras la popa—, atraído por las historias que le rodeaban en las cavernas, decidió preguntar al capitán por su hipótesis. Este le miró solemne, cigarro en boca, y le dijo que lo peor que podía haber en esas aguas era el fantasma de Moby Dick. Aun así, el joven advirtió un atisbo de miedo en sus ojos hundidos.

Embarcaron nada más empezaba a desperezarse el día, silenciosamente, sin perturbar la tranquilidad del pueblo dormido. Tras los tejados de las deterioradas casas del puerto, empezaba a imponerse el apático sol de invierno.

Aaron ya se había acostumbrado a las sacudidas del barco, pero sabía que los vehementes impactos que recibía el casco, salían de la normalidad. Mientras izaba las velas, se preguntó si sería el único a bordo que pensara así.

Los días, salados, transcurrieron sin sorpresas hasta una noche en la que los marineros terminaban sus copas tras una buena pesca. El estático aire rezumaba un cierto olor a carne en descomposición, pero lo atribuyeron a las presas de las orcas y los tiburones de las aguas subyacentes. Lo más extraño era el animal que había caído en sus redes; era del tamaño de un delfín mular, de grisácea piel parecida a la de un anfibio y de exageradas fauces en comparación con su cuerpo. No le encontraron los ojos. Supusieron que debía de tratarse de alguna criatura que vivía en la más absoluta oscuridad de las profundidades. Lo que desconocían era por qué había emergido.

Acabaron cocinándolo. Al joven Aaron no le pareció bien, ya que tal vez se trataba de una nueva especie y debían llevarla a tierra para

que fuera investigada; así que no lo comió. Tras la cena, sin embargo, todos comentaron lo jugosa y sabrosa que era aquella carne y la suerte que habían tenido. Esa noche se escucharon ruidos en el barco; gruñidos quejumbrosos. El joven que no había probado bocado salió a cubierta, donde lo acompañaba solo la luna y una sucesión de infinitas estrellas. Al volver, los ruidos no habían cesado, y no tardó en percatarse de que provenían del estómago de uno de sus compañeros. Se estremeció y trató de despertarle, pero no respondía; su piel era gélida y sus ojos, contraídos por el dolor, mirarían por siempre la nada. De su boca desencajada salía un zumbido cargado de pestilencia, como la vibración de un móvil recibiendo una llamada. Pensó justo en eso, en que tal vez una parte del cuerpo descompuesto y medio digerido del animal, todavía reaccionara a la llamada de los suyos.

Una sacudida le sacó de su ensimismamiento. Una pantagruélica ola estaba a punto de arrollarlos. Trató infructuosamente de despertar al resto de la tripulación, sin ser consciente de que era el último hombre vivo en aquel navío condenado. La familia de la cena estaba allí.

El lápiz mágico - Lionel Muñoz

http://twitter.com/Lionel_mz

Su trazo era uniforme y definido, de un color negro opaco, sin el brillo que le otorga el grafito de los lápices comunes. Muy difícil de borrar, pero no imposible. Escribir con él resultaba sencillo: desde el momento en que uno lo tomaba entre sus dedos, una energía fluía a través de las yemas y crecía la necesidad de plasmar ideas, imágenes e historias sobre papel. Un catalizador de creatividad. Todas estas propiedades eran fácilmente reconocibles por el propietario de turno del lápiz, sin embargo, su origen era un misterio, y el progresivo agotamiento y deterioro mental seguido por un acelerado envejecimiento, era pocas veces atribuido al maligno obrar del lápiz.

Marcos, un escritor frustrado, sin familia ni amigos, con dos suicidios fallidos en su haber, se había topado con el lápiz como por obra del destino, y pasando por alto la sutil advertencia del errante buhonero que se lo vendió se puso a escribir de inmediato. En un mes, su editor aprobaba el borrador, y poco tiempo después era publicado su primer libro, arrasando en las ventas.

Un día, ya instalado en su nuevo departamento y con los pies sobre el escritorio, se mofaba del buhonero por haberle vendido a un precio irrisorio la llave del éxito. «Tenía un acento extraño», recordó.

Era cierto que se sentía cansado, pero también era entendible: solo dejaba de escribir para comer, ir al baño y dormir un poco. ¿Cómo darle la oportunidad al olvido de secar el mar de ideas que lo inundaba constantemente?

La prensa no demoró en catalogarlo como excéntrico luego de negarse a dar entrevistas, cancelar eventos y permanecer encerrado comunicándose solo con su editor, Martínez, quien comenzó a desempeñarse a la vez como su representante.

La preocupación sembró semilla dos publicaciones después, cuando su reflejo en el espejo mostraba un rostro demacrado, y unas intrusivas canas empezaban a poblar sus sienas. «Debe ser la fatiga, no estoy acostumbrado a este ritmo», se tranquilizó. Sin embargo, intentó comer

y dormir más, pero se despertaba en las penumbras con hambre y sueño observando el tenue brillo diabólico del lápiz, que se burlaba de él. Desconocía que su energía vital estaba siendo absorbida, mas empezó a adjudicar su estado de salud al uso del lápiz.

Cualquier intento racional que hiciera para mejorar su salud y librarse de él era, sobrenatural y misteriosamente, contrarrestado. Destruirlo estaba fuera de consideración: tenerlo tanto tiempo en sus manos le otorgaba la certeza de su resistencia.

En un arrebato de lucidez, mientras organizaba su escritorio, logró arrojarlo por la ventana de su primer piso hacia la desierta calle.

Libertad. Alivio. Vergüenza.

Quemó todo lo escrito. Disfrutó de una opulenta cena, se duchó, y se fue a dormir pensando que al despertar tendría que hablar con Martínez.

El sol ni siquiera asomaba cuando, sobresaltado, salió de la cama para observar el cristal de la ventana hecho añicos, y sentir el llamado del lápiz que yacía a sus pies.

Escribir. Comer. Escribir. Dormir. Escribir. Escribir. Escribir.

Todavía guardaba la falsa esperanza de que si seguía escribiendo a ese ritmo el lápiz terminaría por consumirse por completo, aunque en el fondo sabía que eso no iba a suceder. El lápiz se alimentaba de su vida. Su magia oscura lo absorbía como un parásito a su anfitrión. Sentía su presencia al escribir, y más aún cuando se detenía. Tenía voluntad propia, y la expresaba a través de él.

A los 8 meses ya había perdido por completo el control de sus acciones. Casi ni comía. Las provisiones que Martínez le llevaba cada semana (y él agradecía monótonamente sin levantar la vista del borrador) comenzaron a acumularse. Ese fue el quiebre moral para Martínez, quien ya no podía seguir embolsando dinero y mirar al costado ante el extraño comportamiento de su representado. Lo encaró:

—No podés seguir así, Marcos. No estás bien. Tenés que descansar. Comer. Tomate unas vacaciones.

—No puedo. No quiero. —No alzó la mirada, ni dejó de escribir.

Martínez se acercó y apoyó su mano en el hombro derecho de Marcos. No le sorprendió sentir solo hueso bajo la camisa. Aun así, la velocidad

y fuerza con la que Marcos lo arremetió, lo dejó sin oportunidad de moverse. Con una precisión calculada, el lápiz perforó la yugular y la sangre comenzó a manar, manchando todo a su alcance.

Eso fue lo último que hizo Marcos con el lápiz. Toda vida lo abandonó horas después de quedar inconsciente sobre el cuerpo inerte de Martínez.

Y el lápiz ya no estaba.

Un buhonero rejuvenecido observó por última vez la ventana del despacho de Marcos desde las sombras de la vereda de enfrente, mientras guardaba cuidadosamente en un antiguo estuche un objeto transmutable. Las palabras que pronunció, enmarcadas por una sonrisa, pertenecían a un lenguaje hace mucho tiempo olvidado, de cuando los lápices aún no existían.

El lápiz mágico - Laura Hernández

Agosto de 1920

Juan se levantaba muy temprano cada día al despuntar los primeros rayos de sol. Se incorporaba lentamente pues aún sentía el cuerpo dolorido de la jornada anterior, pero en su interior albergaba la esperanza de que su vida pudiera cambiar.

A menudo soñaba despierto, le encantaba hacerlo, se podía pasar horas, incluso me atrevería a decir que es lo único que hacía en su poco tiempo libre, tan grande era su esperanza.

Se sentaba en la orilla del río que atravesaba el pueblo y sumergía los pies en el agua helada, se estiraba en la hierba todavía húmeda por el rocío de la mañana y miraba al cielo azul, entonces cerraba los ojos y respiraba profundamente.

El cantar de los pájaros, la música del agua cayendo cuesta abajo y el murmullo de los arboles balanceados por una tenue brisa era el regalo que la vida le hacía cada día.

Inmerso en sus pensamientos no sentía ni hambre, ni dolor pero cuando volvía a la realidad y miraba sus manos ásperas y negras es entonces cuando la angustia y la desesperación eran más fuertes.

Cerraba la puerta lentamente, caminaba como si llevara una losa a cuestas y después de unos metros se volvía para contemplar lo que era su casa, segundos después proseguía el empinado camino que llevaba al pozo oscuro como él lo llamaba: la mina.

El jefe le vigilaba constantemente, se había descubierto una nueva brecha en aquel túnel angosto con el que se iba a sacar una gran fortuna por ello las jornadas se juntaban con las del día siguiente.

Era uno de aquellos días en que Juan cerraba la puerta de su casa pensando que quizá ya no volvería cuando descubrió un objeto, era un simple lápiz.

Enterrado en una pared derecha de la mina apunto estuvo de hacerlo añicos con su pala, cuando un destello le deslumbró, le pareció efecto del cansancio, empezó a hurgar cuidadosamente con sus temblorosas manos y cuando por fin lo desenterró una sensación de alivio y miedo le invadió,

miro hacía un lado y hacía otro asegurándose de que nadie lo veía y se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Al día siguiente se sentó y examinó atentamente el lápiz como si se tratara de un gran tesoro, al sujetarlo notaba un escalofrío recorrer su cuerpo, imaginaba mil historias de como tal objeto había llegado aquel lugar y a quién habría pertenecido.

Cuando se disponía a guardarlo en su mesita de noche algo le llamó la atención, en un lateral con letras minúsculas casi inapreciables aparecía una frase “ tu destino decidirás” – leyó en voz alta.

Por más que pensaba no lograba entender el significado de aquella frase, cansado de darle vueltas llegó a la conclusión de que solo era un simple lápiz que podría utilizar para anotar sus pensamientos, acto seguido cogió un papel en blanco y en cuanto agarró el lápiz aquel objeto extraño y su mano eran una sola pieza, la punta tocó el papel y ya no pudo parar de escribir, una palabra se unía a otra, quiso soltarlo pero fue imposible.

“Quiero ser libre”.

El lápiz desapareció y cayó fulminante sobre la moqueta polvorienta del suelo.

Cuando consiguió abrir los ojos se encontraba en una preciosa casa, donde lo único que se escuchaba era el cantar de los pájaros y el correr del agua de los riachuelos de alrededor. Grandes ventanales iluminaban las estancias, corrió hacia fuera y lo único que encontró fue bastas extensiones de bosque, de repente el pánico se apoderó de él, gritó fuerte, todo lo fuerte que sus pulmones le permitieron pero no hubo respuesta.

Durante los siguientes meses rozó la locura, por más kilómetros que recorrió no encontró a nadie que le pudiera decir donde se encontraba, se preguntaba dónde estaría, en qué país , en qué región, en qué ciudad.

Realmente llegó a echar en falta el camino empinado hasta el gran pozo oscuro, incluso echaba de menos las reprimendas de su jefe y su humilde hogar.

Pasaron los años y allí seguía Juan , solo en aquella preciosa casa donde el silencio se le hizo insoportable, con la única compañía que él mismo.

Diciembre del 2015

María era una niña solitaria y a pesar de su corta edad se reflejaba en sus oscuros ojos la envidia y la maldad, en el colegio los demás niños le tenían miedo y ninguno osaba a jugar con ella, le apodaban “ la maligna”. Un día miraba atónita como caían los primeros copos de nieve de aquel invierno desde su habitación, salió corriendo al jardín para hacer un gran muñeco de nieve, con sus menudas manos escarbó hasta que no pudo más para hacer una gran pelota que le serviría para hacer el cuerpo del muñeco, cuando de repente algo le llamó la atención, algo la cegó por un segundo, cuando al fin lo tubo entre sus manos leyó una frase: “tu destino decidirás”.

Cogió el lápiz y lo apretó fuerte, una sonrisa picara se dibujó en su cara, los ojos le brillaron resplandecientes y de repente empezó reír a carcajadas con los brazos extendidos y mirando al cielo gritó:

«¡Por fin te encontré! ¡Cuántos siglos te esperado!».

Entró pegando saltos de alegría hacía la casa mientras hacía girar el lápiz entre sus dedos.

El lápiz mágico - A.R.Payán

<https://m.facebook.com/tintadeletras>

Recibí un mensaje en el móvil, era Juan. Insistía que fuera a su tienda, un local lleno de antigüedades y objetos extraños. Tenía algo que enseñarme, alguien había dejado una caja antigua en el local junto con una nota, el sms no mostraba nada más y eso me dejó algo intrigado.

Conseguí hacer un hueco por la tarde, sobre las siete, creo que eran. Había anochecido y no había nadie en las inmediaciones de la tienda, incluso de lejos, el local parecía estar cerrado. Juan decía que los objetos antiguos resaltan más con escasez de luz, y por ello siempre tenía la tienda en penumbra.

De la puerta colgaba un viejo letrero: "Cerrado". Algo que me extrañó, porque la tienda solía estar abierta hasta las nueve, además, Juan quería que fuera a verle. Me iba a ir cuando me acordé del timbre, así que llamé y esperé. Un momento después me abrió, me fijé en su cara, estaba más seria que de costumbre. Cuando entré, volvió a cerrar la puerta con llave, no dije nada, pero me extrañó y la curiosidad se intensificó.

Tuvimos que cruzar la tienda hasta llegar al pequeño almacén, que, a veces, servía como taller, por suerte allí había más luz. Entró delante de mí y se hizo a un lado sujetando la puerta hasta que estuve dentro, después la cerró. A esas alturas, la curiosidad fue dando paso al miedo, comenzaba a estar asustado. Me quedé allí de pie, no sabía muy bien qué hacer, le observaba. Fue entonces cuando me percaté que aún no había hablado desde que entré, ni siquiera al abrirme la puerta.

Me acerqué a la mesa, apenas lo miré a la cara. Estaba observando un pequeño cofre, poco más grande que un palmo, de color marrón, la madera se veía vieja. Me llamó la atención la forma en que estaba hecho, parecía de un tiempo lejano. También había una nota al lado del cofre que, curioso comencé a leer ante la silenciosa mirada de Juan. Noté como según leía, la frente se me arrugaba, apenas había dos renglones escritos a mano. La caligrafía parecía ser antigua, muy clara para estar escrita a mano, en cambio el papel se notaba que había sido arrancado de algún cuaderno. Cuando terminé de leer miré la pequeña caja, dentro debía

haber un lápiz con propiedades mágicas que fue creado por un alquimista.

Con nerviosismo quité el seguro que bloqueaba el cierre, apreté un botón y abrí la tapa con suavidad. Sobre una tela roja, que cubría la madera por dentro, descansaba algo que nunca antes había visto, tenía un extremo más puntiagudo que el otro y extraños grabados en toda su longitud, era frío al tacto y muy ligero. Costaba imaginar que aquello fuese un lápiz, o al menos no se asemejaba a los que se usan en la actualidad, no tenía carboncillo en su interior para poder dejar la marca a su roce con el papel.

Juan comenzó a hablar, su voz me cogió de sorpresa, esa fue la primera vez que habló desde que llegué. Dijo que había estado buscando información en internet. Había encontrado un artículo que hablaba del lápiz mágico en una revista de investigación online, donde decía que su leyenda se remontaba al siglo IV. Con él se habían dibujado cosas que luego ocurrieron, también se usó para cruzar a otros mundos a través de puertas que se trazaban en el aire, se redactaron tratados de paz que eran imposibles de imaginar, creó grandes obras literarias, aunque su escritor no supiese escribir, incluso grandes edificios se levantaron adelantándose a su época gracias a sus trazos en el diseño. Ante nosotros teníamos el lápiz que demostraba que su leyenda era cierta.

Nos quedamos un tiempo en silencio, no dejaba de mirarle. Reconozco que hubo un momento que creí que me estaba gastando una broma. Sus palabras se repetían en mi cabeza. Si era cierto todo lo que decía, ¿los grandes avances de Einstein podrían ser fruto del lápiz?, ¿o si El Quijote lo escribió Cervantes con la ayuda de la magia?, ¿o el diseño de la cúpula de la catedral de Milán que hizo Da Vinci? Algo así cambiaría la historia tal y como la conocemos.

Fui a decir algo, pero la voz de Juan se me adelantó.

—¿Y tú qué crees que ocurrió?

El lápiz mágico - Leonel Esteban Bracco

Tres jóvenes magos irrumpen en la oficina de Merlín. Este aparenta estar ofendido por el atropello, pero no puede ocultar una sonrisa por lo descarado de la inocencia infantil. Se miran unos a otros y, un tanto nervioso, el joven moreno del centro habla:

—Merlín, estuvimos hablando con los otros chicos y queremos que nos dejes usar tu lápiz mágico. Todos dicen que es tu mejor invento, pero a nosotros nunca nos dejaste probarlo. —Sus compañeros asentían con la cabeza, validándolo.

—Chicos, chicos, ustedes saben que el lápiz mágico me permite viajar al lugar que quiera de un momento a otro. ¿Acaso necesitan eso? —hablaba inclinándose hacia adelante, para poder mirar directo a los pequeños.

Se miraron unos a otros y la chica que estaba a la derecha habló:

—Nosotros ya sabemos hacer eso, y no tenemos problema en hacerlo cuando queramos.

—¡Exactamente! ¿qué sentido tiene que le regale una escoba voladora a un pájaro, si él ya sabe volar... El lápiz no tendría ningún uso para ustedes. ¿Para qué se lo voy a prestar? —contestó Merlín, y agregó con un expresión falsa de severidad:— Además, ya me rompieron mi bolso sin fondo y de alguna forma hasta se las arreglaron para romper mi jarro irrompible!

—¡Estábamos demostrando que no era tan irrompible! —contestaron casi al mismo tiempo, pero no hicieron más que hacer reír al viejo mago que luego intentó despacharlos ya que necesitaba seguir trabajando.

Todos salieron menos el más pequeño, que había estado un tanto más tímido que sus compañeros.

—¿Querías preguntarme algo más, Ulises? —preguntó el viejo mientras se sentaba en la silla de su escritorio.

—Sí, en realidad yo estoy teniendo problemas para viajar con magia... Desde que murió mi hermana me cuesta hacerlo a mi casa, y tengo que caminar desde el pueblo. No le dije a nadie, porque no entiendo cómo es que puedo viajar a cualquier lado menos a mi casa. ¡Incluso viajé al medio del mar, y no tuve problema!

De golpe, Merlín cambio su expresión, la seriedad se apoderó de él. Mucho más realista de lo que había estado fingiendo hasta ahora. Los millones de arrugas que le viajaban por todo el rostro le acentuaban mucho más las expresiones, por lo que el hombre que se reía hace unos instantes no parecía él mismo ahora con el semblante formal.

—No es un misterio lo que te sucede... Dime, ¿cuáles son los pasos para poder viajar con magia? —preguntó el mago.

—Recordar el lugar, imaginarlo al detalle y luego sentir que estamos ahí... La magia hace el resto.

—Correcto, y en el momento justo en que lo recuerdes, seguramente vas a estar reviviendo gran parte de todo lo que te pasó en tu casa, que por un tiempo van a ser estos recuerdos tristes... y no te dejan imaginar bien el lugar, por lo que se corta el hechizo. Pero no te preocupes, esto tiene una solución rápida y otra larga. La larga, como te podrás imaginar, es el tiempo que lo alivia todo. Vas a poder superar lo que te pasó y no vas a tener más este problema. La solución rápida —hizo una pausa mientras agarraba su lápiz del escritorio y lo mostraba delante del chico—, tiene que ver con mi lápiz mágico. Después de miles de años de vida llega un punto en que tengo recuerdos muy felices y otros muy tristes de muchos lugares. Lugares a los que quiero viajar, pero al querer hacerlo me sucede lo mismo que te está pasando. —Al decir esto, el rostro del chico se alegró, delatando el alivio que le generaba saber que el más grande de todos los tiempos tenga problemas como él—. Para esto, recurrimos a la magia más antigua y poderosa de todos los tiempos.

El chico lo miraba con toda su atención, sin siquiera respirar con tal de no perderse una sola de las palabras.

—La escritura, Ulises, la escritura. Toma, coge mi lápiz y describe tu casa. ¿Cómo se ve? ¿Qué árboles tiene? ¿A qué huele? Y mientras haces eso, intenta sentir que estás ahí.

El chico, que se quedó mirando con asombro al viejo que le tendía el lápiz, no lo podía creer iese era el lápiz mágico!

—¡Pero entonces de mágico no tiene nada! —exclamó ofendido.

—Tiene mucha magia Ulises, y a esta en particular le decimos imaginación —contestó el viejo mago con mucha seriedad.

Merlín se quedó en silencio, expectante, hasta que el chico tomó el lápiz, agarró una hoja y se puso a escribir.

Pasaron unos minutos y Ulises desapareció con una sonrisa en el rostro.

El lápiz mágico - Ane

Guillermo caminaba hacia la biblioteca de su barrio, arrastrando consigo la mochila con ruedas del colegio. Repleto de tareas escolares que hacer, dirigía sus ávidos pasos hacia uno de los lugares más extraordinarios para él.

Cruzó la calle y divisó el característico ladrillo rojo del edificio cuyos ventanales simulaban unos grandes ojos. Ya en su interior, atravesó el hall y subió la escalera de madera que rechinaba al paso. Aquel lugar respiraba una atmósfera especial, capaz de que un niño soñador, de apenas diez años, antepusiera sus enormes ganas de leer a cualquier otra actividad.

Giró a la derecha donde una superficie amplia, con paredes repletas de libros e imponentes columnas le aguardaba.

—Como cada tarde no fallas a la cita. ¿Tenemos muchos deberes hoy? —Le saludó la bibliotecaria de larga y sedosa melena roja.

—Hola, señorita Lladó, espero terminarlos pronto. He traído un libro que me ha regalado mi padre y me ha prometido que es muy especial.

—Entonces deberías acomodarte en una mesa antes de que te quedes sin ella —dijo acariciándole cariñosamente la cabeza.

Sobre las seis de la tarde el pequeño Guille comenzó a distribuir sus quehaceres escolares. Encendió la lamparita de imitación de Tiffany que complementaba la luz de la estancia, y colocó su nuevo libro a la vista, cerca de él. Ansioso, solo deseaba terminar los deberes para zambullirse en su lectura.

Cuando se encontraba finalizando una redacción, percibió unas risas a su alrededor. Levantó la mirada pero solo apreció normalidad.

De repente irrumpieron de las paredes libros y más libros correteando por la sala, uniéndose al unísono lámparas, sillas, y toda clase de mobiliario cuyas graciosas caras y brazos dibujados, entonaban una divertida canción a la vez que bailaban animadamente. Era un ir y venir de figuras de la literatura infantil como D'Artagnan, el Principito, o la propia Reina de Corazones de Alicia en el país de las maravillas.

Advirtió que una de ellas se le acercaba, se movía descoordinada y

parecía tener un embudo como cabeza.

—Pero, itú eres Hombre de Hojalata, de El Mago de Oz!

Guillermo se frotaba los ojos una y otra vez. Entonces reparó en algo que había pasado totalmente inadvertido.

“¿Dónde están los demás? ¿Y la señorita Lladó?”, se preguntó extrañado.

Miró a los lados y notó que algo se movía entre sus manos. Su lapicero luchaba por escapar de sus dedos. Agitadamente el lápiz salió disparado y el niño observó expectante, cómo se dirigía a su cuaderno de trabajo y escribía: El aprendiz de brujo.

—¡Eh!, iese es el titulo de mi libro! —exclamó Guillermo.

Entonces el lápiz voló vertiginosamente y comenzó a dibujar en el aire hermosos pasajes de la narrativa del cuento. El niño perplejo, cogió el libro entre sus manos, lo abrió y salieron disparadas miles y miles de letras de entre sus páginas. Observaba atónito la escena cuando un halo envolvió su cuerpo y lo sumergió en el libro, engullido por sus hojas. En caída libre y al paso, personajes del texto le saludaban alegremente a la par que el niño reía y reía.

Un zarandeo lo alertó.

—¿Qué ocurre Guillermo? ¿Has olvidado que hay que mantener un respetuoso silencio? —le reprendió la señorita Lladó.

El pequeño despertó de su fantasía. Avergonzado y rojo como un tomate, regresó a su asiento. Miró a su alrededor y observó la mirada enojada del resto. Recogió sus libros desperdigados y echó mano de su lapicero. Lo curioseó y en sus labios se dibujó una sonrisa ante la fascinante aventura que acababa de vivir. Dirigió una última mirada a su libro, e hizo un gesto de complicidad frente a lo que alguien había escrito: dibuja tus sueños y los vivirás.

El lápiz mágico - Alma Rural

<https://almaruralblog.wordpress.com/>

Lisboa se mostró ante sus ojos con toda su espléndida belleza decadente. Desde el mirador de Santa Lucía, Serra veía el mar de tejados extenderse hacia el Tajo. Habían pasado cinco años desde la última vez que pudo estar allí. Buscó un sitio para sentarse a la sombra en la terraza de un quiosco de bebidas que había en la plaza, cerca de la barandilla que le regalaba la mejor vista de la ciudad. El calor exigía tomarse algo fresco. Quizás estaría bien beberse una cerveza. Tal vez una Sagres. En un viaje nostálgico repleto de recuerdos sentir de nuevo el sabor de una cerveza portuguesa en la boca iba a ser una buena sensación.

Entonces Serra sacó de su mochila de viaje un cuaderno de dibujo y su lápiz nuevo. Quería plasmar en el papel el paisaje que estaba observando como tantas otras veces había hecho en el pasado. El cuaderno lo había traído desde su casa, pero el lápiz se lo había olvidado sobre la mesa de su despacho. Así que no le había quedado más remedio que comprarse uno al llegar a Lisboa. Estaba visitando el Chiado y antes de llegar al café “A Brasileira” para sentarse junto a su admirado Fernando Pessoa a tomar una “bica” se topó con una librería antigua cuyas paredes estaban tapizadas con libros de arriba a abajo. Allí compró su nuevo lápiz de dibujo.

El negro carbón del lápiz rasgaba con delicadeza el papel trazando líneas en apariencia sin sentido. Solo Serra tenía en su mente lo que pretendía dibujar. Poco a poco, línea a línea, una sombra por aquí y otra por allí, el paisaje fue tomando forma. Un conjunto abigarrado de casas y tejados ocupaba todo el blanco del folio. Una estrecha carretera sinuosa discurría entre las casas. En ella Serra trazó un tranvía que descendía por sus raíles hacia el río.

Dejó a un lado sobre la mesa el cuaderno de dibujo y el lápiz. Descansó un rato su mano sobre el muslo de su pierna derecha. Después se frotó los ojos cansados y alzó la vista para mirar de nuevo el hermoso paisaje urbano.

De repente Serra oyó un ruidito cerca de él. Era como si alguien

estuviera dibujando a su lado. Miró hacia el lugar del que provenía el agradable sonido que el lápiz hacía al rozar el papel. Pero no vio a nadie. Sin embargo la sorpresa que se llevó fue mayúscula.

Era su lápiz nuevo que parecía tener vida propia. Él solo se deslizaba sobre el papel terminando de perfilar el dibujo que Serra había comenzado. Con la punta inclinada trazaba las últimas sombras que daban un mayor realismo al dibujo.

Serra no se podía creer lo que estaban viendo sus ojos. ¿Es que solo lo veía él? Se incorporó y pegó su espalda al respaldo de la silla. Intentaba alejarse del lápiz aunque tampoco quería perderlo de vista para ver qué sucedía. Entonces recordó y entendió la conversación tan extraña que había tenido por la mañana con el hombre que le había atendido en la papelería.

—Si no tiene preferencia por ningún lápiz en especial llévese este modelo. Ya verá lo contento que queda con él. Le saldrán los dibujos prácticamente solos —le había dicho el tendero.

En realidad no podía ser cierto que existiera un lápiz mágico que dibujara solo pero en aquel momento Serra no encontraba otra explicación a lo que estaba viendo.

El lápiz bailaba sobre el papel mientras iba dibujando el paisaje que Serra había comenzado unos minutos antes. De una esquina a otra del folio trazaba líneas y sombras hasta que dio por terminado el dibujo. Entonces se dejó caer sobre el cuaderno quedando inanimado de nuevo.

Serra sujetó el lápiz con una mano y el cuaderno con la otra. Miró el dibujo finalizado. Estaba perfecto. No le faltaba ni le sobraba ni uno solo de los trazos realizados:

«Parece que he encontrado a mi compañero perfecto de profesión en este viaje. Los descubrimientos que hago en Lisboa nunca dejan de sorprenderme», pensó al tiempo que sonreía.

En silencio guardó el cuaderno y el lápiz en su mochila y comenzó a subir la empinada calle que le llevaría hasta el Castillo de San Jorge. Desde allí podría dibujar mejor el atardecer lisboeta o sería el lápiz mágico quien quizás lo hiciera.

El lápiz mágico - Pepe Sanchis

—¿Sabes? He pasado la tarde en el viejo casino donde los socios siempre tienen su lugar reservado. En el rincón más apartado, junto a una pequeña lámpara que iluminaba lo justo, se sentaban dos hombres en unas butaquitas de esas que, de tan cómodas, cuesta levantarse. Frente a ellos, en una mesita baja, un enorme cenicero repleto de colillas y dos vasos largos en los que apenas eran visibles los cubitos de hielo en su interior. A un lado de la mesa, un extraño aparato, parecido a una grabadora, con una pila de cuartillas y un lapicito que iba moviéndose al ritmo que marcaban sus palabras.

El tono de su voz era suave, melancólico, ni siquiera desde la mesa de al lado se podía escuchar lo que decían. Es posible que cuando uno hablaba de “Macondo” el otro respondía con un “París”.

Al cabo de mucho tiempo, un camarero, a una señal suya, se ha acercado a la mesita para retirar los vasos y el cenicero.

Pero cuando ha regresado con un cenicero limpio y otros dos vasos llenos, los hombres habían cambiado. Estos parecían más jóvenes y de distintas procedencias. También hablaban otro idioma. Quizás enfatizaban más con las manos lo que querían decir. Su conversación seguía siendo tranquila y sosegada. Bebían y fumaban. Si uno de ellos hablaba de “Tokio”, el otro le contestaba “Nueva York”.

Al final de la tarde, he acompañado al camarero a la mesita del rincón ya vacío, y mientras la limpiaba, he tomado en mis manos el extraño aparato grabador, donde el lapicito no había parado de escribir en los papeles, dejando testimonio de todo lo que allí se había dicho.

Nada más llegar a casa te estoy llamando por teléfono. Si te apetece, puedes venir y leeremos juntos esas cuartillas. En mi apartamento tengo una mesita baja y dos butaquitas. Prepararé dos copas. Trae tú el tabaco. Te espero.

El lápiz mágico - Noemi

La primera vez que te vi estábamos esperando a que sonara el timbre para entrar a clase. El sol mañanero estallaba en las baldosas relimpias del primer día de clase. Tu rostro a contraluz. Estabas sola, la cabeza inclinada, como ausente.

Las chicas te miraban de soslayo, antipáticas, desconfiadas ante la “nueva” un poco rara.No vestías al uso ni te pintabas. Murmuraban entre ellas con risitas desafinadas. Los chicos te ignoraban, para ellos eras demasiado extraña.

Quizás esa fuera la causa por la que yo, en cambio, no podía dejar de mirarte. Aunque tampoco me atrevía a reducir la distancia que nos separaba, ni a dirigirte la palabra. Un simple saludo, lo de todos los días, no exigía nada. Pero te rodeaba el silencio misterioso de lo insólito. Lo reconozco, fui cobarde.

El lápiz se limitó a trazar un esbozo de líneas sombreadas sobre el desierto de la hoja en blanco.

En la clase te sentaste cerca de mí. Podía ver claramente tu perfil y tres cuartos de tu rostro cuando te volvías. Rehusabas las miradas directas, yo también. Sin tener clara conciencia de ello, buscaba tus ojos y a la vez los rehuía.

El lápiz continuó trabajando los contrastes de luz y sombra, insinuando siluetas.

No hablabas nuestro idioma, ni ningún otro que conociéramos. Una profesora te acompañaba para traducir en las clases, muchas cosas ya las sabías porque las habías cursado en tu país, otras te las repetía en clases especiales.También aprendías nuestro idioma y su alfabeto. Debía ser muy difícil. ¿Era por eso que te veías siempre tan callada y triste?

El lápiz trazó al fin un contorno, un óvalo perfecto, con la forma de tu rostro: la barbilla apuntada y el borde del pañuelo rodeando tu frente. Dentro quedaba apenas el sombreado, fuera el fondo se llenaba de perfiles amorfos.

Casi te mueres de bochorno cuando la profesora te llevó al frente. Entonces supimos que te llamabas Noor y que venías de muy lejos, de

aquellos lugares de los que se hablaba en los noticieros. Pero que no nos incumbían demasiado. Pensábamos. Lo nuestro era lo galáctico y cibernético. El deporte, el rock o algo de eso.

El lápiz modeló unos ojos inmensos, oscuros, realzados por un cerco de tupidas pestañas y unas cejas como delicados arcos romanos. Al fondo había ruinas, casas desmoronadas y ardiendo. El lápiz dibujaba lo que los ojos aterrados veían: mujeres agachadas tratando de cubrir con sus cuerpos a niños gimientes, hombres corriendo que sangraban, humo, escombros, derrumbes. Más cuerpos, muertos o heridos y zapatos, muchos zapatos abandonados.

Los días pasaron, fuiste aprendiendo palabras, frases, gestos. Las chicas te hablaban, los chicos se te acercaron. Pero tu timidez persistía y, lo quisieras o no, tu soledad continuaba.

El lápiz contorneó una nariz aguileña y fina. Se percibía el recio olor a explosivos, chumasquina, piedra desmenuzada. Y una boca de labios carnosos que rogaba una plegaria muda, mientras en el fondo tratabas de desenterrar a los tuyos de entre los restos de una casa.

Pasaron los meses y se acabó el año. Por fin un día en la sombra del patio me aproximé a tu misterio. Te entregué la hoja con el retrato que el lápiz había dibujado. Después de mirarlo durante un rato, alzaste los ojos y vi que no eran negros sino de un dulce castaño, con la pupila nadando en un círculo verde como las hojas de ese verano.

Se acabaron las clases. Durante las vacaciones me descubrí con frecuencia pensando en ti sin saber exactamente qué pensaba. ¿Me habías sonreído? ¿Qué habías dicho cuando te llevaste el retrato? ¿Cómo eran exactamente tus ojos pardos?

Cuando volví al colegio no estabas. Traté de dibujar tu retrato para no olvidarte.

Pero el lápiz había perdido su magia.

.....

Capítulo 3

El espejo y el bosque

Diciembre, 2015

.....

Un día helado - Leosinprisa

Llovía, había empezado como un débil aguacero y ahora una cortina de agua cubría cuanto la vista alcanzaba.

Decidí que era momento de detenerme, estaba cansada. No físicamente, era hastío emocional, lo que solía denominar como «día helado», de los que había conocido demasiados para mi gusto, que mi memoria, extraordinaria e incansable, siempre tenía presentes.

Solo quedaba uno de ellos. Tan solo uno, de cuantos me habían querido cazar como si fuese una presa. Un animalillo más, que los cazadores se cobran sin ningún esfuerzo.

Pronto se dieron cuenta de su error. Era como ellos, me parecía en aspecto y modos, pero ahí acababa toda nuestra semejanza.

El agua caía encima de mí, encima de todo, repiqueteando en los charcos con fuerza, salpicando hacía arriba, como si fuese una lluvia nacida del suelo, empapando cuanto tocaba. Pequeños arroyos fluían con renovada velocidad, escorrentías fugaces que morirían al frenarse el aguacero de la tormenta. Y ya lo estaba haciendo.

Las lágrimas del mundo, encarnadas en aquella tromba, eran tan poco persistentes como las humanas. Deseaba que el mundo se cubriera, ahogando a todos y terminando de una vez para siempre. A veces me detestaba a mí misma por pensar así. En muy pocas ocasiones, sentía asco de mis propios pensamientos.

Hoy deseaba que aquel «día helado» lo fuese un poco menos. El suelo era un cochambroso cenagal, pero estaba harta y me senté sin miramientos. Calada hasta los huesos, mojarme más no significaba nada en ese ambiente.

Mi contrincante, el único superviviente, me miraba atónito, como si no creyese esa situación posible. Con un suave gesto, recogí mi espada y le invité a sentarse a una distancia prudencial, sin perder el contacto de la empuñadura de mi arma.

—Esto debe terminar —dije con una voz carente de toda cordialidad, mientras el hombre, un asesino a sueldo, se sentaba enfrente.

No dijo nada, tan solo me miraba. Me fijé en sus ropas, de buena

calidad, así como la armadura que le cubría y había perdido su lustre en aquel día, envuelta en la sangre de sus compañeros, el barro y la mugre que nos envolvía.

Yo estaba en igual condición. La lucha en medio de un barrizal no era nada vistosa, sobre todo cuando la sangre, unida al agua, se empeñaba en cubrirnos por completo. Debíamos tener un aspecto fantasmal, miré de reojo al charco que a mi lado se encontraba. Una superficie lisa como un espejo reflejaba mi rostro en ese día gris, que empezaba a despejarse.

Pude verme con claridad, casi no me reconocía, pero estaba allí. La que muchos llamaban la criatura más bella del mundo y por cuanto sabía de mi misma, la más peligrosa de todas. Dejé de observarme, tenía mejores cosas que hacer.

Tal vez mi físico mundano confundiera a cuantos me mirasen, pues pocos podrían reconocerme como una entidad diferente, un ser inmortal sobre la tierra perecedera que se veía abocada a los continuos conflictos humanos, a lidiar sobre asuntos terrenales que los innumerables milenios me hacían afrontar con cierto tedio.

Siempre era igual, ignorando mi letalidad y a causa de ella, muchos ambicionaban conocer de mi secreto, de la razón de esa eternidad, del imperecedero aspecto, de aquellas formulas secretas que evitaban la vejez y la demencia. Y sobre todas ellas, la que consideraban más importante: mi despecho por una muerte que nunca podrían darme.

A pesar de ello cuan poco comprendían del dolor de mi propia existencia, de tener que soportar las edades, eras completas, sin que nada en mi cambiase.

Era una agonía que no deseaba a nadie. Un profundo malestar llenó mis huesos, subió por mis músculos y alcanzó mi consciencia. El sentimentalismo en mis recuerdos era el peor mal que padecía, necesitaba tener un objetivo, una meta que alcanzar. Aquel individuo frente a mí, pagado por manos ignorantes para arrancarme un secreto que ni yo misma conocía, sería mi buena acción del día. Algo con lo que mermar la locura de una cotidiana eternidad.

Cogí una de las bolsas de dinero que llevaba encima y la arrojé a su lado.

—Hay suficiente para que inicies una nueva vida. Compra una tierra, cultívala o hazte ganadero. Busca una pareja y ten hijos con ella. Haz algo productivo —hablé con una entonación monótona y falta de espíritu.

Miró con desprecio, primero a la bolsa y luego a mí.

—Me encanta la vida de granjero. Es cuanto siempre he querido —contestó con su voz gruesa, llena de resentimiento.

Resoplé, dándome por enterada, arrojando otras cinco bolsas iguales a sus pies.

—Aquí tienes para un pequeño reino. Cualquier cosa con tal de no ver tu fea cara de nuevo. Pon un bonito comercio, algo digno que no me haga arrepentirme de mi generosidad. —Mis palabras portaban una velada amenaza que hizo entrecerrar los ojos del hombre.

—Sí, una miseria para perdonarte la vida, pero suficiente para olvidarme de ti. —Recogió las bolsas, de una en una, mientras sopesaba su contenido.

«Nunca podrías matarme y ya sé que no harás nada bueno con mi dinero. Pero estoy cansada de muerte. Sospecho que volveremos a encontrarnos y habré de terminar lo que ahora me niego a concluir», pensé con desagrado, mientras veía levantar a mi enemigo con sus ojos encendidos por el más puro odio.

—Hasta nunca. —Enfundó su arma y se dio la vuelta, alejándose hasta perderlo de vista.

—Hasta pronto —dije en un tono casi inaudible, convencida de que ninguna de sus palabras habían sido sinceras.

Los árboles del bosque circundante se cimbreaban por un leve viento, sacudiendo las pesadas gotas de sus hojas.

Me incorporé de esa superficie húmeda que había sido mi asiento, el sol intentaba volver a salir. Agradecí el poco calor que me brindaba ese tímido astro, al cual ya había saludado en múltiples ocasiones a lo largo de mi inagotable vida.

Miré los numerosos cadáveres que me rodeaban, no podía dejarlos a las alimañas. Suspiré disgustada, tenía mucho trabajo por delante y mucha suciedad, de la cual desprenderme.

Perder el miedo - M^a Adela Paramio Miranda

<https://mycatapultaliteraria.wordpress.com/>

Abrió el cajón de la cómoda. Allí estaba. Era una caja ovalada de nácar, de unos siete centímetros enmarcada en oro, una pieza de coleccionista recuerdo de uno de sus múltiples viajes.

Al abrirla, en la parte inferior tenía un recipiente para polvos de maquillaje y en la parte superior un espejo. Se había mirado tantas veces en los buenos tiempos que le parecía imposible que pudiese devolverle una imagen que no fuese la que recordaba. Pero hacía mucho que no se miraba, ni en ese, ni en ningún otro espejo. Desde aquel maldito día.

Se había propuesto romper con aquella época oscura y decidió que debía empezar por volver a reconocerse a sí misma y hacer frente a su imagen y a sus miedos.

Decidida, cogió la cajita en sus manos, mirándola como si tuviera todas las respuestas, con la vista perdida necesitó respirar hondo. Las manos le temblaban y las imágenes que venían a su cabeza le hacían daño. Las desechó, no quería recordar. Pero la carrera por el bosque era como una obsesión.

Todo había empezado una tarde divertida en una casa rural. El fin de semana parecía prometedor, habían ido en busca de la naturaleza en un pequeño pueblecito de la montaña, rodeado de bosques, una zona muy tranquila. Nada parecía presagiar contratiempos. A los dos les encantaba el turismo rural, lo practicaban a menudo descubriendo pequeños paraísos de los que disfrutaban mucho. En esta ocasión habían alquilado la casa para ellos solos y como hacía frío, quisieron encender la chimenea, pero se dieron cuenta de que apenas había leña, rebuscaron por la casa y lo que encontraron fueron herramientas: hachas, palas, cuerdas y otros aparejos, así que decidieron ir a buscar leña antes de acomodarse delante del hogar.

Ninguno de los dos contaba con la niebla que de pronto cayó desorientándolos, de repente Alba, se encontró sola, dando voces para encontrar a Juan que no contestaba. No sabía dónde se encontraba. Sacó el móvil intentando ubicarse pero no tenía cobertura y poco a poco la

noche caía.

—¡Juan!, ¡Juan!

El eco era la única respuesta a sus gritos, siguió avanzando cada vez más atemorizada. A lo lejos le pareció oír disparos. ¿Serían los cazadores del coto?, esperaba que no. A quien se le iba a ocurrir disparar con aquella niebla, solo le faltaba que la confundieran con un animal y le disparasen.

Entornó los ojos para ver si vislumbraba algo, cada vez más asustada le pareció ver más luz en dirección sur. Echó a correr apartando las ramas a su paso. Oyó otros pasos corriendo en la misma dirección, le pareció que le gritaban algo pero no entendía y solo quería llegar a la luz. De repente, una sombra grande y oscura saltó sobre ella, el dolor le hizo perder el sentido y entre la bruma de la inconsciencia le pareció oír otro disparo. No recordaba más de ese día.

De eso hacía más de un año. El cazador que la había salvado del lobo no había podido evitar que le deformara la cara. Más de un año de operaciones, medicamentos y terapias.

Le decían que ya tenía un aspecto normal, pero seguía sin atreverse a ver su nueva imagen.

Ayer Juan le había dado un ultimátum, él también se había roto una pierna en la zanja donde cayó pero trataba de volver a tener una vida normal, ella sin embargo se había escondido en sí misma y no era capaz de hacer frente a sus miedos. Ni siquiera le dejaba visitarla, solo hablaban por teléfono.

O se miraba al espejo y se enfrentaba a sus temores o también iba a perder a Juan.

Abrió la cajita y poco a poco fue dirigiendo el espejo en dirección a su cara. Se quedó mirando a la persona que se reflejaba, le recordaba tanto a su madre... Estaba ojerosa y tenía un color raro, un poquito amoratado en la parte derecha de su rostro y quizá un poco hinchada, pero realmente no era el monstruo que temía.

Se puso a llorar no sabía si de pena o de alegría, de pena no tanto por verse menos agraciada como por darse cuenta de cómo había perdido tanto tiempo, tanta energía y tantas oportunidades de disfrutar la vida en los últimos tiempos. O quizá las lágrimas fueran de alegría por haber

perdido el miedo y por haberse reencontrado en aquella imagen que solo necesitaba unos retoques para poder enfrentar el mundo de nuevo.

Cuando se hartó de llorar dejó el pequeño espejo sobre el mueble y recorrió el paño negro que tapaba el gran espejo de la cómoda. Se miró a través de las lágrimas con una sonrisa que parecía una mueca. De todo lo que había dejado atrás en los últimos tiempos había algo que se alegraba de haber perdido: el miedo.

Descolgó el teléfono y llamó a Juan.

El Bosque de los Espejos - M. H. Heels

<http://mhheels.wordpress.com>

—El Bosque de los Espejos te matará —dijo Zander mirando al infinito.

—Si esta cerveza no ha acabado aún conmigo, no lo hará el Bosque — bromeó Alissa con una sonrisa torcida.

Zander apretó la mandíbula e inspiró como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo. Llevaban en la taberna más de media hora y aún no había tocado su cerveza. Se agarraba a la jarra como si se aferrase a algo. Nunca le había visto tan preocupado.

—El Bosque no me preocupa y tampoco debería preocuparte a ti — respondió Alissa, mucho más seca de lo que habría querido.

—Parece que estas deseando morir.

— ¿Morir? No, para nada.

—Entonces, ¿por qué has elegido el Bosque de los Espejos? De todas las Pruebas, de todas las opciones, tenía que ser esa... ¿No te has preguntado por qué nadie lo elige desde hace décadas?

—No voy a hacer otra Prueba de Valía, Zan. No puedo ser vigía, ni cazadora, ni siquiera podría ser médico como mi madre. Necesito salir de aquí, necesito explorar. ¿No lo entiendes? Necesito comprobar que todo lo que nos cuentan es cierto, que somos los últimos supervivientes desde la Llegada y que, realmente, este es el último refugio que queda. No me resigno a pensar que la raza humana se haya reducido a los trece mil que estamos encerrados entre estos muros.

—El Bosque de los Espejos te matará —repitió Zander.

—No lo hará si tú me ayudas —respondió Alissa—. Tu madre fue la última que lo consiguió.

—No sé más que las historias que me contaba antes de dormir y no sé cuánto de cierto habrá en ellas.

—Cuéntame todo lo que recuerdes. Cualquier ayuda servirá.

Zander suspiró resignado.

—Nadie sabe cómo ha llegado a aparecer el Bosque allí, aunque es evidente que lo trajeron Ellos. No es de este mundo, eso está claro.

»El Bosque se divide en varios anillos. En su anillo exterior no hay

nada extraño. Árboles y arbustos normales y corrientes, bayas silvestres e, incluso, algún conejo despistado. No es el mejor lugar para la caza, claro, pero no es peligroso.

»El segundo anillo está formado por arbustos bajos, con hojas cortantes como dientes de sierra. Con la protección adecuada se pueden superar sin mayor complicación.

»En el siguiente los enormes árboles lo ocupan todo. Son árboles que consumen la luz y el oxígeno, como si se tragasen todo lo que existe en el mundo. Miles de árboles asfixiantes, tan juntos unos de otros que apenas hay sitio para pasar.

»Después, los espejos: un pasillo entre torres de piedras relucientes. Los llamamos espejos pero no lo son. No reflejan tu imagen, reflejan tus miedos y tus obsesiones, reflejan lo peor de ti. Los espejos no dañan tu cuerpo, los espejos atacan directamente a tu mente y tu corazón. No puedes escapar de los espejos. No hay ningún secreto, no hay ninguna forma de evitarlo. Simplemente, debes ser fuerte y seguir hacia delante, sin dejarte atrapar por la locura.

»Por último, la Nada. Mi madre lo definía como una enorme explanada de vacío. No hay nada. Apareces en medio del blanco puro como por arte de magia. Dejas de percibir el suelo y el cielo. No hay distancias, no hay sonidos, no hay olores. No hay nada. Solo estás tú y el Gran Espejo en el centro.

»El Gran Espejo te muestra todos los posibles futuros de tu vida y ninguno es agradable. Mi madre decía que El Gran Espejo siempre miente, pero yo sabía que ella no estaba tan segura. Nunca nos contó lo que vio allí, pero aquello fue lo que acabó con su vida. Poco a poco, igual que el agua desgasta la piedra, la fuerza y la voluntad de mi madre se doblegaron a aquellas imágenes de las que nunca quiso hablar.

»El Gran Espejo la consumió, como a todos los que se asomaron allí. Como te consumirá a ti.

— ¿Y luego? ¿Qué vio tu madre en el exterior? ¿Qué hay más allá de la Colonia?

—Luego nada. Ella nunca salió de aquí. Estaba demasiado asustada de todo.

—Yo no tengo miedo. Yo saldré de aquí y conoceré la verdad —
respondió Alissa decidida.

—No puedo apoyarte en esto.

Zander la miró a los ojos, la besó en los labios y salió de la taberna. Alissa supo que era una despedida. Tenía que darle la razón, el Bosque acabaría con ella. Si no le tenía a él, ya no le quedaba nada por lo que luchar.

El fabuloso destino de Hilario Navarro - Melisa

El diario local me sorprendió esta mañana con un titular que ocupaba casi la mitad de la tapa: “Hilario Navarro, ¿Suicida o Narcisista?”. La bajada prometía develar el misterio detrás de aquel conductor de la antigua cadena de noticias de la ciudad de La Plata, la TNP, y cómo hizo aquel hombre para continuar vigente en el recuerdo colectivo platense después de medio siglo. «¿Y a este de dónde lo conozco?», pensé.

Solo han pasado cinco meses desde la fatal muerte del intendente Juan Ricco, el último del clan Ricco, y desde entonces el diario no ha parado de sacar a la luz un sinfín de actos corruptos presuntamente relacionados con la familia de políticos que por tantos años nos gobernó. Que robaron no sé cuántos millones, que amenazaron a no sé cuánta gente, que construyeron mansiones de fin de semana en el interior del país. Hasta de tráfico de personas ya fueron acusados. Mi querido pueblo platense, estupefacto y ávido de nuevos motivos para lamentarse cada día, no habla de otra cosa que no sea de ellos.

En fin, mientras me preguntaba, una vez más, cómo era posible que el diario no hubiera denunciado semejantes atrocidades con anterioridad, me metí de lleno en la lectura de la historia de aquel conductor cuyo nombre me resultaba familiar.

“Hilario Navarro comenzó a trabajar para la TNP desde muy joven. Rápidamente sus dotes como contador de anécdotas lo convirtieron en un personaje invaluable dentro de la compañía. Tenía una fantástica habilidad para embellecer las historias más ordinarias. Su lema era “La gente no busca la verdad, solo algo en qué creer”.

Luego de que la TNP fuera adquirida por la sociedad Ricco-Vitti, la creatividad y la espontaneidad de Navarro fueron manipuladas con fines políticos. La incomodidad del conductor se vio reflejada en la transformación radical de su apariencia física, que sufrió exageradas operaciones estéticas. Su metamorfosis se hizo notoria con la llegada del hijo mayor de los Ricco a la intendencia de La Plata. Fue a partir de entonces que Navarro se convirtió en el nexo principal entre la TNP y los intereses del gobierno, vendiendo, durante años, una imagen del

clan Ricco totalmente maquillada. Ingenuo, el pueblo le creyó... porque ¿cómo no confiar en Hilario Navarro?

Sin embargo, la mentira siempre tuvo patas cortas y la realidad comenzó a develarse de a poco. En mayo de 1996, surgieron rumores de que parte del pueblo estaba organizando una revuelta popular contra los Ricco, por lo que Navarro fue llamado a “hacer” algo. Planificó, entonces, la cobertura televisiva de la simulación de un incendio en una escuelita de calle 45. Sostenía que tal hecho lograría distraer al pueblo por unos días y así se calmarían las aguas en torno a la situación política. Los Ricco estuvieron de acuerdo, pero ordenaron que hubiera, como mínimo, un muerto. Sin muertos no habrá shock, aseguraban.

Lo cierto es que horas antes de que se ejecutara el incendio, Navarro fue encontrado sin vida flotando en el lago del Paseo del Bosque. Pudo haberlo matado la culpa, o la vergüenza. Pero lejos de permitir que se relacionara su nombre al de un suicida, Hilario contó su última noticia, embelleciendo así la última de sus historias: la de su propia muerte. Sobre su despacho de la TNP dejó por escrito lo que esperaba que se contara sobre su final. Pedía ser recordado como el Narciso moderno y que su imagen quedara para siempre vinculada a la de un simpático conductor de noticias que muere estúpidamente ahogado tras contemplarse en un espejo de agua.

Durante semanas el pueblo entero fue absorbido por el gran show brindado por la TNP en torno a la muerte de su conductor estrella, dejando a Ricco en el olvido. El intendente tuvo, entonces, tiempo de sobra para armar un nuevo escenario político que le permitiera continuar con su mandato. Mandato que sus hermanos continuarían, ¿quién lo hubiera imaginado?, por tres largas décadas.”

Después de la lectura comencé a atar cabos. Vinieron a mi mente vívidas imágenes de aquellas tardes de verano en las que de niño solía ir con mi familia al Paseo del Bosque. Siempre que pasábamos cerca del lago, mi padre me advertía en tono jocoso:

—¡Cuidado con Hilario Navarro!

—¿Quién es ese? —preguntaba yo.

—El Narciso platense —me decía, mientras se reía a carcajadas.

Engañadas - Conchi

El sol primaveral busca un hueco entre cortinas, acaricia la panza de mi perro que, en postura cómica, duerme plácidamente. Alejandra y yo, acurrucadas en la mesa camilla comentamos su atrevida pose. Por fin, la relajada carita del perro, dejando colgar un piquito de lengua y sus patitas en alto, provocan una sonrisa en el huesudo rostro de Alejandra.

Abatida, me confiesa las penurias por las que llevan años pasando sus hijos y ella, desde aquella nefasta gestión. Esta tarde es especial, marcará la conciliación o la ruptura definitiva con Bahamut, su esposo. Pues desde que pasó aquello se le ve poco por casa.

Bahamut es hombre de estructura fuerte, pelo canoso, nacido en el Líbano y afincado en España. Hizo aquí la carrera de cirujano. Las mujeres caen víctimas directas de su refinada fascinación. Alejandra se casó con él, aunque esto no la diferencia de las demás.

—Con impaciencia esperamos su llegada. Puede que por fin, encuentre un trabajo en el Hospital. Dejaría de viajar con excusas —comenta Alejandra cabizbaja.

Como seca lagartija, Alejandra se deja la piel en la cocina del restaurante donde trabaja, para traer algo a casa de lo que él, luego dispone. Es hábil maestro en confeccionar historias creíbles sin cumplimento. Su tardanza acentúa la expectativa en su demacrado rostro. Sentimientos lastimeros, despiertan humana comprensión en mí. Un silencio incómodo me empuja a buscar ideas que ofrecerle en circunstancias tan adversas. Su total entrega sentimental a ese hombre la esclaviza, le crea conflicto de valores en su diminuta y seca persona, así como la lucha para tomar decisiones acertadas.

Me levanto con decisión. Mi perro, que aunque dormido no se le pasa una, se levanta de un salto moviendo la cola con mirada inquiridora.

—Sí, nos vamos al bosque —digo a mi perro en tono desenfadado y, dirigiendo la mirada a Alejandra, con cierta autoridad obligo aceptar mi invitación—. Déjale una nota, le esperamos donde siempre, bajo los árboles que lindan a los esqueletos chamuscados. Nos conviene respirar un poco de aire fresco, y meditar en lo fácil que es convertirse en ceniza

observando tantas hectáreas abrasadas por el fuego de esos monstruos erguidos —digo en tono animoso, contagiando al perro que corretea de un lado al otro con ladridos que invitan a salir.

Quizás, esa sea la mejor idea que tengo en toda la tarde, la grandiosidad de aquella zona selvática empequeñece nuestros temores. Por fin escucho Alejandra reír a carcajadas mientras corretea con mi perro. De repente, sus aullidos llaman mi atención. Corro hacia él, un escalofrío se apodera de mí al ver a mi perrito zarandeado agresivamente en la boca de un pastor alemán. Alejandra con palo en mano intenta meterlo en la boca del animal obligándole a soltarlo.

Su pequeño cuerpo descoyuntado y sangrante me estremece. Me apresuro a tomar una botella y poner agua en sus heridas. Al mirar la cara de ese hombre me inquieta lo que percibo en ella. Sonríe orgulloso de su perro considerándole un triunfador.

Como si nada hubiera ocurrido, con una sonrisa pachorruda, se acerca a Alejandra dando la noticia que tanto esperamos.

—¡Empiezo a trabajar en el hospital ya mismo! —Los ojos de Alejandra son diamantes posando en tierra seca. Se abrazan. El la besa como un gato a su cría. Ignora la condición moribunda de mi perrito. Los felicito en tono apenas audible y, ruego me lleven al veterinario.

Bahamut sonríe complacido, como el que conquista ciudades sin esfuerzo. Con aires de victoria, recoge el palo con el que Alejandra liberó a mi perro, lo lanza lejos, con tal mal tino que golpea el espejo del coche cayendo roto entre las hojas secas. Nos vamos deprisa, mi perrito parece grave, la cabeza cuelga sin aliento.

Pasé la noche pendiente de él. Quedé dormida temprano en la mañana hasta sentir sus besuqueos en mi cara. A penas podía creerlo. Todo quedó en un susto y leves heridas. El parpadeo del teléfono interrumpe el jugueteo. Al otro lado del auricular Bahamut pide un favor urgente.

—No puedo optar al trabajo, debo presentar los recibos del Colegio de Médicos y, otras documentaciones. Debo pagarlas y una multa, son seis mil euros.

Mi estómago es un ave herida huyendo de la muerte. Después de reaccionar hablo con los dos. Alejandra, como un globo que pierde el aire

bruscamente se desvanece. Un crédito bancario prestándome avalista podría recuperarla.

Ese mes se hace largo y esperanzador. Detengo la mirada en el cielo claro y grisáceo. Observo pavesas en las cortinas. El sonido del teléfono me sobresalta. Bahamut de nuevo recurre a mí. Mis oídos, como contractura esperando un masaje se pegan al auricular.

—La mitad de la plantilla está de vacaciones, se retrasa la nómina por falta de algún papel en las oficinas centrales. Solo por esta vez préstame el sueldo, en esta semana cobraré una deuda, te pagaré todo —dice Bahamut convencido.

Alejandra espera ese sueldo como lluvia en tiempo de sequía. El primer recibo del crédito debe atenderse. Sin proponérmelo comienzo a sentirme responsable.

Las dudas son manadas de cuervos sobre mi cabeza. Investigo acerca de su trabajo. Como espía en hospital, capto su salida del quirófano junto con todo el equipo de médicos. Respiro hondo y opto por prestarle el dinero, cosa que se va extendiendo por varios meses.

El aire cargado de cenizas pone en movimiento la ciudad. Envuelto en llamas se acerca sembrando el pánico en la población. Se rumorea la huella pirómana. Como un relámpago corre la voz, dos bomberos han encontrado la muerte.

La Policía científica detecta el foco de inicio. Un espejo asesino los conduce al vehículo identificando al responsable por nombre. Alejandra. Un fuego interno invade mi alma al verla entrar en prisión.

Mi corazón es perro enfermo de rabia, deseoso de atacar. Con decisión me apresuro a poner denuncia contra el moroso hospital. Bahamut viaja con nueva excusa. Espero vehemente el juicio. El fallo Judicial, es un ejército de hormigas corriendo bajo mi piel.

—Bahamut ofreció trabajo de voluntario.

El bosque de ensueño - Meyle

Sus ojos se abrieron de golpe. No tenía un despertador que la avisara, pero tampoco lo necesitaba. Empezó a estirarse más allá de sus límites, se disponía a saltar de la cama cuando la duda la detuvo.

—¿Dónde demonios voy con tanta prisa?

Una mueca de hastío apareció en su semblante, hacía unos segundos un nuevo día se presentaba y ahora, era otro día más. Un día cualquiera de repente era cualquier día y eso bastaba para deprimirla.

Apartó las ropa con pesadez y tanteando con los pies sus zapatillas se incorporó. Avanzó despacio hacia el espejo de su armario, su intención era vestirse pero la imagen que apareció atrajo su atención.

—¡Puff!

Giró la cabeza, como si fuera posible que la silueta que veía perteneciese a otra persona.

—Siempre sola.

Contempló sus rasgos: una piel apagada y algo descolgada, unas profundas bolsas oscuras rodeaban sus ojos y el cabello corto se mostraba muy debilitado.

Cerró los ojos con brusquedad temiendo verse de nuevo. Ni siquiera abrió el armario. Volviendo sobre sus pasos se dejó caer en la desordenada cama; la mañana era fresca pero no sintió nada. Poco a poco se abandonó a sus recuerdos, uno tras otro se sucedían, todos tristes, amargos, hirientes.

Su respiración se fue ralentizando, un ligero sopor iba invadiéndola y sus sentidos dejaban la realidad para caer en una densa oscuridad que la envolvía.

Caminaba por una senda de tierra, era una noche cerrada sin luna, grandes arboles poblaban el camino. Había tantos que unos y otros parecían los mismos. El viento y las estrellas como únicos acompañantes. No sentía miedo por lo que su mente inventó unas cuantas sombras transmitiéndole el temor.

Apretó el paso, ese camino llegaría a algún sitio. Se daba cuenta de que estaba en un sueño. ¿Verdad? Dudó.

Su respiración se hizo más lenta, movimientos involuntarios de sus párpados denotaban una fase más profunda del sueño.

El camino serpenteó con ella, entre el silencio de ultratumba que imperaba oía voces que la llamaban. Comenzó a correr hacía ningún sitio, el bosque no se acababa y las ramas de los árboles la detenían, la abrazaban y la soltaba dejándola caer bruscamente. Su respiración estaba muy agitada, el sudor perlaba su frente y un grito agudo salió de su garganta mientras caía de bruces en la tierra húmeda y pringosa de aquel lugar.

Se quedó muy quieta, aguantando la respiración. El final estaba allí y eran sus vivencias cargadas de temores e indecisiones las que le habían robado el valor para luchar. Ese bosque era ella misma y no conocía otra cosa.

Así permaneció largo tiempo, tirada, con la nariz pegada al barro y sintiendo la humedad calándole su cuerpo a través de la tela mojada de su pijama. Haciendo un esfuerzo trató de arrodillarse pero sus piernas se negaron, estaban rígidas. En ello estaba, cuando sintió unos dedos en su espalda. Sus pulmones dejaron de respirar pero aún tuvo el aplomo de girar poco a poco su cabeza para ir al encuentro.

La visión la dejó aterrada, el espectro de la muerte se cernía sobre ella. Como en una película, vestía de negro y cubría su cara con una capucha no llevaba guadaña sino lo que parecía sendos botes de spray. Le recordó a un grafitero.

Terminaba de levantarse cuando observó como se alejaba de ella, mirándola desde la distancia como invitándola a seguirla. Lo hizo, que tenía que perder si ya estaba cansada de vivir. Descansar por fin era alcanzar la paz

Durante un tiempo difícil de cuantificar siguieron caminando, a lo lejos se veía un muro interminable que parecía sería su destino. Una vez allí y sin más preámbulos, la muerte sacó de sus bolsillos dos botes de spray y poniéndolos en sus manos sin mediar palabra, la apremió a usarlos.

Quizá no fuera tan temible su infierno, estaría grafitando por la eternidad: de una vida monótona a una muerte movida.

Un pitido insistente la llevó a la realidad. La alarma del despertador no dejaba de sonar, tanteando la mesita logró pararla y recordando el sueño sonrió, veía las cosas de otra manera, le había devuelto la alegría.

Aún sonreía cuando se paró en seco. Cogió el despertador y no vio los dígitos, dándole la vuelta comprobó lo que ya sabía, no tenía pilas. Hacía años que no funcionaba, lo tenía como reliquia. Siguiendo el hilo de sus pensamientos se miró el pijama, unas manchas negras y amarillas teñían la tela y olía a pintura. ¡¡Estaba muerta!!

El Portal - Osvaldo Mario Vela Sáenz

Aquel hombre solo necesitó un vistazo de frente al espejo para darse cuenta que la figura ahí plasmada mostraba algo en lo que nunca recapitó con profundidad; la acción menguante del tiempo no lo perdonó. La mirada cansada de su propia imagen le decía que los mejores años de su vida se agotaban sin remedio. La voz de Eliza a sus espaldas le hizo desviar la vista a la parte superior del espejo. Justo en la pared de atrás se veía colgar un cuadro del rancho que fuera del abuelo.

—¿Qué tanto te ves Rolando?

Se dio la vuelta para contestar. Sabía que su compañera no aprobaba sus ratos de aparente ausencia ante al espejo sin saber que lo que en realidad ocupaba su atención era la enmarcada fotografía a sus espaldas.

—Eliza, no tengo mucho que admirar de mi persona. Más bien concentraba mi atención en el cuadro del bosque.

—Pues si lo quieres ver a placer, voltea y míralo directo.

—Ya lo intenté, pero al hacerlo mi mente permanece en blanco.

—Eso es cada día más notorio, me preocupas.

—No me entiendes. Lo que trato de decir es que cuando veo la escena del lago y la casa a través del reflejo, mi conciencia se llena de recuerdos del bosque que bordea el agua. El espejo es un portal abierto a un lugar de tiempos tiernos donde dejé muchos amigos.

—¿Amigos en un bosque? Ahora que le cuente esto al Doctor Valle creo que te va a aumentar la dosis del medicamento para tus alucinaciones.

La sutil amenaza de su compañera no le importaba; ahí en el bosque había tenido unos amigos muy especiales, entre ellos Ruperto el ciervo, cuyas enormes astas le daban el dominio del entorno. También, Don Bombón el conejo y su compañera la Bombona. No faltaba la realeza con la zorra y su elegante vestir; él la llamaba Cleopatra y a su fiel compañero Marco Antonio. Luego dos traviesas ardillas quienes llevaban los nombres de Chip y Dale. Dos pájaros totalmente negros que piaban como dementes; las “Urracas Parlanchinas” además de cientos de pajarillas que con sus trinos llenaban el bosque de música: todos ellos, eran seres diferentes pero no le asustaban; ni él a ellos.

—En nada me beneficia lo que le puedas decir al Doctor ni a ti tampoco; así es que mejor guárdatelo.

—Lo que sí pienso hacer mañana es mandar quitar el espejo y el cuadro para substituirlos con nuestro cuadro de bodas y la fotografía grande de nuestros hijos.

—Esa sí me parece una gran idea, prométeme que lo harás. Así la gente que nos visite sabrá que de verdad hemos sido muy felices. Por lo pronto, vayamos a cenar.

Al terminar la cena se dirigió de nuevo al vestíbulo, esa noche sería la última para poder visitar el lugar favorito de sus recuerdos. Arrimó un sillón reclinable, el cual nunca había usado y que parecía estar destinado para la despedida de esa noche. Lo situó justo frente al espejo y se reclinó con fuerza hasta quedar cómodo en él.

Fijó su vista en el espejo y como por arte de magia se vio transportado a la arboleda. Conocía de ese lugar todas sus veredas y vericuetos. De pronto, algo insólito llamó su atención, en aquel vergel el silencio era total. Extrañado, caminó y caminó por atajos que le eran familiares hasta que el cansancio lo venció. El fuerte tronco de un frondoso sauce de hojas tristes, que parecían cobijarlo, le sirvió de respaldo; se quedó dormido.

Cual suave repiquetear de un despertador, la música de la naturaleza sacudió su sueño. Al abrir los ojos se vio rodeado de todos sus amigos, Ahí estaba Ruperto, Cleopatra, Marco Antonio, Bombón y Bombona, las ardillas, las urracas y cantidad incalculable de pajarillas que hacían de su trinar una sinfonía. Saludó a todos a un tiempo con un «¿Cómo han estado?». La respuesta de sus amigos todos al unísono: «Muy Bien», lo llenó de una alegría nunca antes experimentada; podía escucharlos claramente. La plática entre ellos se volvió eterna, tenían tantas cosas que contarse.

Mientras tanto Rolando en su casa, en aquel sofá de descanso; con una sonrisa dibujada en sus labios, no escuchaba ni el llanto ni los lamentos a su alrededor.

Sin aliento - Wiccan

No podía respirar, un extraño sopor la mantenía sobre la esterilla y no acertaba a pensar con claridad. Se forzó a abrir los ojos para descubrir un escenario dantesco mezcla de oscuridad y luces anaranjadas que atravesaban la lona azul de la pequeña tienda. La adrenalina que inundó su organismo a duras penas consiguió que sus entumecidos músculos reaccionasen al peligro. Sus manos lo buscaron en el interior de la entoldada vivienda, solo para descubrir que estaba sola. Tosió. Con el crepitar de las llamas a su alrededor, recordó que él tenía intención de ir a nadar al lago por la mañana.

Empezó a correr cuando observó el fuego propagarse con rapidez. «¡El bosque está ardiendo!», pensó. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Desde ese momento no pudo sacarla de su cabeza, sola, dentro de la tienda de campaña, ajena a lo que estaba sucediendo. Con esa imagen fija en sus pensamientos aceleró la marcha.

Ella se abalanzó con movimientos inciertos sobre las cremalleras de las puertas de tela. El tufo penetraba fácilmente en la estancia y sus pulmones parecían a punto de estallar. Su pecho forzaba la respiración mientras su mente recordaba que no debía aspirar mucho humo. Apretó su cuerpo contra el suelo mientras tiraba desesperada de los cierres. Ninguno se movió. Presa del pánico, gritó.

Corría. Podía ver como las lenguas ígneas crecían y se multiplicaban por segundos. El sonido de sus pisadas se perdía entre los chasquidos producidos por los gases al contacto con la madera y el follaje, que formaban ecos rodeándolo. El espesor de los vapores que emanaban de la inmensa fogata dificultaban ver el bosque. Las escenas de la noche anterior se agolparon en su mente. Ayer le había regalado el espejo, ayer fantaseaban con el futuro, ayer le había dicho que la quería.

«El vendrá en cuanto vea las llamas». Tosió. Los ojos le picaban, tenía la garganta seca, el pecho le dolía y temblaba como una hoja. Un golpe a poca distancia de su cabeza la hizo retroceder. La rama incendiada caída de algún árbol comenzó a devorar el toldo que la cobijaba. Un nuevo espasmo en su respiración ahogó un nuevo grito. Luchó por llevar

oxígeno a sus órganos. No podía concentrarse, su cuerpo no respondía.

Sus piernas volaban sobre la irregular superficie del bosque incendiado. Su concentración era tal que a poco estuvo de caer varias veces. No podía llegar tarde. En fogonazos, su mente recordó su primer encuentro hacía una semana. Dos miradas deformadas se cruzaron en el espejo cóncavo de una tienda, dos miradas que los unieron para siempre; le pareció cosa del destino. Los latigazos de los arbustos en sus piernas lo trajeron al presente. La niebla grisácea ganaba terreno a las llamas reduciendo la visibilidad y, por un momento, temió no poder localizarla. Tantos planes a punto de truncarse. Aceleró la marcha. Ya faltaba poco.

Sufriendo punzadas ardientes de dolor, consiguió rasgar la incandescente lona llameante con sus manos desnudas. El contacto con la atmósfera abrasadora del exterior provocó que se detuviese en shock por un segundo. Se debilitó. El sudor se alió con la nube de polvo y ceniza para dejarla virtualmente ciega ante la espectacular hoguera que rodeaba su pequeño campamento. Con la cara desencajada, tropezó mientras la asfixia se cebaba en ella, cayendo al suelo de golpe. Sus cabellos se convirtieron en el nuevo combustible de la pira circundante. Intentó levantarse pero su cuerpo ya no respondió. Con su último aliento, sus manos recorrieron el suelo tocando un objeto circular, un espejo. La esperanza la envolvió. «Pronto estará aquí».

Dejó de correr agotado, había llegado. Se giró con avidez para contemplar en la lejanía el resultado de su plan. En el centro del bosque en combustión, apenas vislumbró la figura tirada a la que devoraban las llamas, pero allí estaba, su obra maestra. La excitación lo embargó. Los narcóticos, los cierres estropeados, el fuego provocado de forma natural por la acción del sol sobre el espejo, sin cuerdas, sin marcas, todo aparentemente fortuito. Incluso había conseguido llegar al pequeño promontorio desde el que sabía que podría presenciar el espectáculo, sin ello no habría sido lo mismo. Por suerte, esperar hasta comprobar que el espejo prendía las copas de los árboles no lo había retrasado. ¡Había matado a una persona provocando un incendio con el mismo objeto que le había regalado en símbolo de su ardiente amor! La poesía que vio en ello le provocó una carcajada.

El espejo y el bosque - Clau Cruz

Era una habitación fría, con escasez de muebles, tan solo lo indispensable para poder ver pasar la vida de una manera cruda e insípida. Y ahí estaba... como cada mañana, en el medio de la cama alborotada por una noche sin tregua. Su cuerpo, menos despierto que su mente, se negaba a empezar el día. ¿Cómo poder enfrentar una vez más su decrepita realidad? ¿Cómo pudieron cambiar tanto las cosas? Sin que ella se lo propusiera, en el último par de años todo se convirtió en una desgastante mentira. Mentir, ocultar, inventarse una vida perfecta, eso era ahora su rutina. ¡Dios, cuanto odió todo aquello en lo que ahora se había convertido! En ocasiones ni siquiera lograba distinguir entre lo que realmente estaba sucediendo y lo que día a día tenía que inventar ante los demás para mantener su fantasía... La mayoría de las veces prefería quedarse en el silencio y la soledad de su habitación, donde nadie podía hacer un comentario o una pregunta que le acelerara el pulso cardíaco y, a pesar de eso, la obligara a sonreír aparentando una vez más que todo estaba como siempre, perfecto, intacto, en su lugar.

Tomando fuerza de todas las células de su cuerpo, se logró incorporar para darse un baño que le devolviera un poco de la energía perdida por tanto ponderar la irremediable situación.

Pero, al estar de pie frente al espejo del cuarto de baño, algo insólito ocurrió... En lugar del reflejo cotidiano de su rostro desencajado y sus cabellos desaliñados, sus pupilas se encontraron con un hermoso lugar, como de fantasía...

Era un enorme bosque, con inmensidad de árboles, arbustos, flores... aquello era lo más hermoso que jamás imaginó ver, pero para su sorpresa, ino solo lo veía! Inmediatamente todo en la habitación tomó otro sentido. Ella estaba ahí, en contacto con la naturaleza, en medio de una mezcla entre lo espiritual y lo terrenal, árboles de entre cuatro y cinco metros de altura, cuyas copas se tocaban entre sí produciendo una sombra que le generó una sensación de cálida protección, el aire se impregnó de olores a pinos, a tierra mojada y a distintas flores. Corrió en medio de los pinos con la cara y las manos al cielo, sintiendo la brisa fresca que acariciaba

suavemente su rostro. Se sintió libre, ¡por fin libre! y de un solo golpe recobró el sentido de la vida... Todo era tan sereno, cálido, seguro, ahora ya no necesitaba nada más.

Al encontrar el duplicado de llaves, cuarenta minutos después de haber insistido en que bajara a desayunar sin obtener respuesta, entraron a su habitación y la encontraron inmóvil en su cama alborotada, con un extraño brillo en las pupilas fijas, ¡todo había terminado! Y ella, por fin había encontrado su tan anhelada paz.

El doctor Zito - Ismael Tomas Pérez

<http://www.gigantedealgodon.blogspot.com.es>

Era finales de 1968. Arturo Zito Alvear al fin logró terminar la carrera de medicina cuando ya contaba con treinta y nueve años de edad. Le había costado repetir alguna asignatura, incluso varias veces hasta que, a base de paciencia, sobre todo de los profesores, consiguió aprobar todas.

Tenía su consulta preparada, había estado mucho tiempo en prácticas en un hospital y en poco tiempo consiguió su puesto en una clínica de prestigioso nombre. Su consulta era por las tardes y también hacía alguna visita de urgencia después de su turno.

Lo que más le emocionó fue un regalo que le hizo su abuelo por el fin de carrera, un maletín de cuero, muy antiguo, alargado, con un cierre superior en bronce y que fácilmente pudo pertenecer a Ramón y Cajal o a alguien de su época. Estaba muy bien conservado, pero tenía una cerradura que, al ser tan vieja, era muy difícil de abrir, casi había que empezar a abrirla un día antes. Dentro había un espejo, con un marco de cuero repujado, también de esa época o quizás anterior.

Al preguntarle a su abuelo por dicho espejo este le contestó:

—Es un espejo mágico, cuando tengas dudas en un diagnóstico, mírate en el espejo y en pocos minutos tendrás la solución. Llévalo siempre en el maletín, junto con tus otras cosas que necesites.

Arturo era muy incrédulo, pensaba que con lo difícil que le había resultado terminar la carrera de medicina, ¿cómo un simple espejo podría solucionar lo que tantos años de estudio le había costado? Pero, no obstante, lo colocó en el interior del maletín y lo llevaba siempre con mucho cariño.

Ya en su consulta recién estrenada, empezó a atender a sus nuevos pacientes que, a su vez, esperaban al nuevo doctor.

Cada vez que entraba un paciente en la consulta, este no podía disimular una sonrisa y, al termino de la misma, cuando salían, a veces no podían contener una carcajada. Así, prácticamente uno tras otro. Cuando terminó la consulta, Arturo estaba muy molesto y preocupado.

—¿Por qué se ríen?, ¿acaso no confían en mí? —preguntó a su

enfermera bastante irritado.

La enfermera, sin poder disimularlo, soltó también una carcajada y al momento le dijo:

—Pero doctor, hombre de Dios, ¿Cómo no se van a reír si en la puerta hay una placa que pone “Doctor Zito”, y cuando entran hay una persona de dos metros de alto, por uno y medio de ancho que casi no cabe detrás de la mesa?

Pasado ya este trance, y habiendo cambiado la placa de su consulta por otra que rezaba “Doctor Arturo”, empezó a tener fama de buen médico.

La primera vez que tuvo una gran duda con un paciente se acordó del espejo que la había regalado su abuelo y, al verse en él, casi de inmediato recordó el mal que aquejaba al enfermo, dándole una solución que le dejó perplejo, ya que este llevaba tiempo con sus dolencias y en tan solo un día quedó curado.

Cada vez usaba más el espejo y cuando salía a hacer alguna visita domiciliaria llevaba el viejo maletín con sus instrumentos y su inseparable espejo.

Comenzó a ser famoso. “El médico del espejo”, le llamaban, y empezaron a llegarle pacientes de otras regiones con dolencias rarísimas que, casi de inmediato, lograba sanar simplemente mirándose en el espejo, además ya sin ningún disimulo.

El maletín se hizo inseparable para él y cada vez que curaba a un enfermo del interior de este salía una pequeña luz.

—Es el regalo más fantástico que me han hecho nunca —comentaba con sus colegas, que algunas veces acudían a él para consultarle algún síntoma.

A través de los años, su fama fue tal que fue galardonado en muchos congresos y simposios y cuando se jubiló, a muy avanzada edad, en su pueblo natal erigieron una estatua en su honor con su maletín medio abierto a su lado asomando un espejo.

Rápidamente una leyenda recorrió toda la región. Cada vez que algún enfermo se curaba de una larga y difícil enfermedad, por la noche, se veía salir un pequeño haz de luz desde el interior del maletín.

El espejo en el bosque - José Antonio Caudeli

Refrescaba ya a esa hora de la tarde. Un anciano salía de su mansión para pasear por sus dominios campestres. Caminar sobre ese almohadillado prado lo llevaba inexorablemente al bosque, donde palpitaba la naturaleza y dejaba de sentirse vigilado.

Con cuidado apoyaba su bastón en ese rugoso terreno. Mucho más no se atrevía a continuar, flaqueaban sus fuerzas, agachaba la cabeza, hasta que chocó con algo inesperado.

¿Con el aire? ¿Alguien estaba delante de él?

Sorprendido, tanteó aquello y descubrió su imagen reflejada en un gran espejo. No un simple espejo, sino una estructura espejada circular que abarcaba varios metros y deformaba con su concavidad la imagen de todo lo que la rodeaba. Pero lo verdaderamente extraño de todo eso, era su increíble perfección.

Una sombra se erguía a sus espaldas.

Con esforzada rapidez torció el cuello y solo vio la desolación, que a esa hora se iba poniendo más oscura.

Regresó a la casa confundido, refunfuñando. Continuó en ese estado hasta la cena, cuando junto a su hija y la empleada despertó de su pensativo silencio.

—¿Qué es eso que han puesto en el bosque?

—¿Qué hay en el bosque, pa? Árboles.

—Al espejo, me refiero.

—¿Un espejo tirado por ahí?

—No... es como una enorme carpa de cristal montada justo en el medio de mis árboles... ¡No se hagan las tontas!

Ambas se miraron intrigadas.

—No te pongas agresivo, padre—advirtió su hija—. Mañana, si quieres, te acompaño y lo vemos juntos.

Punto final a la locura. Él complacido, pero ellas quedaron alertas. Desde que murió su esposa, al viejo se lo notaba cada día más acabado.

A la otra mañana, su hija se retiró temprano de la casa para hacer unos trámites. El viejo no pudo con su impaciencia. Antes del mediodía eludió

los controles y se escabulló hacia el bosque.

A lo lejos, envuelta en una extraña claridad, creía verla a ella, su mujer. Borrosa, como una vieja fotografía del pasado, lo esperaba con los brazos en jarra. Por su cara parecía tener mucho que decirle. Sus hijos pequeños cabalgaban cerca y reían curiosos.

El corazón del viejo palpitaba álgido dentro de ese pasado tan viviente. En un segundo de distracción perdió de vista a su esposa y tuvo que acudir a los niños.

—¿Dónde está la madre?

—En casa, enojada...Hace días que te espera —contestó el varón.

Su cara se descompuso y el espejo se ennegreció. Urgido por la angustia volvió a la casa y al no encontrar lo que buscaba, rompió todo lo que encontró a su paso. La empleada, asustada, dejó que su dueño hiciera lo que quisiera, ya que su consejo era inútil. Cuando la hija regresó, la situación ya estaba pacificada y todo hecho añicos.

La descarga del viejo las había asustado. Por sentido común llamaron al médico particular de la familia, que recetó unos sedantes, ordenó unos estudios. El hecho en sí era preocupante, puesto que se hablaba de un supuesto desorden mental. Competía que también lo revisara un psiquiatra.

La hija telefoneó preocupada a su hermano, eterno desaparecido, invitándolo a interesarse más por la salud del padre, a ayudarla con todo eso, porque ella sola no se bastaba.

Ese domingo vino el hijo a visitarlos. Ellas los dejaron solos recorrer el soleado parque, para que hablaran tranquilos de sus cosas.

—¿Qué le anda pasando, padre?

Cruzado de brazos, enojado hasta consigo mismo, confesó.

—No puedo entrar más al bosque.

—¿Para qué quieres ir tanto al bosque?

Tardó unos segundos en procesar la respuesta.

—Ahora, solo quiero destruirlo. Para mí, está maldito.

Quedaron en silencio mirando el paisaje desde aquel lejano banco. Estuvieron así por varios minutos, hasta que al final se levantaron.

—Vamos, ven. Caminaremos un rato —dijo el hijo.

Para la expedición, el hijo recolectó un hacha guardada en el cuartucho del jardinero; y al borde de aquel bosque que estaba más sombrío que nunca, se la entregó.

—Toma esto y soluciónelo como tú quieras.

El viejo, casi pidiendo permiso, entró al bosque. El espejo voraz estaba por engullírselo todo. Del otro lado estaban ellos, una multitud de seres queridos que suplicaban por seguir vivos, al menos dentro del espejo. Pero estaba decidido.

Elevando su brazo, golpeó una y otra vez con furia asesina.

Esos gajos vítreos se esparcieron por el suelo con sus caras heridas por el dolor, hasta que se esfumaron de su vista, y todo tornó en oscuridad absoluta.

El guardián del bosque - Wolfdux Anathema Chimaera

<http://wolfdex.blogspot.com.es/>

Tilula se adentró en el bosque a primera hora de la mañana, cuando los rayos del sol penetraban a duras penas entre los gruesos árboles. El crujir de las hojas se escuchaba con cada paso que avanzaba mientras se internaba en lo más profundo del bosque. Los pocos pájaros que se habían despertado cesaban su canto en cuanto ella pasaba por debajo de sus nidos tarareando una canción.

Tras unos minutos recorriendo aquel tranquilo paraje llegó a un cruce de caminos. Se acercó con decisión y observó el pequeño poste que indicaba las diferentes rutas. Una flecha de color verde con la palabra “MUERTE” escrita en su interior, señalaba el camino de la derecha; otra, esta de color negro, tenía escrito “VIDA” y señalaba hacia la izquierda.

Sin tener tiempo a sopesar cuál de los dos caminos elegir, un sonido entre la maleza captó su atención. Se colocó de puntillas para ver mejor y descubrió una extraña silueta que emergía de las sombras. Sorprendida, comenzó a retroceder sin dejar de mirar a aquello que parecía hacerse más grande a cada paso que daba.

—No tengas miedo —le escuchó decir con voz ronca.

La joven sorprendida paró en seco.

—¿Quién o qué eres?

—Soy el guardián del bosque —contestó al tiempo que se colocaba junto al poste—. Mi sino es informar de los peligros a todo aquel que pasa por aquí y ayudar a elegir el camino correcto de vuelta a casa.

Tilula observó perpleja a la bestia. Medía unos dos metros y estaba cubierta por lo que parecía ser musgo, sus movimientos eran lentos y torpes, y llevaba un saco en la mano. Intimidada por su gran envergadura dio un paso atrás.

—No tengas miedo —repitió—, que mi aspecto no te engañe.

—¿Qué clase de criatura eres?

—Soy un hijo del bosque —anunció alzando los brazos y mirando a su alrededor—. Pero he recibido muchos nombres. Gente como tú

acostumbra a referirse a mí como: trol, ogro, monstruo...

Tilula desvió la mirada hacia el poste y observó las indicaciones.

—¿Informar sobre los peligros del bosque? —espetó cruzándose de brazos y añadió—. ¿Ayudar a elegir el camino de vuelta a casa? ¿Cómo voy a equivocarme con esas indicaciones tan claras?

—Dependiendo del camino que decidas tomar conservarás la vida o encontrarás la muerte.

—¿Así sin más? —cuestionó Tilula—. ¿Si voy por el camino de la vida qué me encontraré?

—Solo encontrarás muerte.

—Entonces debo de ir por el otro camino.

—Allí —dijo la criatura señalando hacia su derecha—, te topará con una persona que ha perdido un objeto. Si le das esto te dejará pasar como muestra de agradecimiento —concluyó sacando un espejo del interior del saco.

Tilula miró con recelo el objeto: era ovalado, de manufactura barata y con un mango de madera. La bestia extendió el brazo, ella se acercó con pasos cortos y, sin quitarle la vista de encima, lo agarró.

La criatura retrocedió y desapareció entre la maleza de igual forma en la que había aparecido. Observó el objeto, lo volteó y no vio nada que le llamase la atención, por lo que desvió la mirada hacia las flechas y comenzó a andar por el camino de la derecha.

El cantar de los pájaros había cesado por completo y el silencio era absoluto, ni siquiera el sonido de sus pasos era audible. Una sensación extraña comenzó a invadirla, miraba recelosa a todos lados, abrazada al espejo, cuando de golpe divisó a una chica en mitad del camino.

—Hola, Tilula —saludó la joven en apariencia idéntica a ella—. Así que es cierto... Tú robaste el espejo.

—¡No! —exclamó ella alargando los brazos y acercándole el espejo—. El guardián del bosque me dijo que lo habías perdido, que tenía que dártelo.

—¿El guardián del bosque? ¡No mientas! —espetó—. No hay ningún guardián del bosque.

—Sí, me lo encontré en el cruce de caminos. Parecía un trol cubierto

de musgo.

—¿Morujin? —dijo sorprendida tras lo cual rio sonoramente—. Mi gran amigo Morujin...

Tilula retrocedió, miró el espejo. Descubrió un monstruo con rasgos similares a los suyos pero demacrado y con los ojos inyectados en sangre. Asustada ante aquella imagen dejó caer el espejo y este se rompió en mil pedazos. Cuando levantó la vista, la joven, idéntica a ella hasta hacia unos segundos, se había transformado en el monstruo que había visto reflejado y se abalanzaba sobre ella.

Mezhgorye - drow_jack

<https://jackspits.wordpress.com/>

Andrei yacía desnudo en la cama cuando un felino de orejas puntiagudas lo asaltó.

—Eh, pequeñín, estate quieto. ¿Cómo te llamas? —dijo mientras lo apresaba con las manos.

La piel atigrada y los lacios mechones de las mejillas llamaron la atención de Andrei.

—¿Helenka?

—Dime —contestó una voz femenina que provenía del baño.

—¿Qué raza de gato es esta?

—Mejor no preguntes.

—Dime que no tengo un lince ibérico lamiendo mi cara.

—No tienes un lince ibérico lamiendo tu cara —mintió Helenka mientras salía del baño como Dios la trajo al mundo.

—¿Estás de broma? ¡Es una raza en peligro de extinción, es ilegal!

—¿Ilegal? ¿Aquí también? —inquirió ella haciendo además de querer levantar a Andrei de la cama.

—Bueno, aquí no lo sé, pero se supone que lo es en todo el mundo.

—Este sitio es diferente a “todo el mundo”. No deberías preocuparte por Lenin, está muy feliz, ¿no lo ves? —Helenka agarró la ropa de su invitado y se la lanzó—. Deberías irte, tu turno empieza en media hora.

—Los científicos trabajáis más tarde, ¿no? Podrías cogerte el día libre, seguro que estás cansada después de tanta acción.

—Podría soportar la visita de tres como tú y luego ir a trabajar sin ningún problema.

—Seguro que ellos aprobarían tu capricho en peligro de extinción.

—No me hagas hablar. Hago más por Lenin de lo tú que crees.

Ella cerró la puerta mientras él forcejeaba con la intención de memorizar aquellos senos por última vez.

Andrei había ingresado en la ciudad de Mezhgorye seis meses atrás. Si preguntaras a cualquiera del exterior por aquel lugar, te diría que es una de las últimas poblaciones cerradas rusas, que apenas tiene veinte mil

habitantes y que está custodiada por un ejército. Y no mienten, así es en la superficie, pero la verdadera Mezhgorye reside bajo tierra.

Unos montacargas industriales dan acceso a una caverna colosal situada a un quilómetro de profundidad, y en ese espacio, se levanta una ciudad de sesenta mil habitantes; una infraestructura provista de todo tipo de servicios: vivienda, comercios, medicina, agua, electricidad, etc. Un techo elevado forrado de paneles lumínicos cubre los edificios simulando luz natural, y unos vaporizadores aportan humedad al ambiente emulando el exterior con la formación de pequeñas nubes.

Los selectos habitantes de la comunidad de Mezhgorye son constructores, científicos o mineros. Andrei pertenece a este último sector. Desde el día de su ingreso, le dieron un uniforme y lo pusieron a cavar. Los objetivos impuestos eran básicos: extraer cuarzo y, a su vez, expandir el terreno habitable. Demasiado simple como para justificar la construcción de una civilización subterránea. El valor del cuarzo no era tan asequible como para remover toda aquella inversión.

Andrei interactuó con los científicos de Mezhgorye intentando descubrir sin éxito el secreto de su labor. Incluso tras haberse llevado a la cama a una de ellos, no consiguió sonsacar nada de información. Hastiado de tanto desconocimiento, ya llegaba la hora de averiguar la verdad sobre aquel sitio y así cumplir con su objetivo como espía norteamericano.

Se vistió con una bata extraviada y se infiltró en las instalaciones científicas con la acreditación usurpada a Helenka. La suerte corría a su favor, el edificio permanecía yermo. Recorrió varios pasillos hasta dar con una puerta que difería de las demás en aspecto. Pasó la tarjeta por el lector y, tras un sonido, esta se abrió.

El espía accedió a una galería enorme del mismo tamaño que la ciudad en la que residía, pero allí no se alzaban edificios, allí se erguía un bosque. Se adentró en él. Las densas copas de los árboles no dejaban filtrar apenas la luz de los paneles, y el aire era tan puro como lo podría ser el de la superficie. Aquel bosque albergaba vida, en cada paso escuchaba un ruido diferente. Multitud de pájaros que no conseguía avistar graznaban sobrevolando la vegetación.

Llevaba media hora profundizando en la arboleda cuando escuchó un

crujido tras él. Al girar fue sorprendido por un gorila albino de más de dos metros. Andrei se paralizó sin saber cómo actuar. Durante su indecisión, otros gorilas de pelo blanco hicieron acto de presencia rodeándolo. El que parecía ser el alfa empezó a gruñir con pretensiones violentas, bramando y golpeando su propio pecho con suma arritmia. En ese momento lo tuvo claro. ¡Huir!

Andrei corrió con todas sus fuerzas, sorteando ramas y raíces para que aquellas bestias no le dieran caza; aunque consiguió perderlas de vista, siguió corriendo por precaución. Entonces, otra amenaza apareció para flanquearle. Delante de él, un científico con su bata blanca corría para atraparlo. Le habían descubierto, pensó; pero prefirió arremeter hacia él a que los gorilas lo atraparan. Cuando ya estuvo cerca, fintó un intento de esquivar lo inescapable. El estrés de la huida no le había permitido discernir que aquello no era un perseguidor, sino él mismo reflejado en un espejo. El choque fue terrible.

Una vez recuperado el conocimiento, cayó en cuenta que todo el muro de la caverna reflejaba el bosque simulando así un espacio más extenso. Tendido en un vergel, empezó a cavilar sobre el significado de aquel lugar bajo la atenta e insospechada mirada de una familia de osos panda que comía bambú.

Angustia - Zarathustra

Desde mi adolescencia, cada noche me desvelan las mismas preguntas: ¿Qué es el amor? ¿Por qué tanto énfasis en su búsqueda?

Doy vueltas en la cama, y aprieto los párpados intentando borrar esas ideas. A fuerza de costumbre, la búsqueda del amor me lleva cada vez más al cuestionamiento: ¿Este realmente vale tanto? ¿O solo lo busco para completar algo que me falta?

Tal vez soy solo un andrógino malerido, que busca constantemente aquella mitad que le fue arrebatada.

Levantó la vista de su cuaderno para imaginar a aquellos extraños seres siendo divididos por Apolo; la imagen le dio una mezcla de gracia y repulsión. Alejó a los andróginos de su mente por un momento y fijó la vista en los transeúntes: parejas y familias circulaban por la costa del lago que había elegido para escribir; al parecer, él era el único lobo solitario en aquel lugar.

Cuando los andróginos eran divididos, cada mitad hacía esfuerzos desesperados para encontrar la otra mitad de que había sido separada; y cuando se encontraban, se abrazaban y se unían con un ardor tal, que abrazadas parecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. Al mirar a las personas que caminaban por la costa, comprendió que la humanidad no se diferencia demasiado de ellos: algunos se emparejan, se casan o tienen hijos; entonces pasan el resto de sus vidas abocados a la familia, sin hacer en la posterioridad nada realmente significativo.

Volvió la vista hacia su cuaderno y continuó escribiendo:

Si en el amor busco algo que no sé llenar... ¿Entonces no persigo a la otra persona solo para saciarme?

Aún peor, necesito a otro para conseguir lo que no logro encontrar en mí mismo. De esta forma, la otra persona se vuelve necesaria, fundamental. Siendo así, ¿entonces me relaciono por debilidad? Entonces, ¿quiero al otro? ¿O solo lo uso?

Ciertamente, busco en otra persona aquello que no encuentro en mí mismo, soporto las diferencias solo para al final conseguir lo que deseo.

Y, pensándolo con más detenimiento, este comportamiento no es exclusivo del amor: toda relación social se basa en el egoísmo, en soportar al otro para conseguir lo necesario...

Levantó la cabeza y sonrió satisfecho. Se había hecho presente, a su parecer, una idea profunda en su mente.

Volvió la vista a su cuaderno por última vez, y anotó:

¿No ocurrirá entonces, que en realidad odio a los demás por necesitarlos? ¿No son entonces las palabras “amor” “cariño” y “afecto” meras excusas? Tal vez las usamos para justificar nuestra enferma dependencia hacia los demás.

Cerró el cuaderno y lo guardó en su bolso. Se incorporó, y comenzó a caminar por la costa en dirección al bosque. Al llegar a este, comenzó a caminar entre los árboles sin miedo ni prisa; conocía bien el lugar.

Escribir le había hecho olvidar el motivo de su más reciente depresión: tan solo unas horas atrás, ella se había marchado para ya no volver a su lado.

Siguió paseando, llevando la mirada fija en el infinito de los pensamientos, inmerso en aquella breve historia que recordaría mil veces. Esa sonrisa, aquellos bellos ojos apenas cubiertos por su enmarañado cabello; todas esas hermosas tardes que pasaron juntos, y que a partir de ahora extrañaría. Acudió a su mente una imagen: ella y el hombre por quien tan fácilmente lo reemplazó. Sintió un nudo en la garganta, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

No pudo seguir caminando en ese estado; divisó los restos de lo que alguna vez fue un árbol y allí decidió sentarse. Sacó el relicario de su bolsillo y comenzó a jugar con él; era igual al que le había regalado a ella en su cumpleaños. Lo abrió, solo para encontrar una fotografía de su amada de un lado y un espejo del otro. Reparó en el rostro que le devolvía la mirada desde el reflejo: Un rostro pálido y desencajado, con ojos rojos y mirada perdida; ese era el rostro del hombre que constantemente se mentía a si mismo. Sintió asco, y en un acceso de ira, rompió el espejo contra una piedra.

Observó el destrozado relicario y los fragmentos de espejo esparcidos por el suelo. Sus afilados bordes lo llamaban persuasivamente, y no

pudo hacer más que agarrar uno. Lo apretó contra su mano y observó maravillado como ese líquido rojo comenzó a gotear. Excitado, acercó aquel filo a su muñeca y comenzó a realizar pequeños cortes. Pensó que quizá la adrenalina le quitaba el dolor, y no se detuvo hasta realizar un corte profundo en cada brazo. Las manos dejaron de responderle, y el trozo de espejo cayó al piso. Se relajó contra el tronco y su cuerpo comenzó a dormirse. Oyó un zumbido, que en cuestión de segundos se transformó en un pitido, similar al tinnitus que sufría.

Sus párpados comenzaron a cerrarse lentamente, y solo vio una extraña luz. Verde, rojo, azul. Silencio; un silencio largo e incómodo. «¿Realmente es tan aburrida la muerte?», pensó.

Abrió sus ojos y se encontró en el mismo bosque, con sus brazos colgando hacia los costados, ambos sin ningún rasguño. Los fragmentos del espejo yacían en el suelo.

No había más que mi imaginación; nunca tendré el valor de hacerlo. Me pongo de pie y cierro mi chaqueta. Lo que queda del relicario quedará ahí, olvidado, como ella, o eso espero. No sé qué haré, por ahora solo llegar a casa antes de que anochezca.

«No ha sido más que mi imaginación, nunca tendré el valor de hacerlo», pensó. Entre su psicosis y el abuso de drogas, le era cada vez más difícil discernir entre real y no real. Se puso en pie y cerró su chaqueta, sin tener muy claro que haría con su vida a partir de ese momento. Encendió un cigarrillo y comenzó a caminar, mientras pensaba que el resto del relicario quedaría allí olvidado, como su amada; o al menos eso esperaba. En ese momento, solo sintió profundas ganas de llegar a su casa antes del anochecer.

El falso reflejo - Servio Flores

—¿Seguro que me amas?

—Sí —contestó, esperando que ella creyera en su respuesta.

—¿Y si estas equivocado?

—¡Imposible! —dijo él mostrando incomodidad.

—Siempre he creído en ti.

—No te separes, quédate aquí y estaremos bien —dijo para esquivar el tema.

—El bosque es denso, me da miedo quedarme sola, jamás me separaré de ti.

—Ya casi es de noche —dijo, mientras miraba el sol, aún en su esplendor de media tarde.

—¿Eso crees? —interrogó ella.

—¿Insinúas que miento?

—No, solo que aún no se acerca al horizonte y...

—Ya lo hará —dijo, interrumpiéndola.

—No lo dudo, pero, y ¿si se detuviera? O peor aún sí una vez oculto decidiera no volver y la noche se quedara eternamente.

—Eso no sucederá, es imposible. —Y él empezó a transpirar, a tocarse las manos, a temer.

—¿Estás nervioso?

—No, solamente me inquietó tu pregunta...

—Creí que también tenías miedo a que la noche se quedará eternamente y a nosotros desamparados en el bosque, frágiles y susceptibles como somos, la muerte nos llegara.

No pudo contestar. Un nudo se le hizo en la garganta y la mitad de su cuerpo se erizó de terror.

—¿Qué pasa, tienes miedo?

—No, para nada, únicamente pensaba —dijo, con la voz grotescamente masculina.

El sol se desplazó hasta el punto donde los rayos de luz invaden a todas las cosas de áureo color. Y de pronto en el silencio del bosque, la pregunta:

—¿Aún me amas? —habló ella, con voz chillona y viéndolo de reojo.

—Sabes que sí —señaló, tratando de evadir la mirada.

—A veces creo que solo estas aquí por costumbre.

—Mejor cállate, me harás enfadar —expresó, sabiendo que seguía en calma.

—Igual si te enfadas, yo también me enfado. Somos uno. ¿Lo recuerdas?

—Sí, así es —balbuceó sin convicción.

—Podríamos ir a otro sitio, buscar un lugar donde no exista la noche, o al menos donde los días sean más largos. ¿Nunca lo has pensado?

—Alguna vez —dijo, maravillado por la idea—, pero es imposible. Al menos por ahora lo es. El sol ya casi se oculta y será mejor quedarnos quietos.

—¡Escucha! Son pasos. ¿Oyes sus voces? ¡Oh! ¡Cuánto miedo tengo! —pronunció ella, presa del sobresalto.

—¡Escúchalos, hablan de nosotros! —masculló él intentando guardar la compostura.

Las hojas crujieron bajo las botas de los que se acercaban, produciendo un sonido chirriante y estremecedor.

—Tranquilo, es inofensivo, es el loco del espejo —dijo un excursionista calmado al otro.

Mientras allí junto al sendero, bajo los árboles, el loco continuaba hablando con el espejo. Con la mitad de la cara maquillada en femenino, moviendo el reflejo de un lado a otro, ansioso, viendo temerosamente al cielo, con los ojos desorbitados, gesticulando, cambiando el tono de su voz.

Entretanto los montañistas pasaban a su lado y paulatinamente como una negra y muerta ave, la noche caía.

A veces la tranquilidad es violenta - Andrés Scribani

Me llamo Víctor Ramos, soy venezolano y trabajo en una famosa revista. Administro una sección titulada “De la penuria a la penumbra”, en la que analizo cuestiones cotidianas que estimulan la inteligencia emocional. El título de mi sección se debe a que busco realizar un viaje, de la escasez de las cosas más necesarias para vivir con gusto, a ese punto de equilibrio entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, donde lo más humano de cada uno, sale a flote.

Siempre empiezo con una entrevista y luego continúo con el análisis. Mis lectores usualmente preguntan “¿Cuál es tu entrevista favorita?”, a lo que les respondo: “La de Sofía Monroy”. Esa entrevista me hizo sentir como cuando estas frente al espejo, te observas, y en ocasiones puedes apreciar el potencial de crecimiento que posees.

Aprovecho la situación para mostrarte esa asombrosa entrevista, espero la disfrutes...

Víctor: ¿Cómo definirías tu personalidad?

Sofía: Muchos dirían que soy una mujer introvertida, pero me describo como alguien que a pesar de desenvolverse normalmente en el exterior, prefiere enfocarse en la comprensión de su mundo interno.

Víctor: Te conozco desde hace algún tiempo y frecuentemente estas sola, ¿cómo explicas esa situación, hay algo que te aleje de tus amistades... falta de planes tal vez?

Sofía: Disfruto compartir con todos ustedes, pero muchos ni siquiera reparan en que a veces las interacciones son algo mental y emocionalmente agotador. Leer las emociones de otros, escuchar a alguien que probablemente solo espere su turno para hablar cuando tú hables, evitar los choques de egos, etcétera. El tiempo a solas te permite recargar energías, mantenerte en contacto con tus emociones, e incluso te hace apreciar más tus relaciones. Estar sola no tiene por qué ser una consecuencia de no tener planes, sino justamente un plan para disfrutar la propia compañía.

Víctor: Entonces, ¿por qué tener amigos?

Sofía: Pues, porque he aprendido muchísimo sobre mí misma a través de la interacción con otros. Me gusta ver a todos como potenciales maestros de vida, que pueden enseñarme más de lo que podría esperar, por eso siempre me complace escucharlos con atención.

Víctor: Todos suelen relacionar soledad con depresión, ¿qué opinas al respecto?

Sofía: Es una pregunta interesante. Creo que la respuesta yace en la diferencia entre estar solo y ser solitario. La persona solitaria, al no tener la capacidad de relacionarse con otros, es depresiva. Las personas que disfrutamos estar solas, hacemos justamente eso, disfrutar estar con nosotras mismas. Savater escribió: “La buena vida humana es buena vida ENTRE SERES HUMANOS o de lo contrario puede que sea vida, pero no será ni buena ni humana”.

Víctor: Háblame del amor, ¿hay alguna persona especial en tu vida?

Sofía: Sí, y sí que es especial. Aunque le agradezco al destino por permitirme el placer de compartir mi vida precisamente con él, en parte también se lo debo a que soy socialmente más selectiva gracias a la práctica del amor propio y al conocerme a mí misma. Tal vez conozcas a muchos que se quejan sobre solo conseguir hombres idiotas o mujeres manipuladoras, todo se debe a los círculos sociales en los que te desenvuelvas, todo depende realmente de ti. Primero es necesario entender que vivimos en un mundo que nos enseña a buscar el amor y la felicidad en sitios equivocados, luego, el conocerte a ti mismo te permitirá saber que no estamos acá para recibir amor de otros, sino para compartir todo el que llevamos dentro...

Víctor: ¿Podrías enumerar los beneficios de saber disfrutar el tiempo a solas?

Sofía: Prestas más atención a lo que piensas, quieres y sientes. Desarrollas templanza, es decir, aprendes a actuar según tus necesidades más que por tus gustos. Eres capaz de conseguir el equilibrio entre tus pensamientos y sentimientos, pasiones y miedos, fortalezas y debilidades, gustos y disgustos. Acercas a la gente correcta a tu vida. Dejas de definirte según tus relaciones. En definitiva, eres emocionalmente más equilibrado

y, sobre todo, comienzas a vivir intencionalmente; ya no se trata de seguir haciendo lo que el mundo espera de ti, sino de hacer lo que con certeza te llena.

Víctor: ¿Qué les dirías a esas personas que no soportan estar consigo mismas?

Sofía: ¡Ay, no lo esperaba! Déjame pensarlo... Bueno, les diría que deben tomar en cuenta que la mente es como un bosque, que debemos explorarlo de a poco en nuestros pensamientos estando a solas. También les diría que primero es necesario saber prestarse atención y sentirse completamente a gusto consigo mismas, antes de querer sentirse a gusto con otros; y que estando a solas es cuando descubrirán quiénes son y, fundamentalmente, cuando definirán la perspectiva que tanto ustedes como el mundo verán al percibirlos.

No se trata de encontrar un color o música favorita, se trata de darle la cara a sus mayores miedos e inseguridades; saber cuándo, cómo y por qué se sienten vulnerables. Conocerse a sí mismos se trata de aceptar la incertidumbre de no poder saber justo ahora quiénes son.

Víctor: Para finalizar, quisiera que nos cuentes acerca de algo con lo que te sientas identificada: una canción, una historia, un libro, una película...

Sofía: Frecuentemente, y con orgullo, me gusta decir que soy fan de Twenty One Pilots, siempre les agradezco por tan buenos mensajes en sus canciones y por ayudarme a explorar mi bosque. Me servirá de tu pregunta para recomendarte a ti y a todos tus lectores una canción, que les permitirá entender mejor todo lo que hemos venido hablando; se trata del quinto tema del disco Vessel, titulado “Car radio”.

Estoy conforme porque sé que esta entrevista pudo haber hecho que algún lector reflexionara sobre el amor propio y decidiera disfrutar de los pocos momentos a solas que quizás tiene. Por mi parte, yo también aprendí al respecto, pero es ahora cuando comprendo que realmente se trata de estar tranquilo en mi propia compañía, acerca de hacer que la situación no se haga violenta por las circunstancias que presente la incomunicabilidad conmigo mismo...

El precio de una decisión - Isabel

Tumbada en la cama, escuchando el movimiento de las ramas de los arboles y con la mirada fija en el techo, Anne sabía que había llegado el momento de tomar una decisión.

Sintió un frío repentino y sus dientes comenzaron a castañear. Se incorporó con la intención de cerrar la ventana mientras una punzada de dolor en el brazo izquierdo le recordaba el motivo por el que se encontraba en la casa del bosque.

Aquella casa, un refugio cada vez más frecuente, había sido testigo de todos los encuentros que había tenido con Roberto, momentos de auténtica pasión que surgían tras la reconciliación.

Sin embargo, la noche anterior, él había cruzado una línea que le dejó en un estado de incredulidad y abatimiento.

Ambos se habían enfrentado en una batalla verbal y aunque no era la primera vez que ocurría, aún podía escuchar los gritos y los insultos que se profirieron. Sí, ella también le había insultado. Estaba cansada de sufrir sus continuos ataques de celos.

El recuerdo vivo y doloroso de su marido retorciendo su brazo mientras le decía que era una puta le hizo derramar unas lágrimas. Nada volvería a ser como antes.

Fijó su mirada en el espejo, aquel objeto rectangular situado justo enfrente de la cama y en el que se había visto reflejada todas las veces que su marido le había pedido perdón.

«Perdóname, te prometo que no quería que esto sucediese. No sé cómo ha podido ocurrir».

«He perdido el control, perdona, no volverá a pasar».

Tras las palabras de disculpa, con sus manos rodeaba su cabeza con delicadeza y besaba su pelo. Después la llevaba frente al espejo para recordarle lo preciosa que era y cuanto la quería.

Desconocía el motivo por el que siempre acababa creyéndole, pero no podía engañarse a sí misma, por primera vez fue consciente de que nada cambiaría.

«Es hora de actuar, tengo que ser valiente», se dijo a sí misma con la

intención de dotarse de seguridad y no echarse atrás.

Sabía que él no tardaría en llegar y que estaría dispuesto a solucionar aquella situación, como siempre para luego acabar en la cama.

El chasquido de la cerradura le sobresaltó. Comenzó de nuevo a temblar y fue consciente de lo nerviosa que estaba. Estaba segura que Roberto no esperaba una ruptura por su parte y temía el inicio de otra discusión como la de la noche anterior. Escuchó sus pasos sobre la tarima flotante, se acercaban a la habitación donde ella se encontraba, de pie y frente a la puerta. Podía verse a sí misma en el espejo. «Tengo que ser valiente», se decía una y otra vez. Es lo que le diría a otra mujer que se encontrara en la misma situación.

Él asomó por el umbral de la puerta y la vio allí, en el centro de la habitación. No estaba llorando ni tumbada en la cama como otras veces. Se acercó a ella e hizo ademán de coger sus manos, pero ella se apartó. Él volvió a intentarlo, esta vez rodeó sus hombros con sus brazos, pero Anne volvió a retirarse al mismo tiempo que hacía una mueca de dolor.

—¿Te duele cariño? —Roberto dirigió su mano hacia el brazo lesionado.

—¡No me toques! —Ella se apartó y esquivándole se dirigió a la puerta.

—¿Dónde crees que vas? —gritó, había pasado de forma fugaz de un tono amable a la ira.

«Tengo que ser valiente », aquella frase no dejaba de sonar en su mente.

—Roberto, no podemos continuar así. No puedo perdonarte lo de anoche. Me marchó. —Sus palabras salían de forma atropellada.

—¿Te marchas? No puedes dejarme aquí tirado como un perro, ¿me oyes?

Anne se dirigió a la puerta, deseaba salir cuanto antes de la casa y evitar otra pelea. El aire del exterior era frío, lo sintió en su rostro. Fue entonces cuando se dio cuenta que estaba llorando.

Avanzó hasta el coche, abrió la puerta y se introdujo en él. Iba a cerrar la puerta, pero algo la detuvo.

Él estaba allí con el rostro lleno de ira y los puños apretados. No pudo ver nada más, sintió como el frío acero de un cuchillo se clavaba en su pecho varias veces. Anne, con valentía, dio su último aliento.

.....

Capítulo 4

El último beso

Enero, 2016

.....

Su último beso - Mik_geg

Me encuentro tendido en el suelo, alrededor de un charco de sangre. Acaban de sonar las trompetas que anuncian que el rey ha ganado esta batalla, pero lo ha hecho a costa de muchos de sus hombres, como yo. Miro hacia mi derecha con la vista cansada y encuentro la figura del príncipe acostada sobre otro charco de sangre, aparentemente inerte, supongo que ya seas de la realeza o del estamento más bajo las espadas del enemigo te alcanzaran igual ellas no discriminan. El príncipe presenta un corte mayor que el mío que va desde su garganta aproximadamente hasta la mitad de su vientre. Sigue sin moverse, supongo que pronto morirá como no reciba atención médica, como yo, aunque eso a nadie le importe. Por encima de todo el barullo de la batalla compuesto por vítores hacia el rey y llantos de hombres que han perdido a sus compañeros se eleva el grito desgarrador de una chica que esta fuera del campo de mi visión, el grito se oye cada vez más fuerte hasta que al final cesa y aparece esa chica delante de mí arrodillada en frente del príncipe. «¿Por qué? ¿Por qué le ha tenido que pasar a él?», grita desesperada la chica. Tiene largos cabellos rubios y ondulados como las arrugas de una sábana, es esbelta y lleva innumerables joyas valiosísimas; supongo que será la prometida del príncipe, una belleza venida desde los reinos del norte para casarse con él. En el pueblo se rumorea que se quieren y en los regimientos se dice que ella había venido hasta aquí con el rey para permanecer junto al príncipe. Toso sangre y empiezo a marearme y ya no oigo nada, es posible que esté perdiendo el oído. La chica empieza a llorar y sale corriendo de mi rango de vista, ya solo se ve al príncipe rodeado de un charco de sangre aún más grande que antes. Entonces vuelve a aparecer la chica llorando y un hombre vestido de blanco que empieza a examinar al príncipe, le empieza a hacer vendajes y la chica comienza a calmarse, yo también me calmo, por fin empieza a llegar la ayuda médica a esta parte, pronto también me atenderán a mí. Pasa un tiempo y el medico abandona a la pareja y le dice una serie de cosas a la chica que no puedo oír, definitivamente he perdido el oído. Sigue transcurriendo el tiempo, el charco de mi sangre se hace más grande y los médicos siguen sin venir, parece que finalmente moriré

aquí. Por otra parte el príncipe mueve un poco la cabeza, mira hacia la chica y sonrío. La chica al ver que su amado ha escapado de la muerte también sonrío hacia él. Todo apunta a que voy a presenciar un beso apasionado. Vuelvo a toser sangre y la vista se me oscurece, parece que va a llegar mi hora. Entonces sucede, veo como dos vagas figuras oscuras unen sus caras en lo que parece ser un beso ya que mi defectuosa vista no permite hablar con seguridad. Es un beso tierno y lleno de amor. Los ojos se me comienzan a cerrar y sé con certeza que voy a morir, pero por lo menos me voy con una bonita imagen, un beso. Para ellos probablemente uno más, pero para mí el último que veré en mi vida.

Hace algún tiempo ya - Gastón Paredes

Y es que son tan subjetivos esos instantes, aun cuando una parte de ti los ha vivido, una forma tuya, una expresión de tu ser pasado, de tu olvido.

Es tonto pensar en ello ahora, mas por eso mismo tiene apremio; dejar lo relevante de la realidad para caer en aquella tarde soleada que olía a lluvia pasajera, tardecita de sol que ya se estiraba perezosa entre edificios deprimentes, de ruido cadente y provocativo. ¿Era quizás de mañana y no tarde? ¿A quién importa ya?

Siempre fue alta, bueno, quizás no todo el tiempo lo fue, mas para mí se veía siempre así altanera. Sonriendo un poquito, como cada día de mi memoria, y es que quizás en ella eso no era una sonrisa, solo la extensión natural de sus labios, de su ser, de su ingenuidad.

Muchacho de mangas remangadas algo descompuestas y arrugadas, con el cuerpo algo flaco para su pretensiosa vestimenta. Cara grave, ceño fruncido, paso firme, pulso desbordando los sentidos, acobardado, acalorado.

Trémulo encuentro de mentiras, falsedad escondida en saludo cariñoso, con lentitud, paso a pasito, danzan entre gente que los ignora con mal disimulo, sonrojar pálido de envidias circundantes, recelo.

Alejarse del barullo de miradas para encontrar un rincón de soledad en el que callar incómodos, estrecharse un poquito, aunque sea las manos. ¿Será por cobardía o por culpa? Ambos y ninguno. Se atreve solo a tomar su mano y atrapar su ser.

Y al final juntan los cuerpos lento, pero con prisa; acentúan la sonrisa, acallan el galope del corazón. Un instante, quizás dos, y el momento ha pasado. Ahora las mentiras se levantan junto a la lluvia suave. Verdades que esconden secretos.

Es curioso cuán ajeno se torna todo con el pasar del tiempo, foráneo, y carente de sentido. Pero cerrar los ojos y todo retorna, nunca igual, pero retorna.

Tardecita de lluvia y sol, mentiras y bullicio.

El último beso - Laura G.

Louise se despertó de madrugada y se acercó a la ventana para echar un vistazo al exterior, como de costumbre. La abrió y respiró el fresco aire nocturno, que le revolvía su ya despeinado cabello. Las farolas aún no se habían apagado y la luz anaranjada se filtraba por su ventana, iluminando el espacio vacío que él había dejado y creando sombras ondulantes a las que no terminaba de acostumbrarse. Cada vez que pensaba en lo estúpida que había sido por volver a confiar en su marido le dolía el estómago y se le llenaban los ojos de lágrimas. Aún sentía el escozor que el último beso provocó en sus labios, magullados de tanto mordérselos. Inspiró una bocanada de aire y tragó saliva, tratando de controlar el torrente que amenazaba con desbordarse de sus ojos.

La primera vez que se lo encontró con aquella despampanante mujer se esforzó en perdonarle porque estaba locamente enamorada. Lo primero que hizo él fue negarlo todo, pero sus excusas cayeron en saco roto cuando Louise le confirmó que les había visto juntos con sus propios ojos. Después, las excusas se transformaron en puñales cuando él consiguió darle la vuelta a la situación y convenció a Louise de que todo había sucedido porque ella ya no se esforzaba lo suficiente. Ya no era suficiente para él. No era lo bastante guapa ni lo bastante joven.

Recordaba con amargura el momento en el que él le escupió a la cara que había fracasado como mujer y ella, como una tonta, empezó a creérselo y se culpó... ¡cómo se culpó por ello! Pero entonces volvió a verles cogidos de la mano en aquel restaurante donde su marido le había pedido matrimonio tantos años atrás. Tantos que ya ni siquiera le parecía real. Entonces, algo se rompió en su interior y lo supo: ya no merecía la pena continuar juntos aquel viaje por la vida, y la culpa era solo de él.

Recordaba perfectamente el momento en el que decidió poner punto y final a aquella tortura. A pesar de que lo sabía todo, había fingido creer sus mentiras durante meses, pensando que así sería más fácil, que todo pasaría y él volvería a quererla como antes. Sin embargo, una noche no aguantó más el desprecio que brillaba en sus ojos y se colaba en cada una de sus palabras, que iban normalmente destinadas a pedirle algo o a

hacerle el mayor daño posible.

Mientras guardaba en una gran maleta todas las pertenencias del hombre al que tanto había amado, se preguntó cómo era posible que las palabras pudiesen doler tanto. Se preguntó por qué su marido había llegado a destilar tanto odio hacia ella y se devanó los sesos preguntándose de dónde saldría aquella actitud tan cruel que adoptaba solo cuando estaban juntos. Una hora después, cuando él llegó de trabajar y le exigió que le preparase la cena sin tan siquiera mirarla, Louise sonrió sin darse cuenta. Pensó que le daba igual, que no le importaba no conocer la respuesta a aquellas preguntas que tanto habían girado en su cabeza, porque aquella noche iba a ser la última.

Recordaba todos los detalles de aquella escena. Sin duda le dolió que él cogiese la maleta tan tranquilo, le diese un último beso y se largase sin decir ni una palabra, pero tras el portazo se sintió estúpida y avergonzada por no haberle echado antes.

Fue como arrancar una tirita de golpe, se alejaron para siempre sin mediar explicaciones. Ambos sabían cómo estaban las cosas y lo que tenían que hacer. Todo fue muy rápido, firmaron los papeles de mutuo acuerdo y tiraron cada uno por su lado.

Louise volvió a acariciar sus agrietados labios y suspiró. Ahora aquella historia solo le parecía un mal sueño y, sin embargo, había una cosa que le producía un terror insoportable. Pensar que el último beso había sido tan diferente al primero, le había obligado a aceptar algo que jamás se hubiera atrevido a admitir hasta aquel día: que el amor no es un puerto seguro, no es un barco salvavidas y, a veces, se hunde y te arrastra con él.

Cerró la ventana y se tumbó en la cama. Estaba sola, pero era valiente y había decidido no volver a llorar más por él. Ni por él, ni por aquel último beso.

El último beso - Sonia Ubach López (Earendil)

Amanece en la ciudad de los rascacielos. Las luces de los neones que, como sangre artificial fluyen por las calles, hasta ahora desiertas, van apagándose poco a poco. En breve la multitud palpitante de vida se adueñará de ellas con su frenética actividad. Y entre todas las almas humanas aparecerá ella, una entre tantas, pero a la vez tan especial, Kayla.

Desde mi atalaya controlo a todos los transeúntes que atraviesan la Plaza de la Alianza, clandestinamente llamada la Plaza del Último Beso, tras la postrera revuelta provocada por los disidentes al régimen. En un alarde de humanidad y desafío a las leyes, miles de ciudadanos convocaron una gran manifestación por las calles de la ciudad y que desembocó en la gran explanada, que ahora se abre ante mí. Los allí reunidos juntaron sus cuerpos en perfecta comunión con un gran beso colectivo: hombres con mujeres, hombres con hombres, mujeres con mujeres...

Aun quebrantando las normas, que prohibía cualquier demostración pública de contacto físico, la manifestación que desembocó en la plaza fue silenciosa y pacífica. Pero no hubo piedad y el acto acabó en una matanza sin precedentes. Nadie de los allí reunidos, nadie, sobrevivió a la represión. Han pasado diez años y todavía permanece en mi memoria. Mi unidad fue la primera en llegar y acordonar la zona hasta que llegaron los antidisturbios. Cumplíamos órdenes, unos y otros, como ahora.

Una nueva facción de disidentes ha sido detectada. Compleja es el alma humana, siempre hambrienta de nuevas emociones, de nuevos retos, de metas inalcanzables que se basan en los mismos errores del pasado. Los equipos de rastreo y focalización ya han identificado a cada uno de sus integrantes, entre ellos Kayla. Cada uno de los efectivos de mi unidad tiene asignada la tarea de vigilar a un sujeto del grupo, pegarse a él, conocer cada uno de sus movimientos, como un perro de presa.

La consigna de hoy es diferente, la orden es clara: aniquilación del grupo de disidentes. Desde mi puesto de observador la veo aparecer en la plaza. La rutina de cada día la lleva a pasar por aquí, de camino al trabajo en la fábrica. Su vida parece anodina, pero sabe enmascarar muy bien su

otra realidad, la clandestina, la pasional, la prohibida...

Hoy la sigo y espero. Cuando sale del trabajo no se dirige a su casa, hay reunión de camaradas. No repara en mi presencia y sigue camino hacia la guarida donde se reúnen para conspirar. Observo e identifico a otros integrantes de mi unidad que siguen también a su presa, como yo. Primer contacto con el guardián de la madriguera. Ambos miran en todas direcciones para asegurarse de que nadie les sigue.

—¿Cómo estás, Kayla?

—Bien..., pero te echaba de menos.

Sin mediar más palabras, se abrazan y se besan. Es un beso intenso. Mis detectores han comprobado un aumento en su temperatura corporal y en su ritmo cardíaco, incluso una leve transpiración. Ellos no sospechan que probablemente sea el último.

—¿Están todos dentro? —pregunta ella.

—Sí, has llegado la última.

—He dado un rodeo. He tenido la sensación que alguien me seguía. Esta noche no me apetece volver sola a casa.

—No te preocupes, vente a dormir a la mía. —Ambos sonrían y entran.

La jaula está cerrada, las últimas presas están dentro. Se ha activado el protocolo de actuación y los aniquiladores no tardarán en llegar. Nosotros, los rastreadores, hemos terminado. Todos los miembros de mi unidad se retiran, pero yo no, mi misión todavía no ha terminado.

Llevo tiempo estudiando los planos del alcantarillado de aquella zona de la ciudad, ahora en desuso. He descubierto que existe un pasadizo que no aparece en el diseño original, que nadie más conoce, y que no he registrado en los informes. Desconecto mi transmisor de localización y espero el momento justo. Cuando entran los aniquiladores se forma el caos. Kayla huye y yo la intercepto en su desenfadada carrera a ninguna parte. Nadie más ha reparado en mi presencia y tiro de ella hacia el corredor anexo y secreto. Me mira a los ojos sin entender nada. Leo en ellos el miedo y el desconcierto. Miles de preguntas se forman en sus pupilas, que jamás llegarán a formularse. Cuando llegamos a un lugar seguro aminoramos la marcha. «Vete», le digo, y no le doy más explicaciones. Kayla. La veo marcharse indecisa, sin dejar de darse la

vuelta, incrédula.

Soy un rastreador de la unidad Z-428, prototipo 517/A56. Formo parte de las unidades mecánicas para el control y el orden en la ciudad. Mi “software” de programación no ha sido diseñado para experimentar sentimientos humanos. Y sin embargo...

El último beso - Marcelo Kisi

<http://www.contarelcuento.wordpress.com>

Hay moribundos que saben despedirse. Como Clara, pobre mujer, carcomida por el cáncer. Sabe que quizás no pase la noche, y justo vino una multitud a visitarla. Como si lo hubiera planificado. No sé por qué. Es terapia intensiva, en general no hay visitas, y menos multitudinarias, pero el marido pidió y lo dejaron traer a toda la hinchada. Y la gente vino, debe ser porque es viernes.

Esa chica embarazada que está a su lado debe ser la hija. Se la banca bien, no llora ni nada. Habla bajito, para no molestar a los de al lado.

—No sabés cómo se mueve, ma. Vení, tocá. —Toma la mano de su madre, conectada a cables y sueros, y se la coloca en el vientre.

A Clara le duele, casi intervengo, pero se la banca y toca la panza de la chica. Apenas puede hablar.

—¿Es varón?

—No, ma, nena. Ya te había dicho. Vas a ver qué linda que va a ser. Seguro que se parece a vos. Ponete bien, ¿dale? Todavía la tenés que llevar a la plaza y hamacarla. Menos mal que terminaste el saquito de lana. Quedó precioso.

Ahí está Clara asintiendo con la cabeza. Abre la boca para hablar y su hija la abraza para escucharla mejor. Ella levanta las manos y, mientras le dice algo, le toca los costados de la panza. Es todo el abrazo del que es capaz. Ahora sí, la joven llora, después se va. Clara se queda ahí, mirando impávida al techo. Lo vi muchas veces. Los deudos vienen, estimulan, sienten, se despiden, pero el moribundo ya transmite en otra frecuencia. Morirse da mucho trabajo, y es un trabajo solitario.

Y ese muchacho que entra debe ser el hijo. También le agarra la mano, en cualquier momento se le sale el suero, yo alerta. El pibe no para de hablar. Le cuenta de la carrera, de los exámenes, de la novia que lo dejó pero que tiene otra mina en vista. Luego sigue con el fútbol y los goles de Messi que se ganó el quinto balón de oro y ni se mosqueó. Me acerco, le rozo el hombro.

—No queda mucho tiempo —le digo—, si quieren que pasen otras

personas es mejor que...

El pibe se da vuelta y me fulmina con la mirada. Después se calma, se da vuelta hacia la madre y le da un beso.

—Dale, fenómeno, nos vemos mañana.

Clara le pone la mano en el pecho, frenando el abrazo. Lo mira fijo, aunque le cuesta horrores. Toma otra bocanada de aire y le dice con fuerzas que son las últimas:

—Te quiero mucho.

Él no le da importancia, continúa con su rutina motivadora.

—Sí, ma, yo también te quiero, cuidate y no hagas rezongar a los doctores, mañana si querés te traigo un alfajor, y si te portás bien nos bailamos un tanguito acá en la sala, ¿dale? —Le da un beso rápido.

Clara lo abraza, más fuerte de lo que en realidad puede, y lo besa también. Es un beso largo, como en cámara lenta. A la boca le cuesta llegar a la mejilla, se mueve como un caracol vencido y cuando llega a la meta parece que se ha olvidado cómo se hace, cómo se transforman los labios en un círculo chiquito, cómo se cierran mostrando esas ranuritas arrugadas. Entonces el beso sale contrahecho, como media sonrisa que toca una pared mientras la otra mitad queda en el vacío, huérfana y abierta, dejando entrar un aire desinfectado de hospital. Entonces, cuando se sueltan ella dice en un murmullo, como para compensar ese beso incompetente:

—Estudiá. —Y se relaja.

El chico se da vuelta desde la puerta.

—No cambiás nunca, ma —le dice con una risita, y sale al pasillo.

Eso me desarma. El pibe todavía no sabe que su madre le ha dado el último beso, que el «te quiero» fue su despedida, y que el «estudiá» su legado.

Después de otros parientes y amigos, entra otro hombre con ojos brillosos. Su marido. No trata de levantarle el ánimo. Solo le susurra. Me acerco disimuladamente para escuchar.

—...el hombre más feliz de la tierra. Yo quería irme antes. Pero me las voy a arreglar acá, y vos me esperarás allá. No te preocupes por nada. Descansá. No me muevo. Yo me quedo acá con vos.

Le besa la mejilla, le acaricia el pelo y, creo, le canta una canción.

Tengo que salir a hacerme un café. No conviene que los médicos me vean moqueando. Cuando vuelvo, el marido todavía está allí. Después, cuando ella se duerma, lo convenceremos de irse a casa, que aquí no hay nada que hacer. A la mañana temprano, recibirá un llamado. Cuando el corazón de ella deje de latir, en mitad de la noche, yo apretaré un botón rojo. No servirá de nada, pero es la rutina.

El último beso - José Luis Troconis Barazarte

<http://www.troconisb.blogspot.com>

Me besó en la mejilla y me abrazó por la espalda con mucha fuerza. Abrió sus alas y empezamos a volar. Cerré los ojos, siempre he sido muy cobarde a las alturas. Comencé a recordar la mañana del día que la conocí.

Iba en el taxi por la avenida siete en Drama; casi nunca tomo pasajeros allí, me detuve, eran dos hombres y una mujer, pregunte dónde iban, dijeron que al “Billy”, un centro comercial, yo quería decirles que no los llevaría, iba tan distraído que no supe inventar rápido una excusa, de esas que siempre digo.

Al tomar la autopista sacaron una pistola y me dijeron la frase estúpida:
—Esto es un asalto.

Me hicieron llevarlos hacia La Cota. Es una vía amplia, solitaria; a las afueras de la ciudad, donde acostumbran los ladrones a hacer sus fechorías.

Al llegar, me bajaron, la mujer tomó la pistola, me apuntó y dijo:
—¡Corre!

Mi miedo se transformó en terror; corrí, cuando logré voltear estaba solo, con la extraña sensación de no haber oído nada, ni disparos, ni el carro arrancando. Era como que había llegado allí sin recordar cómo.

Caminé mucho, tenía sed, llegué a una calle con varias casitas, toqué en la primera y no salió nadie; no sé qué hora era. En la casa de al lado oí ruido, llamé a la puerta y el ruido cesó, miré por la ventana; vi a una muchacha, de pelo negro largo, muy blanca y bella, creo que me desmayé.

La muchacha me hizo despertar con un guarapo muy dulce, estaba sentado en una mecedora de ratán, le pude decir que me diera agua, entró en la casa y me la trajo en un vaso de peltre. Le pregunté si estábamos lejos de Drama, me dijo que no conocía nada, que nunca había salido de allí.

Tenía un vestido, especie de bata de casa, se notaba que era delgada y que aquel traje era ancho para ocultar algo. Se lo comenté y me dijo que era para cubrir las alas; se quitó la bata y se quedó con un pequeño vestido azul, que dejaba ver unas alas que salían de la zona de sus omoplatos,

eran muy grandes, con plumas azules oscuras, al moverse cambiaban de color. No las extendió, seguro tenían más de dos metros.

No me impresionó y eso era lo raro, dijo que debíamos irnos, porque el hombre que la cuidaba era muy celoso y no la dejaba hablar con nadie, por miedo a lo que pensarían de sus alas, pero ella sabía que eran celos de hombre.

Comencé a sentir amor por ella, era de esas bellezas que nadie puede resistir, por eso comprendía lo que podía pensar el hombre que la cuidaba desde quién sabe cuándo; eso no lo pregunté, para no tener cargo de conciencia de llevármela. Yo haría lo mismo que él, ella sería para mí, nadie tendría que verla.

Ella me miró como si se diera cuenta de mis pensamientos y sonrió. Pensé que iba a recoger algo, sus pertenencias, para irnos. Cuando le pregunté por sus cosas, me dijo que no tenía nada más que sus alas y su vestido azul. Salimos corriendo porque oímos ruidos y pensamos que podría ser el hombre.

Nos escapamos por la puerta de atrás de la casa, avanzamos rápido por unas calles llenas de árboles muy grandes, llegamos a un jardín bastante amplio. Allí fue donde me besó y abrazó.

Sentía la brisa muy fuerte en mi cara, su abrazo era más fuerte que la brisa. Aunque le temía mucho a las alturas, sentí que esta no era la primera vez que yo volaba. Abrí los ojos y dejé de recordar; estábamos muy alto. Los árboles se veían tan pequeños. Volamos sobre su casa. Allí estaba él, no nos vio. Pasamos sobre las calles que llegaban a La Cota y vi mi carro; no pude hablar. Allí al lado de mi carro estaba yo tirado en el piso con una bala en la espalda, estábamos muy alto, pero era yo.

No paró de volar, y yo abrazado por ella, seguía volando también...

El último beso - Clara Argibay

<http://juanamedinaficcio.n.blogspot.com>

Se va el sol. En la tienda-escuela los chicos ordenan y guardan los pocos elementos con los que contamos, y yo voy llevando desperdicios a los basureros. Me cuesta. Tengo que apoyarme en una muleta. Mi pierna derecha, algo encogida, parece siempre a punto de dar un paso que queda inconcluso; así como fue para todos nosotros llegar al campo. Ahora, estamos congelados antes del siguiente. Nadie sabe con precisión cuándo podrá continuar el movimiento hacia un futuro.

Llevo mucho tiempo en el hospital. En plena huida estalló un explosivo. A mi lado cayeron varios. No es el ruido lo que más me sobresalta; de pronto, en el suelo hay un cuerpo inerte encharcado de sangre, y en el aire algo que no sé llamar más que como un hueco habitado por una esencia. Nunca volveré a ser el mismo, pero tuve suerte.

Ahora, al menos puedo salir durante el día a enseñar a los mayores y entretener a los más pequeños. La gran diferencia entre ellos se nota en la mirada. En los mayores, junto a la tristeza leo una pregunta que no formulan y que los adultos no sabríamos responder. En cambio, los otros cantan las tablas de multiplicar, leen, escriben y pintan, preguntan hasta el infinito. Busco que rían todo lo posible. Me emociona ver lo poco que necesitan para sentirse vivos. Es su día, su sol, su juego. La preocupación por el futuro para ellos no existe.

Ahmed y Yamila tienen una relación especial. Andarán por los cinco años y se los ve siempre juntos. Juegan, ensucian, intercambian sus ojotas de plástico, saltan a la cuerda. Si juegan a las escondidas no lo hacen uno de otro, sino otra vez juntos. Un escarabajo, una hormiga, pueden ser objeto de observación durante horas. De a ratos Ahmed toma los broches de pelo de Yamila, un moñito, una mariposa y va cambiándolos de lugar en la cabeza de su amiga. Yamila es pura alegría, baile, movimiento. Me encanta observarlos.

En un rato llegarán los que pueden salir a trabajar a poblaciones cercanas. A veces traen algo más de comida para compartir, cigarrillos y sobre todo, noticias de nuestra tierra. Es una ventaja. Otra, es que

estamos muy cerca de la frontera y, si quisiéramos, podríamos arriesgar volver; aunque se trate de una ilusión.

Muchos, entre ellos Halim padre de Ahmed, persiguen legalizaciones y papeles para instalarse en Europa. Otros, esperan la visa de algún país sudamericano, pero los parientes que los apoyan y los llaman no son gente de mucho dinero y las influencias cuestan.

Por lo demás, estamos muy solos. Desgajados del mundo, sin poder actuar, necesitamos pelear, gritar, conmovernos oyendo historias donde descargar toda clase de emociones para seguir sintiéndonos hombres entre los hombres.

Van encendiéndose las luces. Una luna apenas creciente se curva sobre el primer azul de la noche. Sin saber por qué pienso en la mirada maravillada de mi padre la primera vez que me mostró el lucero del alba apareciendo sobre la copa de la luna creciente.

Varias mujeres vienen en busca de sus hijos. Es hora de la comida diaria y luego el toque de queda. Por el oeste veo llegar a Halim. Trae un paso distinto; no diría entusiasmo, sí una nueva decisión. Yo tendría que empezar a caminar hacia el hospital pero quiero saber qué trae. Antes de poder hablar con él, lo veo acercarse a Ahmed, tomarlo en brazos y hablarle en voz baja con mucho cuidado. Alcanzo a oír «mañana temprano, un camión a la otra frontera». La carita de Ahmed se separa un poco de la de su padre para mirarlo a los ojos. Entonces pregunta: «¿Yamila puede ir con nosotros? Le presto mi manta.» Veo la cabeza de Halim negando.

Más allá, hacia el otro lado del campo, Yamila va saltando y bailando de la mano de su madre.

Ahmed se suelta de los brazos de su padre. Corre hacia Yamila sin llamarla. La alcanza. Con la delicadeza y la ternura que solo un niño puede transmitir, apoya sus manos en las mejillas de ella y la besa. Luego vuelve corriendo a los brazos de su padre sin decir una palabra. Yamila tiembla pegada a su mamá.

Halim y yo quietos, mudos, miramos casi sin poder respirar.

Ahora quiere caminar. Da la mano a Halim. Por fin, empiezan las lágrimas.

La voz le sale en un sollozo contenido cuando pregunta, «¿Papi, el amor va a ser triste para siempre?». Un profundo suspiro y su padre responde, «No, Ahmed. Todos tus amores tendrán, por el dolor de éste, el reflejo de una luz como la de esa luna y los hará mejores».

Ah, finalmente el lucero del alba aparece en mi alma. Por puro agradecimiento abrazaría a Halim. Ahora sí voy al hospital lo más rápido que puedo. Quiero llevar a mis compañeros el dolor y la belleza del día.

El último beso - Don Kendall

<http://donkendall.uk>

La camarera sonriente llega con unos desconocidos y completa la mesa. Intercambiamos un guiño y le muestro mi móvil con la fotografía tomada en este local hace un año.

—¿Sabes si vendrá hoy?

Abre los ojos y parpadea como una Betty Boop.

—No creo. Murió hace tres meses.

Sin dejarme replicar, se va marcando giro de cintura.

—Enseguida vengo a tomar nota y te explico con detalle.

Se mueve ágil entre las mesas atestadas. Toma las comandas de forma rápida a una partida de japoneses inalterables. La sigo con la mirada y recuerdo mi embeleso cuando la conocí en mi viaje anterior a Barcelona.

En aquella ocasión me recomendaron esta pequeña taberna de La Barceloneta. Compartí mesa con un tipo mayor, estrafalario y pinta de galán de teatro rancio. Me sugirió tomar unas alcachofas a la plancha. Antes de empezar a comer rezó el “Padre Nuestro” al revés. «Para espantar a los reptiles», afirmó tajante.

—Amén, mal todo de líbranos y deudores... —masculló la oración y siguió con la cháchara confusa en forma de soliloquio en el que no pude intervenir:

»Mi nombre es Raimundo Iribarnegaray. Hijo de gallego y vasca. Me trajeron a la Barceloneta con cuatro años. Mi padre era metalúrgico de Bilbao. Entró como fundidor en la Maquinista Terrestre y Marítima. Al poco de llegar aquí, mi madre murió. Del modo como siempre hizo todas las cosas, casi sin que nadie se enterase y sin querer molestar».

Mientras pelaba una alcachofa siguió el relato a saltos. En ocasiones escupía discretamente alguna parte más dura de la planta.

—Con el tiempo me fui de casa sin despedirme de mi padre. Recalé en Zaragoza por razones que no vienen al caso. Como los inviernos eran fríos pensé alistarme en la Legión. Por despiste me enganché en la Brigada Paracaidista y me enviaron a Canarias. En Las Palmas conocí al “Maño”. Mi gran amigo. Es único. La próxima vez que nos veamos se lo presento.

Acabadas las alcachofas pidió “bombas” para dos y siguió con su farfulla:

—El Maño en aquel tiempo era un hombre guapo. De elegancia primitiva podría decirse. Cada semana salía a joder lo que pillase. Solo eso, no era de enamorarse sin más. Sin saber cómo, se lió con una mujer a la que le gustaban los paracas. Como todo tiene su fin mi colega quiso dejar la relación. A ella no le gustó y pidió un último beso en una nota que el marido descubrió. Su marido era pescador y le gustaba el ron. Aquello acabó a navajazos y malos quererres sin entrar en más detalles. Ya dije que en asuntos de jodienda el Maño no andaba con melindres. Así que algún fin de semana se citaba con un juez que disfrutaba chupando su pitón. Gracias a eso la cosa quedó parada, pero tuvimos que pedir destino voluntario en el Sáhara.

Las “bombas” están hechas con una mezcla de patata con carne, rebozada y después frita, que se unta con alioli y salsa brava. Comprobado ese punto, el discurso transcurrió como una salmodia:

—Hay días que le preparo bombas al Maño para que coma en casa. Él no sale casi nunca. Vive conmigo desde que volvimos de allí. Hacíamos guardia cerca de las piedras de Rayem Mansur. No pasó mucho tiempo hasta que el Maño encontró la compañía de un beduino de piel gozosa y huecos acogedores. Saboreando la lefa de Mulay, aprendimos a esquivar a otra “lefa” más peligrosa, una pequeña víbora del desierto de aspecto inofensivo y mordedura letal. Como he dicho todo acaba y un día el Maño pensó que era el momento de dar el último beso a su amante. Aquella noche en la guardia entre suspiros conocimos un dicho de los Ulad Delim : «Quien no paga una deuda a un hombre del desierto, se arriesga a que el desierto se la cobre, tarde o temprano».

Paró de súbito. Se puso en pie y con la mano en el pecho se dirigió a mi impostando la voz:

—Las deudas se pagan siempre. El final de aquella noche se lo contaré en otra ocasión. Le presentaré a mi amigo y comeremos más bombas. Hoy se acabaron. Ahora váyase.

Mi única reacción fue hacerle una foto.

Llega la camarera y sonriendo me dice:

—Ese hombre, el de la foto, era un poco raro. Vivía solo en el barrio. Cuando entraron en su casa llevaba varios días muerto. Envenenado. Dicen que le picó algún bicho. Pobre. Le llamaban “el Maño”.

El último beso - Laura

Y sin darme cuenta, se marchó, y se llevó por delante todos los momentos que pasamos juntos.

Se llevó las tardes que pasábamos caminando por un pequeño parque con un lago, ese era nuestro pequeño rincón, y solíamos decir que lo que pasaba en el lago, allí se quedaba... Y supongo que ahí se quedaron todos los recuerdos.

Todas las batallas, luchando juntos contra la sociedad, todas las palabras malas que llegaban a nuestros oídos, y nosotros siendo más fuertes que nunca, luchamos contra ellas.

La gente de mi alrededor no nos quería ver juntos, pero me daba igual, me daba igual con tal de levantarme cada mañana y ver que ahí estaba él.

Me daba igual todo lo que pensaran de nosotros, nosotros éramos felices, éramos una pareja bonita, éramos...

Ahora, ¿qué somos? Cada uno ha partido su camino, él ha olvidado todo, y yo sigo preguntándome por qué.

Por que se fue y se llevó todo por delante, los momentos, los lugares, nuestro lago, nuestras tonterías, nuestras bromas...

Él se llevó todo lo que más quería...

Y ahí, justo en ese pequeño rincón, después de darme el beso más largo que me dio nunca, se marchó.

Así que se podría decir, que se llevó esas ansias por poder besarle más, sabiendo que ese fue nuestro último beso.

El último beso - María Inés Niud

<http://adiaromepregunto.blogspot.com/>

Para Ana María.

Esa mañana, Marta vistió por última vez su horrible falda con miles de tachones, y miró con algo de simpatía la camisa blanca con ribetes azules que por años había desdeñado. Ese viernes, sabía que sería el último día en su colegio, el que la había visto crecer y pasar del patio de primaria al edificio viejo donde funcionaba el bachillerato. Sabía que se iría lejos, que no volvería a estar más con quienes había planeado su futuro, tampoco vería más a Aramís. Sentía que su vida se había arruinado, todo lo que hacían sus padres le parecía injusto. Dentro de su pecho, que punzaba, había un coctel de emociones.

«¿Cómo iban a alejarla de sus compinches a un año de graduarse de bachilleres? ¡Era como estar castigada por algo que no había hecho!», había tristeza y rabia en su corazón.

Pero sus compañeras le darían el mejor regalo de despedida, lo tenían todo planeado, ya lo había hablado con Ana María, su mejor amiga.

«Hoy cumpliré mi anhelo, no importa lo que me cueste», había sonreído en la mañanita mientras se alistaba para ir a su última clase con Aramís.

Ese es el apodo que se había ganado el profesor de inglés de aquel colegio exclusivo para niñas. Él era una de las pocas figuras juveniles y masculinas en la planta profesoral. Su fragancia lo delataba y hacía despertar tanto alergias matutinas como las hormonas femeninas antes de las siete de la mañana. Por él suspiraban muchos corazones, y mientras entonaban el himno nacional, los ojos del patio estaban pendientes de su llegada. Parecía un modelo de revista, vestía a la moda y lucía una amplia sonrisa junto a sus lentes de sol. Al entrar al salón de clases un coro de alumnas, perdidamente enamoradas, se levantaban y cantaban con embelesada voz: «¡Good morning teacher!». Lo amaban, quedaban hechizadas por su presencia, su fragancia y su voz de locutor. Casi de inmediato salían de sus labios carnosos, y sin bigotes, los nombres de cada una al pasar la asistencia. Él constantemente conjugaba el tiempo

perfecto de ser bien parecido y encantador.

Las de cuarto de humanidades eran como un clan, acostumbraban reunirse en los recesos en el lugar más alejado del patio. Algunas aprendían a fumar escondidas entre las matas de cayenas que espesaban la cerca del colegio; otras contaban sobre el novio, sus besos, sus peleas; las más bohemias copiaban versos de amor o punteaban en la guitarra 'Samba Pa Ti'. Pero los viernes, durante el receso de las 11:30, había un ritual de belleza que anunciaba la clase de inglés. Unas se pintaban las uñas, otras, se delineaban y coloreaban los ojos; otras se doblaban las medias para exhibir las piernas recién rasuradas. Los viernes, a la última hora, el-profe-de-inglés llevaba a clases un reproductor, cassettes y letras de canciones de moda en inglés. El fin de semana lo iniciaban suspirando y cantando a coro canciones de los Bee Gees, o algunas de los Beatles.

Ese último viernes de clases, cuando ya todas habían llenado sus libretas con poemas o mensajes de amistad eterna y promesas de futuros encuentros; cuando las narices de la mayoría estaban enrojecidas por el llanto y las camisas estaban llenas de firmas y muñequitos hechos con marcadores: Para que Nunca Me Olvides. Llegó el receso de las 11:30 y su consabido ritual de belleza, preparadas para la última clase con Aramís.

Él como de costumbre llegó con su sonrisa, su fragancia y su reproductor, la canción de ese día era To Love Somebody. Retiraron las mesas hacia las paredes del salón dejando solo las sillas alrededor de Marta, a modo de despedida. Todas comenzaron a cantar y a llorar, se abrazaron formando un círculo que rodeó a Marta y al profesor, sus cuerpos comenzaron a tener un inusual contacto. Aún con las lágrimas rodando por sus mejillas, Marta cerró los ojos e inhaló su aroma, y tal como lo había soñado, sus labios rozaron con timidez los de Aramís, él no sin brusquedad trató de separarse, pero la complicidad del grupo los acercó más y más acompasados por las agudas voces de los Bee Gees. Marta le dijo:

—¡Aramís, siempre te amaré! —Y sin mirar atrás salió huyendo del salón.

El profesor no lo sabía, pero ese era el regalo de despedida que le dieron sus amigas a Marta. También fue la despedida de Aramís porque

ese fue el último beso que alguien le diera en ese colegio.

El último beso - Francis

Nuestro avión despegó con retraso. La niebla había impedido el normal funcionamiento del aeropuerto, pero, a mediodía, el tráfico aéreo quedó restablecido.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto Leonardo da Vinci, con gran afluencia de pasajeros, tuvimos que compartir un taxi con otra pareja, donde fuimos conociéndonos un poco hasta llegar al hotel.

—Es nuestra primera visita a Roma —dijo Luis—. Estamos recién casados y a Berta le hacía ilusión venir a esta levítica ciudad en nuestra luna de miel. Es licenciada en Historia del Arte y espero que haya hecho una buena elección.

—Ya veréis que sí —dijo Marta, mi pareja—. La ciudad eterna guarda un corazón artístico que hay que descubrir, como lo hicieron en su tiempo Goethe, Stendhal, Dickens, Henry James... Es nuestra tercera visita y espero que no sea la última ¿verdad, Antonio?

—Por supuesto —respondí—, aunque en este viaje hemos tenido problemas desde que salimos de casa. Pero no me hagáis caso, soy un aguafiestas.

El taxi llegó primero a nuestro hotel. Nos despedimos deseándonos una feliz estancia y nos intercambiamos los números de los móviles.

Disfrutábamos de nuestras vacaciones, cuando una mañana recibimos la llamada de Luis.

—Antonio, perdona que te llame. Necesito desahogarme con alguien y no sabía a quién acudir. Berta lleva dos días desaparecida y estoy muy preocupado.

—¿Cómo dices, desaparecida?

—Sí, como si se la hubiese tragado la tierra. Aquella mañana visitábamos el Palacio Spada como dos enamorados. Berta estaba bien documentada y me fue explicando la famosa “Perspectiva” de Borromini, considerada una de las maravillas de esta ciudad. Después, caminamos sin rumbo fijo por las callejuelas del centro histórico hasta llegar a una cafetería. Mientras yo tomaba un café, me dio un beso y se ausentó para comprar unos regalos en una tienda cercana. A partir de ahí, no sé nada

de ella.

—¿Has acudido a la policía?

—Sí, está informada de todo, pero no existe ninguna pista fiable hasta ahora.

—No te muevas del hotel, Luis; vamos para allá.

—Gracias, Antonio.

Al llegar, lo encontramos en el vestíbulo. Su semblante era deplorable.

Pasados unos minutos, el recepcionista le entregó una nota, que, al leerla, le cambió la cara.

—No, por favor, no. No puede ser —vociferaba sin parar.

—¿Qué ocurre, Luis? —preguntó Marta.

Me entregó la nota y leí en voz alta: «Si quiere ver pronto a su esposa, deberá depositar en la “Boca de la Verdad” la cantidad de 300.000 euros, el día y a la hora que ya le indicaremos, y sin conocimiento de la policía».

—¿iPero quiénes sois!? —gritaba Luis, desesperadamente.

—Tranquilo, no vas a conseguir nada así —intervino Marta.

—Según los expertos, la mafia del sur está cada vez más arraigada en Roma y esto parece que lleva su firma, pero ¿dónde voy a conseguir tanto dinero? ¡Están locos! ¡Y qué lugar para entregar el rescate! No puedo imaginar que esa máscara romana de tanto valor artístico esté controlada por esa gentuza.

Cuando la familia de Luis, que poseía un patrimonio considerable, tuvo conocimiento del secuestro, aunó todas sus fuerzas y consiguió reunir la cantidad reclamada, que se entregaría en el plazo y lugar establecidos.

A los pocos días, nuestras vacaciones habían concluido y nos despedimos de Luis con el convencimiento de que Berta sería liberada de un momento a otro.

La distancia y el tiempo nos hizo olvidar la pesadilla en la que habíamos estado inmersos esos días, hasta que una mañana la prensa nos despertaba así: «LA INTERPOL HA RESUELTO CON ÉXITO EL EXTRAÑO SECUESTRO LLEVADO A CABO HACE SEIS MESES EN ROMA. LA SUPUESTA VÍCTIMA, BERTA RAMÍREZ, ERA LA ORGANIZADORA DE ESTA TRAMA Y HA SIDO DETENIDA EN CANADÁ JUNTO A SU AMANTE Y CÓMPLICE, RESTAURADOR DE OBRAS DE ARTE EN LA

CIUDAD ETERNA».

—¡Ay, aquel último beso...! —suspiró Marta.

El último beso - Mercedes

Puede que haya gente que quiera saber cuándo será el último beso, así podrás saborearlo, detenerte en cada sensación y guardarla en tu memoria para siempre; pero otros, como yo, prefieren que sea una sorpresa; soy como esas personas que prefieren no saber cuando morirán, porque solo disfrutas realmente de la vida cuando no sabes que vas a morir mañana, una vez que lo sabes solo eres capaz de pensar en eso. Intentaba recordar cuando fue mi último beso con Diana. La última vez que me despedí de ella, creyendo que volveríamos a vernos para salir como cualquier otro día normal, pero no fue así. Dos días después me dejó. En todas estas cosas sin importancia pensaba yo, sentado en el vagón ocho del tren que me llevaría hasta mi ciudad. La mujer que había provocado esta situación tan emocionalmente incómoda en mi interior estaba dos asientos más atrás, inconfundiblemente lloriqueando. Media hora antes, estaba sentado en los bancos metálicos de la estación esperando a que llegara el tren cuando pasó todo. La mujer, que en ese momento estaba sentada junto a mí, soltó un gritito casi imperceptible. La mire y seguí la dirección de su mirada hasta aquel hombre que venía hacia nosotros, al parecer tan sorprendido como ella. Quizás había perdido toda esperanza de encontrarla aún en la estación. Se fundieron en un abrazo justo delante de mí, y debo reconocer que disfrute de la escena. Los dos lloraban pero también reían contentos de tener una segunda oportunidad para despedirse o quizás porque los dos habían estado esperando en secreto que ocurriera. Se miraron a los ojos y se acariciaron la cara, el pelo, los hombros; intentando retener mentalmente el mapa de sus cuerpos. Y se besaron, o más bien dicho, se fundieron en un beso, apretándose el uno contra el otro, sin dejar de acariciarse mientras las lágrimas se colaban entre sus labios. Me pareció extraño que nadie los estuviera mirando, pero tal vez solo yo era capaz de entender la magnitud de aquel momento, casi podía sentir el apremio de su beso. Y sentí envidia. También alegría de saber que en el mundo hay personas que se aman con tal intensidad, pero envidia por no ser yo una de esas personas tan amadas. El tren ya había llegado a la estación, pero estaban tan cercanos a mi asiento que si me levantaba les obligaría

a separarse. Y tampoco había necesidad, el momento no se alargaría demasiado, algunos susurros después ella cogió su maleta y fue directa hacia el tren, y yo la imite. Cuando nos detuvimos en la puerta de acceso, ella se giró, con los dedos en los labios intentando retener el último beso y sentí la tentación de girarme para ver si él le hacía algún gesto. Subimos en el tren y ocupe mi asiento, pero hasta ahora no he podido dejar de pensar en ellos y en todos mis últimos besos. No recordaba el último beso que le di a Diana, tampoco recuerdo la última vez que besé a mi hermana, o la última vez que besé a mi madre. Pero si recuerdo otros muchos que le di a Diana paseando por la ciudad, entre las sábanas de su cama o viendo una película en el cine; también recuerdo la primera vez que le di un beso a mi sobrino, recién nacido en brazos de su madre y la última vez que le di un beso a mi abuelo, en aquella habitación del hospital a sabiendas de que sería la última vez. Quizás las cosas son así mejores, cuando no gobiernan en tus recuerdos, cuando retienes algo simplemente porque sí, sin explicación y otras por más que lo intentas nunca llegas a recuperarlas. Después de aquel viaje tan extraño, llegué a casa de mi hermana y la abracé, intentando retener aquello, aquel justo momento en el que se reía y me apretaba contra ella. Y así me pase todo el día. Intentando retener la risa de sus hijos, la forma en la que la pequeña pronunciaba la r, o los colores de sus mejillas al despertar. Y ahora después de muchos años; ya no recuerdo muchas de las cosas de aquel viaje, solo que allí la conocí a ella, la mujer que me hizo dejar de sentir envidia. Después de muchos años en los que no me he olvidado de la pareja de la estación, disfruto de cada beso a sabiendas de que cualquiera podría ser el último.

El último beso - Mot

Habían pasado ya dos semanas. Dos largas semanas, con sus largos días y sus más largas noches. Y ahí estaba yo, otra vez, en mi cama, a las dos de la madrugada sin poder pegar ojo. ¿Hasta cuándo duraría? ¿Era pena lo que sentía? ¿O era dolor? ¿Se trataba más bien de arrepentimiento, de remordimientos? ¿Qué hubiera pasado si hubiera obrado de otra forma? ¿Hice lo correcto? Demasiadas preguntas de difícil respuesta... Y no paraba de acudir a mi mente la misma imagen, la imagen del último beso que le había dado, acompañada por un torrente de lágrimas imparable, como si de una salvaje catarata se tratase.

Quince años. Muy poco tiempo si lo comparaba con mis ya más de setenta años vividos, pero toda una vida para ella. Quince años de recuerdos, de amor incondicional, de entrega. Sí, ella me lo había dado todo, había llenado mis momentos de soledad, mis momentos de tristeza, de alegría, y ya no estaba.

Recordé cómo deshice su cama, cómo fui poniendo sus cosas en una caja que guardé en el trastero. Recordé cómo me había hecho la promesa de no volver a pasar otra vez por lo mismo, de no volver a sufrir como lo estaba haciendo. La echaba de menos, no podía evitarlo, pero no iba a hacerlo de nuevo, no. Esta vez había sido la última, y me lo juré a mí misma por enésima vez.

Miré de nuevo el reloj, y mis anegados ojos vieron que pasaban de las cuatro, unos ojos que se negaban a cerrarse, que no me daban tregua, y aunque mi cuerpo me pedía descanso a gritos, mi cerebro parecía estar dispuesto a lo contrario, impidiendo que se efectuara la desconexión necesaria para poderme dormir.

Otra vez la imagen, ese último beso, que parecía ser lo que, por una parte me calmaba pero por otra me martirizaba. Y, como cada noche desde hacía ya demasiadas, más de las necesarias, me dejé llevar y decidí no luchar contra ello. Seguí recordando...

Alba, con su bata blanca, sus zuecos del mismo color, observando en silencio la que era mi despedida, nuestra íntima despedida. Su mano derecha estrechaba mi mano izquierda, fuerte, muy fuerte, sabiendo que

con eso bastaba, que era lo único que podía hacer en momentos como aquel. Su experiencia le había enseñado que ese gesto era lo mejor en esas circunstancias. Me miró con frialdad fingida, con la entereza de los que saben que van a hacer lo correcto aunque no quieran hacerlo, y me preguntó:

—¿Quieres decir algo? ¿Quieres hacer algo? Hazlo o dilo ahora porque tienes que salir de la sala. Es por tu propio bien.

Le di un besito en el hocico. Fue el último beso que recibió mi querida y amada perrita. Fue mi forma de decirle adiós, de darle las gracias. Y salí de la sala, tal y como me había dicho Alba. Al salir a la calle, camino del coche aparcado a dos manzanas, solo me giré una vez; las letras del letrero que ponían “CLÍNICA VETERINARIA ALBA” estaban borrosas, casi ilegibles por mor de las lágrimas que no podía evitar salieran de mis ojos, y me pareció ver en ese momento un destello de luz que salía del techo del local y se dirigía hacia el cielo. Sentí un gran alivio en todo mi cuerpo, como una liberación, y entonces lo supe. Supe que mi perrita estaba en el cielo.»

El reloj se acercaba a las cinco, y mi cuerpo se rindió, junto con mi mente. Dormí hasta las diez de la mañana, y ya no hubo más largas noches. Ese último beso nos había salvado a las dos.

El último beso - Basilisa Nogales

–Buenos días, por decir algo.

–Buenos días, Isabel. Menuda mañanita. Quería preguntarte: ¿Los vecinos sabían algo de lo que salió ayer en el periódico?

–Ay, no, Carmen, esto no se lo esperaba nadie. Estoy por apostar que si se lo vas preguntando a uno por uno todos te dirían que les pilló por sorpresa. Bueno, a mí me dejó de piedra Juani, la del 5º C, cuando me lo contó anoche. Claro que yo soy muy despistada y no me entero de la misa la media. A otros a lo mejor les gusta andar metiendo las narices donde no los llaman. A mí no, yo siempre a lo mío. Ya sabes: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». Que al principio, fijate lo que te digo, sí que me llamó la atención la vestimenta que traía. Venía con una minifalda de cuero, muy estrecha, una camiseta de tirantes corta enseñando el ombligo y unos taconazos... Que yo pensaba: «Traerá zapatillas y ropa más suelta para limpiar la casa, porque con esta falda y estos zapatos para mí que no podrá». Claro que no parecía que viniera a fregar, toda pintarrajeada y peinada de peluquería. Que, la verdad, parecía una fresca. Ahora, eso sí, simpática era un montón. Con don Anselmo, siempre «abuelo» para arriba, «abuelo» para abajo. No te digo más que el primer día la tomé por nieta. Me acuerdo de que subimos juntos en el ascensor y ella le dio un beso en la calva. Que pensé: «La suerte que tiene este hombre con la nieta que ha venido a cuidarlo». Pero no comenté nada. «Buenas tardes», «Buenas tardes». Que a mí no me gusta andar husmeando en vidas ajenas. Anda, ponme dos kilos de naranjas de zumo.

–Pero ¿y él ya tenía perdida la cabeza para dejarse engañar así?

–Pues por lo visto muy bien no debía de estar el pobre. Que a los ochenta y seis anduviera todavía con esas ganas de fiesta, tú me dirás. Pero si es que fue todo en tres meses. Lo que se dice llegar y besar el santo. Empezó a limpiarle la casa en noviembre y a mediados de enero ya vino la madrileña. Que el primer día que la vi le pregunté a él si estaba mala Catalina, y él: «No está mala, es mala». Ya ves tú lo que iba a entender yo con esa contestación, porque quién se iba a imaginar lo que había hecho la tipa. Bueno, pero dejemos eso, que no quiero meterme en la vida de

nadie. Ponme tres limones.

—¡Cuánta gente mala hay por el mundo, Isabel!

—Ahora, si te digo la verdad, al hombre que siempre piensa en lo mismo le cae bien encontrarse con una lagarta como esa y que le saque los cuartos. Porque don Anselmo habrá tenido mucho éxito con las novelas, será muy buen escritor y todo eso, pero lo que es para la vida, un completo desastre. Tú me dirás. ¿Dónde se le escondieron las dotes de observación cuando se dejó engatusar? Y porque el colombiano era buena persona, que si no el escritor estaba criando malvas desde hace tiempo. Para que luego digan de los colombianos. Catalina le ofreció siete mil euros por ponerle la almohada en la boca y él directo a comisaría a poner la denuncia. Y también ella, ¡qué corta, por Dios! Había conseguido, enseñándole las bragas y besito por aquí y besito por allá, que el viejo hiciera testamento a nombre de sus hijos y después le entraron las prisas. A ver si iba a esperar ella hasta que las palmara... Demostró que muchas luces no tenía, la verdad. Y encima se le ocurrió proponérselo a un desconocido. Vio el anuncio en el coche del colombiano en la calle Arapiles y no lo pensó. Si el dueño lo vendía es que necesitaba dinero, así que si le ofrecía siete mil seguro que aceptaba. Que yo me imagino que ella intentó ponerle la almohada más de una vez y no se atrevió. Fíjate, la imagino echando cuentas. Les dejaba a los niños ciento cincuenta mil, dos casas y un montón de fincas y le estaba pagando a ella doscientos al mes por las horas que venía. Menuda miseria. Encima ya debían de estar dándole mucho asco los besos. Apuesto que pensó: «Le doy el último beso con la almohada y santas pascuas». Pero dejemos eso, que a mí ni me va ni me viene. Ponme plátanos.

El último beso - Emma

—¿Cómo es el mundo tras el muro? —preguntó Alma.

—¿Por qué me haces una pregunta que no puedo responder? Sabes que tengo prohibido hablar de eso —alegó el guardián.

—Me gustaría saber cómo es, eso es todo.

—Créeme, no te gustaría.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo sé. Conozco los dos lados y te conozco a ti. Tú no podrías sobrevivir allí sola.

—¿Porqué? ¿Qué puede pasarme? —le espetó Alma con cierto enfado.

—Ese mundo no es como el nuestro. Allí la vida es muy distinta.

—No puede ser tan malo vivir ahí fuera. Hay días que escucho música, voces de niños que juegan y gente que ríe. No parece que ese lugar sea tan peligroso como tú me quieres hacer creer. —Alma esbozó una sonrisa y con voz cándida y ensoñadora añadió—: ¡Daría cualquier cosa, por conocer la vida que se esconde detrás de esta infinita pared blanca!

—¡Prométeme que nunca atravesarás la puerta del muro! —dijo temeroso el guardián—. Pues una vez fuera no podrás volver a cruzarla, quedarás atrapada al otro lado. A lo largo de mis años, he visto como quienes osaron traspasarla, volvían derrotados y desilusionados. Ninguno de ellos, logró encontrar jamás la apertura por la que salieron.

—¿Acaso la puerta no existe al otro lado? —Quiso saber Alma.

—El acceso está a ambos lados del muro. Pero una vez que salimos fuera de aquí, se torna invisible para nosotros.

—Pero tú me has contado, que algunos de esos seres, han accedido a nuestro territorio a través de ese paso. ¿Por qué ellos pueden hacerlo y después regresar a su mundo?

—Desde este lado la puerta siempre es visible, por lo que cuando alguno de ellos la traspasa, puede volver a salir si es su deseo. Tampoco creas que es fácil para ellos, encontrar la entrada que le permite pasar a nuestra zona.

Su gran defecto es que están tan ocupados en el devenir de sus vidas, que no se paran a contemplar las cosas que le rodean. Para algunos

elegidos, el muro y el acceso, solo se hacen visibles en determinados momentos de sus vidas, aunque por una u otra razón, dejan pasar la ocasión de atravesar el umbral. Creo que la principal razón es el miedo.

—¿El miedo? —preguntó Alma entusiasmada, mientras se sentaba a sus pies, esperando oír alguna de sus historias.

En esos momentos sonidos de trompetas, tambores y platillos se escucharon a través de la interminable tapia blanca. Alma se puso de pie alborozada, se alzó de puntillas, pero la muralla era demasiado alta y no consiguió ver nada. Sentía una inmensa curiosidad por saber que ocurría en el exterior. Su corazón palpitaba como nunca lo había hecho. Y deseó estar al otro lado.

—¿Qué pasa afuera? —preguntó inquieta.

—No puedo contártelo. Ya lo sabes.

—¡Por favor! —dijo Alma.

Conociéndola y temiendo que su imprudencia e irreflexión la llevaran a cruzar el temido paso, él claudicó ante su ruego.

—Parece que celebran algo.

—¿Y la música de donde procede?

—Hay... muchas carrozas y... bandas de músicos —dijo, dudando si debía seguir describiendo lo que veía.

—¿Puedo subirme a tus ramas y mirar?

—¡No! Eso no es posible, podría meterme en un lío. Ya sabes que soy el guardián y que no puedo ayudarte a ver el otro lado.

—Solo será un momento, nadie me verá —dijo Alma suplicante, mientras dirigía su mirada hacia el vano del muro.

Presintiendo lo que Alma era capaz de hacer, si no la dejaba subir a través de su tronco, resignado, claudicó a su petición.

—Está bien. Te dejaré, si me prometes que nunca, ¿me oyes? nunca, atravesarás esa puerta. Y que jamás me lo volverás a pedir ¡Ah!, también que será nuestro secreto y...

—¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! —respondió Alma impaciente, haciendo hincapié en cada una de sus palabras—. Pero... ¿Me vas a dejar subir de una vez, antes de que pasen todas las carrozas?

Trepó a través de su amigo el roble, hasta alcanzar una gruesa rama

que traspasaba la pared blanca y desde allí, pudo observar lo que sucedía en aquel territorio, hasta entonces desconocido para ella: carrozas de alegres colores, ataviadas con campanillas doradas y hermosas guirnaldas que trepaban por sus varales; marciales orquestas, cuyos alegres ritmos invitaban a bailar y saltar a su alrededor y entre las carrozas, una gran algarabía, vitoreaban a extraños personajes, que con sus cabriolas y malabares, arrastraban a la multitud.

Alma, sentada en las ramas, observó durante horas el ir y venir de los personajes, que ajenos a su mirada y en una alocada carrera, se afanaban en alzar una gran carpa. Al bajar a los pies del noble guardián, abrazó y besó su rugoso tronco.

—¡Sé que sabrás perdonarme, amigo mío! —dijo a modo de disculpa.

El roble comprendió que aquel beso sellaba su despedida. Que para Alma, ya no había marcha atrás. Y la vio atravesar la temida puerta, para penetrar en el universo desconocido de los hombres. Dejando para siempre, el mundo de la fantasía, al que hasta entonces había pertenecido.

.....

Capítulo 5

Enganchando al lector desde la primera página

Febrero, 2016

.....

El despertar del pasado - Thelma López Lara

No pensaba abrir la puerta, ya eran las diez de la noche, estaba sola, mi amiga de la infancia ya se había ido y el barrio donde vivía no daba la confianza para estar abriendo a esas horas. Mientras pensaba, si abría o no, la persona que estaba afuera insistía tocando fuertemente aquellas tablas de madera retorcidas por el tiempo. Algo dentro de mí me ordenaba que abriera. Con miles costos fui quitando todas las amarras y trancas que le tenía y al mismo tiempo le respondía a aquel sujeto.

—¡Ya va! ¿Quién es? —le pregunté varias veces.

—¿Es la casa de Carmen García? —me respondió. Por el timbre de voz, me di cuenta que era un hombre mayor. Eso me tranquilizó un poco y me animé a abrirle.

—Sí señor, ya le estoy abriendo. —Recuerdo que abrí un poco la puerta, con una mano la sostenía y con la otra me protegía con un hierro en caso de que el visitante fuera amigo de lo ajeno. Era un caballero vestido de traje entero y de mirada dulce.

—¿Es la casa de Carmen García? —me preguntó nuevamente, con un tono de voz bajo y pausado.

—Sí, ella era mi madre, hace ocho días que murió.

—Lo siento —dijo, inclinando su cabeza.

—Gracias, ¿qué lo trae por este barrio?

—Señorita, vengo de parte de la esposa del difunto don Anselmo de la Villa. Ella le ha enviado esta carta a su madre.

Cuando él mencionó ese nombre, una especie de electricidad recorrió mi cuerpo, dejándome paralizada por unos momentos. Hace mucho tiempo que no lo oía, recuerdo que lo escuché por última vez en una discusión que tuvieron mis papás, que en paz descansen. Eso pasó hace quince años, yo tenía diez años de edad en ese entonces. Ese día que ellos discutieron fuertemente, me asusté tanto que me escondí detrás de una puerta. Ahí pude escuchar que mi papá le decía a mí vieja:

—Carmen, a partir de hoy no quiero que el nombre de Anselmo de la Villa se mencione más en esta casa. No respondo de mí, solo sé que perderé la cabeza. Soy capaz de hacer cualquier tontería—. Mi madre con

una voz quebrada se lo prometió. Mi padre salió como un loco de la casa y ella ingresó de inmediato al cuarto. Yo la seguí y la encontré llorando sentada en la cama y entre sus manos tenía una foto, la estaba rompiendo poco a poco. Cuando me vio llegar, guardó debajo de la almohada los pedazos del retrato. Le pregunté, por qué lloraba, ella me respondió, que no estaba llorando, que era una basura que tenía en el ojo. Salió de la habitación rápidamente, fue ahí entonces que aproveché para armar aquella fotografía. Era la imagen de un apuesto muchacho, que por su vestimenta y porte, se observaba que era un hombre estudiado y fino. Detrás de ésta, tenía escrito ese nombre, el cual no lo olvidé y nunca le pregunté a mi madre cuál era el misterio de ese elegante joven.

—Señorita, ¿qué le pasa?, su rostro ha cambiado de colores como un camaleón —me dijo el hombre.

—Disculpe señor, yo no puedo recibir esa carta —le dije segura, pero a la vez perturbada.

—Si su madre no está, a usted le corresponde la misiva —me respondió con una sonrisa casi diminuta entre sus labios.

—Lo siento, yo no tengo nada que ver con su patrona.

—Tome la carta, tengo orden de entregársela a cualquier familiar. Tómela, no haga esto más complicado de lo que ya está —insistió el señor. Recuerdo que la tomé con miles de recelos.

—Por último, la señora me había encomendado que le dijera a su madre que se presentara mañana a las seis en punto de la tarde, a este lugar. —Sacándose de uno de los bolsillos de su atuendo, una estilizada tarjeta de presentación.

—¿Irá usted señorita?

—Lo pensaré, lo que resta de la noche y el contenido de esta carta, serán los que determinen si iré a esa bendita cita.

—Hágalo por favor. —Esas fueron las últimas palabras de aquel caballero antes de retirarse. Lo vi partir, bajando aquellas interminables gradas de concreto, llenas de huecos. Al final, lo esperaba un automóvil con luces intermitentes y dos guardaespaldas, uno en cada extremo del automotor. Cerré la puerta y me dejé caer en el piso observando el sobre y pensé “mamá ayúdame, ¿qué hago?”.

Un detective diferente - Leonor Cuevas Martín

<http://www.leonorcuevasmartin.blogspot.com>

—¡María, vámonos ya!

Juan recogió una botella de agua, unos guantes de lana y un gorro; se abrochó el abrigo, mientras su mujer se lio en la cabeza una buena bufanda y cerró la puerta de su casa con rapidez.

Junto con su hija Gloria subieron al coche deprisa.

De camino a casa de los padres de Juan, su madre explicó a Gloria que hoy no podían llevarla con ellos al campo, cosa que dejó más extrañada a la niña, pues desde que nació siempre había acompañado a sus padres, aunque muchas veces hubiera preferido lo contrario.

Ya en casa de sus abuelos, Gloria se entusiasmó con dos envoltorios que encontró en el comedor, lo que hizo que se olvidara de lo que su madre le había contado y seguir disfrutando del día de Reyes. ¿Qué contendrían? Seguramente nada extraordinario a unos ojos ajenos a los de ella, pero para Gloria, que era entusiasta y que había aprendido a valorar lo pequeño, porque nunca había tenido grandes cosas, unos caramelos envueltos en un papel de regalo de colores brillantes, una bufanda y unos guantes eran tres regalos. Tres regalos en casa de sus abuelos era algo maravilloso. Y otro más en casa de sus padres. ¡Qué buenos habían sido los Reyes en aquel año de 1983!

Con alegría jugó y se entretuvo durante toda la mañana, ajena a lo que sus padres estaban haciendo.

La casa de sus abuelos no era parecida a la de los abuelos de sus amigos. Era una casa pobre, con suelo de empedrado, muy parecido al que había en la calle, que tenía parches de cemento y muchos agujeros.

—Son las ocho de la mañana y no creo que con el frío que hace vaya Pepe a aparecer tan pronto por el campo —dijo María.

—Los ladrones nunca descansan. Basta que lleguemos hoy más tarde, se nos adelanta.

María acompañaba a su marido en una aventura de la que no estaba muy convencida. Al fin y al cabo, su marido solo era un pequeño agricultor y esas cosas debería realizarlas la policía. A los pocos minutos llegaron

al campo donde tenían la piara. Los guarros miraron a sus dueños y siguieron comiendo el pienso que abundantemente les había echado Juan, casi al alba. María se escondió en una nave mientras su marido fue a llevar el coche a una encrucijada lejana a la finca.

A su regreso, antes de dar las ocho y media en el reloj, Juan se escondió dentro de un pesebre alto donde se alimentaban las bestias. Tenía que esperar pacientemente, oculto, tumbado boca arriba, dentro del pesebre tapado por una puerta que lo cubría entero y que había colocado allí varios días antes para no levantar sospechas. María aguardaba que llegara la hora sentada en un pajar contiguo a la majada donde esperaba Juan. Ambos quietos y en silencio, sin poder hablarse, sin comer, sin beber, casi sin poder respirar por miedo a causar ruido. Solo se escuchaba el ruido de los árboles o de algún pájaro. Ese día, ni siquiera ladraban los perros del vecino. Ese día, las horas se enlentecían y la paciencia se resquebrajaba a medida que el minuterero avanzaba. Las horas pasaban muy lentas y pesadas como losas aplastantes. A las dos y media, Juan seguía manteniendo esa postura incómoda, mirando al techo de la majada por encima de su cabeza, ya que todo su cuerpo reposaba inmóvil en aquel pesebre de cemento y piedra. Su mujer, sentada sobre una alpaca de paja cambiaba de postura sin hacer ruido y se desesperaba.

En un momento de debilidad, ella salió de su guarida y se acercó a donde estaba él. Debían abandonar esa operación que según ella no serviría para nada. Él la tranquilizó y le dio la opción de abandonar, pero él seguiría esperando hasta atrapar al ladrón. Ella, aunque poco convencida, volvió a su escondite y al momento los perros empezaron a ladrar. Un sobresalto de alegría y temor sobrecogió sus corazones. Era el comienzo de muchas de las aventuras que, de una forma distinta al vínculo matrimonial, unirían sus vidas para siempre.

La mula del vecino relinchó y los perros ladraron por la llegada de su amo. La mujer escuchó cómo se abrió la puerta de la casa contigua a su escondite. Se dio cuenta de que en un momento de relajación había dejado una pierna estirada y la escondió. De pronto, vio cómo Pepe cruzaba con resolución hacia la puerta de la majada sujetando dos cubas grandes y un saco vacío debajo del brazo. «Ya va», pensó inquieta. Al llegar a la

pared por donde saltaba cada día, los guarros se asustaron. El hombre entró en la majada, miró el pesebre y como cada día había hecho durante más de tres meses consecutivos, llenó sus cubas del pienso, que llenaba en abundancia los comederos. Cogió el saco y se agachó para llenarlo de espaldas al pesebre. En ese momento, Juan tiró al suelo la puerta, que cayó con gran estruendo y salió de su escondite.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Pepe tartamudeando.

—Eso digo yo, ¿qué haces tú aquí?

—Yo vengo, vengo... por una cuba de harina prestá.

—¿Por qué no me la pediste ayer cuando me viste?

Pepe no sabía qué responder a las preguntas que Juan le hacía. Sus piernas quedaron paralizadas y ni siquiera le permitieron salir corriendo. María corrió en busca de algún vecino, pero los más cercanos no estaban en ese momento. Cuando regresó sin refuerzos para que fueran testigos de la situación, Juan salió corriendo sin pensar en las consecuencias de dejar a su mujer con Pepe, aunque realmente no lo creía capaz de hacer otro mal que robar, cosa en la que Pepe era experto, y en poco tiempo se presentó con el primer vecino que encontró y dio fe de lo ocurrido.

«Dos meses y un día de cárcel» le hicieron vender parte de sus propiedades, que no eran menores que las de Juan, al que robaba.

Donde nace el camino - Marazul

CAPÍTULO PRIMERO: LA LLEGADA

Acarició el medallón que llevaba colgado al cuello justo en el momento en que el avión aterrizaba, después se lo acercó a los labios y lo besó; la foto de Erik en su interior le daba fuerzas, por eso sonrió.

Ya había llorado lo suficiente como para saber que así no se ganan las batallas. Era el momento de actuar; por esa razón la voz femenina que en francés les daba la bienvenida le recordó que el camino hacia su objetivo acababa de empezar, a la vez que les informaba de que la temperatura local era de treinta y cinco grados.

En la aduana las sudorosas caras de los funcionarios junto a la imagen de soldados armados, más que ofrecer seguridad imponían respeto.

—Rien à déclarer?

—Quelle est la raison de votre voyage?

Esas fueron las dos únicas preguntas a las que Gloria tuvo que contestar: “Nada que declarar” y “Viaje de turismo” fueron sus respuestas en un aceptable francés.

La presencia del responsable de la agencia de viajes en la puerta de llegadas la tranquilizó. Ya en el coche, de camino al hotel, se comportó como cualquier turista haciendo preguntas a Bulama, que así se llamaba el conductor, acerca de los lugares más tradicionales. A pesar de los tumbos que daba el vehículo y de la temeraria forma de conducir de aquel hombre, pudo saber que el Museo Nacional y el Mercado de Artesanía local eran visitas obligadas; la excursión al desierto y las carreras de camellos eran también destinos muy interesantes.

Al pasar por el puente que atravesaba el Gran río, Gloria se atrevió a preguntar por la manera de llegar a Maradi; fue en ese momento cuando Bulama, aminorando la marcha, cambió la expresión de su cara mostrándose algo molesto. Parecía ahora más interesado en el motivo de su viaje, en el porqué de querer ir a esa ciudad.

Alertada, Gloria intentó quitarle importancia; sin embargo antes de dejarla en el hotel, Bulama se comprometió a llevarla por carretera pasados unos días.

Casi sin darse cuenta, una niña de no más de doce años ya se había hecho con su maleta. Muy sonriente se dirigía a ella saludando en el idioma local: «¡Wooshay! ¡Wooshay!».

Aquella negrita de trenzas enroscadas que iba siguiendo a Gloria a todas partes se llamaba Kibi. Con mucho remango para su edad le fue mostrando las escasas dependencias del hotel, luego la acompañó hasta su habitación.

En la soledad del cuarto sacó del bolso una carpeta que contenía fotos, documentos, direcciones, algún teléfono y una carta, la última que recibió de su hijo.

Entre las fotos una en la que Erik y Elsa jugaban con Terry, un precioso setter irlandés que había en la casa familiar. De los documentos ojeó sin ningún interés la recomendación de la Embajada para una entrevista con el cónsul. Sin caer en el desánimo reflexionó sobre algo que ya tenía asumido: «Que todas las vías legítimas estaban agotadas, tendría que utilizar otros métodos..., los suyos».

Guardó los teléfonos y las direcciones. Con la carta no pudo resistirse y la leyó por enésima vez:

«Niamey-abril-1995

»Querida mamá:

»Hace tan solo un par de días que me llegó tu esperada carta. Esta vez ha habido suerte, ¡solo ha tardado doce días!».

»Me alegra saber que papá va mejorando y que se restablece de la operación. Quiero que le des un fuerte abrazo de mi parte.

»En cuanto al nuevo miembro de la familia me siento muy orgulloso de ser por fin tío, el tío Erik, y de que Elsa y el niño estén bien.

»En la última carta te decía que nos quedábamos en la capital, pero ha habido un cambio de planes y ahora nos dirigimos a Maradi. Allí la organización va a iniciar varios proyectos para ayudar a paliar la hambruna. Somos muy necesarios en aquella zona. Puedes estar tranquila que ayudar a estas gentes es nuestro único interés. Todo lo demás, las manifestaciones de protesta y la tensión política pasan a un segundo plano cuando lo importante es como afrontar el día a día.

»Te alegrará saber que viene Salima conmigo, es un ángel y mi mejor

apoyo. Estoy deseando que llegue el día en que puedas conocerla.

»Te volveré a escribir desde Maradi.

»Ilusionado y con mucho ánimo recibe el abrazo de tu hijo.

»Erik».

Se dejó caer en la cama con la carta sobre su pecho imaginando tener a su hijo entre sus brazos otra vez, besar y jugar con su pelo mientras ríen.

El recuerdo de Erik, un chico deportista e inquieto, altruista y soñador junto con el cansancio del viaje lograron que sus húmedos ojos se fueran cerrando.

Poco a poco fue oscureciendo en aquella habitación desconocida, tan solo iluminada por la luz de una farola que se filtraba a través de la persiana.

Gloria dormitaba en su primera noche, en aquel país extraño que le robó a su hijo, cuando escuchó un ruido al otro lado de la puerta. A continuación el silencio, después el sonido de algo o alguien que se arrastraba.

No pudo levantarse para ver de donde procedía el ruido tan alarmada estaba. «Algún insecto de esos enormes de los que le habían hablado, pensó horrorizada, o tal vez todo era producto de su imaginación».

Solo a la mañana siguiente y con los primeros rayos de luz entrando en la habitación Gloria decidió incorporarse.

Por debajo de la puerta alguien había metido una nota.

Se agachó y desdobló el papel. En silencio leyó la única frase escrita que le heló la sangre: «Retour à votre pays!».

Resurgir - José Vicente Pérez

La lluvia caía sin cesar, empapando cuerpos y estados de ánimo. Nunca resulta agradable asistir al entierro de un ser querido, pero si además acompaña un aguacero insistente y molesto, la experiencia se hace aún más difícil.

En esta situación me encontraba yo, aquella despacible mañana de febrero, cuando nos reunimos unos pocos allegados para darle el último adiós a Clara.

La estuve llorando durante su larga enfermedad, la noche en que murió y al día siguiente. Por eso ahora, tiritando de frío, ya no me quedaban lágrimas que soltar. O es que éstas se confundían con las gotas de lluvia. No sé. Solo recuerdo que, por un momento, la monótona voz del cura se quedó en off, y la cabeza empezó a evocar una escena parecida vista en una película. La imagen del entierro de Ava Gardner en “La condesa descalza”. Me sentí igual que Bogart, calado hasta los huesos y con una tristeza infinita.

Volví a la realidad por un momento y miré a mis suegros. Él, con la confusión pintada en el rostro. Perdido y sin dar crédito que estaba enterrando a su primogénita. Ella, calculadora. Sin dejar de escrutarme el rostro en busca de vaya usted a saber que expresión o sentimiento.

El apretón de una mano en el brazo derecho me sobresaltó. Javier, editor y fiel amigo, me miraba gravemente.

—Es hora de irnos, Daniel. Anda, vamos al coche, que vas a pillar una pulmonía.

Era cierto. En tal estado de melancolía, apenas pude acordarme de coger una gabardina, que ahora estaba empapada y se pegaba a la piel como un sudario.

Dejé llevarme por Javier, e intuí un pequeño roce con mi suegra. Discreto, sin levantar la voz, la disuadió de acompañarnos a casa para, supongo, empezar a revolver en armarios y cajones.

Ella frunció el ceño, contrariada. Aunque se mantuvo al margen. Su marido, mientras tanto, seguía impertérrito ante la lápida de Clara.

Ya en el coche, Javier me observó durante un instante, calibrando el

estado de su representado.

—No creo que te convenga ir a casa, por el momento ¿Qué te parece si vamos hasta la playa y paseamos? Parece que no tardará en aclarar.

Asentí. No me atraía la idea de encerrarme en casa, abrumado por la presencia de Clara por todas partes. Abroché el cinturón, arrellanando el cuerpo en el asiento, cerrando los ojos.

Mientras el coche abandonaba el cementerio, escuché algún comentario de Javier, recibiendo el pésame de las personas que bajaban andando por la calzada de gravilla.

Una vez alcanzadas las afueras, el coche tomó velocidad y sentí mejorar el ánimo. Logré un rato de tranquilidad ayudado por el respetuoso silencio de mi compañero. Al cabo de lo que parecieron horas, el coche disminuía la velocidad, y abrí los ojos. Avanzábamos por el estrecho camino de acceso a la playa.

Unos pocos surfistas, ajenos al mal tiempo, cabalgaban por las olas, cual hormigas entre la mar picada.

Descendimos y empezamos a caminar, aún en silencio. Fue Javier, como siempre, quien tomó las riendas de la conversación.

—Te vendría bien alejarte de la ciudad durante un tiempo. Mi casa de verano está vacía ¿Por qué no te vas unos días? Podrás descansar y retomar la escritura otra vez.

—No podría escribir una sola palabra —dije, negando con la cabeza—. No, hasta que consiga asimilar todo lo que ha pasado.

Javier miró el mar verdoso y tanteó el espinoso tema que llevaba tiempo intentando abordar.

—Oye, Daniel. Hace dos años que no publicas nada, ni parece que tengas proyecto alguno. Puede ser terapéutico retomar el trabajo.

—Ya te he dicho que, en estos momentos, estoy bloqueado —contesté con aspereza—. Te agradezco tu apoyo durante estos últimos tiempos, pero no me presiones, por favor.

Javier siguió mirando un momento hacia las olas encrespadas y por fin, lanzó un suspiro conciliador.

—Está bien. Hablaremos del tema más adelante. Anda. —Me empujó suavemente—. Vamos a tomar un café que me estoy quedando duro.

De vuelta a casa, comenzó una travesía en el desierto. Las llamadas se acumulaban en el contestador. Amigos preocupados por el nuevo viudo. Pero ninguna con ideas para volver al trabajo. Comía en un bar cercano, atiborrándome de bocadillos y ensaladas.

A los siete días del entierro, a la vuelta del almuerzo en un pequeño café del barrio, me tumbé en el sofá a echar la siesta.

El piloto rojo del teléfono parpadeaba subyugante. Pulsé el botón y tras el pitido, una voz de entre los muertos, reclamaba una cita.

El viaje - Rosario Pozzerle

«Señores pasajeros, en breves momentos estaremos llegando al Aeropuerto Internacional George Bush de la ciudad de Houston, por favor...».

«Al fin», pensé, lanzando un suspiro de satisfacción. Miré por la ventana del avión la amplitud de la ciudad y perfilé en mi mente la sonrisa de John. Mis pensamientos volaron al primer encuentro en ese mismo aeropuerto hace seis años. Yo caminaba por el andén con mis maletas, cuando él se adelantó para presentarse porque me había reconocido. Llevábamos meses viéndonos por internet, nos habíamos conocido por esa vía. Yo estaba inscrita en un sitio web que me recomendaron para practicar italiano. Él, a su vez, vio un micro aviso de nirvam.it en un periódico virtual y decidió contactarme. Fue extraño aceptarle, porque él no hablaba italiano. Nacido en Argentina, se había hecho ciudadano americano hacía más de treinta años. Nos unió el idioma español y congeniamos de inmediato. Ambos divorciados, evitando pasar de nuevo por el aro del matrimonio, nuestros encuentros en Estados Unidos, al inicio fueron de un mes y medio cada seis meses; luego se alargaron a tres y, esta vez estaba dispuesta a quedarme seis. Respiré profundo, me sentí liviana, recordando las últimas decisiones que tomé y otras que devinieron solas reforzando mi independencia.

El corazón se me licuó de felicidad cuando aterrizó el avión y los pasajeros empezaron a movilizarse para la salida. Cogí el maletín de mano y mi cartera; salí del avión. El aire frío del invierno incipiente se filtró por algunas rendijas de la pasarela, abotoné mi abrigo y caminé por el túnel articulado para luego integrar la fila de turistas que pugnaban por conseguir el sellado. Luego de unos minutos el oficial de inmigración me hizo una señal para avanzar y me saludó con amabilidad.

—Good morning!

—In Spanish, please! —le contesté.

—¿Por qué viene a los Estados Unidos?

—Para encontrarme con mi novio.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? Ponga la dirección donde se va a

hospedar.

—Seis meses —contesté. Luego anoté la dirección de John.

Después de tomarme la foto y las huellas dactilares, el oficial selló mi pasaporte y dijo:

—¡Bienvenida! Pase al control de aduanas.

—Gracias.

Caminé por un largo pasadizo. El encargado vio mi pasaporte y me señaló la sala de revisión de maletas y envió a tres miembros de seguridad. Uno de ellos me pidió el pasaporte, miró detenidamente las hojas, los sellos y me dijo en tono agresivo:

—Usted no puede quedarse seis meses aquí. La vez anterior estuvo tres y hoy regresa por seis. ¡Usted está viviendo en Estados Unidos!

—No sabía —contesté titubeante—. Supuse que podía quedarme el tiempo de estadía que indica en la papeleta que el oficial me dio. Es la primera vez que pensaba utilizarlos.

—Todos dicen lo mismo —gritó—. Usted tiene muchas entradas al país. ¿Por qué ha traído dos maletas?

—Porque pensaba pasar dos estaciones en Houston.

—¿Cuánto dinero trae?

—Nada en efectivo. Solo mi tarjeta de crédito.

—¿Me la puede mostrar?

—Sí, por supuesto.

Abrí mi billetera y el oficial me la pidió para revisarla, sacó las tarjetas que tenía y buscó exhaustivamente algo que no supe qué era. Demandó que abriera mis maletas al tiempo que me devolvía la billetera. Al final se perdió por las oficinas llevándose mi pasaporte.

Recordé la última vez que estuve en Houston, hace tres meses. John me había dicho que las autoridades de migración, tenían la potestad de no permitirme el ingreso al país si a ellos les daba la gana. Incluso, podían tramitar mi retorno en el acto.

Se me congeló la frente y un sabor amargo en la boca seca se hizo presente. Las palabras duras antes dichas por el oficial: «Usted no puede quedarse seis meses aquí. ¡Usted está viviendo en Estados Unidos!», retumbaban fuertemente en mi cabeza. Vi mis maletas despanzurradas y

las manos ávidas de los oficiales buscando no sé qué pecados, me hicieron sentir acorralada. Yo no había cometido ninguna ilegalidad, tenía visa y nunca me había quedado en el país más de la cuenta, pero las miradas y preguntas agresivas me habían acobardado. Pensé en John: «Estará en la sala de espera, con un ramo de rosas rosadas. Quizás, extrañado por mi tardanza». Me envolvió la tristeza, más aún cuando se demoraban una eternidad en la revisión y no regresaban con mi pasaporte. Entonces, vislumbré en las miradas furtivas de los aduaneros, el comienzo de una gran pesadilla.

La primera ola - Rita

Corría como nunca antes lo había hecho. Mis piernas ardían, clamando un descanso inmediato. Sentía los músculos de mi brazo derecho extenuados. Mi mano cerrada alrededor de la de mi hermano pequeño comenzaba a sudar, lo que provocaba que resbalase. Sin embargo, no solté a Nick en ningún momento.

De ello dependía su vida.

Un calambre en la pierna izquierda detuvo mi carrera por salvarnos. Mis piernas habían llegado a su límite. Me habían fallado. Tropecé y caí, agotada, llevándome a mi hermano conmigo. Me golpeé la cara, sintiendo un dolor agudo.

—¡Brent!

Iba delante de nosotros, a un paso, abriéndonos el camino. Insté a mi hermano a que se levantara mientras veía a mi novio volverse con rapidez. Corrió hacia nosotros y levantó a Nick del suelo.

Yo hice lo propio, pero mis piernas temblaron y caí de rodillas.

Miré a Brent con los ojos brumosos.

—No puedo.

—Sí que puedes —me contradijo con firmeza—. Vamos, Scarlett. Levántate. Solo un esfuerzo más. Sé que puedes hacerlo.

Sentí la humedad de mis lágrimas en las mejillas. Lágrimas de desesperación y de impotencia.

—Tienes que levantarte. —Mi hermano, ahora de pie, empezó a tirar de mi brazo—. Hazlo por mí.

Su súplica le dio un nuevo impulso a mis piernas maltratadas.

Una vez de pie, Brent tiró de mí y de Nick. Hice un esfuerzo enorme y emprendí la carrera de nuevo. Todo lo rápido que mis piernas me lo permitieron.

Frente a nosotros, el edificio residencial 388 Bridge Street estaba siendo invadido por cientos de personas que buscaban desesperadamente salvar sus vidas. La imponente estructura se alzaba como una tabla de salvación a la que aferrarse en medio del caos.

Minutos después, subíamos las escaleras de tres en tres o de cuatro

en cuatro. Nuestra respiración era cada vez más agitada. Más irregular. Me detuve una milésima de segundo cuando mis ojos se encontraron de frente con ella. Fue como si una garra me oprimiera el pecho y me robara todo el aliento que me quedaba. Era aterrador ver cómo una ola gigante arrasaba con toda la ciudad de Brooklyn.

La ola se alzaba por encima de la mayoría de los edificios. Era tan alta que se podía atisbar a lo lejos. Se me pusieron los pelos de punta.

Apretamos el paso cuanto pudimos. No era fácil, puesto que las escaleras estaban atestadas de gente. No fuimos los únicos en acelerar el paso escaleras arriba. El impacto era inminente y el pánico comenzó a volver loca a la gente. Si no lo había hecho ya.

Los chillidos y lloriqueos eran cada vez más constantes e intensos. La muchedumbre se convirtió en una marea humana muy peligrosa. La gente se empujaba. Algunos caían al suelo para correr la mala suerte de ser pisoteados. Otros caían por el hueco de la escalera al recibo de una muerte segura. En circunstancias como aquellas nadie se detenía a ayudar a nadie. El único pensamiento era sobrevivir.

Pensé en lo pequeño que era mi hermano. Tan solo tenía nueve años y cualquiera podría llevárselo por delante, sin reparar en él. Antes de darme cuenta, Brent cargaba a Nick en sus brazos. Eso me dejó más tranquila. Me mantuvo a su lado en todo momento.

Instantes después, estalló el verdadero caos. El impacto de la ola contra el edificio rompió los cristales contra nosotros. Todo el mundo chilló. Brent nos protegió con su cuerpo, a pesar de estar junto a la barandilla. Aunque la ola había impactado varios pisos por debajo nuestra, el agua consiguió entrar por el ventanal. Pero no de forma letal. Lo peor, me di cuenta cuando abrí los ojos, estaba subiendo a gran velocidad por el hueco de la escalera.

Todo el mundo continuó subiendo a base de empujones. Conscientes del peligro tras nosotros, subimos también. Cuando llegamos arriba, la gente se lanzaba desesperada contra la puerta en pelotón.

Antes de que nosotros pudiéramos alcanzarla el agua nos arrolló con fuerza. Salimos por la puerta arrastrados por ella, que fue disminuyendo poco a poco.

Por fin estábamos a salvo.

Brent y yo nos asomamos al borde. En realidad, todos lo hacían. El paisaje era desolador. La ciudad estaba anegada bajo una capa de agua salada. Pocos edificios sobresalían.

Si aquello no había sido suficiente, algo de gran tamaño nos hizo sombra. Cuando alcé la vista al cielo, mi corazón se detuvo por un momento.

Una enorme nave circular.

.....

Capítulo 6

El ascensor

Marzo, 2016

.....

Hecht - Eunice Espejo

<http://kimerasdefuturo.blogspot.com>

Las puertas cerraron tras él creando una sensación claustrofóbica.

—¿A qué planta va? —preguntó sin mirar a su acompañante.

—Planta 152.

El ascensor comenzó su lenta subida. Byron miró al hombre de la planta 152 fijándose en el diccionario de bolsillo que llevaba en la mano.

—Ni hao —dijo con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

—¿Perdón? —respondió el hombre confuso.

—Ah no, pensaba que estaba aprendiendo chino. Por el diccionario. Lo siento, disculpe, era por romper el hielo. Siempre me ha incomodado compartir ascensor con gente desconocida. Sobre todo si se va a la misma planta y es la más alejada.

El hombre lo miró levantando la barbilla. Estaba claro que no le apetecía entablar conversación. Sin embargo, algún vestigio de buenos modales afloró en él y cambió su expresión por una más agradable.

—No se disculpe. —Levantó el diccionario y miró las dos cubiertas, dándole vueltas con la misma mano, como si fuera algo de poca importancia y que le costaba entender—. Lo he comprado hace un momento. Tengo una reunión con un hombre de negocios, él es chino y quería impresionarlo. Siempre me ha incomodado hablar con hombres de negocios. Era para romper el hielo, ya ve, nada que no sepa.

Tras esta última frase miró de forma cómplice a Byron, buscando un punto en común al citarle. Byron sonrió complacido.

—Creo que vamos a visitar al mismo hombre. Supongo que viene para la entrevista. Para presentar su proyecto.

—En efecto, a eso vengo. —Colocando el diccionario bajo su brazo, alzó el maletín y le dio una palmadita—. Tengo algo magnífico y estoy seguro de que saldrá adelante. Estoy convencido de que nunca ha visto nada igual.

—No lo pongo en duda. ¿De que se trata?

—Lo siento. No creo que deba decirlo. Pero si todo sale como tengo previsto no tardará en verlo.

Byron respondió con un gesto de comprensión y los dos permanecieron inmóviles durante unos segundos mirando hacia la puerta.

—Ahora me da reparo preguntar qué trae usted, después de haberme negado a hablar de mi proyecto.

—Ah no, no se preocupe. Yo no vengo a presentar ningún proyecto. Más bien trabajo para el señor Leung. Soy una especie de asistente personal. No se como explicar mi trabajo, es algo complicado.

—Ya veo —respondió el hombre observando por segunda vez a Byron, evaluando a la luz de los nuevos datos.

El ascensor frenó suavemente, al mismo tiempo que un timbre indicó la parada. El hombre de la 152 extendió la mano hacia Byron y abrió la boca para articular una despedida de cortesía. Sin embargo, Byron giró su mano hacia el panel de botones y apretó uno de ellos antes de que las puertas se abrieran por completo. Éstas volvieron a cerrarse y el ascensor hizo un extraño movimiento.

—¿Que ha pasado? —dijo el hombre aún con la mano extendida hacia Byron.

—Tengo entendido que su proyecto propone una nueva manera de visitar otros mundos.

Byron se agachó y de forma pausada comenzó a desmontar una pieza de la esquina inferior.

—Al parecer, ese invento abarata costes y proporciona la oportunidad de vivir esa extraordinaria experiencia a cualquier ciudadano, sea rico o pobre, sea listo o no. —Lo miró con ironía, como si, la posibilidad de que algo como aquello existiera, fuera absurda de por sí—. Pero, ¿Qué efecto cree que puede provocar esto? No hace falta que responda, es una pregunta retórica. Ya sabemos qué efecto puede provocar y al señor Leung no le atrae la idea de un futuro así.

Hizo una pausa larga y sacó algo del bolsillo.

—Pike, ¿verdad? Parece que no comparte el espíritu agresivo de su tocayo. Dicen que el pez Pike, puede comer cualquier cosa, incluso aves. También dicen que vive hasta los treinta años y en este caso sí que tienen algo en común. ¿Cuántos tiene? ¿Treinta y dos? ¿Treinta y tres?

—Así que a esto se dedica —dijo Pike frunciendo el ceño.

—Sí. Ahora entenderá porqué era difícil de explicar.

—Por supuesto. Y dado que usted sabe bastante sobre mi proyecto, entenderá que antes no le diera explicación alguna. Aún así, no entiendo por qué ahora, por qué aquí.

—No es nada personal. Simplemente, rechazar su proyecto no serviría de nada. Si no lo hacemos ahora y aquí, irá a otro lugar y el futuro será el mismo, sea quien sea el que lo lleve a cabo. —Byron conectó un extraño artilugio a la pieza que había desmontado en la esquina inferior del ascensor.

Pike le miró con resentimiento y resignación.

—No lo tomes como una traición. Al fin y al cabo, solo hemos cruzado un par de palabras en un ascensor. —Se levantó y puso su mano en el hombro de Pike—. Lo lamento. Me has caído bien, pero tienes ahí encerrado un conocimiento que puede destruir la humanidad aunque ahora no quieras verlo —dijo señalando su cabeza—. Esto es por tu bien y por el bien del mundo. No lo olvides.

Byron apretó nuevamente el botón en el panel del ascensor. Las puertas abrieron y Pike contempló sorprendido lo que había al otro lado. Una superficie infinita de roca bajo un cielo oscuro lo esperaba.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Pike impresionado.

—Tendrás que averiguarlo tú mismo.

Detrás del dragón, todos los demás - Gisela Lupiáñez

La cabina del ascensor es lo único identificable del edificio que ahora yace a su alrededor como una corona de hormigón, acero y vidrio. Es también el refugio más cercano en un paisaje formado por las ruinas de la Ciudad. El hombre corre hacia él con las pocas fuerzas que le quedan. Lo persigue una horda de demonios y cadáveres con la ciega satisfacción de saber que en cualquier momento lo alcanzarán y lo harán pedazos. Como a los demás. Como a todos.

La puerta de metal del ascensor está semiabierta. El hombre se escurre por el estrecho espacio y la cierra con esfuerzo. Se acurruca en el rincón más alejado. Un llanto sin lágrimas, de miedo y desesperación agita su cuerpo. Los entes que rodean el ascensor aúllan, rugen y mueven la cabina intentando alcanzar al hombre. Tratan que enloquezca y caiga finalmente, presa de la fuerza conjunta de todos los horrores.

Pero el hombre del ascensor todavía resiste. Busca en el morral marrón que lleva algo para distraerse, cualquier cosa que le permita ignorar las voces del exterior. Saca un abrelatas, una botella de agua mineral y el único libro que pudo rescatar de la inundada Biblioteca, un diccionario de bolsillo. Ojalá hubiera sido una novela. Lo hojea e intenta sumergirse en las palabras conocidas y sus significados. Pero no es suficiente para evitar los recuerdos.

Apenas una semana atrás la Ciudad era la misma de siempre, con sus rutinas habituales. Las personas se ocupaban de sus cosas y mantenían sus miedos ocultos en su interior. Pero el lunes por la noche el cielo se llenó de sonidos inmensos, ondas que se expandían y llegaban a todas partes. Solo ruidos sin sentido en un firmamento límpido y libre de nubes. La gente se juntó en las veredas co-mentando con los vecinos su desconcierto. Y en algún lugar, una joven cuyo novio trabajaba en el Parque Industrial le dijo a una amiga entre risas nerviosas:

—Ese ruido parece una explosión en la Refinería.

En ese momento la Refinería, ubicada a cinco kilómetros de la ciudad, estalló devastando todo a su alrededor.

Cinco minutos más tarde un ruido particularmente turbulento

sobresaltó a un grupo de chicos que estudiaban en la Biblioteca. Uno de ellos dijo:

—Suenan cómo si se hubieran roto todos los caños de agua al mismo tiempo y se estuviera inundando el edificio. —En cuanto terminó de hablar la Biblioteca se llenó de agua. Habían reventado los caños dentro de las paredes.

Una hora más tarde había incendios e inundaciones por toda la ciudad. Ante cada nueva resonancia las personas pensaban en diferentes catástrofes. Los sonidos adquirían poder de los miedos de los individuos y se convertían en los desastres que éstos imaginaban.

El martes llegaron las sombras. Al igual que las ondas sonoras, al principio solo eran siluetas negras que no se parecían a nada ni a nadie. Se deslizaban detrás de las casas, detrás de las personas sin interactuar con ellas. El primero en darle sentido a una de esas figuras indeterminadas fue un niño de seis años que jugaba en el Parque con su amigo.

—Hay un león atrás tuyo —le gritó. La silueta que los rondaba se transformó en un león y los devoró a ambos.

Durante todo ese martes las sombras tomaron forma al ritmo de los temores más profundos de cada uno. Se convirtieron en asesinos y violadores sin nombre y sin historia, en monstruos de pesadilla, en demonios aullantes.

El miércoles fue el día de los cadáveres. Todos los que habían muerto asesinados por los engendros y las catástrofes que sus propias mentes habían creado se levantaron y formaron grupos junto a los entes que habían imaginado. Las hordas de aberraciones cazaban a los vivos en las calles. Para los que quedaban se hizo muy difícil mantener la cordura. Y la vida.

El viernes ya casi no quedaban seres humanos en una Ciudad tomada por los monstruos. El hombre del ascensor junto a su mujer y su hijo intentaban conseguir alimentos en un almacén destrozado y semivacío cuando los descubrió un grupo que aún tenía una sombra indefinida entre sus integrantes. Los padres intentaron distraer al pequeño de seis años de imaginación potente y miedos intensos. Pero cuando la oscuridad sin forma cubrió la ventana, el niño exclamó con la voz llena de terror:

—¡Papá, es el Dragón Azul!

El hombre del ascensor maldijo ese cuento que le leía cada noche a su hijo, el del Dragón Azul que se comía a los chicos de un pueblo. La malvada criatura entraba ahora en el almacén, completamente real, rugiendo y escupiendo fuego. El hombre del ascensor escondió a su niño detrás de una estantería. Agitó los brazos y gritó para distraer al monstruo. Pero el Dragón se dirigió hacia el pequeño sin vacilar. Volteó la estantería, atacó al niño con un rugido y lo destrozó con su zarpa gigante. El pequeño quedó tirado en el piso, dentro de su propio charco de sangre. El Dragón se volvió hacia la madre que gritaba desesperada. El hombre del ascensor corrió hasta su hijo y comprobó que estaba muerto. Levantó la vista a tiempo de ver cómo el monstruo asesinaba a su esposa. Cerró los ojos. Cerró su corazón. Y huyó.

Ahora es otra vez lunes y el hombre del ascensor está solo. Siente cerca la traición de su propia mente. No le teme a la manada de demonios aullantes que rodea la cabina metálica. Teme a las voces de los suyos llamándolo desde las profundidades de los rugidos diabólicos. A los aullidos de desesperación de su esposa. A los gritos de miedo y dolor de su hijo.

La puerta se abre con un chirrido de metal sobre metal. Por la abertura aparecen la mano y la sonriente cara ensangrentada de su niño. Detrás suyo, el Dragón Azul. Detrás del Dragón, todos los demás.

El diccionario - Isolina Rodrigo Rodrigo

Lunes

Como cada mañana, espera a que suene la cadena del C para quitar la suya.

—Buenos días, Rosi —la saluda sonriente.

Ella le devuelve un saludo desganado, mientras guarda las llaves.

—Buenos días, Marcos.

Le había salido anoche la palabra “explorador”. Dio vueltas y vueltas al asunto, pero lo vio poco claro. ¿Significaba que había llegado el momento de atreverse, por fin, y lanzarse a la aventura?

Mientras ella cierra la cremallera del bolso, él se adelanta y llama al ascensor. En la espera, a Marcos la eternidad le muestra de nuevo sus garras. Cuenta pisos, números, monstruos, milenios. «Explorador», piensa. Y se imagina en la selva, aterrado por ruidos ignotos que tal vez procedan de algún animal hambriento.

—¿Asististe a la reunión de vecinos? —Oye justo cuando se abren las puertas.

—No, tenía turno de tarde —contesta al tiempo que se imagina enfrentado cara a cara con la anaconda.

—¿Sabes cuánto será la derrama? —le pregunta ella, ya en el noveno.

—Quinientos —le responde en el octavo.

—Los morosos de nuestro rellano ya han pagado todo lo que debían —afirma ella en el séptimo.

—No tenía ni idea —le contesta en el sexto.

Del quinto al bajo permanecen callados porque se les ha agotado el tema de conversación.

«Menudo “explorador” de los cojones», se insulta a sí mismo.

Sale del portal fingiendo la prisa del que llega tarde al trabajo, da la vuelta a la manzana y vuelve a entrar. En la subida, repasa, una a una, las palabras que pronunció ella a la bajada, buscando una pista, quizá un temblor, algo que le hubiese dado pie para iniciar esa aventura de descubrir nuevos territorios.

Martes

Antes de retirar la cadena, se da ánimos. Le había salido «examen». ¿Habría llegado el día? ¿Qué era un «examen» sino una prueba en la que demostrar lo que uno sabía de una materia? Después de meditarlo hasta las tres de la madrugada, llegó a la conclusión de que pasaría la prueba invitándola a tomar un cafetito.

La espera ante el ascensor vuelve a mostrarle sus garras.

—¿Has visto la esquila del hijo del presidente de la comunidad? —Oye que pregunta compungida.

—Sí. Veintidós años que tenía el chavalillo —le responde.

—¿Vas a ir al funeral? —pregunta ella en el noveno.

—No podré, solo me acercaré al tanatorio al mediodía —le contesta en el octavo.

Del séptimo al bajo guardan silencio.

Mientras respira el aire de la mañana, vuelve a darse ánimos. Lo de hoy no podía considerarse cobardía. Estaba muy afectada por la muerte del muchacho. Hasta hubiera quedado mal invitarla en esas circunstancias.

Miércoles

La víspera, al abrir el diccionario y poner el dedo índice, había señalado «tapia». Menuda palabreja. Le dio mala espina. Por un lado, la relacionó con la sordera y, por el otro, sintió la dificultad de saltar una pared con cristales. De ambas asociaciones dedujo que no procedía intentarlo.

Décimo

—Marcos, ¿a ti te gustan los animales?

Noveno

—No mucho, la verdad. ¿Por qué me lo preguntas?

Octavo

—Porque una compañera de trabajo regala cachorros, tiene tres.

Séptimo

—Yo sería un desastre. Me cuido fatal a mí mismo, como para cuidar a un perro...

Sexto

—Pues te digo una cosa: a los solteros y a los viudos un perro nos

puede hacer mucha compañía.

Quinto

–Seguro que tienes razón, Rosi, pero lo de obligarme a sacarlo a pasear me convence poco.

Cuarto

–Anda, hombre, ¿te animas y cogemos uno tú y otro yo?

Tercero

–Un perro en un piso está mal, y encima se pasaría muchas horas solo.

Segundo

–Podríamos ayudarnos mutuamente. Cuando tú trabajaras, yo me haría cargo de los dos; cuando trabajara yo, los cuidarías tú.

Primero

–Mujer, los animales atan mucho.

Bajo

–Piénsalo, yo creo que sería una buena idea.

Mientras da la vuelta a la manzana, se acuerda de la palabra de anoche y piensa: «Claro, está sorda como una “tapia” esta solterona». Luego, ya en la subida, se burla de su absurdo entusiasmo por los perros.

Jueves

Llega al mismo tiempo el vecino del A, al que no ven desde hace semanas.

Décimo

–Buenos días, Felipe. Una cosa: ¿a ti te gustan los animales?

Noveno

–Sí, me apasionan los documentales del mediodía.

Octavo

–Digo los domésticos, hombre.

Séptimo

–Rosi, si estuviera en esta casa, tendría perro; pero desde el divorcio vivo con mi madre y ella dice que en la suya ni hablar...

Sexto

–Felipe, ¿quieres un cachorro?

Quinto

–Ojalá pudiera.

Le había salido «traición». Nada que hacer, pues.

Salir del ascensor - Aaron Alessandro Carbajal Diaz

<https://twitter.com/AaronACD>

Arañan las puertas de metal como si de eso dependieran sus vidas. Ellos intentan destruir mi refugio con desesperación. Esos monstruos. Han estado acechándome por lo que parecen días, pero probablemente han sido horas.

Al inicio creía que quedarme encerrado en un ascensor era lo peor que me podía suceder. Hasta que descubrí que habían monstruos en el exterior. Por ello, ni siquiera quise pensar en cómo salir de esta clase de cubo mecánico transportador. No sé cómo lucen ellos, no sé si tienen cara o si mínimo tienen alma. Lo único que entiendo es su desesperación por sacarme de aquí para lograr devorarme.

El ascensor sube lentamente cada cierto tiempo y, mientras más sube, más “monstruos” hay. Escucho gritos de mujeres y niños. Oigo risas diabólicas y un llanto desesperado. El exterior me aterra.

No sé cuánto tiempo podré permanecer sin agua y comida. Lo único que tengo en mi mochila es un lápiz, cuadernos y un diccionario. Pensaba en leerlo por primera vez en mi vida hasta que la luz se apagó.

—¿Qué son? —me pregunta una voz femenina que me resulta familiar.

—¿Quién eres?

—¿Importa?

—No lo creo. ¿Por qué no te vi cuando había luz? ¿Cómo es...? —Trato de pensar en una explicación lógica.

—¿Importa? Lo que realmente interesa es qué está sucediendo afuera y qué quieren lograr esos individuos. ¿Crees que quieren ayudarnos?

Me muerdo la lengua y no le cuento lo que pienso que son: monstruos. Si le dijera eso parecería un niño asustado. Y no quiero eso.

—¿Hay alguien dentro? —pregunta una voz masculina mientras golpea las puertas del ascensor.

—Ten cuidado— susurra la voz femenina— puede estar pretendiendo ser algo que no es. Puede ser un monstruo con voz humana.

—¿Tú también piensas que son monstruos? — le pregunto fascinado.

—¿Qué más podrían ser?

—No puedo decir que lucen como monstruos. Ya que... no los puedo ver. —Río con timidez—. Pero suena como si lo fuesen, ¿no crees?

—Sí...

—¿Cómo eres tú? Ya sabes, físicamente.

—¿Importa?

—¿Por qué siempre respondes eso.

—Porque al parecer no piensas en lo que realmente importa. Si estamos condenados a vivir ciegamente en este ascensor, prefiero que sepas cómo son mis pensamientos y no cómo luzco. Pensar así sí importa, cariño.

El ascensor seguía haciendo lo que sabe hacer: ascender. Comienza a gustarme este ambiente. Si estuviese afuera, tendría que soportar los golpes de mi padre. Tendría que agobiarme por la falta de dinero y cariño. En este lugar solo soy yo y una mujer conversando de la vida, probablemente esperando la muerte. No hacemos nada para seguir viviendo. No hablamos de escapar. Y de un momento a otro, ya no hablamos.

Permanezco en mi propio silencio escuchando la bulla del exterior. Trato de imaginarme qué sucede. Los monstruos pelean, los monstruos matan, los monstruos mienten, traicionan y ellos quieren sacarme de aquí para comerme. Suena cómo si ahora fuesen más los que lo intentan. No van a parar hasta lograr satisfacer sus propias necesidades. Los golpes aumentan y llego a ver un rayo de luz que ilumina a la mujer que me acompaña. Una mujer que ahora está muerta. A ella la conozco. A esa mujer la amo. Luce como mi mamá.

El monstruo me tiende la mano: es humano y no parece un monstruo. Me aferro a la mujer que luce como mi madre. Me quiero quedar en el ascensor, pero el señor me dice que debo salir rápido antes que las cosas se compliquen. Yo no le quiero hacer caso, pero él baja y me arrastra al exterior.

—¡Saca a mi mamá! ¡No dejen que caiga con el ascensor!

—No hay ninguna persona adentro, pequeño.

Despierto con ganas de gritar de felicidad, pero me contengo al

recordar lo que podría suceder si hago ruidos durante la madrugada: mi padre me golpearía.

—No puede ser, no puede ser —susurro. Me paro con suavidad y camino hacia el escritorio que está en la esquina de mi habitación. Abro un libro azul y con un lapicero comienzo a anotar todo lo que recuerdo de mi sueño. Hago esto cada noche porque tengo miedo de olvidar los detalles.

Hace cuatro meses comencé a soñar con el ascensor. A veces era un ascensor transparente, en otras ocasiones subía más rápido y hubo una vez que el ascensor ni siquiera se movió. Pero esta noche había sucedido algo diferente: Me había enterado quién era la mujer que me acompañaba.

“Es mi mamá”, escribí en el cuaderno con lágrimas en los ojos.

Antes de que mi mamá falleciese me contaba todo sobre los sueños. Me explicaba que podían ser portales a mundos inexplicables, presagios e incluso una vía de comunicación entre los vivos y los muertos.

—Tú sabes que pronto me iré —decía mi mamá—. Te visitaré en tus sueños y te ayudaré cómo pueda. Te lo juro, cariño.

Por ello intento descifrar todo sobre mis sueños: el ascensor simboliza mi zona de confort. Mi desconfianza en el exterior y en los humanos me hace crear un escenario monstruoso. Eso debe ser culpa de mi padre. El hecho de que el ascensor suba es algo terrible porque sé que mientras más crezca es más inevitable el hecho de que en algún momento tendré que salir.

Y mi último descubrimiento era mi mamá. Toda mi pena por su pérdida hace que permanezca en el ascensor. Sus recuerdos me mantienen vivo porque me ha enseñado lo que realmente importa. Mis sueños intentan comunicarme algo: que salga de mi zona de confort, que deje de tener miedo, que confíe más y que no todos los humanos son unos monstruos. Sé que va a ser muy difícil, pero con ayuda de mi mamá lograré salir del ascensor.

—Hasta mañana, mamá —susurro mientras vuelvo a echarme en mi cama con la esperanza de continuar el sueño y volver a verla en un futuro no muy lejano.

Mirar por última vez atrás - Sergiodammerung

Cuatro paredes. No, en realidad son seis contando con el techo y el suelo. Una luz enfermiza amarillo-verdosa y parpadeante me pone nervioso, no me deja pensar con claridad. Ya me sé todos los detalles de este ascensor, cada arañazo, cada pintarrajo, cada botón, cada rendija. Ahora mismo estoy de pie, ya estaba harto de estar sentado. Es desquiciante, insoportable. ¿Por qué estoy así? He tomado una decisión y no me voy a echar atrás. Mi corazón late desbocado. Tengo que calmarme, tengo que respirar, tengo que bajar las pulsaciones. Rebusco en mi mente las mierdas esas del yoga o el taichí, algo que sirva para relajarme. Ya está. Me siento en el suelo, con las piernas cruzadas en plan Buda. Cierro los ojos. Respiro lento y profundo varias veces, cada vez más despacio, cada vez más despacio... Mis pulsaciones van bajando, me imagino algo inocuo, algo cotidiano, algo que me distraiga. Delante de mí, en el suelo, aparece un libro, un grueso diccionario que mi mente ha sacado de viejos recuerdos, de viejas épocas cuando era niño y mi vida era más fácil. Lo abro al azar. La primera palabra en la que fijo la vista es 'asfixia', la suspensión o dificultad en la respiración, la sensación de agobio producida por... No, esto no me ayuda, dejo de leer, mis pulsaciones se están acelerando otra vez. No quiero mirar más palabras... Tengo que pensar en otra cosa. No puedo evitar que mi mente divague y acordarme del porqué estoy aquí. He decidido abandonar este mundo. No puedo estar en él más tiempo. Ya no tengo familia. Mi abuela, la que ha sido mi madre desde que tengo memoria murió hace poco. Tampoco tengo amigos, al menos ya no. Eso pensaba, pero es algo que se aprende a base de palos con el tiempo. Poco a poco los he ido perdiendo, algunos de forma brusca, a traición, sin esperarlo. Otros lentamente, como esos recuerdos que poco a poco se van haciendo borrosos y se difuminan hasta desaparecer.

¿Qué hago aquí, de qué sirvo, quién se acuerda de mí? Decididamente no encajo, no tengo cabida en este mundo, es hora de dejarlo por la puerta grande. Miro los números del ascensor. Ya queda menos para llegar a la terraza.

Si hay algo que echaré de menos son mis libros, no me los puedo

llevar. También echaré de menos el calentarme al sol los domingos por la mañana, con una taza de té, un buen libro y la relajante música clásica de Ólafur Arnalds.

Bueno, ya queda menos, el ascensor ya casi ha llegado arriba. Entré en él con miedo, vacilante, pero ahora tengo una sensación rara, una sensación inesperada. Es alegría, ahora lo comprendo. Por fin lo he asumido. Dejaré este mundo y no me arrepiento. ¿Lo echaré de menos? Compruebo con satisfacción que ya no me importa. Sonrío.

El ascensor se ha parado. Sus puertas se abren invitándome a salir. Fuera la brillante luz del sol me ciega como el flash de una cámara. Salgo a la terraza y camino de forma vacilante, saboreando cada momento, cada último segundo que pasaré en este mundo. Llego hasta el final de la terraza, respiro hondo y miro hacia arriba. Ahí está, reluciente, gigantesca y esperándome. La 'Titán', la nave que me llevará a mi nuevo hogar, al nuevo mundo habitable descubierto por la humanidad. Subo por la rampa que lleva a su interior y al llegar a la puerta de entrada miro por última vez atrás. Adiós planeta Tierra, una nueva vida me espera.

Traición en el ascensor - Ophelie

La puerta del ascensor de un gran edificio de oficinas se abrió al llegar a la última planta. Las personas que esperaban en el rellano, entraron precipitadamente y lo invadieron. Era el final de una larga jornada y todos andaban apresurados por llegar a sus casas. En un rincón, se instaló un hombre con un abrigo gris y un sombrero de ala ancha que le ocultaba media cara, junto a él, se encontraba una joven rubia cubierta con un poncho beis.

A medida que el ascensor se detenía en cada piso e iba completándose, el hombre del sombrero se arrimaba más a la joven, hasta que en un momento sus cuerpos y sus labios se unieron.

En la esquina opuesta, cerca de la puerta del ascensor, una muchacha hojeaba un diccionario y lanzaba miradas de reproche. Sus manos se empezaron a acelerar mientras pasaba las páginas y un sudor frío se instaló en su frente.

Al llegar a la planta baja, la puerta del ascensor se abrió y todas las personas fueron bajando, menos la muchacha, que mirando al hombre del sombrero le gritó:

—Por fin encontré la palabra que buscaba... “Traición”

En ese momento el hombre se giró, la miró con cara de asombro y sin dar ninguna importancia al asunto, esperó que esta estuviera afuera e inmediatamente volvió a apretar el botón que cerraría la puerta y haría subir el elevador al último piso.

A mitad de camino mientras la pareja se abrazaba, sonó un móvil y al abrirlo se oyó una voz que decía:

—Tienes la maleta en el descansillo junto a la puerta... No intentes entrar. Mi amiga me lo ha contado todo. ¡Hemos terminado!

El ascensor fue culpable de mi despido - Cándida Fuentes Arroyo

A las seis y cuarto de una gélida mañana de enero, entré en el ascensor de mi bloque a toda prisa. No tenía tiempo para bajar desde un duodécimo piso. Pulsé el cero, pero el ascensor no obedeció. Volví a pulsar y empecé a bajar. Cuando había dejado atrás el quinto piso, el ascensor se bloqueó. Toqué el botón de emergencias y el telefonista me dijo que vendrían enseguida. Yo, que nunca había sentido claustrofobia en los ascensores, esa mañana comprendí bien por qué hay gente que huye de ellos.

«Llegaré tarde al trabajo», pensé. El corazón se me aceleró como si hubiera visto un fantasma, un sudor frío me recorrió de pies a cabeza y, por un momento, creí que me iba a desmayar.

Las manos me sudaban como si hubieran puesto la calefacción a treinta grados. Pensé en la temperatura, en los treinta grados. Sentía cómo me sudaba el pelo y me veía casi borrosa en el espejo. Al cabo de un rato, reparé en el abrigo de plumas, el gorro, la bufanda y los guantes que llevaba puestos: las mismas prendas que cada mañana utilizaba, pero que hoy me estaban haciendo sentir como si estuviera en una cárcel sin salida.

Las prisas por salir de allí me nublaban la mente y no respondí con rapidez ni me quité toda esa ropa que se hacía innecesaria y que me estaba asfixiando. A cada segundo que pasaba, la sensación de abatimiento era mayor. Me aflojé la bufanda y me quité los guantes y el gorro. No me quitaría el abrigo por si llegaban pronto. Tenía prisa por salir, tenía que presentar el informe trimestral en el trabajo. El calor aumentaba y mis nervios se desataban cada vez más. Grité pero nadie respondió. Cogí el bolso y no encontraba el móvil. Lo seguí buscando con impaciencia, revolviendo el bolso. Tocaba cada cosa que tenía, pero el móvil no aparecía. Mi ansiedad aumentaba y el calor también. Nada del móvil.

Abatida, me senté en el suelo, todavía con el abrigo puesto. En cualquier momento llegarían a rescatarme y saldría corriendo de aquel encierro, pero cada segundo parecía otra hora más. Mientras más tiempo pasaba, más tiempo había tenido el abrigo y la bufanda puestos. Si ya

había pasado tantísima calor, para qué quitármelos si estaban al llegar y, basta que me los quitara, llegarían en ese momento.

Sentía más y más calor, más y más nervios, más y más abatimiento. Sentada en el suelo, me apoyé de espaldas en la pared y respiré hondo. Parecía que no había respirado desde las seis de la mañana. Miré el reloj: las seis y veinte. Nunca había sentido tanta calor en enero, quizá porque nunca me había quedado encerrada en un ascensor.

Me puse a rezar en voz alta todas las oraciones que me sabía, uniendo una con otra sin pararme casi a respirar. Sentí sed, mucha sed. El sudor me corría la frente abajo. Quizá sería mejor resignarme y pensar que estas cosas pasan y que es mejor estar tranquila. Pero yo no estaba tranquila ni veía fácil tranquilizarme.

«El jefe me echará del trabajo, estoy segura. Lleva tiempo buscando una excusa para echarme. Con lo que yo me he esforzado por la empresa y ahora quiere colocar en mi lugar a un conocido suyo... Lo leo en sus ojos y en sus actos. Hoy se lo estoy poniendo fácil. Pero de todos modos, es una traición, por su parte», pensé.

Por fin, algo se me vino a la mente y me serené: «Mejor me quito el abrigo y espero mientras repaso el informe».

Cuando fui a sacar el informe del maletín, me encontré con el móvil. Lo abrí corriendo y vi que tenía abierta la aplicación del diccionario. Pensé que ya debería estar en el trabajo. Nunca salgo con mucho tiempo porque tardo en llegar veinte minutos andando, pero es día no llegaría. Miré el reloj deprisa y marqué a la empresa para explicar lo ocurrido. Sin embargo, no me cogieron el teléfono. Me volvieron a sudar las manos de forma desproporcionada. Sentí demasiado calor. Por fin, saqué el informe e intenté distraer mi mente leyéndolo.

Al momento, el ascensor empezó a sonar. Tardaron tres minutos en arreglarlo y, mientras lo hacían, sonaba mucho ruido. La cabeza parecía que me iba a estallar.

Cuando el operario abrió la puerta para sacarme, sentí alegría y alivio, pero al levantarme y coger mis cosas me mareé y caí redonda al suelo.

Cinco horas después, desperté en una habitación de urgencias del hospital mientras una enfermera se disponía a medirme el pulso. Me

puse nerviosa al encontrarme allí, pero enseguida me contó mi situación y me dio el alta.

Tan pronto salí del hospital cogí un taxi y me dirigí a la empresa. Cuando llegué vi a un chico joven que no conocía sentado en mi puesto, pero no pregunté. Saludé y me fui derecha al despacho del jefe.

La puerta estaba entreabierta y cuando me vio acercarme me invitó a pasar, a la vez que cogió una carpeta.

No le había visto tan dispuesto nunca, así que me temí lo peor.

—Aquí tiene el informe trimestral que tenía que entregar hoy. Vengo del hospital porque me dio un desmayo...

—Gracias, Mónica, tú siempre cumpliendo con tu trabajo.

Por un momento dudé de sus intenciones, pero tras unos segundos que tardó en echar un vistazo al informe, me entregó la carpeta que tenía en la mano.

—No importa que no hayas venido esta mañana, el finiquito está firmado con fecha de ayer. Ahí tienes tu liquidación.

Al ver que no tuvo ni una excusa y que ni se preocupó por mi estado de salud, tomé el informe trimestral que aún estaba sobre la mesa y, con resolución y firmeza, me despedí rompiéndoselo en su cara, le dejé los más de cien trozos esparcidos por el despacho y cerré la puerta tras sí.

«Que lo haga el nuevo», pensé.

Quickie (Uno rápido) - Chiripa

A toda prisa él entró en el ascensor que lo conduciría a la planta de salida de aquel gigantesco edificio de oficinas. Sentía que había causado una muy buena impresión en la entrevista que acababa de finalizar e intuía, o más bien, sabía que esta vez conseguiría el trabajo que tanto necesitaba. Después de apretar el botón PB se apoyó en la pared izquierda y, con los ojos cerrados, respiró profundamente para relajar la tensión acumulada.

Llevaba más de tres meses mudado a ese país, vendiendo puerta a puerta libritos de sudoku, almanaques lunares y un diccionario Larousse que su suegra le había regalado en sus “bodas de papel” y que conservaron por tres años sin sacarlo de su caja original. Por circunstancias, todas ajenas a su voluntad, no había podido conseguir un trabajo relacionado con lo que había estudiado en la Universidad. Ya los ahorros que habían traído consigo estaban mermando y eso los tenía, a él y a su mujer, muy angustiados.

Cuando el elevador paró ella se mantuvo imperturbable. Permaneció con los ojos cerrados sin detener la meditación, que desde hacía varios meses había llegado a perfeccionar de tal manera que, en el recorrido de los sesenta pisos que la separaban de la oficina a la planta baja, lograba relajar las tensiones y llegaba a casa con energía suficiente para lidiar con los oficios que la esperaban.

Vivía desde hacía dos años con su novio y habían decidido formalizar su relación para complacer a su padre viudo que se la pasaba diciendo que no quería morir sin ver a su hija casada como Dios manda.

Al cabo de dos respiraciones profundas él abrió lentamente los ojos y se percató de que no estaba solo. Frente a sí vio una figura muy bien dotada, forrada en un vestido rojo y elevada en unos tacones imposibles. Clavó la mirada en aquellos ojos cerrados, en la cara relajada y perfecta que tenía frente a sí.

Algo la obligó a salir de su meditación. Muy despacio abrió sus ojos, se topó con un rostro agradable que la mirada pecaminosamente y, con sus ojos clavados en los de él, le regaló una sonrisa leve y sugestiva

Envalentonado por aquel gesto sugerente, él ofreció su mano y esperó un par de segundos hasta tener asida la de ella. La acercó a sí y, sin perder tiempo, apretó el botón de Alto.

La caja se detuvo, quedaron a oscuras.

Aceptando su invitación ella estiró su brazo y sintió, sin resistirse, como él la acercaba a sí sin dejar de sonreírle con picardía.

En la oscuridad ella buscó su boca anhelante y lo besó con delirio furioso. La idea de la traición le latió en una de las circunvoluciones del cerebro. Solo un par de segundos.

Él recorrió sus curvas con voracidad, las delanteras y las traseras.

Ella palpó la musculatura de brazos y piernas. La de atrás, la de adelante... lo apretó en su entrepierna.

Él constató su humedad, manoseó entre las piernas y le quitó la tanga. Se agachó y su lengua juguetona la hizo temblar. Sintió que ella lo separaba de sí, lo ayudó a levantarse y buscó su boca con avidez.

Ella se dejó humedecer, luego le instó a levantarse, se probó a si misma y, con urgencia, se aseguró de dirigirle el miembro hacia su empapada cavidad.

Entre varios “dame duro”, “sigue sigue”, ”más más”, ambos fueron sacudidos por espasmos de placer. Recobraron la compostura sin separarse y satisfechos, con toda calma, volvieron las ropas a sus lugares, los cabellos a ordenarse y retomaron el descenso.

Él la cargaba en sus brazos cuando se abrieron las puertas.

—¿Están bien, les ha faltado el aire?— preguntó alguno de los que se aglomeraron frente al ascensor que se había detenido por casi diez minutos.

—Nos ha faltado, só, y la joven aquí ha pedido el conocimiento por unos minutos.

Ella lo miró a los ojos y le sonrió cuando él, suavemente, la colocó sobre sus pies.

—Gracias por todo— le dijo ella antes de salir

—Gracias a Usted— le respondió él.

Cita furtiva - Alonso García-Risso

La puerta se cerró a espaldas de Eulalia. Era evidente su agitación. Localizó la caja de botones y oprimió el botón correspondiente al noveno piso. Lo acontecido durante el transcurso de la mañana remeció su vida insulsa. Recriminó su actuación irreflexiva y alejada de todo recato. Su mente se debatía en una vorágine, una debacle perturbadora.

«Me ha sorprendido. Es verdad que he fantaseado, durante mucho tiempo, con lo ocurrido...», dijo. La frase rebotó en las paredes estrechas del elevador. Nadie escuchó el comentario, salvo ella. La música ambiental no lograba calmarla.

Supo que tenía nueve pisos para serenarse. De otro modo, podría ser emplazada por su obvio desasosiego y las consecuencias previsibles.

¿Tal vez su esposo había regresado de su viaje de negocios y aguardaba, impaciente, en el departamento?

El ascensor continuaba su camino con odiosa parsimonia que no conseguía calmarla. Muchas cosas obraban en su contra; su cuerpo era una prueba fehaciente de traición. Necesitaba con urgencia borrar todo vestigio de su desatino. No obstante su aspecto alterado, una sonrisa se fue esbozando en sus labios. Sin lugar a dudas, disfrutaba una venganza añeja, mitigando su culpa. Su sonrisa se amplió, poco a poco; hasta que volvió a caer en las odiosas recriminaciones.

Durante la mañana visitó la biblioteca pública para documentarse sobre su futura novela. Una suerte de ficción autobiográfica donde descargaría gran parte de los sinsabores de su vida marital. Una catarsis apenas encubierta.

Alguien se acercó con discreción hasta situarse a sus espaldas. Baja la voz, rompió el ritual de silencio de la sala de lectores; era Bruno, un fantasma del pasado, un íntimo de la primaria:

—Eulalia —murmuró Bruno, con sugestiva intención.

—¡Tú! —Lo reconoció al instante—. Me sorprendes.

Como por arte de magia se enfrascaron en remembranzas, enardeciendo sus deseos y voluntad de retrotraer el tiempo, de revivir experiencias pasadas...

Llegó el momento en que ya no median las consecuencias, como si se encontraran fuera de este mundo. Entonces, decidieron dejar la biblioteca e ir a un lugar discreto e íntimo. Eulalia, tomó un par de libros y un diccionario. Trabajaría con ellos en casa. Salieron con prisa cual irreflexivos aprendices.

El elevador continuaba con su rutina... La música cambió la melodía monótona por otra semejante,...sexto, séptimo, octavo piso. Luego se detuvo, abrió la puerta al noveno. En el umbral del piso, estaba su esposo. Lo saludó carente de afecto, evitando la proximidad. Después de todo las cosas no daban para más. Cuando se encaminaba al departamento, su marido le propuso hablar sobre el desencuentro con la autoridad de siempre, buscar una solución, que lo había pensado con detenimiento durante su viaje. Que buscaran un lugar discreto, otro que el departamento; pues, este le resultaba muy re-estimulante, cargado de desavenencias y pleitos.

No le quedó, más remedio que aceptar.

En su fuero interno, con aplomo que no se conocía, se felicitó de traer consigo los libros y diccionario que tomó de la biblioteca. Reforzarían sus actividades haciéndolas creíbles; pues, en lo que iba de la jornada sería puesta a prueba, en el arte de la mentira, el engaño y el ocultamiento.

Incierto Amanecer - Wanda V. Reyes

<https://unrincondelalmablog.wordpress.com>

Kelso se levantó temprano esa mañana. Cabizbajo, caminó arrastrando los pies pateando las camisas sucias que le estorbaban en su camino a la cocina.

El olor a rosas marchitas le provocó comezón en la nariz. Se acercó y releyó la nota que estaba junto a las flores.

“Papá y yo salimos de viaje, cuando regreses de donde tu amigo el domingo por la noche, vete a dormir. El lunes por la mañana ya estaremos ahí. No se te olvide buscar las palabras en el diccionario para el concurso de ortografía. Te aman Papá y mamá”.

Arrugó la nota y la arrojó contra la puerta del refrigerador. Una hoja con el calendario de tareas de la semana, sostenida por un imán de nota musical, cayó al suelo frente a sus pies. Leyó la primera línea, donde decía, “pide en recepción un taxi para las clases de violín el lunes a las 3pm”. Puso sus pies sobre la hoja y los movió rápidamente logrando romper la nota. Retomo su camino mientras decía en voz baja, “que estupidez”. Con la manga de la camisa se secó una lágrima que bajaba por su mejilla.

Una vez en la sala, abrió las pesadas cortinas y se cubrió los ojos tratando de acostumbrarse a la luz. La vista era espectacular desde el penthouse.

Volteó hacia el escritorio, sintiéndose tentado a lanzar el diccionario con todas sus fuerzas y romper el ventanal, tal vez así podría entrar algo de aire fresco en aquel lugar. Sentía que se ahogaba, que le traicionaron. La avalancha de pensamientos le aturdió más que el olor a ropa sucia y flores marchitas. Decidió salir de ahí, se vistió, tomó un cuaderno y un lápiz y se marchó.

Al final del pasillo, la puerta del ascensor estaba abierta. En su interior, un viejo sentado en una pequeña silla esperaba que alguien subiera. Dormitaba con la boca entreabierta y el mentón apoyado en el pecho. Dos bultos de pelo cano arremolinados, se veían a ambos lados de la cabeza, un lunar peculiar en forma de mapa se podía ver en el centro. Llevaba un

gafete que lo identificaba como “encargado del ascensor”.

Kelso entró y se aclaró la garganta para anunciar su llegada, esperando a que el anciano volviera de la lejanía de sus sueños.

Alcides despertó sobresaltado, no quería que lo volvieran a reprender por dormir en el trabajo. Se acomodó los anteojos y sin mirar preguntó:

—¿A qué piso señor?.

—A ninguno, vuelva a dormir solo me sentaré en esta esquina, y dibujaré un rato. Estoy cansado de estar en casa.

—Lo que usted dig ..., oh, ¿esperas a tus papás?

Kelso alzó la cabeza, lo miró por un momento y asintió.

—¿Quieres que demos una bajada exprés hasta el lobby y de regreso? Se siente como mariposas en el estómago.

El niño no despegó la vista de su cuaderno y levantó los hombros.

—Bueno, nuestra aventura tendrá que esperar, en el piso 30 hay alguien que nos llama.

Una vez ahí, entraron dos mujeres. Una consolaba a la otra.

—No puede ser, Lourdes, todo va bien un día y al siguiente se acaba—. Sollozó y apoyó su cabeza en el hombro de la otra.

—Amiga, yo te apoyaré en lo que sea que necesites, en el aeropuerto nos tendrán más noticias.

Se bajaron en el lobby sin mirar al niño y al anciano, que les observaban tratando de descifrar qué les pasaba.

Alcides creyó que algo malo estaba pasando aquella mañana, ya había notado a más de una persona llorar y correr de un lado a otro.

Miró de reojo hacia el niño, garabateaba con fuerza y había roto ya varias páginas. Traía el pelo revuelto y los calcetines de diferentes colores. Recordó haberlo visto varias veces con sus padres y siempre estaba bien presentable. Desde que se sentó en la esquina lo vio secarse las lágrimas procurando no ser visto, una sensación de angustia se apoderó de él.

Subieron al piso cuarenta y cinco. Cuando las puertas del elevador se abrieron entró una mujer con su hija en brazos.

—Al lobby, por favor —dijo con voz quebrada.

Abrazaba a la niña y susurraba repitiendo:

—No puede ser, no es cierto, él está bien.

Al abrirse las puertas del elevador, Alcides se subió los pantalones hasta arriba del ombligo, se guardó los bordes de la camisa que se le salía de los lados, se acomodó los tirantes y salió tan rápido como pudo, a comprar el periódico.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó al vendedor.

—Jueves.

Regresó apresurado a su puesto y miró cómo el niño ocultaba el rostro entre sus brazos apoyado en sus rodillas. El cuaderno estaba tirado fuera del elevador, se acercó a recogerlo sin dejar de ver al chico, en él estaba escrito repetidamente, “no me dejen”.

El anciano se acomodó los lentes y leyó el titular del periódico:

“Avión perdido desde el domingo es encontrado hoy, pareja de embajadores entre los muertos”. Alcides reconoció la foto de los padres del chico. Suspiró y regresó al elevador. Se arrodilló y abrazó al niño que al fin rompía en llanto.

Si no lo veo, no lo creo - Carmen Moreno **(CARMELILLA)**

Amablemente me cedieron el paso y entré, decidida e impaciente, en el ascensor. Agotada, apoyé la cabeza en la madera noble que forraba el acero frío de las paredes de esa caja móvil, testigo mudo de pequeños momentos de las vidas de sus viajeros. Tenía 16 pisos por delante hasta llegar a mi destino.

Apoyado sobre mi pecho, descansando del mareo provocado por el continuo hojear al que llevaba días sometido, estaba mi diccionario. Sus blandas pastas se hundían, ligeramente, con la fuerte presión de mis dedos que parecían querer exprimir su contenido para brindarme un buen zumo de vocabulario que me ayudara a ganar mi quinto concurso de ortografía.

Observaba a la pareja —«madurita y encantadora», pensé— que me habían cedido el paso. Habían pulsado el botón del quinto. Se hacían tímidos arrumacos y se dedicaban tiernas miradas.

—Cariño, voy a subir un momento a ver a Marta, está enferma, enseguida bajo—le dijo ella a él.

—Vale, no tardes—contestó él con una sonrisa cautivadora y diría yo que provocadora.

El ascensor abrió sus puertas, él bajó y otro subió.

—Buenas noches, ¿bajan? —preguntó el nuevo viajero.

—No, subimos —contestó ella, con «demasiado entusiasmo», pensé.

Apenas el ascensor hubo cerrado sus puertas, el muchacho, porque solo era eso, un muchacho, no más de 25 años, se abalanzó sobre la mujer madura. Cuando ya me disponía a utilizar mi querido diccionario como arma de defensa y descargar todas sus palabras en la cabeza del agresor, la mujer rodeó con sus brazos el cuello del chico y comenzó a propinarle por el rostro, por el pelo, por la boca, besos húmedos que eran recibidos con deseo y devueltos con ímpetu desmesurado.

Mi asombro era tal que la apertura de mi boca parecía la cueva de un oso y mis ojos quedaron abiertos como tortas de trigo rellenas de estupefacción. Yo era la mujer invisible, o la mujer ignorada. Aquella nueva

pareja obvió por completo mi presencia y continuaron relacionándose y explorándose con deseo y completamente arrobados.

Busqué la cámara oculta. «Eso es, aquí hay gato encerrado», pensé, y a la misma vez miré hacia las esquinas del techo, en alguna de ellas tenía que estar la cámara. Le dediqué mi más amplia e irónica sonrisa, triunfal, por haber estropeado la bromita. Aunque me reía complacida conmigo misma por mi ingenio, no dejaba de pensar que aquello era demasiado real y mientras, el espectáculo continuaba.

Ahora ya no estaban de pie, ambos estaban tumbados en el suelo entrelazando piernas y brazos, parecían pulpos cuyos tentáculos se arrastraban por el cuerpo del otro sin dejar trozo sin explorar y cómo si fueran una croqueta a la que están empanando, comenzaron a avanzar a un lado y a otro y yo con ellos ya que si permanecía quieta aquellos dos eran capaces de subirse sobre mis pies y utilizarlos como depósitos de sus deseos calenturientos. Si ellos venían, yo iba, si ellos iban yo venía.

El ascensor seguía su camino hacia lo alto. El tiempo parecía paralizado, no así mi asombro que iba en aumento. Se tomaron un respiro, supongo que para poder proseguir, y él le dijo a ella:

—¡Dios... Eres un regalo para mí, no quiero que esta caja pare nunca, no quiero que sus puertas se abran... Tu marido...!

—¡Shhhh... Calla, no lo estropees. Sigamos... La traición me hace desearte más... y todavía nos queda la bajada!

Y siguieron con lo suyo.

Tomé mi móvil y llamé a Manolito el conserje —Manolo, para el resto de habitantes del bloque—. La mujer pulpo me había dado una idea. Me situé en la esquina más alejada de sus avances febriles y cubriendo mi boca con la mano intentando que no se me escuchara —absurdo gesto, no era necesario—, le dije:

—Manolito, avisa rápido al señor del quinto, ese que ha entrado con su mujer en el ascensor a la misma vez que yo. Dile que su mujer ha sufrido un desmayo y la están reanimando en el piso dieciséis. Que tome el otro ascensor, llegará a tiempo, van para rato.

Llegamos al piso dieciséis, las puertas se abrieron pero salvo yo, nadie más se dio cuenta. Las cerré de nuevo y esperé dos minutos, pulsé el

botón de apertura. Allí estaba el marido, le dejé mi puesto y me alejé pensando “es cierto, la traición es una sobredosis de adrenalina, creo que ganaré el concurso”.

Entré en mi casa y comencé nuevamente a hojear mi querido diccionario.

Cinco horas con Méhiel - Oda a la cebolla

—Buenas tardes, ¿cómo va ese dolor de cabeza? —me preguntó aquel rubiales de pelo largo.

—¡Uf, me duele muchísimo! Estoy mareada y confusa. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí, pero gracias por interesarte —le respondí, descubriendo un poco de sangre alrededor de mi coronilla.

Nunca había estado en un ascensor como aquel. Era un enorme cubilete acristalado que filtraba tanta luz que resultaba algo incómodo. Sin embargo, me agradaba fijar la mirada en el traje informal de color amarillo que me había puesto. Su palidez ahora deslumbraba, y una sensación espontánea me hizo imaginar que lucía un elegante vestido.

—Perdona por no haberme presentado antes, Aurora. Me llamo Méhiel —se disculpaba, muy educado, mientras recogía su abundante pelo rizado en una baja coleta.

—Encantada de conocerte, pero ¿cómo sabes mi nombre?

—Bueno, digamos que te auxilié y te traje hasta aquí, no sin antes preocuparme por saber quién eras. Lo dejaremos así —respondía aquel chico, igualito en rasgos faciales a cualquier querubín retratado en los cuadros de Rafael Sanzio.

—De acuerdo. En ese caso, te lo agradezco. Por cierto, curioso nombre, Méhiel.

—Sí, lo es. Mis compañeros de la Tercera Tríada y yo tenemos unos nombres originales.

—¿Tercera qué? No entiendo nada, perdona; y tampoco estoy para pensar mucho ahora mismo, con este dolor pulsátil tan intenso. Así que, seguramente, me va a parecer bien todo lo que digas...

La buena memoria que siempre había tenido me estaba jugando una mala pasada. Una especie de traición. Me encontraba aturdida, aunque ya notaba que iba mejorando. Conseguí recordar que esa tarde había salido a pasear a Chinnie, mi cruce entre husky y schnauzer mediano, y que comenzó a chispear. La lluvia en Sevilla es siempre maravillosa, hasta que te coge de improviso, sin paraguas, sacando al perro y con el calzado inapropiado. Recordaba que anduve a gran velocidad cerca de un

hidrante contra incendios de la acera. ¡Eso es! Me había golpeado contra él, y un chico de pelo largo se acercó para ayudarme.

—Exacto, Aurora. Ves, tu memoria no te ha traicionado tanto —decía, leyéndome el pensamiento—. Pronto bajaremos, no te preocupes. Has obtenido los “méritos” para regresar a casa, pero antes debemos subir a la octava planta.

Méhiel vestía de blanco impoluto. Confiaba en que fuese un moderno enfermero, de un moderno hospital con modernos ascensores, y que en la octava planta me iban a administrar un calmante. Sin embargo, la situación resultaba muy extraña, y no solo porque adivinase cada idea que pasaba por mi cabeza; por mucho que quisiera disimularlas, seguían siendo evidentes las dos curiosas protuberancias que asomaban por encima de sus omóplatos.

En una pequeña repisa cercana a la ristra de los pulsadores del ascensor, había colocado una pluma y un libro regordete, que bien podría ser un diccionario. Todo aquello me hizo pensar en las ganas que tenía de seguir escribiendo el tercer capítulo de la novela que me mantenía ocupada cuando regresaba del trabajo.

—Tranquila, ya mismo vas a estar delante de tu máquina de escribir —me decía con calma, mientras pulsaba el botón número ocho.

—“La Octava Planta”. ¡Le han puesto un bonito cartel! Y qué casualidad que tenga el nombre de un programa radiofónico que solía escuchar. Quizás, quien apostó por ese nombre también haya estado aquí.

—Es posible, claro que sí. Mira, sin salir del ascensor se puede divisar el largo pasillo de luces blancas del que tanta gente habla. Por suerte, todavía no tienes que adentrarte en él, aunque hayas estado cerca. Solo te lo muestro como curiosidad. Cuando sea el momento adecuado, nos volveremos a ver. Yo no estaré muy cambiado, aunque haya pasado mucho tiempo. Así, tendremos más anécdotas que contarnos. ¡Ea!, pues vamos hacia el sótano.

Ya lo había comprendido todo. Le di un beso a Méhiel en sus turgentes mofletes y me precipité a salir de allí. Emocionada, solo pensaba en acariciar al perro y seguir escribiendo, ahora que me había vuelto la inspiración. Posiblemente, encabezaría el tercer capítulo de la novela con

un título que antes no se me hubiera ocurrido.

Recaída - Alejandro Moreno

<https://loszusammen.wordpress.com/>

—¡Espere...! Gracias.

—De nada ¿piso?

—Diecisiete.

—¿Trabajando en fin de semana?

—No, que va. Un compañero me ha pedido un favor: recoger una cosa y llevársela a casa. Podría venir él, pero bueno... soy nuevo, él es un tío importante en la empresa... ya sabe... hoy por ti, mañana por mí. ¿Usted sí trabaja hoy?

—Sí. Tengo algo que hacer esta noche y no puede esperar.

—Seremos los únicos.

—Seguro. Desde que pusieron las puertas automáticas ya no hay ni portero.

—¿Había portero antes?

—Las veinticuatro horas.

—Interesante... ¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Bastante.

—Yo llevo poco más de dos meses.

—Ya decía yo que no me sonaba su cara.

—Hay mucha gente en el edificio, sería raro que conociera a todo el mundo ¿no?

—No crea, soy muy bueno con las caras. Mi trabajo depende de ello. No me puedo permitir equivocarme, sería fatal para mi reputación.

—Yo soy pésimo, la verdad. Por curiosidad ¿Qué trabajo... ¡Hostia! ¿Qué ha pasado?

—Nos hemos parado ¿está usted bien?

—Sí, sí.

—No se preocupe, no es la primera vez que pasa.

—No estoy preocupado, es que tengo prisa. He dejado al taxi esperando fuera.

—Enseguida se encenderá la luz de emergencia y en un momento estaremos en marcha.

—Eso espero...

—¿Ve? Le dije que la luz volvería.

—A ver si también empezamos a movernos.

...

—Toque otra vez.

—He pulsado hace menos de un minuto, no creo que cambie nada.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

—Déjelo, no hay nadie. Ya sabe que estamos solos. Tendremos que esperar.

—¡Joder! Son ya... y veinte. Llevamos casi media hora aquí encerrados.

—Intente calmarse, no podemos hacer nada más.

—Si por lo menos hubiera cobertura.

—No hay, me he asegurado de ello... ¿Quiere uno?

—No, gracias. Lo dejé.

—¿Le importa?

—Preferiría que no, pero si le va a hacer sentir mejor, adelante.

—Esperaré un poco, sé lo difícil que es dejarlo, no quisiera ser el responsable de que vuelva a caer.

—Tuve que ir a terapia ¿sabe?

—¿Y funcionó?

—Desde hace nueve meses, catorce días... siete horas y seis minutos no he vuelto probar ninguno.

—¿Y qué tal?

—¿Usted qué cree? Llevo la cuenta hasta de los minutos...

—Ya veo. Entonces definitivamente esperaré.

—Se lo agradezco. Volver sería como traicionarme a mí mismo... No sé si me explico.

—Perfectamente. La traición es una de mis especialidades ¿Qué mira?

—El espejo... Siempre me he preguntado por qué poner aquí un espejo.

—Para que la gente se mire en él, supongo.

—Sí, claro. Pero... ¿por qué lo ponen siempre en esta parte?

—Quizás lo hagan para compensar la sensación de claustrofobia al entrar y olvidar que estamos colgados de un cable en el vacío.

—No lo había pensado de ese modo. Una vez... ¡¿Qué ha sido eso?!

—No lo sé.

—¿Nos movemos?

—No parece.

—Suena como a metal...

—Venga, no sea alarmista ¿Me echa una mano?

—¿Qué va a hacer?

—Abrir la trampilla.

—¿Pero eso es seguro?

—No tengo ni idea, pero algo habrá que hacer. ¿Puede poner las manos así?

—Espere que me quite el abrigo.

—Buena idea, yo también me lo quitaré. Vamos. Una, dos y... itres! Espere que empuje... ¡Mierda!

—¿Se encuentra bien?

—Sí, por suerte. Voy a necesitar algo que sujete la trampilla mientras intento subir. ¿Me presta su maletín?

—¿El maletín? no creo que sea buena idea... Espere, quizás esto sirva.

—¿Un diccionario?

—Sí... lo uso mientras escribo. Tengo como afición escribir relatos, aunque creo que mi vocabulario no es demasiado extenso. Por eso lo uso, me ayuda a memorizar las palabras que busco. Tómelo, no pasa nada si se estropea un poco.

—Interesante... Creo que servirá. Vamos de nuevo, a la de tres. Una, dos y... itres!

—¿Puede?

—Sí, espere que lo sujete...

—Un poco más a la derecha. Ahí, justo ahí.

—¡Empújeme!, voy a subir.

—No sea loco, puede ser peligroso.

—¡Veo la puerta del piso de arriba! Quizás pueda abrirla.

—Pero no me deje aquí solo.

—Vuelvo enseguida. Páseme mi abrigo que aquí hace frío.

—Tenga. Se le ha caído algo... su tabaco y un papel.

—Déjelo ahí. Cierro la trampilla por si me caigo.

—¡Espere!... ¿Va todo bien? ¡Diga algo por Dios! Lleva casi cinco minutos ahí arriba... ¡A la mierda! ¡Le cojo un cigarro! Qué gusto... lo que lo he echado de menos... ¡Le guardo su papel en mi bolsillo! Bueno, la fotografía mejor dicho... Un momento, pero si este de la foto... ¡soy yo!

...

—Buenos días, Alberto ¿Qué haces aquí?

—Hola, Javier. Pues esperando para subir.

—¿Y esta cola?

—Solo dejan usar los ascensores de la izquierda.

—¿Y los otros?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—El sábado se desplomó un ascensor de los de la derecha, con un tío dentro.

—¡No jodas! ¿Murió?

—Sí.

—¿Se sabe quién era?

—Uno de arriba, de los del fondo de inversión.

—Joder, qué mala suerte...

—Por lo visto esta semana iban a dar una gran noticia y este incidente ha cancelado el anuncio. Dicen que podría no ser un accidente, hablan incluso de sabotaje...

—Joder... ¿Tomamos un café y me sigues contando?

—Venga, vamos.

Dévora - Verso suelto

Apreté el botón del piso diecinueve y seguí leyendo mi relato. ¡Lo tenía!, esta vez había superado mi tendencia a lo dulzón. En el taller de escritura decían que era un alumno aventajado de Corín Tellado; se reían y yo sufría bastante; la verdad es que me tomaba muy en serio lo de escribir.

Al cerrarse las puertas levanté la vista y me sentí azorado por las miradas de la gente; así que me coloqué de espaldas, al fondo del ascensor panorámico, de esos que ves la calle a través de las paredes de cristal.

El relato era pura pasión. «¡Se iban a enterar esos literatos de pacotilla!», pensé. Había odio, violencia, sangre... y sexo, mucho sexo adobando cada una de las escenas. Solo me faltaba el título, una palabra que sintetizara el sentido de la historia. En el taller nos decían que el título debía ser como el espíritu del relato, y que en el primer párrafo debían vislumbrarse sus elementos fundamentales. Lo del primer párrafo lo había conseguido: el protagonista, un tipo atlético con cara de mala leche y barba de tres días, se bebía media botella de whisky de un trago antes de follarse a la querida de su enemigo acérrimo, al que tenía atado y amordazado. Después la torturaba con sadismo mientras se reía sardónicamente, al tiempo que acariciaba un maletín lleno de billetes de cien dólares.

Sí, el primer párrafo estaba de puta madre; pero el título se me resistía. Pensaba en una palabra, por ejemplo avaricia, y me parecía bien hasta que leía en el diccionario, “Avaricia.- Afán de poseer muchas riquezas...”, y se me caían los palos del sombrero. Mi historia era mucho más compleja.

Sonó el tilín del ascensor

—Piso cuarto —escupió el altavoz al tiempo que las puertas se abrían.

Por el reflejo del cristal vi salir una mujer y el bamboleo de sus nalgas me trajo a la mente otra palabra que también había buscado, “Lascivia.- Deseo y actividad sexual exacerbados”, pero ese título tampoco daba la talla. Recuerdo que en una pirueta mental pensé en “Avaricia de lascivia”. «Vulgar», me dije. Luego se me ocurrió “Lascivia avariciosa” y ese título me satisfizo por un tiempo pero lo descarté por Laura. Laura era mi

compañera de taller y tampoco quería que me viera como el titán de la depravación: ni lo uno ni lo otro.

La verdad es que quería impresionar a Laura y de alguna manera, que ni yo mismo comprendía del todo, le lanzaba mensajes a través de mis relatos. Por supuesto siempre mensajes indirectos y sutiles. Para mí Laura, en la ficción, era “Dévora” (escrito así, con “uve” de devorar).

—Piso nueve —la grabación sonó entrecortada, como gastada por la repetición.

En ese piso debía haber mucho movimiento; imaginé pasillos lóbregos, personajes estilo Torrente entrando en cubículos inmundos y malolientes donde se cierran oscuros negocios o se tienen inombrables desahogos. Almacené mentalmente esa atmósfera como el marco perfecto para mi próxima novela.

Al pasar por el piso doce seguía sin título. En el trece el ascensor se detuvo de nuevo. «Mal número», pensé mientras miraba a la calle, a la gente que se dirigía al edificio. Al principio no los vi, no entraba en mis cálculos y estaban lejos, pero en seguida reconocí a Laura y a Manolo, el profesor. Él la abrazaba por la cintura mientras ella le miraba con arrobo. «¡La muy zorra!», seguramente él le estaría contando algo de los formalistas rusos, de Shklovski y la “ostranénie”. «¡Basura! , ¡pura basura intelectualoide!», pensé. «¡Capullo de mierda! lo que se inventan algunos para mojar! ¡Si te cojo en un descampado!».

Hasta el piso diecinueve todo transcurrió muy rápido, como un avión a reacción del que, cuando te quieres dar cuenta, solo ves la estela...y la estela apareció en mi mente de sopetón, letra a letra, con claridad meridiana. Saqué el bolígrafo y, remarcando bien los trazos, escribí el título: TRAICIÓN.

Luego me apreté el nudo de la corbata y, mientras se abrían las puertas, me atusé el pelo mojándome los dedos con saliva.

Ser un oso panda o subir en ascensor - Mariaje (María Pinto del Solo)

Aquí estoy, en la planta veintisiete. Un día más, se abre la puerta del maldito ascensor y me quedo parada fuera. Adelanto una pierna, y la dejo a medio camino, lo justo para que no se puedan cerrar las puertas. Los que están dentro me miran, pero yo quieta, aguantando. Me susurro:

—Venga, cobarde, pasa. —Y cuando los miro a la cara, entro, por presión social.

No es que me guste vivir al límite, es que tengo miedo.

Me viene de niña: encerrada sin luz, durante más de dos horas, en el ascensor de mi abuela. Y cuando los bomberos consiguieron sacarme, ella me metió un guantazo, por bajar sin permiso. Desde entonces, siento amor platónico por los bomberos, pánico a los ascensores, y mantengo las distancias con mi abuela.

Cuando fui a la entrevista para este trabajo, yo no sabía que estaba en la planta 27. Lloré un poco al enterarme y mi madre me dijo:

—Malena, pero ¿por qué no subes por las escaleras?

—Mamá, son veintisiete 27 pisos.

—Pues no aceptes el trabajo.

—Qué fácil lo ves todo.

—Pues cómprate un anclaje y unas cuerdas y trepas por la fachada.

Hasta busqué en Internet cuánto cuestan un anclaje y unas cuerdas. Después me acordé de que también tengo vértigo. Qué penoso es ser tan imperfecto.

Luego pensé en rechazar el trabajo, pero algún memo, no recuerdo si mi hermano o mi tío, me dijo:

—La mejor forma de vencer los miedos, es enfrentarse a ellos.

Y me dejé guiar por la sabiduría popular.

Ahora aquí estoy: dentro del ascensor. Al fin. Murmuro:

—Bien hecho, Malena. —Me miran raro.

En el foro “enfemenino”, que toca muchos palos y es como el padre de todos los foros, me han recomendado treinta y cinco personas desconocidas, pensar en otra cosa mientras bajo; así que mi truco es

mirar a la gente y fantasear sobre ellos.

A ver qué tenemos hoy... Dos ingleses con diccionario en mano: no me inspiran. Marta, la nueva secretaria: tiene más curvas en una cacha, que yo entera multiplicada por cinco. Qué perfección. Seguro que ni suda.

Se aparta un poco la diva y... ¿qué hay ahí?, ¿qué ven mis ojos?, ¿de dónde ha salido este ejemplar? ¿Resultará que viajan los príncipes azules en ascensor? Habrá quien diga que no, pero yo ya sabía que sí. Y en autobús. Y en metro.

Yo no tengo novio ni nada que se le parezca. Se debe, según mi familia, a que soy una deslenguada y una terca, con tendencia a vivir en las nubes, y en otros mundos paralelos. Además, estas capacidades poco apreciadas por los hombres, no son compensadas por mi cuerpo.

Pero él, imenudo figurín que tiene!: esto sí que es un hombre, señoras y señores. Qué labios. Qué profundidad de mirada. Me tiraba a sus brazos... si pudiera moverme.

Me hago consciente de mi pose: de cara al espejo, dando la espalda a la puerta, agarrada al pasamanos, con las piernas separadas. Un espectáculo. Solo espero no convertirme en oso panda.

¡Qué recuerdos! Sí, el oso panda... Aquello fue al principio, cuando subía cada mañana por las escaleras. Tardaba un huevo. Y llegaba hecha un asco. Un día mi jefe me dijo:

—Malena, no me haga mucho caso, pero creo que el maquillaje hay que ponérselo a diario, que no dura de un día para otro. Permítame decirle, que parece usted un oso panda.

Es verdad, cuando sudo mucho se me corre el rímel y es como si hubiera llorado petróleo.

El pobre lo pasaba fatal, se le atragantaba el café cada vez que me veía. Y otro día:

—Malena, espero que sus pestañas fueran postizas, porque se le están cayendo.

Por ahorrarle disgustos, empecé a usar el ascensor.

Y ahora estoy aquí, con el hombre perfecto, en este bendito recinto de tres por tres.

Giro la cabeza despacio, para verle una vez más. Contra todo

pronóstico, me devuelve la mirada. «¿Es a mí, es a mí?», me entran ganas de preguntar. El tipo va, y encima me sonríe. Se me afloja el deltoides. Mi bolso cae. Se agacha, y me lo devuelve, rozándome con la mano. Entonces llegamos a la plata baja.

—Adiós —susurra mirándome fijamente. Y a mí me parece que me está diciendo: «Te llevaba esperando toda la vida, canelita fina». Sale, y me quedo parada, sin poder hacer nada más que seguirle con la mirada. Se aleja. El ascensor se vacía y me quedo sola por un momento. Enseguida otras personas empiezan a entrar y lo pierdo de vista entre sus siluetas.

¿Volveré a verle? Quizás él ya me haya olvidado, pero yo soñaré con él, y en los sueños no hay traición, así que siempre será mi príncipe azul del ascensor.

Las puertas se cierran.

—Mierda.

La chica del ascensor - Ketu

Corrí por el pasillo, mientras veía como la puerta del ascensor se comenzaba a cerrar.

—¡Esperen! —grité mientras metía mi brazo entre medio de las puertas, impidiendo que se cerraran. Me mordí el labio, para evitar hacer una mueca de dolor frente a la chica que también estaba en el ascensor.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada. —Pero sí que pasaba algo. Mi mano estaba roja y me dolía.

Apreté el botón del piso seis y me apoyé en la pared mientras me acomodaba la mochila en la espalda. Siempre estaba pesada, pero ese día llevaba peso extra, ya que mi papá me había pedido si podía pedir prestado un diccionario en la biblioteca pública.

Estaba tan sumido en mis pensamientos que apenas me di cuenta de que el ascensor se había parado, hasta que una sacudida me hizo perder el equilibrio y casi caer encima de la chica.

—Mierda... Se quedó parado... —dije mientras tomaba mi celular—. Y tampoco hay señal... ¿Tú tienes? —le pregunté, pero no me respondió, solo siguió mirando hacia la puerta, con los ojos muy abiertos, igual que la boca—. ¿Estás bien?

—No... —Tragó saliva con dificultad—. Nos vamos a morir aquí, el aire se va a acabar, y vamos a morir aquí... ¡Nunca me voy a graduar! —me chilló.

¿Qué era peor que quedarse encerrado en un ascensor? Quedarse encerrado en un ascensor con una claustrofóbica.

—Respira lentamente, y piensa en otra cosa...

—¿iEn qué otra cosa quieres que piense!?

—Mmm... ¿Cuántos años tienes?

—Die... diecisiete —me dijo con la voz entrecortada.

—Yo tengo dieciocho. ¿A qué escuela vas?

Me miró con una sonrisa torcida en la cara.

—¿Cómo se que en realidad tienes dieciocho y no me estás pidiendo está información para luego matarme?

—Siempre está esa posibilidad —le dije con una pequeña sonrisa. Iba a quedarme callado, pero me di cuenta de que se estaba poniendo pálida y que tenía que pensar en otro tema de conversación rápido—. ¿Te gusta leer?

—Sí...

—A mí también, ¿qué clase de libros?

—Suspense, románticos y traición, pero de romanticismo mis favoritos son los de Nicholas Sparks.

—¿En serio? Mi hermana ama sus películas, pero yo nunca las he visto.

—Deberías, puede que seas hombre, pero nadie se debería perder esa clase de romanticismo.

—Bueno, las voy a ver. ¡Pero te culparé si las termino odiando!— Eso le sacó una nueva sonrisa.

—¿Por que se están demorando tanto? —preguntó, con un tono de desesperación en su voz.

—Ey, no te preocupes —le dije.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? ¡Estamos encerrados en un puto ascensor! —Por acto de reflejo le tomé la mano.

—¿Tienes algún libro aquí?

Ella asintió con la cabeza y sacó un libro de Nicholas Sparks de su mochila, “Mensaje en una botella”.

—Te voy a leer, para que te distraigas. —La hice recostarse en el suelo, sin soltar mi mano, y luego comencé a leer.

Fue así como quince minutos después nos sacaron de allí, mientras yo aún le leí y ella me escuchaba paciente.

—Gracias por la distracción.

—Fue un placer —le respondí, mientras me acomodaba la mochila para irme a mi departamento.

—Adiós —me dijo, agitando la mano, mientras se alejaba.

—Adiós, chica del ascensor —le dije, y sonreí mientras la veía alejarse.

Así es como, diez años después, mientras pienso en como la conocí, la veo jugar con nuestro hijo de dos años, que con sus piernas regordetas intenta seguir los pasos de nuestro perrito “Thor”. Veo como ella viene hacia mí y se sienta en mis piernas.

—Te amo —me dice.

—Yo también te amo, mi chica del ascensor —le digo, para luego besarla y pensar en lo afortunado que soy.

De ascensores y prejuicios - Nuria GR

El sujeto número uno, con gafas de pasta, raya al lado, chaleco de lana y camisa que pareciera recién almidonada, arruga levemente la nariz mientras mira con disimulo el número de pisos que le quedan para llegar a su destino, la planta baja. “¡Aún nueve!” piensa.

—Disculpe —dice mirando de soslayo al sujeto número dos, un tipo fornido, algo sudoroso, vestido con un chándal ya descolorido—. ¿Se ha peído usted?

Le mira aquel no sin desconcierto.

—¿Cómo dice? —pregunta con tono dubitativo.

—Que si se ha peído usted —repite este alzando el tono de voz como si de un problema de audición se tratara.

Saca el sujeto número dos su teléfono inteligente y respira aliviado al comprobar que mantiene cierta cobertura a pesar de estar en un ascensor. En cuestión de segundos ha abierto la versión digital del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española y tecleado la palabra que tal confusión le ha producido. No está dispuesto a reconocer ante aquel empollón estirado que no acaba de entender lo que le está preguntando. “Peído. Peer. Arrojar o expeler la ventosidad del vientre por el ano”. Da un respingo al comprender tamaña ofensa hacia su persona.

—¡Claro que no! ¿Qué pruebas tiene para acusarme de tal bajeza? —pregunta el sujeto número dos sin disimular su malestar.

—Me basta con respirar, incluso con ligereza, para percibir el hediondo aroma que invade este ascensor. Puesto que no soy yo, no queda más opción que usted. He supuesto que ha debido de tratarse de la clásica “ventosidad a traición”, si me permite la expresión, ante la falta de sonoridad alguna que advirtiera de la llegada de la posterior fetidez. Todo esto, desde luego, dando por sentado que no es posible que se trate de su olor corporal, ya que parece altamente improbable que semejante peste sea emitida por el cuerpo de una persona sana, al menos en apariencia.

—¡Por supuesto! El tipo gordo huele mal, ¿cierto? —contesta el sujeto número dos sulfurado ya de manera visible—. Todo el mundo sabe que los gordos no conocemos las rutinas de higiene que acostumbran a seguir

el resto de mortales ¿no es así? —continúa enrojeciendo por la ira—. Las ratas de laboratorio como usted se creen muy superiores, mirando por encima del hombro a los demás con sus gafas de culo de vaso y su pinta de panoli. ¡Me juego el cuello a que no se ha comido una rosca en su vida!

Continúan ambos, cada vez más alterados, reprochándose bochornosas cualidades, a pesar de ser esta la primera vez que se vieran. Ni siquiera se percatan del sonido que anuncia el final de su trayecto. Al abrirse las puertas, un fontanero, cargado de herramientas y provisto de mascarilla, se encuentra con dos tipos enrojecidos y sudorosos enzarzados en una absurda pelea que está llegando ya a las manos.

—Señores, por favor, déjense de peleas y mejor salgan del edificio. Una avería de gran envergadura en las tuberías de fecales ha afectado a varias plantas y el personal está siendo desalojado.

Se miran ambos sujetos incrédulos, sueltan la pechera del otro, que continuaban sujetando no fuera el caso de verse obligados a seguir, y salen dando los buenos días.

Como dice la canción: “Adiós, con el corazón...” - Jose Luis Kollumer

—Buenas tardes. Le atiende Pantaleón Escrache. ¿En qué puedo ayudarle? —Eran las doce y media. La voz del técnico del servicio de asistencia sonó metálica y neutra a través del interfono.

—Buenas tardes. Estoy atrapado en el ascensor y quiero que venga alguien a solucionar el problema. —La respuesta de Eusebio Rato, infame director de la sucursal de un banco todavía más infame, parecía firme y decidida, pero la procesión iba por dentro, pues comenzaba a sentirse agobiado—. ¿Cuánto tardarán en venir? Tengo prisa.

—¿Cuál es la dirección, señor?

—Calle Roblocho Diccionario, portal sesenta y nueve.

—¿En qué piso se encuentra aproximadamente?

—En el decimocuarto, creo.

—Enseguida enviaremos a alguien. ¿Está usted solo?

—Sí. ¿Cuánto tardará?

—Unos veinte minutos. Le pido un poco de paciencia, señor. Ninguno de nuestros técnicos está disponible ahora mismo, pero hay uno que ya está sobre aviso.

—Bien, muchas gracias.

Eusebio, con todo, no se había tranquilizado. Era verdad que tenía prisa, porque debía acudir a una cita con su cardiólogo, para hablar sobre la medicación que estaba tomando para el corazón. La medicina no le estaba haciendo el efecto deseado. De hecho, en aquellos momentos estaba sudando a mares.

Sintió rabia. ¡Con lo bien que había empezado aquella mañana! Realmente había disfrutado viendo la cara de pena de esa mujer cuando le entregó los papeles relativos al desahucio... Dejó el maletín en el suelo y se aflojó el nudo de la corbata.

Fue entonces cuando Eusebio escuchó una voz muy familiar saliendo del interfono del panel de control:

—¿Cariño? ¿Estás ahí?

Eusebio no se lo podía creer. ¡Se trataba de su esposa!

—¿Obdulia, eres tú?

—¿Cómo te encuentras? ¿Va todo bien? —inquirió Obdulia con dulzura.

Eusebio estaba confundido. No tenía ningún sentido que su esposa, la cual suponía que estaba en casa realizando sus tareas domésticas, le estuviera hablando por el interfono del ascensor.

—Estoy dentro de un ascensor, atascado. Ni sube, ni baja. A ver si acude pronto el técnico. ¿Pero tú dónde estás?

—En casa no, desde luego —La réplica de Obdulia sonó sarcástica. El marido percibió la profunda burla que escondían sus palabras.

—¿Pero qué es esto, Obdulia? ¡Expícate ahora mismo!

La cara de Eusebio se tornó escarlata por la furia y la estupefacción. No podía creer que su querida mujercita le estuviera faltando al respeto de esa manera. Ciertamente que ella era casi treinta años más joven y que, en ocasiones, se salía del lugar que le correspondía dentro del matrimonio (porque en casa mandaba él, desde luego), pero aquello era demasiado...

—¡Cállate y escucha con atención por una vez en tu vida! Aunque no te lo merezcas, vas a conocer toda la historia. Estoy en la oficina del servicio de asistencia junto con Pantaleón, con quien has hablado hace un momento. Saluda, Pantaleón.

—Hola, señor Rato. ¿Qué tal? Encantado de volver a hablar con usted.

—La voz de este hombre también sonó llena de sorna y desdén.

Eusebio estaba en estado de choque; no pudo ni intentar replicar.

—Sabe tu apellido porque yo se lo he contado, amor mío. De hecho, quiero que sepas que Pantaleón y yo nos hemos convertido en amantes.

Su sospecha de traición se había confirmado. Ahogando un grito, Eusebio se agarró el pecho con fuerza; tenía el ritmo cardíaco desbocado. Lo único que fue capaz de musitar, y con tremendo esfuerzo, fue:

—¡Zorra!

—Durante años has estado jodiendo a muchas personas, Eusebio. Has desahuciado, sin mostrar ni la menor empatía, a familias enteras. Sin proporcionar nunca ninguna ayuda y dejándolas en la estacada. Has engañado y te has aprovechado de cientos de pobres personas demasiado crédulas mediante las participaciones preferentes de tu asqueroso banco,

entre ellas el padre de Pantaleón. Incluso se lo hiciste a tu amigo el Subcomisario Hernández. Y por si eso fuera poco, a mí me has tratado como una mierda durante los tres infernales años que ha durado nuestro matrimonio. ¿Crees que tu ascensor se ha parado por casualidad? Es hora de que pagues, Eusebio. ¿Sigues con nosotros, cariño? Se te oye respirar con dificultad. ¿Qué tal se encuentra tu corazón? Debes saber que te he cambiado la medicación un poquito...

Aunque Obdulia y Pantaleón no pudieran ver a Eusebio desde donde se encontraban, ambos habían previsto perfectamente lo que el cornudo estaba haciendo, o, al menos, tratando de hacer...

El banquero, apoyando con dificultad una mano en uno de los lados de la cabina para no caerse, con la otra sacó el teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta, al tiempo que gritaba:

—¡Sé lo que intentáis, hijos de puta! Pero no os vais a salir con la vuestra. ¡Voy a alertar a la policía!

La voz de Obdulia, sin embargo, sonó despreocupada:

—Hombre, eso será bastante difícil, porque le he quitado la tarjeta al teléfono esta mañana...

Eusebio soltó una risita burlona. Comprobó que era cierto lo que le había dicho su esposa acerca de la tarjeta, pero a la muy imbécil se le había escapado un detalle importante: sin tarjeta todavía se podía usar el móvil para llamar al servicio de emergencias. Inmediatamente marcó el ciento doce y esperó... en vano. ¡No había cobertura en el teléfono! ¡Ni una sola raya!

—Somos muchos, Eusebio. Más de los que imaginas... Entre todos lo hemos planeado estupendamente para no dejar cabos sueltos. La ayuda del Subcomisario Hernández, en este sentido, ha sido inestimable. Pero te daré otro ejemplo, para que entiendas lo dulce que puede llegar a ser la venganza: Manuela, la mujer que acabas de visitar (ya sabemos lo mucho que te encanta dar malas noticias a la gente en primera persona) para notificarle el próximo desahucio de su familia, incluyendo a su bebé y a su madre enferma, ha colocado cerca de tu posición un potente inhibidor de frecuencia...

El banquero ya no pudo soportar el dolor en el pecho y cayó al suelo

de la cabina.

La pequeña continúa el viaje - Liliana Del Rosso

<http://lilianadelrosso.wixsite.com/consultoratic/la-extrana-mujer>

Música ambiental, luces, todo en orden. Seis y cincuenta, primer viaje de la mañana. Infalible, la enfermera de noche que cuida al abuelo del noveno.

La puerta del ascensor se abre, entra Clarisa, agotada, se mira en el espejo, intenta acomodarse el cabello, se huele las manos, se abre el escote, un gesto de desagrado empaña su rostro.

Las puertas se cierran y bajamos. Pese a la vejez del mecanismo nos desplazamos con rapidez.

Un pequeño golpe me alerta, «Los frenos de la cabina, hay que revisarlos».

Séptimo piso. Una mujer mayor, la viuda del coronel, entra en la cabina, frunce el entrecejo y saca un pañuelo, lo mueve frente a su cara mientras se coloca en el extremo opuesto a Clarisa; el perfume dulce y empalagoso compite con ferocidad con nuestro olor.

«Vieja idiota, yo huelo a desinfectante por que he limpiado a un enfermo, pero tú hueles a sudor rancio; debería ducharse, cochina». Piensa la enfermera mientras mira en el tablero el número de la próxima parada.

Quinta planta, una madre y su niña pequeña. Los nuevos vecinos del edificio. Avanzan pausadamente y se colocan en el centro de la cabina casi sin moverse.

—Mamá, no te olvides de comprar el diccionario.

—Sí, cariño, no te apartes de mí.

Segundos interminables de profunda indiferencia, cada uno en su mundo desairando al resto de los pasajeros.

El viaje continúa hasta la cuarta planta. Un joven sonriente se dispone a entrar en el ascensor, pese a los auriculares, la música invade el momento.

—Buenos días. Hola, pequeña, ¿hoy madrugas? —preguntó el nuevo mientras entraba en el ascensor. Una traición al protocolo de silencio tácitamente instaurado.

—Sí —contestó la madre mientras pensaba. «Este muchacho siempre tan entrometido».

Un atronador ruido, las luces se apagan, finalmente un golpe seco. Durante algunos segundos todos quedamos atrapados; reinaba la confusión.

—Mamá, mamá, ¿qué ha pasado? Mi pierna me duele mucho.

—Tranquila pequeña, el ascensor sufrió una avería, dame la mano, ya volverá la luz —dijo el joven mientras su cuerpo caía sobre la niña.

Quietud, segundos, minutos de fría quietud.

—Muchacho, mira qué pasa con la enfermera que no se mueve.

—Señora, tóquela usted, está más cerca.

—Muchacha, ¿estás bien?

—Sí. Gracias señora, creo que me he golpeado la cabeza, pero estoy bien; no me duele nada. ¿Y usted?

—Yo, no me hice nada, estoy perfecta — respondió la anciana plena de energía.

—¡Muchacho! ¿Cómo estás?

—Bien, sentí un fuerte golpe pero ahora ya me puedo mover. ¡Miren! Creo que vienen a buscarnos —dijo el muchacho mientras ayudaba a la madre a levantarse.

—¿Y mi hija?

—No, ella no viene con nosotros —dijo la enfermera mientras intentaba sobreponerse.

—Muchacha, deja que te ayude a salir.

—Debería ayudarla yo a usted.

—Venga, que soy una vieja cochina, pero he vivido muy bien y tú has sufrido demasiado.

El mutismo se rompe.

Golpes y gritos en el exterior, finalmente la puerta se abre.

—¡Por Dios! ¡Están todos muertos, el ascensor está destrozado!

El último viaje, engranajes, cables y poleas, ya no podía más.

¿Saben que es lo mejor que ha hecho Dios? Que al final de la vida todos se igualan.

—¡Debajo del muchacho, alguien se mueve! ¡Rápido, una camilla! —

gritó uno de los bomberos que abrió mis ancianas puertas.

Vórtice - @jaiarus

<http://ladronesdltiempo.tk>

Cómo podía tener tan mala suerte, y ella tanta cara después de su traición imperdonable. Llevaba días evitándola, y justo el último día del congreso internacional de física, se encontraba encerrada a solas con ella en un ascensor. Se había llegado a plantear no ir, pero ese año el congreso se centraba en la teoría de cuerdas y los agujeros de gusano, su campo de investigación, e incluía la visita de Brian Greene.

—Vaya, dichosos los ojos, empezaba a pensar que no habías venido.
—No podía creer que la hablara como si nada hubiera pasado.

—No se te ha ocurrido pensar que te evito.

—Ya se que la cagué, Raquel, y llevo semanas intentando disculparme.

—¿Que la cagaste? ¡Y te quedas corta! ¿Cómo se te ocurre vender parte de mi investigación sobre agujeros de gusano a una revista? Años de investigación tirados a la basura.

—Dijiste que era una callejón sin salida y que mas valía tirarlo todo a la basura. Pensé que podía sacarme un dinero con ello ya que no lo ibas a utilizar.

Cada vez tenía más claro que a Laura le importaban una mierda los sentimientos de los demás. Aunque Raquel tenía que admitir que estaba increíble, con esos rizos pelirrojos enmarcando su rostro de porcelana lleno de pecas, y todo coronado por unos enormes ojos color miel. Nunca había podido resistirse a esos ojos. De repente el suelo vibró bajo sus pies y, tras unos segundos que parecieron interminables, todo se quedó inmóvil.

Laura miró alrededor, parecía que todo había pasado. Detuvo su mirada en Raquel que estaba hecha una bola en una esquina, en ese momento le pareció aun más pequeña de lo que en realidad era.

—¡Pero qué coño ha pasado?! —Raquel parecía realmente asustada.

—Parece que el ascensor se ha averiado.

—¿Cómo que se ha averiado?

—Sí, ya sabes, averiado, estropeado, jodido. ¿Quieres un diccionario? Tanto título en física teórica... —Le encantaba picar a Raquel.

—Muy graciosa. Lo que quiero saber es cómo se ha averiado, y sobre todo cómo salir de aquí. Odio estar encerrada.

—Tranquila, Raquel, seguro que enseguida nos sacan. Pero mientras esperamos, ¿se te ocurre en que podemos pasar el tiempo?

Laura se acercó sugerente a su compañera de encierro y se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo. Le aparto el pelo de la cara, que no era tan llamativo como el suyo, pero a ella siempre le habían gustado las morenas. Paseó su mirada por sus carnosos labios y se detuvo en unos asustados ojos verdes. Con un leve movimiento de sus manos le rodeó la cintura y apenas llegó a rozar la morena piel de sus mejillas.

—¿Pero qué haces, te has vuelto loca?!

Tan brusco fue el movimiento hacia atrás que se golpeó con la pared e hizo caer una pieza de recubrimiento, causando un gran estrépito. Las dos se quedaron mirando el hueco en la pared que brillaba con una luz extraña. Laura fue la primera en reaccionar.

—¿Qué diablos es esa luz? Estamos entre dos pisos, eso debería ser pared.

Raquel tomó la iniciativa y con precaución se asomó al hueco. No pudo creer lo que veían sus ojos. Ante ella se abría un vórtice multicolor. Aquel fenómeno, lejos de persuadirla la invitó a seguir adentrándose. Se inclinó un poco mas sobre el hueco, el vórtice empezó a girar más rápido y los colores empezaron a mezclarse hasta que la oscuridad rodeó a Raquel. De pronto una gran fuerza tiró de ella, aunque ya no sabía si hacía el interior o el exterior del hueco, la oscuridad era tan intensa que estaba completamente desorientada. De pronto, una especie de ventanas empezaron a iluminarse a su alrededor, quería acercarse a ellas pero no sabía si podría, así qué simplemente fue hacia una. Flotaba en un espacio sin gravedad. Las ventanas parecían mostrar las vidas de diferentes personas, desde el nacimiento en adelante. Las veía como a cámara rápida, y algunas ventanas estaban unidas a otras mediante una especie de hilos dorados. En una de ellas encontró a alguien que conocía muy bien, Laura, pero estaba tan enfadada con ella que no quiso seguir mirando. Miró los hilos que salían de esa ventana y siguió uno de ellos hasta otra. Sorprendida vio que era su ventana, se preguntó por qué

estaba unida a la de Laura. Siguió mirando, y vio su vida pasar a toda prisa hasta el momento en que se quedó encerrada en aquel ascensor, esperaba que pararía ahí, pero no, su vida siguió avanzando, sin parar, a ese ritmo vertiginoso. En un momento se preguntó si podría entrar por esa ventana y llegar a su futuro, o al de cualquier otro, si sería así de fácil, introdujo una mano, y entonces el tiempo dentro de ella se paró. Miró la escena en la que se había parado: Laura y ella estaban juntas, de la mano, delante de un portal muy parecido al que ella tenía delante. Se fijó en que ambas llevaban anillo, pero no parecían exactamente iguales. ¿Estarían juntas en el futuro? ¿Qué estaban haciendo las dos delante de ese portal? Solo había una manera de averiguarlo. Cuando ya casi había atravesado la totalidad de la ventana y estaba a punto de acariciar su futuro, una fuerza tiró de ella hacía el presente.

—¡Cuidado! No quiero tener que recogerte del hueco del ascensor.

Sintió como su cuerpo golpeaba contra el suelo. No se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que los abrió, y se encontró a escasos centímetros de la Laura del presente. Se incorporó como un rayo, y en el instante en que intentó volver al vórtice, el ascensor empezó a moverse y el hueco se volvió oscuro.

—Vaya, eso ha sido realmente extraño. —Laura no se permitió preguntar nada más.

Cuando las puertas se abrieron, se despidió de Raquel con un beso en la mejilla y se alejó por el pasillo. Raquel siguió observándola ¿Estaban destinadas ambas a descubrir cómo viajar en el tiempo?

.....

Capítulo 7

En la Luna

Abril, 2016

.....

Alma fiel - KMarce

<http://karenmarcescorner.wordpress.com>

«Tal como dice Einstein: “Hay dos cosas infinitas: El Universo y la estupidez humana. Y del Universo no estoy seguro”».

«Estoy de acuerdo con él. Me alegra que ellos nos vean como rocas y polvo», meditó el segundo sabio.

La puerta se abrió sola, se desvaneció para dejar pasar a quien entraba. Era ella, la primera en su clase. Una refugiada rescatada de una muerte segura. Era un alma alegre, valiente, en armonía. Un aura celeste y rosado. Sus ojos eran traslúcidos, no escondían su sencillez. Se sentó en medio de los dos Sabios, dispuesta a escuchar sus conciencias; porque ninguno de ellos hablaba audiblemente.

«Me han convocado ustedes, antiguos padres, me conecto a su servicio», meditó ella con humildad.

«Alma Fiel, nuestra hermosa. Sabes que desde siempre hemos visto la Perla Azul. Al principio era un lugar vasto y vacío. Se llenó de ruido y algarabía feliz, hasta que se ha contagiado con esa peste y horrenda plaga».

«Poderoso Plateado, sé que siempre le has dado la cara a la Tierra, y has visto en ella la furia de la naturaleza, los azotes y la violencia. Mas comprendo que hablas de los homonecius(1), como esa enfermedad que la atormenta».

«Sabemos que te compadeces de ellos; pero todo cuerpo debe regenerarse. Un día, nuestra hermana mayor, al fin estará sana. Ellos se han multiplicado como bacterias, invadiendo todos sus torrentes; la perforan, la exprimen y no tienen conciencia. No, Alma Fiel, no los compadezcas cuando su día llegue».

«Perdona mi alma, Oscuridad Insondable. Sé que tú escudriñas lo que no puede verse; pero también los he visto, pueden ser gentiles, amorosos y dispuestos al sacrificio».

Los dos Sabios no la juzgaban. Ella aún era un espíritu joven. Fue rescatada de la indiferencia de los homonecius, la usaron vilmente para sus propósitos egoístas. La enviaron a esa misión, sin un plan de rescate.

Pero ellos jamás imaginaron que antes de ser envenenada, los Sabios la rescatarían. La sacaron de ese cuerpo golpeado y la llevaron a sus ciudades hermosas, blancas, transparentes y cristalinas, debajo del suelo lunar. Si los homonecius supieran de su existencia, les llamarían lunáticos. Serían vistos como otro ente amenazador del espacio. Sin tregua, mandarían sus naves con sus armas a hacerles batalla. Siempre llamaron a Selenoth, la Luna, un satélite parásito. Y por ello lo juzgaban como inferior. No imaginaban que el suelo lunar, era su “cielo” y al centro de todo, estaba el corazón de la vida: la roca brillante, cual diamante. Les proporcionaba el aliento y el calor que necesitaban, el agua se condensaba en los techos y fluía como cascadas. Insaciables homonecius, buscarían poseerlo, destruirlo y apoderarse de sus conocimientos: sacar el alma y crear un ser nuevo. Los sethelones eran diferentes a como los homonecius los imaginarían: imponentes, de tres metros, bellos, con piel pálida, cabellos como prisma de colores, no soportarían ver sus ojos, llenos de verdad. Los selenotheses eran seis millones de almas gentiles. Todas en armonía, sus pensamientos eran revelados, y ninguno podía sentir vanidad o malicia.

Oscuridad Insondable se acercó al cristal que fluía, el que todo lo revelaba, sintió compasión de la nobleza de Alma Fiel.

«Hermosa hija, ahora eres una nuestra. Te amamos y nos amas. Sabes que no interferimos en lo que los homonecius hacen... Si pudiéramos salvar a la perla donde viven, buscarían destruirnos en algún otro momento».

«Señor mío, sé que siendo el gobernador de la oscuridad de Selenoth, sus maldades no te son ocultas... pero, ¿no podríamos al menos advertirles de su futura desgracia?».

«Alma, no es un asteroide el que les va a llevar a la catástrofe... sino ellos mismos. Rescataremos a las almas nobles, como lo hacemos siempre», meditó compasivo Poderoso Plateado.

Ella bajó la cabeza, no había nada que hacer. Pero reconocía que ellos no podían intervenir. Tomaban las almas moribundas de todo ser viviente, y las mudaban a otros mundos. Lo habían hecho durante todas las eras. Así hicieron con ella, mas no quiso alejarse de la Perla Azul, su primer hogar. Los Sabios la rodearon y la consolaron, se alejó sin sentir

más tristeza.

«Nunca terminaré de comprender su naturaleza, ni la de otros similares a ella», brilló feliz Poderoso Plateado, reconociendo que ella nunca dejaría su fidelidad y misericordia.

«¿A cuántos como ella hemos visto aniquilados?», reflexionó Oscuridad Insondable. «Si hasta los homonecius se hacen daño entre ellos mismos. No ven las señales, ni escuchan a sus sabios, solo creen en el dominio absoluto. Ella fue un objeto, nunca vieron la belleza de como es. La sacaron de la calle, y la abandonaron en el espacio sin sentir ni compasión o culpa. Mas ella los perdonó. Por eso no la llamamos Laika, sino Alma Fiel».

Callados, contemplaron la Perla Azul.

—

(1) Homonecius: Homus=Hombre, Necius=necio, palabra ficcionada para referirse a la raza humana, una ironía al término Homosapien.

El hombre del sombrero de copa - Alfonso Besada

<http://www.alfonsobesada.es>

Agazapado en la oscuridad, muerto de miedo. Ahí estaba el doctor Aldricht, escondido bajo su cama, conteniendo la respiración, sudando, nervioso, sin saber si quedarse allí para siempre o reunir valor y salir para enfrentarse a lo desconocido. Sabía que era el único superviviente de toda la colonia. No había visto los cuerpos pero lo sabía en lo más profundo de su ser. Él era el único con vida. La sombra que se había llevado a sus compañeros lo acechaba, esperando la oportunidad para hacerlo desaparecer a él también, para agotar su aliento. Sin embargo, sentía que debía hacer algo. Tenía que encontrar la manera de contactar con la Tierra e informar con todo detalle lo sucedido en la base. Al menos no moriría como un cobarde, bajo una cama.

El módulo de investigación donde se encontraba el laboratorio no estaba lejos de su habitación. Apenas unos cien metros lo separaba. Allí encontraría todo lo necesario para enviar una advertencia al mando de la misión en la Tierra. Abandonó su escondite con sigilo, controlando cada movimiento de su cuerpo, escuchando en el silencio. Se deslizó hasta la entrada y pulsó el botón de la pared, no sin antes dudar unos segundos. La compuerta se abrió. Al otro lado, el pasillo no mostraba signos de actividad. Asomó la cabeza con cautela y miró a ambos lados. Tomó el pasillo a la izquierda y corrió tanto como le permitieron sus piernas. Sacó su tarjeta de identificación del bolsillo y la pasó intranquilo por el escáner. Tuvo que pasarla una segunda vez, debido al temblor de su mano, para que las compuertas se abrieran.

El interior del laboratorio parecía un lugar seguro. Paredes gruesas con revestimientos de acero, nada de cristaleras, y un único acceso. Aldricht entró a toda prisa. Con las manos húmedas se restregó la cara para secarse el sudor. Tenía las gafas casi empañadas. Pasó de nuevo su tarjeta identificativa por el escáner del interior. Seguidamente tecleó un código numérico y las compuertas se cerraron al instante. A su derecha, colgado de la pared, había un extintor. Lo descolgó y de un golpe seco destrozó el panel, saltando chispas por el cortocircuito. «Así ya no podrá

entrar nadie», pensó. El doctor respiró profundamente, pero no dejaba de vigilar la puerta.

Se dirigió a su puesto y se sentó en él. Encendió el ordenador y esperó a que se iniciara y conectara con el servidor. Introdujo unos comandos para iniciar una grabación en el diario de investigación, marcando la opción de enviar una copia al mando de la misión.

—Soy el doctor Albert Aldricht, estableciendo contacto desde la base lunar GEA II, en la cara oculta de nuestro satélite. La misión ha fracasado. Repito: la misión ha fracasado. Es de vital importancia que ponga en conocimiento de los responsables del proyecto lo sucedido aquí en la base. El miércoles —comenzó a relatar— tuvimos conocimiento de la desaparición de dos miembros del equipo científico. El jefe de seguridad y sus hombres no hallaron ni una pista en toda la base. Ni siquiera en los alrededores, en el exterior. Con el paso de los días, el número de colonos fue descendiendo inexplicablemente. Hoy es domingo cuatro de abril. Creo que soy el último miembro de toda la expedición que queda con vida, o que al menos no ha desaparecido. —Un ruido procedente del techo lo distrajo unos segundos. Prosiguió, agilizando su discurso con voz temblorosa—. El único dato que tenemos... que tengo es... Es una locura, lo sé —explicó alzando la voz, mientras se agarraba el pelo fuertemente con ambas manos—, pero es cierto. La tripulación hablaba de un hombre con sombrero de copa, nadie sabe quién es. Se los ha llevado a todos.

Creyó ver una sombra a sus espaldas. Se levantó de un salto. Quizá su mente le estuviera jugando una mala pasada. O tal vez no. ¿Qué sabía él acerca del hombre con el sombrero de copa? Ya no estaba seguro de nada. El corazón parecía querer salirse del pecho. Estaba al borde de la locura. Se aproximó de nuevo al ordenador y, apoyando las manos sobre el escritorio, siguió hablando, aunque sin darse cuenta de que la grabación ya había sido enviada.

Una figura oscura se alzó tras él. Aldricht palideció. Enmudeció. No podía moverse. Estaba paralizado. No luchó, ni siquiera lo intentó. El pánico se apoderó de su cuerpo, de su mente. El pánico con forma de hombre con sombrero de copa.

Proyecto Adeva - Diáspora

—Ven, déjame mostrarte algo —susurró Ambrosio al oído de su prometida—. Creerás que estoy loco, pero, ¿ves esa luna allá?, un día, no muy lejano será nuestro hogar.

—Te creo. —Sonrió ella—. ¿Es un sueño, o una promesa?

Ambrosio tomó delicadamente la mano de Ester, y la miró con fijeza a los ojos. En el firmamento la luna llena se erguía coqueta detrás de los edificios.

—Ester, no estás atenta a las últimas noticias internacionales —replicó Ambrosio—, buscan una pareja que acepte multiplicar nuestra especie fuera del hábitat terrestre. Lucharé para que tú y yo seamos los elegidos.

Vivían en el siglo XXI, cuando muchas fantasías daban campo a la realidad. Desde el 20 de julio del año 1969, con el primer alunizaje de un ser humano, los investigadores se involucraron en el ambicioso “Proyecto Adeva”. El reto consistía en duplicar las condiciones terrestres en la luna, y facilitar un nuevo principio de la raza humana. Ya para el año 2032, unos cincuenta científicos y obreros especializados, convertían una parte del suelo lunar en un mini paraíso a 384.400 kilómetros de la tierra.

El nuevo territorio tenía lo indispensable para sobrevivir ahí: una magnetosfera artificial, talleres de manufactura, laboratorios, máquinas productoras de energía atómica y solar, invernaderos, granjas hidropónicas y plantas para procesar el agua lunar, etcétera.

De cien parejas postulantes en la tierra, cinco habían obtenido el pasaporte para viajar, primero a la Estación Espacial Internacional y tiempo después a la luna, donde se harían los exámenes finales para elegir a los padres de una generación única. Ambrosio y Ester, se perfilaban como la pareja idónea, lo cual los hacía felices, pero sus emociones tocaron la cúspide cuando oficialmente fueron designados para materializar el “Proyecto Adeva”. Uno de los requisitos era, nunca más volver al planeta de origen una vez iniciada la etapa reproductiva. Tenían un mes para ratificar su compromiso.

Igual que en cualquier parte del mundo, de manera súbita, el destino empezó a jugar. Un día Ester, quedó absorta mirando por un ventanal

la gran esfera de la Tierra, flotando en un mar de estrellas. Sintió un cosquilleo en el corazón. A partir de este momento cierto desasosiego empezó a robarle la paz. Enterado de este hecho, el tribunal calificador la transfirió a la Estación Espacial Internacional, para cumplir con la cuarentena, y luego regresarla a la Tierra. Ahora le correspondía hablarle a su prometido. Cediendo a las lágrimas, abrió su corazón al exponerle las razones de su renuncia. Y no se dejó vencer por las súplicas y promesas de su compañero. Sacó las últimas fuerzas de su lamentable estado emocional para dejar clara la triste determinación.

—Ambrosio esta es mi decisión final —suspiró—. Déjame que me lleve mi llanto para otro lado. Escoge otra compañera, te sugiero que sea Laura, es la más afín a tus sueños. Ah...algo más, si cambias de opinión, te espero en la “Estación Espacial Internacional”.

Tres días después, los jueces estudiaron el caso, y aceptaron la propuesta de que Laura fuera la nueva Eva. Ambrosio procuró hacer todo el ajuste mental necesario para empezar la actual relación. Por muchos días, en sus horas de vigilia, disfrutaba de cada espacio del domo y su corazón respiraba una aparente comodidad. No obstante, a nivel subconsciente su mundo privado lo ponía de rodillas. Concluyó que esperar a Laura, era un gesto cargado del más craso egoísmo. No esperó más, y fue hasta el jardín hidropónico que estaba a cargo de ella.

—Laura, ¿tienes un momento?

—Te escucho —contestó con voz alegre.

—Quiero que seas sincera conmigo. ¿Le ves sentido a esto?

—Por supuesto que sí. Será un honor convertirnos en los ancestros de la primera generación de selenitas.

—Laura, yo no me refiero a eso, sino al hecho de pisotear sentimientos ajenos por motivos egoístas.

—Te entiendo, Ambrosio, pero no podemos mezclar la ciencia con la ética.

—Respeto tu criterio. Pero, llevo días engañando a mi corazón, haciéndole creer que para cumplir ciertos sueños, todos los medios son justificables. No quiero terminar estrangulado por mis propios fantasmas.

—¡Ah!, ¿renuncias a todo este hermoso proyecto por sentimentalismo?

—gruñó Laura—. Si así es, haces bien en retirarte, no eres el Adán que estamos buscando. Y ahora disculpa que te dé la espalda, ya es mi hora de hacer ejercicios.

A partir de ese momento, Ambrosio llevó la tristeza escrita en su rostro. Fue así como los doctores decidieron degradarlo, al notar que la melancolía lo estaba consumiendo.

Ocho días después, lo invitaron a subir al módulo de descontaminación. Al rato se abrieron las escotillas de abordaje y el comandante del vuelo de regreso a Tierra lo saludó: “Bienvenido al vuelo DX 09 con destino a América, con escala en la Estación Espacial Internacional”.

Anneke crepuscular - Alberto Bravo Sánchez

Anneke suspiró y acarició su ensortijada cabellera pelirroja mientras miraba al vacío. La luz de la Luna proyectaba al infinito las suaves formas de su dulce y pálido rostro. Además, hoy, sus profundos ojos azules parecían brillar con especial intensidad.

Se sentía tremendamente relajada. En el firmamento se veían infinidad de estrellas que brillaban en perfecta asincronía. Las más grandes y perezosas tardaban en completar su ciclo de intermitencia mientras que la celeridad de las más pequeñas la divertía.

—¡Ay, mis chicas! Qué alegres estáis hoy. —Sonreía y mandaba un beso a ninguna parte.

Anneke desconocía el motivo de por qué estaba en la Luna. Cada vez que despertaba en su superficie nunca recordaba cómo había llegado aunque, en realidad, no le importaba; adoraba estar allí. En ella brincaba, flotaba, volaba... Estaba enamorada de aquella calma impertérrita, lejos del agobio de los escenarios y las furgonetas de gira.

Lo que más le gustaba era tumbarse y ver lo chiquitita y maravillosa que parecía la Tierra desde su nueva perspectiva. En esa posición qué fácil era olvidarse de sus demonios interiores. Aun con todo añoraba a su hijo en los viajes espaciales. No sabía muy bien por qué estaba allí sola. Su hijo se lo merecía todo y un viaje como este sería una experiencia preciosa para compartir. No obstante no le preocupaba; estaría con su marido, el amor de su vida.

A Anneke le encantaba componer en lugares como este. Una vez relajada completamente, cogía su blog, su lápiz y su sombrero de copa y, llena de ilusión, comenzaba el proceso de composición de las letras. Así dejaba volar su imaginación. Pensaba en veinte palabras hermosas que significasen algo para ella, las apuntaba en papelitos y las introducía en su sombrero de copa. Con la ayuda de su pequeño diablillo rubio escogía al azar los recortes y comenzaba el proceso de creación. De esa lotería habían surgido las mejores letras de su carrera.

En ocasiones permanecía estática varias horas, con los ojos entornados y canturreando hasta que le venía la inspiración. Era en ese momento

cuando se ponía a escribir las melodías. Las canciones más alegres eran las que componía cuando paseaba por la cara visible de la luna mientras las más íntimas y hermosas nacían de los tristes y decadentes brillos que observaba en la cara oculta.

Cada vez que finalizaba una canción lloraba de emoción. Siempre había considerado sus letras como un pedacito de su alma, la manera más pura de mostrarse a los demás, más incluso que la propia intimidad que generaba el sexo.

En esta ocasión, el viaje astral estaba durando más de lo habitual, lo cual había comenzado a inquietarla. Sentía una densa soledad que la empezaba a preocupar y, además, estaba notablemente más cansada que en otros desplazamientos...

El niño no paraba de llorar. Acariciaba con desesperación la inerte mano de su madre, intentando transmitirle energía para regresar de donde quisiera que estuviera. La necesitaba, allí en la Tierra, junto a él... Quería abrazarla, que le cantara al oído antes de dormir.

—Ya, cariño, cálmate. Ya verás como mamá se pone buena y en unos poquitos días nos vamos todos a casa —dijo un hombre que intentaba consolarlo sin éxito.

Esto no podía estar pasándole a su mujer. No era justo que tras tantos años tocando en tugurios de mala muerte, cuando por fin obtenía el reconocimiento que se merecía, el cruel destino se portará así con ella.

A pesar de su corpulencia, el hombre apenas podía mantenerse en pie. Llevaba sin dormir casi cuarenta y ocho horas.

Miró la mesilla de noche. En ella se encontraba el sombrero de copa y el LP que había lanzado a su mujer al estrellato. En la portada aparecía una preciosa Anneke vestida de astronauta con el sombrero y podía leer “Anneke. To the moon and back”.

Las lágrimas le inundaban los ojos. Sabía que, tras varias semanas sin mejoras, la recuperación era casi imposible. Aquel cobarde que la había arrollado con el coche se había dado a la fuga. El diagnóstico era un hígado reventado y una familia destrozada. Los médicos habían hecho todo lo posible y su única oportunidad era un trasplante que nunca llegaría a tiempo. El hígado de la menuda cantante apenas podía trabajar y como

consecuencia el amoniaco le provocaba largas y fuertes alucinaciones. Los pocos instantes en los que estaba despierta solo sentía de dolor y permanecía ausente, como si aquella situación no fuera con ella. A veces balbuceaba y canturreaba gangosamente el tema que la había lanzado al estrellato, “Hope, Pray, dance, play” e inmediatamente volvía a quedarse dormida.

—Cariño, vamos a cantarle a mamá, ya verás como así vuelve prontito con nosotros.

Su marido abrazó al pequeño, agarró la mano de Anneke con ternura, sonrió tristemente, la besó y tímidamente comenzaron a cantar:

—” Hope for me, pray with me, one day ill be fine. Dance with me, play with me until the end of time”.

Cuando terminó se desplomó sobre la cama y solo pudo llorar como un niño.

Anneke empezaba a encontrarse mal. Le costaba flotar y las estrellas parecían estarse apagando de una a una. La dulce brisa que hasta ahora acariciaba su rostro había desaparecido y una densa y opaca quietud se había instalado entre donde estaba ella y la Tierra. Ya solo había oscuridad.

Estaba incómoda. Anneke comenzó a sentir un miedo aterrador; ya no quería estar allí pero algo le decía que nunca abandonaría su paraíso maldito. Poco a poco perdía fuerza y le faltaba el oxígeno. Mientras hacía lo imposible por no desmayarse, comenzó a escuchar las voces de su familia. De pronto dejó de tener miedo. Con los ojos llenos de lágrimas y una trágica sonrisa dibujada en su cara, balbuceó:

—Os quiero tanto...

Una tímida melodía comenzó a sonar de fondo hasta que finalmente se desmayó. En su cabeza resonaría para siempre aquellas voces deseando bailar con ella hasta el final de sus días.

Querida madre: - GAIA

Querida madre:

Vivir en la luna me encanta y para ser te sincera, no me hace falta para nada el planeta Tierra.

Aquí tengo todo lo que quiero en la vida, a mi marido y mis hijos. Que no te enfades, madre que a ti te extraño mucho, que sí. Sabes que puedes visitarnos cuando gustes y quedarte si quieres para siempre. Desde que padre se fue, ya no tienes a nadie por allá.

Pedro está trabajando mucho y hace poco lo ascendieron a comandante en jefe de la Lunar Interspace Office y se gana una millonada.

Los niños tienen muy buenas calificaciones, Pedrito es el primero de la clase de Telepatía Lunar y María José es experta en levitación.

A insistencia de mi marido, mañana comienzo un curso de Telepatía 101 a ver si me comunico mejor con las vecinas pues son muy cursi y no les gusta hablar como en la Tierra. Si vas a Roma...

¡Quién te iba a decir mamita querida que tu hija menor estaría en el 2030 viviendo en este lugar de quien el toro estuvo tan enamorado!

Si padre viviera me diría lo que tanto me repitió de niña: ¡Carmita, deja de vivir en la luna, niñata, que pongas los pies en la tierra! (Palabras con luz).

Este mensaje te lo envió gracias a un compañero de Pedro, el teniente Yuri Slavoz, que ha sido tan amable de buscar la forma de encontrarte ya que te niegas a usar el móvil inter-espacial. (pago por los próximos dos años).

El sombrero de copa de padre sigue flotando por toda la casa. Los chicos lo detestan, dicen que todo lo que tiene que ver con magia les aburre y prefieren que flote la foto de Ricky Martin cuando era joven. Los adolescentes no cambian, son literalmente lunáticos. A mi ese sombrero me huele a familia, a padre y a ti y a todo lo que quedó atrás.

A ver si te animas y nos sorprendes con tu visita. ¡Los postres son expectalunares!

Muchos besos, mami linda.

Tu hija favorita (ja, ja), Carmita la más hermosa de la familia y olé!

P.D.: En la luna no hay que bañarse tan a menudo.

Flota 7092-8 - @lidiacastro79

<https://genereialtreshistories.wordpress.com>

Diario de abordo:

Aquí la capitana de la flota 7092-8 en expedición a la luna. Nuestra nave acaba de partir del único reducto de la tierra que queda libre del dominio de los colonos, unos alienígenas despiadados que se dedican a saquear, matar y explotar los recursos naturales del planeta.

Nuestra tripulación está formada por cuatro miembros: dos de raza humana, entrenados en técnicas de combate y supervivencia extrema; un mutante, de apariencia humana pero con entrañas mecánicas, dotado de una fuerza y una resistencia extraordinarias (con muy mal genio, por cierto); y un androide volador, que tiene la forma de una luciérnaga de gran tamaño, con la capacidad de transmitir y recibir mensajes encriptados, ofrecer coordenadas y dotado de una gran inteligencia artificial (un sabelotodo bastante molesto, al que llamamos “Luci”). Todos formamos parte de la coalición que se creó después de la primera colonización, hace ya trece años. Somos la resistencia que lucha contra la oscuridad que se cierne sobre los vestigios de nuestro mundo.

El objetivo de la expedición actual es dar caza al jefe de los alienígenas, quien se dice que está organizando otro asedio sobre la tierra. Todo apunta a que está escondido en una guarida subterránea que se encuentra en la luna.

—¿Capitana?

—Sí, ejem... Dime, Luci —dije al perder el hilo de las notas que estaba tomando.

—Tengo nuevos datos en referencia a nuestro objetivo. Se han detectado cambios en las ondas magnéticas en una zona concreta de la luna. Determino que esos cambios son debidos a una manipulación alienígena.

—Bien, nos dirigiremos a esa zona en primer lugar. ¿Y sabes qué pueden pretender con esas manipulaciones?

—Seguramente es una forma de comunicación. Deben de estar convocando a nuevas hordas para el asedio —dijo dirigiéndose hacia la

puerta y desapareciendo sigilosamente.

El alunizaje fue un éxito. Dejamos la nave a buen recaudo en un rescoldo, no muy lejos de la zona indicada por el androide. Nuestros equipos nos permitían movernos por la luna, igual que lo haríamos por la tierra. A simple vista, en la superficie del terreno circundante, no se observaba entrada alguna. Hasta que mi segundo de abordó localizó una grieta que llevaba a unos pasadizos, que para nada parecían de origen fortuito.

Nos adentramos por ellos. Una larga sucesión de pasillos y escaleras excavadas directamente sobre la piedra. Por fin, llegamos a una especie de amplia galería en la que se podía ver una gran estructura metálica en el centro (después supimos que era una nave), a mano derecha había una plataforma elevadora que llevaba a un piso superior. Las paredes y techos estaban llenas de grietas por las que se escapaba una especie vapor que hacía que el ambiente estuviera cargado y nos dificultaba la visión. Al fondo de la galería se abría una estancia de donde surgían unos rumores constantes.

—Ahí hay algo... —dijo el mutante desenvainando su espada eléctrica.

El brillo azulado de la hoja iluminó todo a su alrededor. Y me recordó que era mejor usar las espadas en vez de las armas de fuego. Los vapores que llenaban el ambiente bien podían ser inflamables...

Era cierto, alrededor de una especie de nexo biomecánico estaban concentrados cuatro ejemplares de alienígenas. Se olían desde la lejanía. Su pestilente hedor era algo que no se olvidaba fácilmente. Aún no se habían percatado de nuestra presencia, así que decidimos rodearlos y atacarlos por sorpresa. Fue rápido y fácil. Pero había otros dos que estaban haciendo guardia en el extremo opuesto y que, al vernos, dieron la voz de alerta. En cuestión de segundos estuvimos rodeados por centenares de alienígenas armados hasta los dientes. No tuvimos más remedio que hacerles frente como pudimos para salvar la vida.

Mientras luchábamos, me percaté de la presencia del jefe. Se mantenía al margen, observando la escena desde lo lejos, blandiendo su arma y moviéndose en vaivén, esperando el momento de intervenir.

Algo me llamó mucho la atención ¿Era un sombrero de copa eso que

llevaba sobre su cabeza de mantis religiosa? Al menos, eso parecía...

Habíamos acabado con la mayor parte de ellos, cuando unos alienígenas rezagados aparecieron con una especie de ogro encadenado que escupía unos rayos que fulminaban todo a su paso.

Ordené la retirada y abortamos la misión. Era un suicidio.

—Tendremos que volver con una escuadra mayor —dije algo disgustada cuando ya estábamos de vuelta en la nave.— Por cierto, Luci, averigua por qué el jefe llevaba un sombrero de copa.

Estadía en la luna - M T Andrade

<http://un-nuevo-peregrino.blogspot.com.uy/>

Oí un débil sonido, algo como un grito lejano llamándome. Estaba muy confuso y comencé a recobrar me con lentitud. Fue como si saliese de una larga siesta. Yacía en una de las esquinas de un recinto traslucido. Más precisamente estaba a caballo, sobre una especie de riel negro, con la espalda doblada y la cabeza hacia abajo, sostenida por sendos brazos negros, también de goma. Completamente inmovilizado.

Forcejeé un poco, pero nada. Había comenzado a dolerme todo el cuerpo, en particular la espalda, cuando vi un pulsador rojo, tipo hongo, cerca de mi mano derecha. Estaba bastante apartado. ¿Por qué tanto? Sin embargo en un extremo esfuerzo logré oprimirlo. Los apoyos movidos por una máquina hidráulica se abrieron y quedé liberado.

Estiré brazos y piernas e hice algunas flexiones.

¡Estaba libre al fin! Eso es lo que pensé en ese momento.

Miré el sitio donde me encontraba, un prisma de cuatro por dos metros de base y otros dos de alto. Parecía de vidrio o plástico.

Hacía un largo día de sol fuerte, no veía bien el cielo. Una pared transparente me permitía ver un paisaje gris, un extensísimo desierto muy irregular, sin montañas altas, que se extendía hasta el horizonte borroso.

Sobre una pared había impreso un instructivo, decía: «Importante, lea con cuidado». Por él deslicé la vista, leyendo en diagonal, me detuve cuando hablaba de agua. Señalaba un recipiente rectangular, con un vaso y un pico sin grifo. Decía «Agua potable. Pulse para llenar el vaso. Máximo uno cada dos horas». Tomé el vaso, lo coloqué debajo del pico y oprimí el botón negro donde indicaba. El agua fresca lo llenó lentamente. La consumí de una vez. Volví a colocar el vaso y pulsé pero nada sucedió, pulsé dos o tres veces, igual.

Continuaba oyendo de tanto en tanto algún grito lejano cuya procedencia no lograba identificar por más que miré hacia afuera, hacia el borroso desierto.

El día se alargaba, dormité, creo. Como no tenía reloj y no había nada

que se modificara, ni siquiera la sombra, no podía estimar el transcurso del tiempo.

No sabía cuánto hacía que había despertado, parecía mucho, busqué en las paredes intentando ubicar un placar o algo que tuviese ropa de cama, pero no vi nada, traté de recostarme contra la pared, sentándome en el piso y estuve así un rato. Debo de haber vuelto a dormirme. Por un buen rato, pienso, pues desperté con mucha hambre.

Nadie venía a traerme comida, recordé el instructivo y volví a leer rápido, hasta que me detuve en comida. Consistía, como era de esperarse en otro vaso, salvo que al pulsar, por el grifo salía un líquido verde, bastante espeso. Una vez finalizada mi “comida” volví al instructivo y decía «Mínimo, pulsar cada cuatro horas» más tarde descubriría que los colores del líquido cambiaban en múltiplos de cuatro, así como su gusto y textura.

Después de un inconmensurable periodo de tiempo y de tanto recorrer el pequeño perímetro encontré la cama, tan solo un rectángulo más blando en el piso.

Agudicé el oído cuando escuché nuevamente los gritos sordos, venían desde el interior de mí jaula. Luego de algunos intentos espaciados logré visualizar unos auriculares, desde allí salía el sonido. Los introduje en mis oídos y hablé:

–Hola, hola.

–Hola –respondió una voz con tono de reproche–. ¿Por qué no lees el instructivo? Hace una semana que trato de comunicarme contigo.

–¿Cómo una semana? Siempre es de día, ¿no oscurece nunca aquí?

–¿Tú por qué estás preso?

–¿Estoy preso? No sé cómo llegué aquí.

–Pues lee el instructivo, para estar aquí tienes que estar condenado por diez años al menos. No es para preocuparte, todos llegamos así, nos envían inconscientes durante el viaje.

–No he dejado de sentirme mal desde que llegué, pero recuerdo sí que salí del sitio ese, con el juez, dicen que maté a alguien, pero no soy culpable, es un error.

–Ahórrate eso, nadie te escucha. Por otra parte, yo y los otros tres

presos de este módulo pensamos que eres culpable, como nosotros somos culpables.

–Claro que lo somos –dijo otra voz

–Aunque me respondas que lea el instructivo, ¿dónde estamos?

–En la luna, hermano. No me digas que no sientes el efecto de la gravedad.

–Sí, pensé que tenía más fuerza –rio por primera vez desde que estaba ahí—. ¿Por qué no veo la Tierra? ¿Estamos en tierra nueva? ¿O no la vemos porque es de día? De todas maneras, igual debería verse.

–¿Tierra nueva? ¿Qué quieres decir?

–Bueno, como luna nueva, tú sabes, esas noches en la tierra donde no se ve la Luna.

–Estamos en la cara oculta ¡Ah! ya verás la noche. Un día completo dura lo que un ciclo lunar, poco menos de un mes. Ya lo comprobaremos.

–¿Cuánto hace que estás aquí?

–El mismo tiempo que tú. Solo que he despertado un rato antes y traté de informarme.

–¡La Luna! Cuántas veces con el pretexto de fotografiarla nos escabullimos una chica y yo de esos grupos de jóvenes que suelen formarse. También es cierto que disfrutaba de las imágenes que lograba. Poseo una amplia colección de fotos. Somos tantos los coleccionistas de fotos de la luna. ¡Qué lejanas imágenes ahora!

–¿Qué te has traído de compañía? ¿Una cámara? Te dieron a elegir antes del viaje, ¿recuerdas? Todos nosotros elegimos un kindle.

–Yo elegí la biblia –dijo una voz que no había oído aún.

No. No, lo dije en broma, no entendía lo que me pedían. El sombrero de copa. Por favor. No. Lo estoy viendo ahí colgado.

El Paso Oculto De Lincoln - Jhoanna Bolívar Rivero

<http://mundorelatos.com.ve>

Amanda se tendió sobre el sillón de madera y encendió la TV en el noticiero matutino. Su abuelo Keller Water asía en su temblorosa mano derecha, una taza de porcelana blanca esmaltada, con el té que ella le había traído de Tokio en su último viaje de negocios.

La periodista entrevistaba a un portavoz de la NASA, quien comentaba los recientes cambios de temperatura que habían ocurrido en la Luna. Ya para terminar, el joven rubio de anteojos dorados resaltó que en las últimas fotos tomadas por la sonda lunar se observó la presencia de un sombrero de copa atorado en la gris arena.

La taza se estrelló en la madera ocre que cubría todo el piso de la casa; lugar en el que Keller Water decidió pasar los últimos años de su vida.

—¡Dios Santo! Por fin moriré en paz. —Amanda se encrespo girando hacia atrás para ver al anciano.

—¿Abuelo estás bien? —Caminó hasta él, y lo observó de arriba hasta abajo.

—Sí querida, me encuentro mejor que nunca.

—Voy a limpiar esto.

Water entrelazó sus manos y las posó sobre sus labios mirando la nada, mientras sonreía; mientras su nieta barría los trozos de la taza juntándolos en un montón, y con una pala plástica azul recogía hasta el último residuo.

—Estás pensativo abuelo, ¿es por la noticia? —El abuelo se recostó en el espaldar del asiento—. Ese científico no es nada serio con esos comentarios tan fantasiosos.

—Me conoces bien Amanda, pero no son fantasías; ese sombrero de copa es la prueba que busqué desde joven cuando trabajaba como historiador—. Amanda abrió la boca, y puso los ojos como platos. Haló una silla cercana, y se sentó frente a su abuelo para escucharlo.

Él había trabajado como escritor e historiador de los sucesos ocurridos en el país durante el siglo XIX; pero con especial interés en la vida del

decimosexto presidente de EEUU: Abraham Lincoln. Entre los datos que recogió, hubo un fragmento del diario del hijo primogénito de Lincoln: Robert Tood Lincoln, que lo guió hacia el punto correcto.

En el texto, el muchacho afirmaba que su padre fue a la Luna en el año 1862, en un alocado intento por dar libertad a los esclavos. El dilema era “cómo lo hizo”; entonces siguió investigando y lo descubrió.

Lincoln se despidió de su esposa Mary Tood, y de Robert, tomando su caballo a altas horas de la noche para encontrarse con la logia “Luz del Norte”. Esta logia estaba conformada por negros rebeldes, que afirmaban tener un as bajo la manga para lograr la libertad de su raza. La Luna le bañaba el camino y su sombra lo seguía como si fuera de día. Llegó al amplio bosque, donde era esperado por los hermanos de la logia.

Siete piedras planas estaban dispuestas formando un círculo, y alrededor había doce hombres con batas rojas. Incorporaron a Lincoln en el centro, haciéndolo usar una bata blanca resplandeciente sobre su elegante traje negro; y sin despojarse de su sombrero de copa.

Iniciaron un coro gutural y el suelo del área del ritual tembló.

Lincoln desapareció como si fuese una imagen de video que se acababa de apagar.

Sintió que todo giraba a su alrededor, como si estuviese dentro de un remolino. En un instante estaba rodeado de un sinfín de estrellas. Se abstrajo ante aquel espectáculo incomparable, pero recordó que debía moverse rápido ya que su oxígeno solo duraría siete minutos. La túnica era su protección.

Sus pesadas botas y largas piernas, pisaron aquella superficie polvorienta. Oyó un silbido como venido de un profundo hoyo, y luego volvió el silencio atemorizante.

Comenzó a seguir las instrucciones. Dio cincuenta pasos frente a él sin que la falta de gravedad lo afectase; allí recogió diez piedras rojizas, y las colocó en el saco negro que había traído para ello. Enérgicamente una ráfaga de viento levantó polvo llevándose su sombrero, el cual quedó atascado en una zona rocosa; quiso ir por el pero miró su reloj de bolsillo, le quedaban tres minutos. Corrió hasta una roca rectangular que estaba a cuarenta metros de él, era metalizada con brillos muy resplandecientes,

tomó el polvo de la base de ella llenando el otro saco y cuando lo cerraba, empezó a buscar aire como un pez fuera del agua con los ojos desorbitados, apenas pudo pronunciar la palabra que lo devolvería a la Tierra:

«Ordienme».

Todo giró y respiró como un bebé acabando de nacer. Ya estaba de rodillas en el bosque.

—¿Has traído todo? —inquirió el sacerdote.

—Sí, pero perdí mi sombrero. —Lincoln jadeaba, con ambas manos sobre el pecho.

—Mal hiciste. Y aunque abolirás la esclavitud de toda América, morirás antes que el último esclavo sea libre.

El guardián de las estrellas - L. Mor Arcadia

<http://lmorelatosarcadia.blogspot.mx>

Las estrellas hermosas y brillantes irritaban sus ojos acostumbrados ya a la fría oscuridad del espacio. Sus pasos eran lentos y arrastrados, estaba muy exhausto. La superficie Lunar se hallaba cubierta por una fina arena plateada, así que en un intento de descansar se quitó las botas y caminó con los pies desnudos. Su traje estaba roto, su sombrero de copa sucio y su piel era como mármol blanco manchado por hollín, pero el polvo que levantaban sus pasos se adhirió a su traje y de su piel fueron cubiertas las imperfecciones. Su apariencia era celestial, ya no parecía un pordiosero, era un ángel. Su trabajo era estar en la Tierra supervisando parte del obrar humano; tomaba diferentes formas para dar milagros a los benévolos o pequeños castigos a los injustos. Sin embargo a los pocos años se volvió un trabajo aburrido, pues no podía tener amigos... hasta que conoció a un pequeño ser, una criatura diferente a los humanos, andaba a cuatro patas, era peludo y a pesar de los colmillos tenía un corazón amistoso y deseoso de compañía.

El animal lo veía como el único ser del mundo para amar, y por su parte el ángel encontró en aquella criatura la delicia de llamar su nombre a los cuatro vientos y gozar de compañía. Al anochecer se tumbaban en algún prado fuera del pueblo y miraban las estrellas hasta caer en un tranquilo sopor. Sin embargo pasado un tiempo el ángel no conciliaba el sueño, algo le atormentaba por las noches hasta hacerle llorar. Tenía miedo a que llegara el día en que su pequeño amigo muriera y le dejara nuevamente en la soledad. Esto conmovió tanto a Dios que prometió jamás mandar a tomar el alma del animal. No obstante, pese aquella promesa, en una tarde de Febrero el ángel vio como los ojos del perro se apagaban y su cuerpo endurecía, apareciendo así una nueva estrella en el crepúsculo. Pensó que todo se trataba de un error del guardián de las estrellas y fue así como el ángel partió a la Luna.

De pront una estrella brilló con más intensidad en el firmamento despertando en él un turbulento regocijo. La estrella comenzó a caer rápidamente hacia la sombra de la Luna, justo enfrente del ángel.

—No acostumbro a recibir visitas —una voz lisonjera surgió de la sombra —, ni mucho menos de un ángel terrenal.

—Señor guardián, ha cometido un error. Ha tomado el alma de mi amigo. Devuélvame la estrella que sé que tiene en las manos y no tendrá que lidiar con mi presencia.

—Lo siento, tengo prohibido liberar las almas.

Los ojos del ángel se llenaron de lágrimas mientras protestaba.

—¡Dios prometió que jamás mandaría a tomar el alma de mi amigo!

—Entonces Dios ha sido injusto con usted, porque él mismo me dio la orden.

—¡Mentiroso!, admita que ha cometido el error y entrégume la estrella. ¿No ve que la pobre brilla de agonía por estar con usted?

En efecto, la estrella se miraba parpadear con extraña tristeza en la oscuridad.

—Hagamos un trato —propuso la voz —, yo romperé mi regla: te volveré la estrella, la llevarás a la Tierra y volverá a ser tu animal, pero tú debes reconocer la injusticia de Dios...

Lo que el guardián le pedía era que blasfemara. Tenía que encontrar la manera de huir con la estrella pero el miedo se apoderó de su cuerpo y salió en silencioso llanto. Abrazó sus rodillas y ocultó su rostro mientras escuchaba que la voz se aproximaba. No hacía nada más que llorar hasta que al quedar empapado se dio cuenta que el polvo de Luna que había cubierto su cuerpo se había transformado en plata al entrar en contacto con las lágrimas. Sin perder el tiempo golpeó al guardián con la armadura, le arrebató la estrella y emprendió el vuelo, pero este le lanzó una bola de fuego que al instante quemó sus alas haciéndolo caer hacia la Tierra.

Con desesperación, mientras caía, aprisionó la estrella al pecho con esperanza que al alejarse del cielo esta se transformara, pero en cambio se volvía cada vez más fría y perdía su luz. Dios, enterado de la traición del guardián y la lealtad del ángel, mandó a una bandada de aves a detener su caída.

Entonces, entre revoleteo y canto se escuchó:

«Lo del cielo en el cielo debe estar. Las almas de los animales iluminan el firmamento para que mi gran creación no tema, pero has demostrado

lo triste que es separarlos. Te encomiendo cuidar de mis estrellas; las personas que alguna vez en vida amaron a un animal irán contigo, tú les darás su estrella, y al final de los tiempos prometo devolverles sus amigos».

La promesa siempre estará vigente, nuestros amigos son cuidados por el guardián de las estrellas y su fiel canino hasta nuestra llegada.

Ser del espacio - Kein V. Raad

Al descender de la nave y pisar tierra firme, Lois se sintió más aventurera que nunca. La joven hizo como pudo unos cuantos estiramientos y, sin demora alguna, emprendió su camino. Con mucho menos de su espíritu, su hermano Allan quedó totalmente petrificado junto a la nave.

Finalmente el chico empezó a moverse, pero no hizo más que mirar a todos lados temiendo encontrarse con un marciano.

—Ya te dije que no existen, ¡y mucho menos en la Luna! —exclamó Lois—. Además, observa bien, como siempre, no hay más que polvo.

Lois continuó entonces al frente, marchando cual líder de expedición. Allan por su parte no tuvo más remedio que seguirla. Cada par de minutos, su hermana se detenía a esperarlo y él apretaba el paso hasta alcanzarla. Generalmente lo lograba sin esfuerzo; no obstante, llegó el momento en que el chico pareció perder el ritmo.

—¡Espérame! —gritó Allan, como si Lois no lo escuchara lo suficiente por los auriculares—. ¡Mira lo que he encontrado!

—¡Dios, mis oídos! —se quejó Lois—. ¿Qué traes allí?

—Toma, lo he conseguido en uno de los pequeños cráteres que dejamos atrás.

Lois tomó en sus manos el gran sombrero de copa que con insistencia le enseñaba su hermano. A pesar de la cantidad de polvo adherido a él, se distinguía su color negro y la cinta roja que lo adornaba.

—¡Oh, apuesto a que los magos de este lugar sí que tienen talento! ¡Ni cuenta nos hemos dado de a dónde se ha ido el dueño de este simpático sombrero! —bromeó Lois.

—¿Podemos volver a casa? ¡Ya tienes lo que querías!

—¿Esto un objeto lunar? Puedo conseguir uno igual en cinco dólares.

Allan lució realmente decepcionado de no haber tenido tanta suerte, su alegría se desvaneció tan rápido como le contestó su hermana. Los chicos deambularon un largo rato por la superficie del satélite. Allan se esmeraba inútilmente en encontrar algo digno de pertenecer a la colección de objetos espaciales de Lois, mientras esta, en posición de juez, aprovechaba el entusiasmo de su pequeño hermano para descansar. Esto

continuó así por varios minutos; hasta que una extraña criatura apareció para interrumpir la dinámica.

—Lois... —pronunció Allan con voz temblorosa.

Un enano, de tez oscura y cabello blanco rizado, se acercaba cada vez más a ellos. Al percatarse del hecho, Lois pensó que el viaje empezaba a ponerse interesante.

—Observa como intenta articular palabras sin saber que ni siquiera podríamos escucharlo. —comentó Lois—. Me pregunto si al igual que los Saturnianos, los habitantes de la Luna, Selenitas si se quiere, habrán estudiado nuestro idioma. Aunque, viéndolo bien, este lugar luce mucho más solitario y...

—¡Me está señalando! —interrumpió Allan.

—¡A ti no, tonto, al sombrero que llevas en tus manos! Seguramente le pertenece.

Lois tomaba todo particularmente a la ligera, parecía ya estar acostumbrada. Entonces, sin dudarlo, Allan hizo un gesto para devolver el sombrero.

—¿Qué haces? ¿No ves que hasta ahora no hemos encontrado algo mejor? —dijo Lois deteniendo el avance de Allan.

El enano le sonrió sutilmente a Lois, si es que a eso se le podía llamar una sonrisa. El gesto fue más bien perturbador para Allan, el rostro de la criatura solo podía ser asociada a la de un humano con la cara parcialmente desfigurada. Allan miró a Lois, que prácticamente lo escoltaba, y al volver a su postura inicial, se topó de frente con el misterioso enano, entró en pánico y se decidió a devolver el sombrero. Lois reaccionó de inmediato pero no lo pudo evitar, solo alcanzó a quedarse con la cinta que el sombrero de copa llevaba.

El extraño ser de la Luna recibió el sombrero sin expresión alguna, bastó que se diera vuelta para que Allan huyera hacia la nave. Lois se vio entonces obligada a ir tras su hermano, temiendo que no recordara bien el camino de regreso. Cuando al fin llegaron a la nave, Allan insistió en regresar a la Tierra de inmediato. Lois finalmente accedió, había sido con seguridad uno de sus viajes más cortos e infructuosos.

—Y yo que pensé que ya tenías edad suficiente para acompañarme. —

le dijo Lois a Allan. Toma, guarda la cinta roja, quizás sirva para sujetar mi cabello. Además, al fin y al cabo la encontramos en la Luna. ¿No?

Allan se tomó su tiempo para a obedecerla, hasta que, repentinamente, se giró hacia ella:

—¡Lois, lo sabía! —exclamó eufóricamente Allan.

—¡Deja de hacer eso! ¿Ahora qué quieres?

—¡Lee! ¡Detrás de la cinta!

—¿La inscripción? Lo sé, pero en casa ya tengo un objeto de Marte.

Miedo y asco en la Luna - Javier CH

<http://Mundobizarresco.com>

Lo que se avecinaba no era un Apocalipsis, pero dada su naturaleza se le asemejaba lo suficiente. No por el hecho en sí, sino por las consecuencias que podía traer.

Y todo empezó con una voz de alarma.

—¡Que vienen los Terrícolas! ¡Que vienen! ¡Que vienen!

El mensaje se había desperdigado como la pólvora, y los Velnatias(1) corrían en todas direcciones como pollos sin cabeza presa del pánico apresurando su éxodo hacia los complejos subterráneos.

—Maldita sea. Los Terrícolas lo van a conseguir esta vez —se quejó uno de los Lumihures(2).

—Hemos estado controlándolos todos estos años, observando desde la distancia, y ahora los tenemos en la cara —se le sumó otro Lumihu, comprobando como la distancia de la primitiva nave Humana era cada vez más corta.

—Nos hemos confiado. Nos hemos confiado.

—Caramba, como para no hacerlo. Hacían chapuza tras chapuza, los muy paletos.

—¡Pues lo que son! —les respondió—. Nuestra civilización tiene mucho menos tiempo que la suya, y ya los superamos tecnológica y científicamente en cientos de años. ¿Es para tratarlos de retrasados o no?

—No es momento de discutir —les interrumpió el Supremo Lajidarlín, entrando con prisa en la sala Control Terrícola (3)—. ¿Cuál es la situación?

Ambos Lumihu le hicieron el saludo reglamentario y le mostraron una lámina transparente dónde podían verse varias imagines y datos que se actualizaban constantemente.

—Contra toda expectativa, la birria de nave Humana llegará en el tiempo previsto y la evacuación está casi finalizada, Gran Lajidarlín. Pero no se llevó a cabo con la antelación que se hubiera deseado porque nunca creímos que lo conseguirían —se disculpó—. Pensamos que la nave ardería, estallaría o cualquiera de los otros accidentes que han tenido en las naves previas.

—No queríamos realizar otra evacuación completa inútil, Gran Lajidarlín —le apoyó su compañero.

—Está bien. No pasa nada —respondió con tensión reprimida el supremo gobernador de Velna(4)—. Lo importante es que todo va según los planes. Debimos habernos trasladado definitivamente a los complejos subterráneos hace tiempo —pensó en voz alta—. Eso habría acabado con todos los problemas de ser localizados por esa molestia terrestre.

Los tres Velnatias miraron la pantalla, en el que una reconstrucción holográfica del Apolo XI, se acercaba lenta pero inmisericordemente a su preciado planeta(5).

—Hora de la siguiente fase: destruyan todas las construcciones. No debe quedar nada. ¡Nada! Los Terrícolas no deben tener la menor sospecha de que aquí hay vida o no pararán hasta dar con nosotros —dijo lúgubrementemente el Supremo Lajidarlín.

—Podríamos dejarlas. Quizá crean que la civilización que las habitó ya no existe —intentó el Lumihu.

—No dejen que la morriña les ciegue —les reprendió el líder—. Incluso en ese caso, volverían para estudiar nuestra civilización. Lo llenarían todo de científicos, basura, y colillas. Destruyanlo todo; sin excepción —ordenó firmemente—. La llegada de los Terrícolas nos obliga a borrar nuestro pasado si queremos que el modelo de vida Velnatí perdure. La nostalgia podría condenarnos a una eternidad de visitas constantes buscándonos. Nos inculcarían sus dioses, política, moral y condiciones bancarias. ¡Ni hablar del peluquín!

Uno de los Lumihu pulsó, con mano temblorosa, una marca. En varias láminas, se reproducían hologramas en los que observaban, con lágrimas en los ojos, como decenas de edificios se desplomaban sobre sí mismos.

En cuestión de minutos, no había más que cráteres donde antes se habían erigido maravillosas ciudades. Cientos de años de historia reducidos a la nada, borrados de la existencia como si nunca hubieran existido.

Los tres volvieron a dirigir sus miradas con odio hacia la pequeña nave, portadora inconsciente del mal que estaba provocando.

—Están posándose.

—Guardad silencio. Que nadie respire ni se mueva y esperemos a que se larguen.

—Puñeteros Terrícolas... Son como esas visitas que no quieres; se presentan sin avisar, no puedes echarlas y además te ponen los pies encima de la mesa.

—¡Chitón! Uno está saliendo de la nave.

———

(1) Los auténticos habitantes de la luna se autodenominan Velnatias. Lo de Selenitas es un invento terrícola sin la menor importancia.

(2) Uno de los consejeros del Supremo Lajidarlín.

(3) En este caso sí que usan el termino terrícola para los ídem. Lo copiaron de ellos en una de sus incesantes misiones de exploración.

(4) Nuevamente, Velnat es como los habitantes de la Luna llaman a su lugar de hábitat. Lo de Luna es invento terrícola.

(5) Que para los Terrícolas la Luna sea un satélite no significa que para ellos también lo sea. Es su planeta y lo aman.

Las luces de la Luna - Feli Eguizábal Fernández

Como cada atardecer, la Luna se vestía con sus mejores galas, ahuecaba su rizada melena, y dejaba entrever su claro oscuro al aplicarse el maquillaje para parecer más atractiva a su amado. Se veían durante unos breves instantes, se deseaban, y se amaban. Efímeros momentos tan intensos que los mantendría vivos durante toda la eternidad. El Sol la esperaba anhelante e ilusionado. A veces, se le abría la boca en un disimulado bostezo para mitigar la ansiedad que sentía por su ausencia. Y cuando ella llegaba, grácil y elegante, él centelleaba con gran intensidad en pleno crepúsculo. En otras ocasiones, el esfuerzo realizado durante el día y la agitación por la espera —unos días más larga que otros—, le provocaba tal desazón que caía adormilado entre las nubes. La Luna se ponía sus lentes, y llena de amor, con voz melódica, le leía un cuento de forma acompasada hasta que él desaparecía en su sueño:

En un lugar y tiempo lejano, existió un niño de pelo rubio y rizado, delgaducho y travieso, que traía a sus padres de cabeza. Fue el mayor de seis hermanos que pertenecían a una familia de la baja nobleza, y quienes durante su infancia se encargaron de su educación. No quería ir al colegio. “Ya no lo paso tan bien cómo antes”, era su contestación cuando le apremiaban.

Se entretenía correteando por las callejuelas con otros niños, hasta llegar a extramuros. En una vasta explanada donde los segadores hacían la trilla de los cereales cada verano; jugaban a la pelota o al escondite, saltaban a la piola, se contaban adivinanzas... Pero nuestro niño no duraba mucho en esos juegos. Se tumbaba sobre los montones de paja y miraba fijamente el cielo. Atento y con calma observaba el movimiento de las nubes, que formaban figuras de diferentes tamaños, y que por momentos se difuminaban hasta parecer un objeto totalmente diferente al anterior. Le fascinaba el cambio silencioso de luz y del color en el crepúsculo y, cuando por fin llegaba un casco de luna amarilla, él se extasiaba mirándola. «¿Qué tendrá la luna que todo lo mueve?», se preguntaba. «Es un gran pedrusco muerto», dice mi padre. «Pero yo creo que tiene vida». Y así, se pasaba las tardes y los anocheceres; observando,

y observando...

—¿De dónde vienes tan tarde? —preguntó el padre disgustado.

—He estado jugando al escondite con Benedetto y Giuseppe entre los cráteres de la luna. Ha sido magnífico.

—¡Ya empezamos con sus fantasías! —susurró la madre.

—Nos ha pasado algo maravilloso. Una ráfaga de aire se ha llevado el sombrero de copa de Benedetto. Al correr para alcanzarlo, ha tropezado y se ha caído dentro de uno de los cráteres, y ha encontrado un gran lago de color esmeralda, y tan cristalino que parecía que...

—¡Cena, ve a dormir, y déjate de sueños absurdos! —replicó su padre enfadado.

—Tienes que escucharme papá, ha sido un hallazgo espectacular. Había un banco de peces diferentes a los que conocemos, y...

—¡Basta ya! Es hora de dormir. Mañana hablaremos con más calma, y decidiremos qué hacer contigo —le dijo su padre mirándolo seriamente a los ojos.

Estaba a punto de cumplir los diez años, cuando su educación pasó a cargo de un vecino que era religioso. Este conocía sus correrías, y lejos de enfadarse y castigarle, aprovechó su afición para reconducirle por otros caminos más provechosos. Le narraba hermosas fábulas sobre la misteriosa Luna, que incrementaban la curiosidad en el niño, sobre el insólito astro.

Con el paso de los años, después de muchos estudios y trabajos, con el telescopio siempre a su lado, escribió y publicó sus teorías, y alcanzó un gran éxito. Contaba, cómo veía luces en la superficie de la luna, generalmente blancas y del tamaño de una estrella, pero también las había rojas, amarillentas o azuladas, que unas veces se movían, y otras eran estáticas. Estos movimientos podían durar entre unos segundos, y varios días. Crecieron sus excéntricas ideas tanto como su fama, pero también fue alcanzado por la envidia de sus análogos. Fue perseguido y acusado de mil maneras, hasta que, anciano y enfermo, perdió la vida. Cuando llamó a la puerta de San Pedro, este le preguntó:

—¿Quién eres y qué has hecho?

—Soy Galileo Galilei, y estoy aquí por afirmar y mantener que la tierra

gira alrededor del sol y mil historias más sobre la Luna».

El silencio reinó en la noche. Continuó sola hacia el amanecer, mientras ideaba otro relato para su próximo encuentro, y se esforzaba en hacerlo más corto ante el temor de que su amante no habría podido escucharlo entero. Él en cambio, lejos de pensar en ello, partió a prodigar su luminosidad a otros lares, un tanto extasiado por la musicalidad que recibía de su amada durante el breve pero intenso roce del que gozaban ambos.

La historia de la luna - GS

Cuentan las leyendas que hace mucho tiempo, antes incluso de que Prometeo robase el fuego, existía una tierra tan hermosa y brillante que hasta de noche se podía ver gracias a la luz que emanaba. Dicen los sabios que en aquellas tierras no había hombres sino faunos, náyades, dríades, centauros y otras muchas bestias tan terribles como hermosas. Ese país estaba gobernado por una reina, la reina Selene, de la cual se dice que era tan hermosa que cuando la mirabas tan solo podías ver una luz brillante y blanca, mas era justa y buena con todos sus siervos. Así pues, aquel país vivió felizmente tantos años que olvidó lo que eran la guerra, el odio y la tristeza, por eso cuando un hombre llegó a esas maravillosas tierras, le ofrecieron todo lo que tenían: oro, joyas, vestiduras de seda... y le dieron de comer y beber lo mejor que tenían. El hombre, fascinado por lo que veía, se volvió ambicioso y egoísta, ya que deseaba tener todas las cosas que en aquel lugar había. Cuando regresó a su hogar, habló tan bien de aqueel mágico lugar en el que había estado, que otros hombres también quisieron ir.

Tiempo después, aquellos hombres que se habían vuelto codiciosos y egoístas por la sola idea de poseer aquel país, se armaron y marcharon hacia Selene con el único objetivo de apoderarse de todo lo que en él había. Destruyeron bosques y aldeas; esquilmaron sus tierras y sus mares. Los pocos supervivientes de aquella masacre se vieron obligados a marcharse a nuestro mundo, donde unos se volvieron recelosos y no se les volvió a ver jamás. Otros, por el contrario, se volvieron salvajes y crueles como las Hidras y los Cíclopes. Sin embargo, solo una persona se quedó en aquel país que tiempo atrás había sido un paraíso. La reina Selene, la cual se negó a marcharse, pero los hombres más poderosos que ella la encerraron en el centro de aquel mundo y después se fueron dejando aquel lugar, antes hermoso, convertido en un desierto y negaron haber estado alguna vez allí o haberle causado algún daño.

Por eso, si alguna vez le preguntas a un adulto qué es la Luna, te contará una historia muy aburrida sobre planetas y estrellas. Pero si no les haces caso y te quedas mirándola mucho tiempo, podrás ver que

brilla. Y si te fijas un poco más, te darás cuenta que es un brillo que sale de su interior, producido por Selene, que aún sigue encerrada allí. También verás las huellas que el hombre dejó cuando taló los árboles y convirtió aquel país en un simple astro, pero un astro tan brillante que es fácil imaginar su antigua belleza.

Theia II - Vicente Ruiz

Ocho años han corrido en la computadora central de la estación Sel-1 dentro del subsuelo de la luna. Más de un lustro ha sobrevivido esa hija infértil sin su padre, la inmemorial satélite, que finalmente goza de la libertad que tanto ansió.

Adentro, en los dormitorios del ala sur, sus habitantes disfrutaban de su última hora de sueño. Es ahí que, en uno de tantos cuartos, se encuentra aguardando un joven de cabello tiznado, mediana estatura, semblante jovial y piel morena; Jacobo.

Cuando él tenía nueve años el asteroide impactó en la Tierra provocando que se separara de Benjamín, su hermano de dieciséis. Debido a eso, surgieron dentro de Jacobo muchos anhelos pero, con los años, solo dos persistieron: ver la Tierra y reencontrarse con Benjamín. Hoy es el día en que logrará el primero.

Las luces encienden y los corredores se llenan de gente: es el turno de trabajo del ala sur, que comienza. Jacobo despierta y se coloca sus botas imantadas, tiene que ser rápido si desea desayunar antes de presentarse en el hangar para su primera misión. Sale corriendo, pero es inútil, la fila llega hasta afuera del comedor.

Jacobo comienza a frotar su mejilla con la mano, buscando la forma de no terminar armonizando con borborismos su primera misión. Mientras, desde una mesa, una mujer de pelo negro lo mira.

—¡Jacobo! —exclama ella, Sofía.

Al verla, él se sale de la fila y se sienta frente a ella. Era fácil identificar a la teniente de veinticinco años: alta, tez blanca, ojos oscuros y una chaqueta gris con su nombre y cargo.

—¿Tu misión no es hoy? —ella le cuestiona.

—Sí... —contesta.

Al verlo así, frotándose otra vez la cara, Sofía decide cederle el plato a su amigo Jacobo, quien le agradece.

—Es la única vez. Tendrás que despertar más temprano, ¿entendido?

—Anotado, teniente. —Hace un saludo militar a la vez que sonrío—.
¿Saldrás mañana a misión?

—No, pero pronto terminaremos de traer la península ibérica.

—Y... ¿ya encontraron algo de México? —Ambos se enserian.

—Solo una parte de Tamaulipas... —Jacobó baja la mirada—. Pero recuerda que no es parte del área. —Intenta animarlo.

—Sí, tienes razón. —Jacobó aprieta los labios.

Jacobó termina de comer y se despide de Sofía, llegando inevitablemente tarde al hangar, donde sus compañeros, Daniel y Laura, ya tenían puestos los trajes. Todos de distintas alas compartiendo, junto al anhelo, la misión: recuperar todo objeto funcional posible.

Entran a la nave, colocándose en sus posiciones, mientras el aire desaparece del hangar. Así comienza: un «todo en orden» desde el mando, el hangar abierto, las llamas en los propulsores y el impulso de la inercia sobre los párpados.

Fueron dos segundos para la ingravidez, para una misteriosa sensación que les invita a presenciar; el trío atiende. Tras el cristal se cierne una vista, para todo terrestre de memoria, tan majestuosa como perturbadora: el coloso teñido de sangre, demacrado, atravesado aún por su asesino; rodeado por los suspiros de su antigua vida, impactándolo en duelo y entre sí, fúricos.

El brillo de sus ojos escapa flotando, opacando sus miradas. No existen palabras de consuelo, eso lo saben; hay mucho trabajo que hacer. Ellos se dirigen a un gran fragmento para recolectar, encontrando cápsulas de protección y variedad de objetos congelados, atiborrando rápido el almacén y regresando.

Las puertas cierran una vez la nave se encuentra en el suelo, retornando el aire al hangar y, con él, los integrantes de la misión, además de Sofía. Las toneladas salen y todos comienzan a ver, algunos a añorar y otros a abrir las cápsulas, entre ellos Daniel. Con cada una se descubren los discos, fotos, juguetes... Alguna vez un sinfín de valiosos recuerdos, ahora todos de fantasmas.

Daniel encuentra un sombrero de copa en una cápsula oxidada, se lo pone y comienza a actuar como en un viejo programa de televisión.

—¿Quién puede darme un poco de azúcar? Quiero dar intrepidez a mi té... ¡Jaime! Tráeme mi escopeta, de hoy no pasan estas chiches.

Todos disfrutaban de sus tonterías, menos Jacobo quien se acerca al identificar aquel sombrero.

—¿De qué cápsula sacaste eso? —pregunta Jacobo.

Daniel le indica y Jacobo se encorva para leer la placa. Un escalofrío lo recorre, poniéndose en seguida de pie.

—¡Dame ese sombrero! —dice casi gritando.

Daniel lo entrega. Jacobo mete la mano en la costura rota, encontrando una foto y derrumbándose al verla, quedando impotente en rodillas. Sofía se acerca.

—¿Qué te pasa, Jacobo? —Jacobo suelta la fotografía.

—Lo prometió..., él prometió que nunca lo perdería —responde entre lágrimas.

Sofía cubre su boca al acercarse y reconocer a aquel rostro en la imagen: Benjamín.

Hace ocho años la humanidad entera se separó en tres proyectos para salvarse. Benjamín cedió su lugar a Jacobo en Theia II, quedándose en la tierra y esperando lo mejor. Jacobo le dio ese sombrero como un seguro de que volverían a estar juntos. Ahora, a través de esa misma chistera, la esperanza espira su último aliento hacia los vestigios de la tercera Theia.

La manzana prohibida - Paola Panzieri

<http://papan3.blogspot.com.es>

Tomás observaba la partida de cartas con cierta distancia. No participaba en el juego por no albergar interés en el premio: era el único que no había sido pescador, en vida.

Notaba que el juego se dilataba en el tiempo y el trabajo en las puertas del Paraíso se acumulaba cada vez más: Las almas en espera perdían la paciencia. La incertidumbre sobre el futuro que les aguardaba quedaba evidente por los corrillos acalorados que crecían ante la verja cerrada.

—¡Aquí no aparece ni Dios! ¿Alguien sabe dónde estamos?

—¡Viéndote a ti, en las puertas del infierno, seguro!

—¡Qué gracioso! Cómo no estás el primero en la fila...

—¿Por qué no os calláis de una vez y buscamos un timbre?

Viendo a Pedro descuidar su tarea, Tomás dudaba: no sabía si decirle lo que había o simular no haber visto nada.

Se acercó a la mesa de juego y comprobó que arrancaba la última mano con un mus corrido y sin señas. Desde ahí, en el porche elevado, nadie veía lo que estaba ocurriendo debajo, en las puertas del cielo. Pensó que esa mano iba a alargarse y decidió llamar la atención del compañero.

Pedro movió la baraja a derechas y su expresión no reveló su suerte. Los otros tres participantes no hicieron ni un gesto. No quedaba claro quién iba a bajar a la Tierra para la temporada del atún.

Mientras Pedro elegía la estrategia a seguir, reparó en que Tomás gesticulaba con el brazo derecho mientras abría los ojos de manera exagerada, indicaba hacia abajo, en dirección a la verja de entrada.

Pedro se asomó a la baranda para ojear la antesala del cielo y comprobó que la fila de almas describía un zig zag infinito sobre la superficie lunar. Descubrió a una mujer con gafas de búho y pelo muy corto que saltaba y volvía atrás, medía la longitud del salto y tomaba distancia revisando las huellas dejadas por los pies.

—¡Ya se cansará! —dijo a Tomas, volviendo a meterse en el juego.

Tomás se apoyó en el balcón y distrajo la mente con la escena de abajo: la mujer, cada vez más experta, recorría en cada salto un tramo

más largo. Otra joven, se puso a imitarla y zapatos en mano se acercó a la primera. Su atuendo era tal que todas las almas se fijaban en ella por la falta de tela en el traje y el extraño sombrero de copa que cerraba el vestuario.

—¡La chica está en paso y yo tengo pares! —sentenció Mateos desde la mesa de juego.

—Yo también.

—Yo no tengo.

—Yo sí.

«Las cosas no van bien para Pedro», pensaba Tomás, «y ya ha preparado los aperos de pesca y para subir al pesquero y enfrentarse a la fuerza del mar».

En la superficie infinita de abajo, las dos almas traviesas se encontraron de frente y Tomás se centró en oír sus palabras:

—Con tacones no puedo saltar por aquí —comentaba la mujer emplumada.

—¿Por qué no los cortas?

—¿Estás loca? ¡Son unos Manolo Blahnik!

—No logro entender en qué polo lunar debemos de estar —contesta la atleta.

—¿En el polo? ¿En la Luna? ¡Si yo busco una barra!

—¿Una barra? —repite la otra fijándose al fin en el traje de stripper.

—De baile —contesta enseñando las plumas de atrás—. En la Luna, ¿por qué?

La de gafas suspira y acaricia el sombrero de copa.

—Verás, aplicando balística y Newton a los saltos, resulta que la fuerza atractiva es seis veces menor que en la Tierra: ¡es la Luna! ¿lo ves?

—No, no lo veo.

La erudita se rascaba una ceja.

—Pues mira en el cielo, esa bola tan grande y azul, es la Tierra ¿la ves?

—Eso sí.

—Pues ya está todo claro: estamos en la superficie lunar y volviendo a lo tuyo, no creo que haya barras aquí.

Se alejaban y Tomás ya no oía. Esta vez no dudó:

—Pedro, ¡lo siento en el alma! pero si esperas, las pierdes. Yo creo que en asuntos de pesca es mejor centrarse en los peces que hay que pescar.

Saltando, midiendo y buscando una barra, las dos almas rebeldes llegaron a un linde frondoso de plantas vistosas con aroma especial. El borde tupido marcaba una línea infinita perfecta y toda la zona quedaba en penumbra.

—Esas hojas recuerdan los tiempos de la universidad —dijo la atleta.

—¿Crees que podremos cogerlas? Por unas hojitas... nadie lo va a notar. Llevo mechero, ¿qué tal si fumamos?

En un punto del bosque se agitaron las hojas y un hombre barbudo salió de la nada vestido de blanco. Era fuerte y hermoso, con manos callosas repletas de redes. Le pesaban los hombros y andaba con porte abatido, parecía que su mente no estaba con él.

La stripper tosió sacando al personaje de su sueño dorado.

—Soy Pedro y por fin os encuentro almas mías —dijo el hombre alargando los brazos—, ¡menos mal! He llegado en el momento perfecto porque en la cara oculta aún no podéis entrar.

Apoyó una mano en el hombro de cada mujer y, emprendiendo con ellas el camino de vuelta, siguió explicando:

—Lo sé... no entendéis, pero os lo contaré todo. Lo primero deciros que la culpa es del mus. Veréis, aquí arriba nos va el alma en ello y en los tiempos de ocio jugamos torneos. Os veo y pienso: « Termina esta mano y voy ».

Pero luego... que si un envite a la grande que si otro a la chica, que si yo tengo pares, levanto la vista y ya no estáis ahí. En fin, gracias a Dios que he llegado a tiempo ¡Menudo lío me buscáis si os llegáis a meter en el bosque prohibido! Aunque creo que Dios no está muy contento, llevaba treinta y uno de juego y encima era mano. No va a perdonarme jamás.

¿Dónde está mi sombrero? - Miriam Torres

<http://historiasdethaisite.wordpress.com/>

Alicia viajaba en el asiento de atrás, camino de casa de una de sus tías para acudir a la boda de su hija mayor, con quien apenas tenía relación. Un aburrido evento familiar, como tantos a los que había acudido en los últimos años. Lo detestaba, pero debía acompañar a su hermana. Además, era una de las damas de honor.

El trayecto era bastante largo y pesado, y para colmo se había quedado sin batería en el e-book. El aburrimiento, el sol filtrándose por la ventanilla y el movimiento del coche, hicieron que se quedase dormida. Hasta que un gran estruendo la despertó.

—¡No lo encuentro! ¡No lo encuentro! —gritaba aquel excéntrico conocido, mientras caminaba inquieto por la habitación.

Alicia no esperaba volver a encontrarse con él después de tanto tiempo, pero estaba claro que la necesitaba (o ella a él, quién sabe). Desesperado, revolvía todo lo que encontraba a su alrededor.

—¡Vas a destrozarlo todo! —le dijo, alzando la voz para intentar que le escuchase entre el ruido de la vajilla haciéndose añicos— ¡Si sigues así, no podrás tomar el té!

Consiguió que se detuviese y la mirase arrepentido. La joven se levantó y se acercó a él, sosteniendo su rostro entre las manos. Pensaba la de veces que él había repetido ese mismo gesto con ella cuando era pequeña:

—¿Qué pasa?

—Mi sombrero... No sé dónde está... —respondió, con la mirada triste de un niño que ha perdido su bien más preciado.

—No te preocupes. Lo encontraremos.

—No creo que sea tan sencillo... —se escuchó una voz desde algún lugar. Una figura comenzó a dibujarse encima de la lámpara de araña que iluminaba la habitación.

—¡Cheshire! —exclamó—. ¿Sabes dónde está mi sombrero?

—Yo no... —bromeó el enorme gato a rayas moradas, mostrando una gran sonrisa, evaporándose en una fina nube de humo y apareciendo sobre la cama en la que había dormido Alicia—. Pero ella sí...

Abrió sus garras y mostró la imagen en holograma de una mujer que les hablaba. Era la Reina de Corazones.

—Te diré dónde está tu sombrero, viejo loco —dijo, con burlona sonrisa y voz aguda—. ¡En la Luna! —Rio hasta que la imagen se diluyó.

—¡Cada vez le tengo menos estima a esa...! —exclamó El Sombrerero, furioso.

—Vamos, cálmate. Te sale humo de la cabeza —dijo Alicia.

—¿Humo? —Olfateó—. ¿Cabeza?... ¡Mi sombrero! ¡Está en la Luna! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo llegaremos hasta allí?

—En un cohete —respondió Alicia, con lo que parecía lo más lógico.

—¡Claro! ¡Un cohete!... ¿Qué es eso...?

Alicia adoraba a ese hombre. A pesar de lo que siempre le habían dicho, pensaba que no estaba loco. Solo era extraño y despistado. Y sabía lo que ese sombrero significaba para él. Tenía que ayudarlo como fuera.

—Debe haber otra forma de llegar hasta allí... —masculló la joven, pensando en voz alta.

—¡Sí! —exclamó El Sombrerero, abriendo una caja de galletas de mantequilla—. ¡Come!

—Ah, mi perturbado amigo... —dijo Cheshire—. Por más que coma, no alcanzará el tamaño suficiente. La Luna está muy lejos de aquí.

—Entiendo... Supongo que no hay nada que hacer... —Se resignó, cerrando la caja.

—Piensa, Alicia... —le susurró el gato, subido sobre sus hombros. Sus repentinos cambios de lugar siempre le sobresaltaban.

Cerró los ojos e imaginó. Cayeron en picado por la madriguera del Conejo Blanco, esquivando toda clase de objetos, como la primera vez que apareció en aquel extraño lugar. Y al llegar a su fin, se encontraron en un espacio ingrávido, flotando entre las estrellas. Habían llegado a la Luna, pero no estaban solos. Un enorme dragón plateado dormía enroscado sobre ella, custodiándola.

—Oh... —sollozó El Sombrerero.

—Debes despertar al dragón, que intente cazarte —le dijo Alicia al gato.

—Claro, claro... ¿Y qué harás tú?

—Recogeré el sombrero.

—¡No, Alicia! ¡Yo lo haré! —dijo El Sombrerero.

—Escúchame —respondió, cogiendo su mano—. Puedo despertarme si la cosa se pone fea, pero no sé qué pasará si lo hago tarde y os pasa algo antes... Espera aquí.

No quería que se acercase al dragón de ninguna manera. Siempre estuvo apoyándola en momentos duros, como la muerte de sus padres, y perderse supondría quedarse más sola.

De ese modo, Alicia y Cheshire flotaron hasta donde descansaba el dragón. El gato se adelantó, pasando por delante de sus fauces, y le hizo despertar emitiendo un rugido feroz. Después, como habían previsto, el dragón se distrajo en cazarle, apareciendo y desapareciendo, despistándole; y ella pudo alcanzar el sombrero de copa y lanzarlo a volar hasta El Sombrerero. Sin embargo, la distancia quedó corta y fue engullido por el dragón, que se convirtió en una nube de polvo estelar al morderse la cola.

Alicia despertó sobresaltada en el asiento trasero del coche.

—Otra de tus pesadillas... —dijo su hermana, mirando por el retrovisor mientras conducía—. Quitate eso que llevas en el pelo...

Se atusó su largo cabello rubio y encontró restos de purpurina. Terminaron el viaje y su tía les recibió desde la puerta, dando golpecitos en la esfera de su pequeño reloj de muñeca:

—¿Habéis visto qué tarde es? —refunfuñó.

Alicia no pudo evitar encontrarle parecido con el Conejo Blanco y sentir angustia por lo que había ocurrido en la Luna. Estaba triste, tanto que no le apetecía ponerse el vestido azul que debía llevar, al igual que el resto de damas de honor, pero la estaban esperando. Bajó por las escaleras hasta la puerta del jardín, donde esperaban los invitados sentados en los butacones, cubiertos con telas blancas y adornos azules; y pasó sobre la alfombra púrpura hasta llegar al altar nupcial.

—Al menos podrías sonreír un poco... ¡Menuda cara traes! —le susurró al oído una de las damas de honor.

Alicia suspiró e hizo caso omiso, mirando a las butacas vacías de la última fila. En una de ellas, estaba sentado El Sombrerero, brindando

por ella con una taza de té y su sombrero de copa de diez chelines y seis peniques sobre la cabeza.

En mundo ajeno - Jada Beaumont

Llegados a este punto, ¿qué se suponía que debíamos hacer? ¿Partir por miedo a lo que nos podían hacer? Yo lo tenía claro, quería quedarme allí para descubrir lo máximo posible sobre aquellos seres inertes. Nos podíamos hacer famosos con tan solo acercarnos a ellos y tomarles unas fotos. Me entendían pero me querían hacer entrar en razón porque no teníamos ni idea de lo que eran capaces.

Desde la nave veíamos a tres manchas de color. Estaban en el punto intermedio de un grisáceo azulado, un color un tanto peculiar. Como comandante de la nave, les ordené de inmediato ponerse en contacto con la central y explicarles la situación en la que nos encontrábamos. Primero, pensaban que les estábamos haciendo burla, ya que nos hallábamos en la luna por otros asuntos más importantes. Pero cuando nos empezaron a creer nos mandaron tomar fotografías y averiguar qué eran, algo que era difícil de distinguir. Y yo, curioso, tenía la necesidad de ir aún más allá.

Después de pensárnoslo un buen rato, algunos nos pusimos nuestros trajes espaciales y salimos muy poco a poco de la nave. Notaron nuestra presencia y parecían igual de asustados que nosotros. Pasamos un rato quietos, alucinando de lo que teníamos delante. Íbamos avanzando cuando, por nuestra sorpresa, ellos también empezaron a hacerlo. Entonces, pudimos observar con claridad sus tres patas, por describirlo de alguna manera, con montones de dedos pequeños del pie a la planta de esta. No sabría decir si era más asqueroso o asombroso. Sus cuerpos enteros medían la mitad que el nuestro, sin embargo eran el doble de anchos. Los ojos negros de cada uno de ellos nos miraban fijamente, sin soltar sus larguísimos brazos enlazados los unos con los otros. Conforme quedaba menos para nuestro encuentro, podíamos contemplar como, detrás de esa piel medio grisácea medio azulada, sus órganos (si es que eso eran) destacaban con un azul oscuro.

Finalmente, quedamos enfrentados a dos metros y, sin pensarlo, fui alzando muy lentamente mi brazo hasta llegar a la altura de sus cabezas. No sé exactamente qué es lo que esperaba al respecto de esta acción, la cuestión es que lo hice. No obstante, el ser que tenía en frente mío, que

parecía el más grande de los tres, fue alzando su brazo exageradamente largo y, sin razón alguna, nos tocamos las yemas de los dedos. En ese justo instante, noté curiosidad, admiración, intriga... Me vino una ola de sensaciones encima que aún no sé explicar, de manera alguna, cómo me sentí cuando la adrenalina me inundó por completo. Con la cámara, oculta entre las manos de un compañero, conseguimos captar ese momento de la primera interacción de las dos especies.

Por suerte o por desgracia, teníamos que volver a nuestro hábitat. Nuestra llegada fue toda una revolución. Todos nos claudicaban y el mundo entero nos conocía; pero lo más satisfactorio de esta experiencia fue, sin duda alguna, ser el primer humano en descubrir e interactuar con una especie que ya nunca más se volvió a saber de ella.

Johnny cogió su fusil - Pepe Illarguia

<http://vientobarrofuego.blogspot.com>

Bajo el sombrero de ala ancha y un sol de hielo, Johnny se arrastró serpenteando entre la nieve por la árida quebrada de las Rocosas. A su lado un escarabajo escarbó un agujero donde esconderse, intentando escapar del frío. Johnny iba dejando un reguero de sangre.

«Debo tener una costilla rota», se dijo retorciéndose de dolor.

Por la mira telescópica de su Winchester pudo ver a dos de sus perseguidores moviéndose con rapidez de una roca a otra, sin dejar de avanzar, acercándose a su refugio.

«¿Y Ralph, dónde se ha metido?», se preguntó inquieto.

—Ríndete, Johnny. No tienes escapatoria —le dijo Sam, el de la casaca militar.

Johnny se sentó tras una roca, de espaldas a la voz, dejó su fusil, sopesó su Colt 45, comprobó la munición, dispuesto a enfrentarse cara a cara al tercer enemigo.

El profesor Arpad deja a un lado la escritura de su última novela, todavía no sabe cómo se va a salvar su héroe de la encerrona. Toca con un dedo el ala del sombrero de copa y Demócrito, el mono de alambre que lo lleva, empieza a temblar como un flan. Echa un vistazo rápido a los paneles. Todo sigue igual, ni una sola vez en los últimos seis meses, ninguna comunicación del exterior. Está aislado, como un ratón al que le han tapiado la puerta. Por suerte, el sistema de regeneración de oxígeno funciona perfectamente. Su alimento a base de comprimidos liofilizados puede durarle otros seis meses. Después, cuando la comida se termine, apretará el botón. Fin, como las novelas del Oeste que firma con el seudónimo Reno, y que nadie podrá leer. El planeta ha dejado de existir. Seis meses sin una sola voz aparte de la suya y los sonidos de las grabaciones musicales. El radar apunta aleatoriamente a todos los puntos de la Tierra, pero nada se mueve. Todas las especies se han extinguido.

«Fue un error», piensa. «Un inmenso error». El programa del gobierno de viajes al pasado. Operación Fundación, lo bautizaron. Lo tenían que haber llamado Operación Extinción. Lo primero fue crear los

aparatos: Lancelot, el Trasponedor, y Emily, el emisor. Naturalmente, hacía falta espacios vacíos, y los encontraron en la Luna, en el Mar de la Tranquilidad, y en una montaña hueca creada artificialmente, que por suerte ya existía en la isla de Lanzarote. Luego fijaron las condiciones. Desde el Módulo lunar Alpha el programador automático marcaba las coordenadas espacio-temporales y el objeto o el sujeto se trasladaba en cuerpo y alma. Era como enviar una señal por Radio-Fax a una impresora en tres dimensiones, un mensaje de láser que contenía todos los parámetros del cuerpo: volumen, temperatura, densidad. Comprobaron que durante unos instantes, el cuerpo estaba efectivamente en dos sitios a la vez. Luego fue cuestión de separar los tiempos, o alargarlos, pero con un límite, el de la instalación del receptor. No se puede viajar indefinidamente hacia atrás, y hacia el futuro es imposible puesto que no existe. Se hicieron las pruebas preliminares del viaje sin retorno. Y aquí ocurrió lo inevitable, el espacio se bifurcó en dos mundos paralelos.

Lo sé porque yo hice el viaje de ida, y el de vuelta. De ida al pasado, pero ¿qué ocurre cuando vas a un siglo en el que sabes lo que va a pasar, casi al minuto? Que ese Universo se defiende y lo engulle todo, todas las especies. Poco a poco desaparece todo lo que te rodea. Se supone que va a otro Universo. Cuando vi lo que ocurría, que todo moría antes de nacer, modifiqué los parámetros, cambié la polaridad, hice el viaje de vuelta al presente, y volví a Emily. Y aquí estoy por si alguien encuentra el camino de vuelta.

El profesor mueve el dial del equipo de música, selecciona una rapsodia. Toca de nuevo el sombrero de copa, y Demócrito, el mono de alambre se balancea al ritmo de la música. Continúa escribiendo donde lo dejó:

—Entrégate Johnny —dice el sheriff—, tendrás un juicio justo.

—Igual que lo tuvo Parker, ¿eh, Jim? ¿O fue una bala perdida?

Johnny cogió su fusil, apuntó hacia la cima nevada de la montaña. Su disparo sonó como un trueno. Relincharon los caballos. La avalancha de nieve no tardaría en llegar. «¿No oís cómo avanza el mar sobre la montaña?». Johnny sonrió a la Luna que asomaba pálida entre las

cumbres de las Rocosas. El frío lo cubrió todo con su escarcha.

Reno. Módulo Lunar Omega (2093 AC).

La última escena - Ardnajela Etano

<http://www.entiemiblog.blogspot.com>

Arlexis intentaba hacer entender a Prixcila que ya no se podían quedar un minuto más allí.

Imprevistamente, una serie de bombas láser habían caído sobre el lugar.

Desde hacía un tiempo la comunidad mutante Altaequis venía rompiendo el equilibrio cósmico de algunos lugares de la galaxia, y ya no se podían mover con la misma tranquilidad de antes.

La función quedaba en standby, pero no así los entusiastas y comprometidos comediantes, que habían hecho grandes esfuerzos para reunir tiempo y recursos.

Arlexis era un ser galáctico joven y vital. Su mirada estaba puesta en llevar entretención y un mensaje de esperanza a través de los divertidos personajes que había creado.

Uno de ellos era Yubulanga, un simpático conejito saltarín de largas orejas y sombrero de copa, el cual se había hecho muy conocido en diferentes partes del cosmos, y se había convertido, aún sin quererlo, en símbolo de alegría y esperanza para ese mundo tan adelantado como deprimido.

Yubulanga era el nombre del personaje, y quien lo representaba, era una linda joven llamada Prixcila, quien se había mimetizado de tal manera con el personaje, que ya le estaba provocando problemas de identidad.

La compañía de teatro había trabajado mucho para poner en escena la última historia creada por Arlexis, la cual se llevaría a cabo en el mejor escenario del universo: la luna; aquel hermoso, romántico y antiguo satélite, deseado por tantos otros artistas.

La luna poseía muchas características que le hacían muy codiciable para los creativos galácticos, una de ellas, y las que más amaba Arlexis, era aquel imponente telón gris-blanquecino; desolación alucinante que, golpeaba fuertemente su alma sensible. Ella guardaba con celo las miradas y palabras de innumerables poetas enamorados, quienes le habían convertido en un ícono de romanticismo y misterio.

Pero ahora, aquel escenario solitario y remoto se veía intervenido por

rayos de violencia y odio ¿Qué había pasado con aquel lugar? ¿Qué estaba pasando con el cosmos hasta hace poco, lugar tranquilo y seguro?.

Arlexis no se lo podía explicar. Mientras, Prixcila corría de un lugar a otro, indiferente y ajena a las preocupantes circunstancias que estaban viviendo. Ella estaba viviendo su momento, ella estaba disfrutando de esta gran experiencia, porque tenía un rol que le hacía entender otras cosas, y recibir impresiones más profundas. Pero, su alma se había prendado, casi sin darse cuenta, de aquel joven que le miraba con curiosidad e interés.

Arlexis tampoco había quedado indiferente, ante la belleza de aquellos profundos ojos negros y un profundo sentimiento había nacido por ella, sin embargo su timidez le impedía acercarse a su amor.

Escondidos tras unas enormes dunas, la mayor parte del grupo capeaba los disparos. Estaban, sin saberlo, viviendo un momento que haría historia y, aún así, una especie de liviandad y humor gobernaba sus acciones, desprendidas de todo temor.

Los comediantes ya no podían distinguir la realidad de la ilusión; la luna exhalaba un hálito letal que penetraba lentamente en sus mentes confundiendo sus pensamientos y sentido de ubicación ¿Qué estaba ocurriendo? La luna, aquella blanca, fría y distante luna, enloquecida se levantaba contra el ataque, emanando sus mortíferas fragancias.

De pronto, Prixcila aparecía vestida con su atuendo de conejo, sorteando con gran intrepidez los disparos que la comunidad Altaequis le asertaba, Arlexis intentaba desde la duna hacerle retroceder ¿Qué escena era esta? al parecer la joven no podía ver ni escuchar, y parecía movida por algo que no alcanzaba a entender.

Prixcila corría dando brincos, mientras sus largas orejas caían por sus hombros, por debajo de las anchas alas del sombrero de copa. Yubulanga había tomado posesión absoluta de la joven, el personaje y la comedia habían entrado en acción. Prixcila necesitaba correr y salvar a Arlexis, su creador, su secreto amor, Yubulanga necesitaba cumplir con su misión, traer alegría y esperanza al universo entero que, con el alma en vilo observaba desde las estrellas, los planetas y el cosmos; cómo un conejito simpático y saltarín intentaba salvar a su amor. De pronto un disparo le alcanzó, derribándole estrepitosamente contra el suelo, el sombrero de

copa saltó. Yubulanga yacía sin movimiento sobre el suelo, con los brazos abiertos abrazando simbólicamente a aquel que tanto amó. Más allá, una figura sombría caía sobre Arlexis. Ella no le pudo detener. La comunidad Altaequis caía sobre el lugar.

Era la última escena de amor.

Cuando las filas de la comunidad Altaequis comenzaron a inundarlo todo, encontraron aquel sombrero de copa, sucio y manchado de sangre cubierto por el polvo gris de las dunas solitarias, y lo guardaron.

Muchos siglos después, cuando los Altaequis fueron derrotados por otras comunidades galácticas, en otra guerra de poder, el sombrero del conejito saltarín llamado Yubulanga, fue guardado en un lugar especial, las comunidades galácticas recordaban con nostalgia y cariño, aquella última y romántica escena de amor en la fría luna del año 3000...

.....

Capítulo 8

Con museo y arena

Mayo, 2016

.....

Experta por un día - Manoli VF

<http://www.lascosasqueescribo.wordpress.com>

No advirtió su presencia hasta llegar a su lado, porque quedaba oculto por una de las columnas. El hombre estaba tan absorto en la contemplación del cuadro que ni siquiera reparó en ella; tuvo que carraspear bastante fuerte para llamar su atención.

—Disculpe, pero no se permiten visitas en el museo a estas horas, señor. El horario es...

No la dejó continuar.

—Sé perfectamente cuál es el horario de visitas, señorita. Pero yo no soy un visitante cualquiera.

Su vista descendió hasta el nombre de la tarjeta que llevaba prendida junto al bolsillo de la elegante americana y palideció: ¡«Sir» Henry Williams en persona! Ya estaba viendo la cara de su amiga Margaret cuando se lo contase... No había duda alguna de que al natural resultaba mucho más elegante y carismático todavía. Azorada por la imprevista situación, se disponía a retirarse con el mayor sigilo cuando oyó que el «sir» la llamaba:

—Espere, por favor, quisiera hacerle una pregunta.

Aparcando los útiles de limpieza en el suelo se acercó tímidamente hacia él.

—¿Qué le sugiere este cuadro? Me refiero al impacto de los elementos sobre su psique. ¿Qué turbulencias despierta en usted si lo mira con atención?

«¿Impacto de los elementos?, ¿turbulencias?». Atónita ante semejante pregunta, después de mirar el cuadro unos segundos, se aventuró a responder:

—Bueno... yo veo una tormenta de arena. Lo asocio con el peligro inminente.

—¡Peligro! ¡Eso es! ¡Muy bien dicho! ¿Y este otro? ¿Qué le sugiere? ¡Vamos, diga lo primero que le venga a la mente! ¡No reflexione! —ordenó con vehemencia, tomándola por el brazo para situarla frente a otra lámina que, en apariencia, no tenía nada que ver con la anterior.

Comenzaba a sentirse intimidada ante el giro de los acontecimientos. Tragó saliva muy despacio, intentando concentrarse en el cuadro a fin de dar con la respuesta correcta. La pintura representaba un ave doméstica, podía ser un loro, quizás una cotorra, de plumaje colorido y...

—¡Vamos, hable! El experimento tiene que hacerse rápido.

«¿El experimento?, ¿qué experimento?». Se le ocurrió la idea de que estuvieran filmándola. Levantó la vista inútilmente hacia las cámaras, recordando al punto que siempre estaban encendidas por razones de seguridad.

—¡Qué bobada! —exclamó, sin darse cuenta.

—¡Eso es! ¡Una bobada! ¡Su capacidad de acierto es asombrosa! ¿Acaso existe criatura más boba que un loro, repitiendo palabras que no comprende solo por la inercia de imitar? Continuemos. Realmente tiene potencial para esto. Una última pintura y terminamos por hoy.

Se dejó llevar hasta el último cuadro. Todo el mundo sabía que la mayoría de estos «sires» tan encopetados estaban locos, pero solían dejar generosas propinas si se les seguía la corriente. Sabía que una oportunidad como esta no se presentaba todos los días. El hecho mismo de que el «sir» le pidiese opinión la reafirmaba en su buena estrella.

—Tómese algo más de tiempo con esta lámina —dijo—. Es la que resume toda la historia. Recuerde: peligro-bobada y ahora... ¿qué falta?

La cosa comenzaba a parecerse a uno de esos enrevesados psicotécnicos en el que cada cuadro representaba un tema. ¿Sería eso? Contempló la pintura encogiéndose de hombros: lo único que veía era a un cartero entregando una carta a una mujer que parecía expectante, ansiosa, ante su contenido... ¿Qué podía decir?

—¿Sorpresa? —probó tímidamente.

—¡¡Sorpresa!! En verdad que es usted fabulosa. No tengo palabras: Peligro-bobada-sorpresa. ¡Tal podría ser el resumen de cualquier vida! La secuencia se cumple. Ya tengo toda la escena. No sabe cómo se lo agradezco —afirmó, satisfecho.

«¿Escena?, ¿de qué demonios hablaba ahora?».

—Perdone, pero... ¿puede decirme de qué va todo esto? —preguntó.

—Oh, no se preocupe. Le enviaré el «link» a su correo. Se trata de

una escena para un taller de escritura. Puede buscarlo en la red, se llama «Literautas».

El verano y la tormenta - L. M. Mateo

<https://deliriosypalabras.com/>

La estación seca ha terminado.

El alba, apenas una línea grisácea en el horizonte que sombrea las acacias cercanas, me saluda durante mi paseo. Nervioso por la cercanía de la tormenta, seguido de sus alegres compañeros que garren y revolotean sobre los guayacanes en flor, un loro levanta el vuelo.

Y recuerdo otros pájaros y otras flores.

Casi puedo oler las coloridas veraneras de nuestro patio, llenas del aleteo de los colibrís bebiendo su néctar. Saboreamos el vino tinto tumbados sobre las hamacas; y tu voz, espesa por el alcohol, la mirada clavada en mi escote, narra alguna vieja historia de infancia. Pero ya no hay hamacas y la estación seca ha llegado a su fin. ¿Recuerdas los días de lluvia y el calor sofocante que nos mantenía despiertos hasta la madrugada? ¿Nuestra desnudez, entrelazada entre jadeos y susurros, moviéndose al ritmo de un viejo ventilador de techo?

Pero ya no hay susurros.

Vuelvo a casa sin prisa. Nuestra tortuga me recibe, con la boca abierta y el cuello estirado, para recordarme el desayuno. El aroma a café y tostadas me anima un poco, sabes que soy mujer de costumbres.

Y recuerdo otro café y otras tostadas.

Aún es temprano, pero no queremos perder ni un minuto de la que es nuestra primera escapada en este lado del mundo; así que desayunamos en el coche mientras el espejo retrovisor deja atrás la jungla y los manglares. Llegamos a Punta Chame —el calor, ¡cómo aprieta!— entre chistes y caricias. Los “totorrones”, escondidos entre las hierbas de liendrilla, nos reciben con canciones tropicales llenas de sueños. Fotografías mi cara de asombro cuando veo la inmensidad del Pacífico, tan distinto de nuestro Mediterráneo, y sus kilómetros de arena blanca que nadie visita. En medio, un solitario cubo amarillo destaca sobre la tierra lamida por las olas. Nos entretenemos buscando estrellas de mar y conchas huecas que nos cuentan secretos de otros amantes que jamás conoceremos. ¿Recuerdas el roce de la arena sobre nuestros cuerpos?

¿Las risas cómplices bajo la sombrilla?

Pero ya no hay risas.

Ya en la habitación, estás tumbado sobre la cama vacía. Apoyado sobre el costado derecho, la lujuria reflejada en tus labios, observas cómo me desnudo, poco a poco, al compás de tu sonrisa. Abro el armario para vestirme y allí están tus cosas clasificadas por tamaño y colores, como las piezas de un museo.

Y recuerdo otra cama y otro museo.

Estamos en París, en un junio que despierta soleado. ¿Recuerdas nuestra visita al Louvre? Pasamos horas dentro, fijándonos más en sus elaborados techos y amplios pasillos que en las obras de arte. Apenas podemos caminar al llegar a la pensión, los pies doloridos, llenos de llagas. Entre las paredes de la habitación, construidas de sexo, humedad y tabaco viejo, prometemos volver algún día; y nuestras manos inquietas sellan el pacto. Pero no volvemos. Hay tantas ciudades que visitar: Londres, con sus coloridos mercadillos en los días grises; Viena, que huele a lujo y chocolate; Berlín, tan lleno de vida, tan lleno de muerte, tan lleno de música...

Pero ya no hay música.

Aspiro con fuerza una de tus camisetas intentando no olvidarte, pero el aroma se diluye con el tiempo, igual que los recuerdos. Miro la hora y me pongo un vestido corto y unas sandalias. Apenas son las ocho y el calor es ya agobiante, así que rezo por que llegue la tormenta mientras me siento a fumar un cigarro bajo el porche.

Y recuerdo otra camiseta y otro cigarro.

Tú con la camisa de bananas y yo con el biquini, celebramos las campanadas de año nuevo bajo las palmeras de colores que rasgan el cielo nocturno y saben a cava. ¿Recuerdas cuánto nos gustaba sentarnos aquí para observar a la gente pasar? ¿Las historias y las vidas que inventábamos para ellos?

Pero ya no hay historias.

El señor Luis, el cartero, ha comenzado su ruta. Puedo verlo desde aquí, renqueando con su zurrón de un lado a otro de la calle. Por fin llega frente a nuestra verja, trayendo consigo las primeras gotas de lluvia, y me

saluda con la mano deseándome buenos días. Hoy tampoco hay noticias tuyas, y la estación seca ha terminado.

Solo me quedan la tormenta y los recuerdos.

Algo más que un crimen - Nicolás Falcón

Mientras terminó de enterrar a Archi, Bruce, pudo oír el ruido del motor de un automóvil que se acercaba. Era de noche, y, los faros del vehículo interfirieron como un inoportuno comité de bienvenida en los pensamientos de un asesino.

Relampagueaba, la tormenta no había hecho más que empezar. La lluvia le empapaba hasta lo más profundo de sí, aunque no lo bastante como para borrar las manchas de sangre seca, que se le aferraban entre los surcos de la piel de sus manos.

Una semana antes, Bruce, recogía una carta de manos de Luis, el cartero. Era del Sr. Davenport: un coleccionista de libros (incunables), al que conoció en la biblioteca del museo del Cairo, con motivo de una convención internacional sobre libros antiguos.

El Sr. Davenport debía de estar rondando los cincuenta y nueve años, aunque no los aparentaba. Su cabeza, pequeña para lo grande del cuerpo, siempre iba coronada por un sombrero de color marfil, estilo Borsalino. Sus andares apoyados en un bastón clásico inglés, en cuya empuñadura resaltaba el relieve de una especie de dragón, o demonio, que pareciera querer saltar y desgarrarle a uno las entrañas.

Cuando abrió el sobre comenzó a leer:

«Estimado Sr. Bruce:

Le escribo esta carta por que la semana que viene, pasaré por Madrid.

Asistiré a la archiconocida casa de libros antiguos: “Casa Romo”. Quiero ver una primera impresión de: “Crónica de España”, de Diego de Valera (1487).

Me alojaré en el Ritz. Usted tiene mi número de teléfono, llámeme. Quisiera poder comentarle algunas conjeturas sobre el incunable de: “Tirante el Blanco” de Joanot de Martorell (1490). El ejemplar que le compré».

«¿A qué conjeturas se referirá el Sr. Davenport?», se preguntó.

Volvió a sentarse en su mesa de trabajo. Bajo el poder de la lupa siguió trabajando, lenta y metódicamente en “La Celestina”, de Fernando de

Rojas. Recreaba en las filigranas el más ínfimo detalle, para que su aspecto fuera una copia exacta de la primera edición impresa por Fadrique de Basilea (1499).

Estaba tan absorto en su trabajo, que casi se le olvida ponerle la comida a Parsifal: un loro gris, regalo de un marchante.

Después de que hubiese pasado una semana desde la invitación del Sr. Davenport, sonó el teléfono. Era Archi.

Bruce, mientras hablaba, se hacía una imagen del aspecto desgarbado de Archi; Con sus parpados alicaídos, parecía sumido en una perpetua tristeza.

—¿Sí... dígame? Bruce de “Primum Typis” al aparato.

—¡Bruce... gracias a Díos que eres tú!

—¿Archi,... eres tú? ¿Qué pasa? Te noto muy nervioso.

—El Sr. Davenport ha pasado por la tienda. Dice haber cotejado el libro que le vendimos con un perito. Después de su análisis, me dice que duda de la veracidad de la obra. Quiere entrevistarse contigo.

Bruce se olía algo. Pero no creyó que Davenport pusiera la obra en manos de un perito.

—Está bien, Archi. Así lo haremos. Ya me encargo yo de llamarle. Pero tú estate tranquilo. No va a pasar nada. Archi... ¿oyes lo que te digo? ¡Tranquilízate!

—Bruce, no puedo volver a verme envuelto en un asunto sucio, sabes lo que eso supondría para mí. Deberíamos de confesarlo todo a la policía.

Pasó un buen rato al teléfono intentando tranquilizar a Archi. Le dijo que cerrara la tienda, y pasara por su casa. Tenían que hablar.

Tras estar cerca de dos horas en casa de Bruce; Archi quiso marcharse, confesándole que iría a la policía. Agarró el pomo de la puerta para salir al exterior. Mientras le daba la espalda; Bruce, cogió un pesado reloj de arena, una antigüedad Isabelina que exhibía en la entrada de la casa. Le golpeó de forma contundente en la parte posterior del cráneo. El cristal y la arena quedaron esparcidos por el suelo marmóreo. Archi, se quedó de rodillas hasta recibir el segundo y definitivo golpe. Esta vez con lo que quedaba del reloj: una estructura de tres palos. La sangre se despedía de la vida de Archi, igual que un charco de agua lo haría en las arenas del

desierto.

El automóvil se detuvo. De su interior bajó alguien que caminaba en la dirección de Bruce. ¡Era Davenport! De alguna manera había conseguido su dirección.

Después de una larga contienda con respecto a la veracidad de las filigranas de la primera página, terminaron en el estudio de Bruce, donde se hallaba Parsifal: este, comenzó a emitir los mismos sonidos que había escuchado en la escena del crimen, incluido el nombre de Archi.

Davenport, miró a Bruce, que sin saber como, sostenía en su mano un oxidado atizador. Se sacó del interior del bolsillo, pegado a su pecho, un sobre abultado.

—Aquí tienes tu parte. Aposté, con Luis (cartero) ochenta mil euros, a que matarías a Archi.

—¿Que...?

Podría haber acabado ahí la historia, pero detrás de su bigote de 1800 y de aquella mirada perspicaz, su voz melódica acompañó cada una de las palabras de su discurso.

Entrecruzó sus manos. Se sentó en la mesa abandonando su pierna izquierda a la gravedad, igual que un chiquillo, meciéndola con parsimonia. Seguro de sí y esbozando una chispeante sonrisa...

—Verás, en realidad no soy quien tú crees que soy. Ahora estoy jubilado, pero, he sido y supongo que nunca dejaré de ser un inspector de policía. Estuve a punto de apresarle con lo del timo de los billetes falsos, en París, ¿recuerda? —Miró a su contrincante, que, asombrosamente no pareció estar en lo más mínimo afectado, salvo por una gota de sudor que andaba por su frente conspicua, reacia a desprenderse de la misma. Detenida—. ¡Le admiro!, Necesito saber que se siente cuando uno asesina. Quiero proponerle que trabajemos juntos en...

Parsifal comenzó de nuevo a excitarse en su jaula, como lo hizo con Archi.

El loro debe morir - Edu SC

Mi nombre es Ana y soy restauradora en el Museo Egipcio de Barcelona. Vivo con mi marido y mis hijos en un ático precioso del barrio de Diagonal Mar. Desde el sofá de mi comedor se puede contemplar el Mediterráneo. En ese mismo sofá, hace un rato, me he follado al cartero.

Dejad que os explique.

Con mi marido y mis dos hijos fuera todo el fin de semana, disfrutaba de la soledad de aquella mañana de sábado cuando ha sonado el timbre de casa. Era el cartero. Bueno, en realidad era un mensajero, pero cartero suena más sexy. Traía un paquete, unas gafas de visión nocturna compradas por mi marido en internet. Mejor ni pensar en ello. El caso es que el chico era tirando a feo. Aún así, llevaba el traje de la compañía muy ceñido y, he de confesarlo, siento una atracción enfermiza por los hombres vestidos con cualquier tipo de uniforme. Le he empujado al sofá y le he hecho el amor de manera salvaje.

El chico se ha ido ya. Estoy sentada, tomando un Gin-Tonic. En el exterior, una tormenta de mil demonios lanza lluvia y arena de playa por igual contra las ventanas. Debe ser impresionante, pero yo solo puedo mirar al loro en su jaula. Es de mi marido, otra de sus aficiones y un regalo de Marc, su mejor amigo. Marc tiene una tienda de animales en el Borne y se lo trajo de México, de manera ilegal, claro. En teoría el bicho es un loro hablador, lo repite todo, pero lleva más de seis meses con nosotros y en ese tiempo no ha abierto el pico.

Hasta ahora.

Al irse el mensajero, el loro se suelta a hablar. Quería morirme de vergüenza. ¿De verdad había dicho yo aquellas obscenidades? Luego se calla y comienza a agitar la cabeza de arriba abajo. ¿Acaso se está riendo de mi? Es muy posible, nunca nos hemos caído demasiado bien.

Así que me siento con el Gin-Tonic a meditar sobre mis opciones.

Poco después me levanto y abro la puerta de la jaula. Me parece la mejor solución para los dos. En cuanto salga, abriré la ventana y adiós loro, que seas feliz. Él gira la cabeza, me mira (resulta inquietante, la verdad) y suelta un sonoro «¡Fóoolame!». Vuelvo a la silla a seguir

meditando.

Pruebo con lejía en el bebedero. Nada. Se limita a soltar otra barbaridad que mejor no repetir.

Pienso en llamar a la policía. Me haría la tonta, simularía haber descubierto que tenía una especie en peligro de extinción y bla, bla, bla... Descarto la idea enseguida. Comprometería a Marc, claro, pero no quiero ni pensar en qué ocurriría al presentarse un policía de uniforme estando sola en casa. Y menos en si fueran dos.

Al rato cojo unas tijeras de podar y me acerco a la jaula. El loro gira la cabeza de nuevo y me observa. Hay tanta maldad en ese ojillo negro que me retiro asustada.

Al final un plan toma forma en mi cabeza. Ceno algo ligero y me voy pronto a dormir.

A las dos de la madrugada suena el despertador. Me pongo las gafas de visión nocturna y las activo. Luego, con las tijeras de podar en la mano, voy al comedor totalmente a oscuras. Es fácil, el loro duerme profundamente. Me gusta pensar que tal vez se ha despertado justo antes de cerrarse las tijeras sobre su cuello emplumado.

Es domingo y la segunda parte de mi plan está en marcha. He limpiado la jaula y parece otra, sin plumas ni sangre por todos lados. Marc viene para aquí con otro ejemplar igualito al que teníamos. Mi marido no debería notar la diferencia. Por supuesto, será un secreto entre nosotros, queremos ahorrarle un disgusto. No tiene por qué enterarse de que el pobre animalillo se ha escapado.

Marc aparca en doble fila y con la jaula bajo el brazo entra rápido en el edificio. En el descansillo se cruza con una anciana quien, al verlo, le lanza un piropo. Al final, sofocado, entra en el ascensor y pica al ático. Mientras sube, se mira en el espejo. En cuanto entregue el loro a Ana tendrá que marcharse pitando a una fiesta de disfraces. ¿Quién diablos hace hoy en día fiestas de disfraces?! Aunque, viéndose ahora reflejado, piensa en que el uniforme de militar de su difunto padre no le sienta nada mal.

Silencio bizarro... - Williams

Los gránulos de arena por momentos se atascan en la clepsidra. Inexorablemente lentos. El cartero, demorado por la horrible tormenta, golpea desesperado las puertas del museo. Cerrado hace siglos. Dentro, el loro anciano y decrepito, repite su letanía... «Cerrado hasta nuevo aviso... cerrado hasta nuevo aviso».

La última - Javier Baena

Mojó el pincel en la rojiza sustancia, haciéndolo girar suavemente entre sus dedos, procurando que las cerdas se impregnaran debidamente de color. Acercó entonces el utensilio al lienzo apoyado frente a sí y trazó una delgada línea más. Repetía el procedimiento con calma, seguro de lo que hacía, dotando a la imagen de las luces y sombras que garantizarían un buen acabado final.

—Ah... ¿Recuerdas cuando nos conocimos? —Suspiró—. Seguro que ya no... Seguro que lo olvidaste junto a tantas otras cosas. —Dejó reposar el pincel en un vaso lleno de agua turbia por la mezcla de colores, mientras, se acercaba a la boca un cigarro todavía humeante del cenicero a su vera.

La estancia se mantenía pobremente iluminada, solo una lámpara vieja frente al ocupante y su obra, procuraba, junto con los intermitentes relámpagos de la tormenta que azotaba el exterior, algo de luz para trabajar. Únicamente sus palabras y el repiquetear de las gotas sobre los cristales de las ventanas levantaban el manto de silencio.

—Yo puedo contártelo de nuevo, no me importa —dijo el hombre dando una calada—. Aún conservo muy fresco en mi memoria cuando fuimos a casa de ese bastardo. —Profirió una burlesca y seca risotada de desdén—. Sí, por aquel entonces todavía vivía con mi padre. ¿Cómo olvidarlo? Era una tarde de invierno y él no había llegado, aunque aquel animalejo suyo no nos quitaba ojo desde la jaula, silbando de vez en cuando. A ti te caía muy bien. —Una melancólica sonrisa surcó su rostro mientras cogía el instrumento—. Ese loro debe ser el único que le haga compañía ahora.

Un destello arrancó la imagen de los cuadros rotos al fondo de la sala, bajo la ventana junto la sucia chimenea; cerca del sofá volcado y las cortinas rasgadas. Llevaba tiempo sintiéndose colapsado, como atrapado en un reloj de arena en el que cada grano impactaba sobre su cabeza, dificultando su liberación al subir el nivel de la misma. Aplastado por el peso del paso de los días. Uno tras otro. Tan idénticos. Tan vacíos.

—Sí, allí fue donde creamos algo por primero vez. Juntos. —Volvió a reír con calma, apagando el cigarro en el cenicero—. Bueno... Pero todo eso ya pasó. Las cosas se torcieron mucho tras los años, ¿eh? Vaya si lo

hicieron. Nunca debí meterme en esos asuntos, aunque solo fue una de las tantas cosas que hice mal; una de las tantas que hicimos mal. Éramos demasiado jóvenes y queríamos que saliese demasiado bien, parecía una buena manera de abandonar el mar de mierda que nos rodeaba. ¿Sabes que otro recuerdo mantengo en la cabeza como un maldito clavo? Tranquila, no digas nada, no me cueste. —Mojaba el pincel en el brillante y oscuro fluido carmesí—. Cuando recibí tu última carta, pude observar cómo el cartero cruzaba la calle y la dejaba en el buzón, mientras lo hacía, sabía que aquellas pretendían ser tus últimas palabras para conmigo. Ha pasado bastante tiempo ya... Y para serte sincero, he recorrido tortuosos caminos, querida. He hecho todavía peor las cosas; he hecho todavía cosas peores.

Repasó el último contorno con minucioso detalle, se alejó unos pasos y contempló satisfecho su obra.

—Sí —proclamó para sí—. En tus propias palabras, «digno de un museo». Y aún así no te hace justicia.

La imagen en tonos escarlata presentaba una joven con cabellos rojizos y ojos claros que sonreía ladeando la cabeza. Dejó los pinceles sobre un pequeño soporte del caballete, al lado de la mesita llena de mezclas bermejas. Cogió el cuadro con ambas manos y se dirigió hacia la polvorienta y vieja chimenea sorteando el mobiliario derribado, apartó con cuidado las fotos y colocó el retrato.

—Tú has sido la última mi amor. No podría ser de otra forma.

Se dejó caer en la butaca junto al caballete, apagó la lámpara y prendió fuego a la punta de otro cigarrillo. El candente extremo procuraba un fulgente punto anaranjado desafiando la negrura, mientras expulsaba el humo canturreaba una canción grabada en su memoria. Mantenía la mirada fija en el cuerpo inerte y desnudo de la joven de cabellos rojizos y ojos claros que yacía frente a él. Solo aquellos destellos del exterior se lo arrebatában a la penumbra, mostrando fugazmente la sangre seca y oscura sobre algunos de los pinceles.

El estruendo de un trueno amortiguó el sonido del disparo que quebró el silencio en la oscuridad.

El Manuscrito de Otulí - Saldivia

<http://saldivia.blogspot.com>

Escribo esta historia con la esperanza de que mi nombre sea lavado y los herederos de mi raza no escupan ni maldigan cuando se mencione mi nombre. Nunca fui un traidor.

Regresé a mi terruño contagiado de la fatal y sigilosa fiebre estigia. Salí muy niño a correr mundo y ahora, ya anciano, quise volver a mi comarca a pesar de las malas historias que sobre ella ocasionalmente relataba algún viandante o algún peregrino. Lo que vi estrujó mi corazón y me hizo sentir más próximo el viaje del que no se vuelve.

Había escuchado sobre los Vach, infame élite guerrera que se había apropiado del gobierno de mi lar nativo. Pero no esperaba tal grado de aniquilación y miseria. Los vergeles se habían convertido en campos de arena, sus manantiales cantarines en escuálidos hilillos pantanosos. Ya nadie cultivaba la tierra ni criaba animales, solo se explotaba el Tolum, que por hallarse en el subsuelo obligaba a arrasar la vegetación, de modo que casi todos los alimentos llegaban mediante el trueque de este mineral, muy cotizado en otras tierras.

Como pude constatar al asentarme en la vivienda comunal —ya que las heredades de mi stirpe habían sido ocupadas por los Vach— estos vivían en la opulencia y disfrutaban de las pingües ganancias del Tolum. Entretanto, el pueblo ni siquiera tenía que comer y sobrevivía huyendo de los crueles recaudadores de impuestos, de las bandas de asaltantes y de los informantes pagados por los Vach, capaces de destruir el honor y la vida con un simple chisme. Supe que el pueblo intentó rebelarse más de una vez, pero estas intentonas fueron rápidamente sofocadas mediante el poder de las armas, con manifiesta sevicia. Incluso las costumbres religiosas mutaron en sanguinarios rituales que en nada se asemejaban a la quieta contemplación que yo recordaba. Mi gente estaba desmoralizada y hambrienta de paz y justicia. Y yo, que fui bendecido con el don del entendimiento, me sentí en el deber de no marcharme al reposo final sin antes hacer algo por ellos.

Medité toda la noche, pidiendo claridad a los mensajeros de la luz. Al

amanecer una idea me iluminó y procuré ponerla en práctica sin demora. La fiebre estigia es traidora, por lo que debía darme prisa.

—¡Anir! —llamé a una de mis vivarachas sobrinas nietas—, ¿quieres que te cuente como era la vida aquí en las tierras de Zuvén antes de la llegada de los Vach?

El súbito acercamiento de una vecina de la casa comunal me dio la clave que esperaba. Era seguramente una informante y con ella debía hablar. Relaté a Anir dos o tres generalidades inofensivas y luego me concentré en la inesperada contertulia.

—Quiero pertenecer a los Vach —le dije—, necesito dejar testimonio de que han sido la salvación para mi pueblo y perpetuar su memoria hasta el final de los días.

Muchos me miraron con mezcla de sorpresa y dolor, mas pude dominarme y seguir con las alabanzas al clan hasta asegurarme de que sería recibido en su corte.

Por lo visto la informante tenía importancia, porque al otro día se organizó una ceremonia en el Museo de los Valores Intangibles del Auténtico Pueblo, rimbombante nombre dado a una ampulosa y deteriorada edificación que solía ser la residencia de un famoso mercader antes de ser confiscada. Allí los gobernantes podían embriagarse y departir con comodidad, y de cuando en cuando darse lustre permitiendo que el pueblo observase los curiosos objetos que el mercader había coleccionado, y que no habían sido dañados o robados durante la rapiña.

Afortunadamente los Vach consideraron ventajoso que un anciano con cierto renombre de erudición quisiese pertenecer a sus filas, equilibrando así la fama barbárica que se habían ganado a pulso. Luego de los juramentos protocolares trajeron el cuenco de chicha ritual del que todos beberíamos. Pedí el honor de beber primero, y mientras fingía hacerlo, escupí dentro la saliva que llevaba rato acumulando en mi boca; afortunadamente se mezcló bien en la espesa bebida y se hizo indistinguible. Toda la jerarquía Vach bebió con fruición. Con un poco de suerte, habré contagiado a todos con la fiebre estigia, desconocida hasta ahora por estos lares. La calentura del día siguiente será confundida con algún efecto secundario de la bacanal, y luego de cuarenta días de

aparente normalidad, sobrevendrá una muerte rápida... como la que me espera próximamente.

Sé que mi pueblo hoy me desprecia, pero hice lo que pude para darles la oportunidad de renacer. Con el clan Vach diezmado, será más probable que la tierra de Zuvén vuelva a ser una floreciente comarca que hará honor a su pasado glorioso. Y mi alma podrá finalmente descansar en paz.

Bendición Urbi et orbe - Isan

<https://unacapadebarniz.blogspot.com.es/>

Aquel jueves, dos de abril, anterior a la Semana Santa del año 2020, levantó gris y desapacible. Un viento impetuoso y cambiante había traído toda la lluvia que se había negado en tres meses y una tormenta de arena venida directamente de África, en una conjura que hacía de ese día el más aciago imaginable. La Plaza de San Pedro de Roma estaba abarrotada de gente variopinta. Habían acudido a la llamada del gran acto penitencial y de acción de gracias, mezcla de “Miserere” y de “Te Deum”, en una ruptura sin precedentes del rito litúrgico, con un único objetivo.

El ceremonial estaba dispuesto minuciosamente como era costumbre secular. Hacía quince años del fallecimiento de Karol Wojtyła, por lo que, de manera excepcional, impartirían la bendición “urbi et orbi” estando de cuerpo presente el extinto, dando oportunidad a la veneración a cuantos devotos quisieran acercarse.

El silencio era sepulcral, solo roto por alguien que se hacía llamar “el Cartero de Dios”. Personaje que parecía sacado del más lúgubre museo del horror; barba hasta la cintura y túnica bermellón que hacía daño a la vista. Lanzaba arengas en forma de mantra cual loro parlanchín, a una concurrencia totalmente entregada, que alternaba con mensajes apocalípticos, cada uno más terrible y destructivo que el anterior, tantas veces repetidos como otras tantas fallidos.

Para sufragar gastos, instalaron un tenderete al lado del obelisco egipcio, donde recogían las ofrendas, preferentemente dinero y joyas, que los congregados entregaban a modo de purificación. «Despréndete de tus bienes terrenales», «Ante el inminente Apocalipsis, preséntate limpio de inmundicias», «Tu donación es oración», decían los letreros en varios idiomas.

«Hare krishna, hare, hare...», cantaba un grupo vestido con túnicas naranjas y cabezas rapadas que hicieron amago de acceder por una calle adyacente. Caminaban con ritmo acompasado al son de una especie de timbal. A los presentes no les gustó la intrusión y los recibieron con improperios, por lo que aquellos, con la misma parsimonia, la misma

sonrisa y la misma tonadilla, volvieron por donde habían venido: «Hare krishna, hare, hare...».

Corrió el rumor de que un grupo de islamistas radicales habían jurado un baño de sangre. Alguien lo entendió como un sacrificio a la más pura usanza bíblica, pero la mayoría, que había captado la auténtica dimensión de la amenaza, lejos de arredrarse, se hincó de rodillas e imploró la intervención divina.

Entre tanto, una pléyade de oficiantes venidos de todo el mundo, absortos en su sagrada misión, repartían hostias a diestro y siniestro entre quienes devotamente lo solicitaban.

Cuando el clímax propicio estaba conseguido, depositaron en lo alto de la escalinata el féretro donde, al parecer, reposaban los restos del extinto, para corroborar cómo se había obrado el milagro de la conservación de su cuerpo incorrupto.

Qué se puede decir de la expectación que allí había. Unos cantaban, otros lloraban o se abrazaban, otros se postraban de hinojos y los más empujaban para conseguir posición más cercana.

Entre los cánticos de un grupo de música góspel traídos directamente del Bronx de NY para el evento, el camarlengo, escoltado por cuatro efebos, procedió a la retirada de la tapa del sarcófago.

Y allí emergió impoluto, de un blanco resplandeciente, con una sonrisa beatífica, o demoníaca según quien la interprete, alzando los brazos en forma de uve, no quien se esperaba, sino el mismísimo Ratzinger, más conocido como Benedicto XVI. El coro de negros se quedó paralizado y mudo. Un murmullo que se convirtió en clamor recorrió la plaza como una ola desde lo más cercano a lo lejano.

Aquello no gustó a los polacos devotos del difunto ni a alemanes, seguidores del emérito, quienes, espoleados por ancestrales rencillas -la última inició, nada menos, la II Guerra Mundial-, comenzaron primero a increparse, para terminar en una batalla abierta. Ni el grupo, también numeroso, de argentinos incondicionales del actual titular del estado teocrático, ni la pléyade de oficiantes, ni el iluminado de la túnica bermellón, ni la megafonía, fueron capaces de apaciguar.

Algunos se abalanzaron sobre el tenderete para recuperar sus

pertenencias o hacerse con las de otros. Tal era el caos, que pronto todos se vieron involucrados en la refriega, bien para atacar, para defenderse o para salir huyendo como pudieran.

En ese momento los yihadistas, convenientemente mezclados entre la muchedumbre, iniciaron la explosión sincronizada de los artefactos que llevaban adosados. Se oyó primero una explosión y luego otra, otra, y otra. Comenzaron a saltar por los aires primero cientos, luego miles de cuerpos destrozados. El propio Vaticano y los edificios aledaños se vinieron abajo estrepitosamente.

Y como se profetizó, no quedó piedra sobre piedra.

La sección caníbal del Amazonas - Jesús Sánchez

<http://cabalgando-palabras.blogspot.com.es/>

Los policías entraron en el museo sin miramientos.

Hacía como dos horas que había llamado el segurata asegurando que estaba en peligro. Como en cualquiera de esas situaciones, primero sitiaban la zona con dos coches de policía y luego dos de ellos entraban a reconocer el terreno. Los dos eran jóvenes, se llamaban Nico y Fred.

Nico había querido ser policía desde pequeño, pero Fred por su parte, había entrado en la academia por no acabar heredando el empleo de cartero de su padre.

Los dos avanzaron en silencio, primero debían asegurarse si escuchaban algún ruido. Ambos tardaron en darse cuenta que andaban por arena, el escaparate de los maniqués egipcios se había roto por algo que parecía afilado y la arena se había desparramado por el suelo, pero con esa luz habían tardado en verlo.

Se oyeron unos pasos en la nave principal del museo, ellos apenas estaban en el pasillo de entrada. Fred le hizo a Nico una seña para que se mantuviese en silencio. Pero entonces un trueno pilló al joven Nico desprevenido y dejó caer su pistola. El golpe resonó como un eco, mientras que el blanco provocado por el rayo de la tormenta no paraba de parpadear a través de la ventana, era una noche muy lluviosa.

Fred negó con la cabeza, no le quedaba otra.

—¿Hay alguien por aquí? —exclamó Fred—. ¡Somos la policía! ¡Venimos por una llamada de emergencia!

Entonces comenzaron a oírlo. Eran los gritos de socorro del segurata. Los dos corrieron en dirección a los gritos.

—¡Aguante! ¡Aguante! —gritaba Nico.

Pasaron por la nave principal y llegaron a un pasillo donde un loro dibujado en la pared señalizaba que era el pasillo de los artículos extraídos del Amazonas. Los dos avanzaron por aquel pasillo, mientras veían chorros de sangre por todo el pasillo.

Los gritos venían del interior de una sala al fondo, corrieron a toda velocidad y se pararon en la puerta. Fred miró a Nico, él le confirmó

que estaba listo con un movimiento de cabeza y, tras contar hasta tres, patearon la puerta.

Al abrirla, los gritos desaparecieron. Solo había marcas de sangre por toda la sala.

—¡Manos arriba o abriremos... ¿fuego? —dijo Nico.

En la sala solo había un cadáver conservado de un nativo, bastante gordo y pintado de rojo. Estaba dentro de una tumba con un cristal transparente a un lado para que pudiesen verlo al entrar.

—¿Qué cojones es todo esto? —preguntó Fred.

Fred sacó su walkie-talkie y habló con voz temblorosa:

—Aquí el agente Fred, necesitamos refuerzos y un equipo médico.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nico.

—A esperar a que entren nuestros dos compañeros.

El sonido de una puerta abriéndose les confirmó a ambos que habían entrado en el museo, pero justo al hacerlo, la puerta de la sección del Amazonas se cerró. Fred miró a Nico y enarcó una ceja, pero Nico estaba absorto en como el cadáver empezaba a levantar la tapa de la tumba.

Gladiator - Ratopin Johnson

Nunca fui demasiado bueno. Esa lesión en la rodilla me obligó a dejar los rings, y cuando llevaba un tiempo en casa lamentándome, y mi esposa me miraba ya como que quien mira a una pieza de museo, decidí convertir mi pasión por el deporte en profesión. Soy periodista deportivo, y desde hace muchos años, escribo sobre boxeo. Dicen que no lo hago mal, y que tengo buen ojo para el talento.

Fue en un gimnasio donde lo vi por primera vez: Gino's, donde los chavales aprenden la técnica del boxeo, a la vez que se alejan de las calles. Gino, ex boxeador también, me dijo: «¿A quién te recuerda este?». Se refería a un chico negro de metro noventa, John Gladys, al que había que pulir, pero al que se le adivinaban unas condiciones tremendas. Gino tenía razón, me traía a la mente a Joe Louis. Aunque el parecido era más que considerable, ya no solo físicamente, soy cauto y mi respuesta fue: «Palabras mayores». Y es que Louis, el “Bombardero de Detroit” perdió la corona mundial de los pesos pesados hace cinco años, en el 51, después de llevarla durante casi doce. Ahí es nada.

De la mano de Gino, John fue mejorando rápidamente. Yo era testigo de aquello, y entre nosotros fue creciendo la idea de que podíamos hacer algo grande con él. Velocidad para desplazarse por el ring, ataques por sorpresa, defensa, contraataque, John asimilaba como si fueran propios los fundamentos del boxeo.

Aquella primera vez que saltó al cuadrilátero en un combate amateur, se merendó a su rival. Le cayó tal tormenta de golpes, entre jabs, directos, uppercuts y crochets que el chico no sabía donde meterse. La verdad es que no estaba a su nivel, y John no necesitó dar semejante exhibición. Verlo ese día sobre la lona me recordó a un gladiador en la arena y en ese momento se me ocurrió el nombre: John “Gladiator” Gladys, y así lo bauticé en mi periódico.

A John y a Gino les encantó. Allí estábamos: un chico negro, un italiano, y yo, un irlandés, intentando fabricar un campeón. Las peleas se fueron sucediendo y John ganaba sin problemas. Comenzó a llamar la atención, para nosotros quizá demasiado pronto. ¿Por qué? Porque John

no tenía, al menos de momento, algo que Joe Louis sí: fortaleza mental, eso que convierte a alguien bueno en campeón.

Pasó al circuito profesional, los medios comenzaron a fijarse en él y algunas compañías poco recomendables empezaron a revolotear alrededor.

En algún punto, todo se torció. John, al fin y al cabo, no era Joe Louis, y la actitud muchas veces condescendiente, hacia él, del público mayoritariamente blanco, empezó a molestarle. Se sentía como “el esclavo que entretiene a los blanquitos”, estaba cansado de pedir permiso casi para respirar, decía que el que se partía la cara era él, pero el negocio era para los blancos. Lo repetía como un loro. Nosotros insistíamos en que eso daba igual, que tenía que centrarse en lo importante: su carrera.

Esa noche contra Mike “el cartero” Smith, John se saltó nuestra regla más sagrada: «No aceptar nunca una pelea arreglada». Para entonces nos había dejado y andaba con otro entrenador. A Mike le llaman “el cartero” por la cantidad de golpes que “reparte” a sus contrincantes. Y a fe que le dio. John cayó en el tercer asalto como se había acordado y se embolsó su dinero.

¿Lo presionamos demasiado? Entonces me sentía culpable incluso de haber inventado el nombre de “Gladiator”. Puede que en algún momento John nos viera como dos blancos más que intentaban sacar tajada de él. Quizá fuera cierto.

Ganó dinero, lo perdió, bebió, llegó pasado de peso a algunos combates, dejó el boxeo, se casó con quien no le convenía, se divorció, se metió en líos y pasó un tiempo en la cárcel, y todo eso en tres años, sin haber cumplido todavía los veinticinco. Así que cuando apareció aquel día en el gimnasio después de mucho tiempo, - yo estaba allí como tantas veces- y nos dijo que quería volver, nos llevamos un alegrón.

Recuerdo todo esto, apoyado en la puerta del vestuario, mientras John está sentado en la camilla, concentrado. Quedan unos minutos para el combate. Gino le revisa los guantes, y de pronto levanta la vista hacia mí. Parece decir: «He vuelto. Gladiator ha vuelto». Está sereno, y veo esa mirada, nunca se la vi antes, es la mirada de la fuerza interior, la mirada del campeón.

La insoportable avidez del desierto - Paco Gijón

Anocheecía cuando llegamos al aeropuerto internacional de Luxor. Nuestro vuelo de regreso salía en una hora. Apenas tuvimos tiempo para facturar el equipaje y despedirnos del equipo local de arqueólogos. El profesor Gelabert y Mauricio viajaban en los asientos de delante. A mi me tocaba ventanilla pero me ofrecí a cambiar mi asiento con Carlota. A principio rehusó. De todas formas poco podía verse desde el interior de Boeing 737 de regreso a Barcelona.

—Puedes encender la luz de lectura si te apetece —dijo Carlota.

—No, gracias, creo que echaré un sueñecito —respondí.

Carlota reclinó el asiento, extendió los brazos a lo largo del cuerpo y cerró los ojos. Antes de dormirse se quitó las sandalias y posó sus pies desnudos sobre la moqueta.

Yo también cerré los ojos pero el sueño no venía. Estaba demasiado excitado por los últimos acontecimientos. La campaña de excavaciones había sido un éxito. En el interior de una sala aún no explorada habíamos encontrado objetos del Imperio Antiguo (c. 2700—2250 a.C.). Las pequeñas estatuas, ánforas y otros objetos de uso cotidiano estaban extrañamente ordenados. Junto a estos objetos había restos humanos de épocas posteriores. Podían ser saqueadores de tumbas del Periodo Helenístico o Romano.

Después del recibimiento entusiasta en el Nuevo Museo Arqueológico, comenzamos a clasificar las piezas que el gobierno de El Cairo nos había cedido en pago a nuestros trabajos. Habían llegado en avión perfectamente embaladas. Al abrir las cajas nos sorprendió cierta cantidad de arena. Echamos la culpa a la negligencia de los ayudantes locales a la hora de empaquetar el material.

El Nuevo Museo Arqueológico, situado la provincia de Tarragona, era un edificio de dos plantas, resuelto en ladrillo cara vista y hormigón corrugado. En su interior se alternaban las diferentes estancias conectadas por galerías con bóveda de cañón.

El profesor Gelabert delegó en Carlota y en mí para que nos ocupáramos del material: estudio, clasificación, datación y catálogo. Esa era la tarea.

Después, él haría una selección de los objetos más significativos para ser expuestos. Los plazos eran ajustados, pero yo sabía que con trabajo y con esfuerzo podíamos conseguirlo

El sótano del museo pasó a ser nuestro hogar. Mi apartamento en el pueblo cercano era solo la guarida accidental a la que iba para dormir y cambiarme de ropa. Carlota y yo trabajábamos horas y horas en aquel silencio compacto. Me agradaba su compañía, su sonrisa abierta y el libro cerrado de su vida. Para mí era un misterio equiparable a los secretos que guardaban las pirámides en sus incógnitos laberintos.

Hacíamos pausas para comer en la cafetería y para subir a la terraza a tomar el aire. Cuando las jornadas se prolongaban más de lo razonable, hacíamos un descanso in situ. Ella desplegaba sobre el suelo del laboratorio una esterilla mullida y hacía ejercicios de relajación. Yo me sentaba en una esquina y contemplaba su perfil apenas dibujado en la penumbra.

Una tarde del mes de septiembre se desató una tormenta seca. Primero llegaron los relámpagos, luego el estruendo de los truenos, y luego nada. Cuando salimos a la superficie vimos que el museo estaba parcialmente sepultado bajo la arena. El terreno colindante, agreste y reseco, mostraba amenazantes dunas móviles. En aquellos días se debatía sobre los peligros del cambio climático. Había opiniones para todos los gustos, desde los que minimizaban el problema hasta los que auguraban un corto y catastrófico futuro para el planeta.

Durante las semanas y meses siguientes, las tormentas de arena fueron en aumento. El museo cesó su actividad pública, solo quedaba la plantilla profesional y algún vigilante. Un cartero, abriéndose paso entre las dunas, trajo un telegrama de Gelabert. Estaba en Escocia estudiando unos dólmenes, pero volvería para la exposición. No le creí en absoluto. Carlota seguía empeñada en clasificar, datar, catalogar... Las tormentas rabiosas nos cercaban. La arena empezó a penetrar en el edificio por los resquicios de puertas y ventanas. En las esquinas del laboratorio se formaban pequeñas montañas de cuarzo pulverizado.

Una tarde, al terminar la jornada, tuvimos que cavar un túnel para salir. Estábamos sepultados por montañas de arena. Otra tarde más y ya

no había salida posible. Decidimos permanecer allí hasta que vinieran a rescatarnos. Saqueamos las neveras de la cafetería hasta agotar las existencias.

Carlota había hecho de su trabajo su vida y de su vida una misión en la que triunfar o perecer.

—Voy a catalogar todas estas piezas —me dijo—, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—¡Glups! —Me tragué mis palabras mientras masticaba arena.

—Solo siento no haber podido despedirme de Alfredo.

—¿Alfredo? —pregunté con tristeza. Su novio, su padre, su hermano... pensé.

—Alfredo es mi loro.

Pobre, solito en su jaula.

Algún día los arqueólogos del futuro, excavando en este desierto, descubrirán un laberinto de galerías y estancias. Y en una de ellas nos encontrarán, como nosotros habíamos encontrado a otros intrusos en Luxor.

Comprendí entonces que la historia, por pereza o por venganza, tiende a repetirse cíclicamente.

Tragué saliva y respiré. En aquel instante acepté nuestro trágico destino. Nunca hubiera soñado estar tan cerca de Carlota.

La rosa seca - Amanda Quintana

Al entrar en la casa de mi madre, sentí un aluvión de emociones, como si una tormenta se desatara sin piedad en mi corazón, azotándolo con truenos y relámpagos tenebrosos. Pasaron veinte años desde que me fui a vivir a Buenos Aires y, desde entonces, solo volví a visitarla en cada cumpleaños, en navidad y la noche en que murió mi padre. Fue tan triste la partida de mi casa como volver a ella. No soportaba la idea de regresar como visita, no era lo que yo hubiera querido para mi vida. Sin embargo, de haberme negado, la situación se hubiera vuelto insostenible.

El viaje fue largo, pero los chicos no parecían estar cansados, al contrario, estaban ansiosos por llegar y ver a la abuela. Mi marido había manejado más de doce horas, pero a pesar del cansancio, al ver a mi madre postrada en la cama, se quedó junto a mí, esperando mi reacción, sabiendo que no tardaría en romper en llanto.

Mi madre era una especie de reloj de arena; en ella, el tiempo pasaba inexorable, sin prisa pero sin pausa. Las arrugas de la cara le cubrían los resabios de una época pasada pero no olvidada, de risas fingidas, de lágrimas naturales brotadas por cientos de emociones encontradas, de dolor y de felicidad, más de lo primero que de lo segundo. A mi modo de verla, las dos tuvimos vidas similares. Me casé con un médico, tal como mi padre lo quiso; mi vida al lado de un hombre educado en un ámbito profesional, según él, era garantía de felicidad. Sin embargo, mi madre y yo siempre supimos que al corazón no se lo puede obligar a amar a nadie. Ninguna de las dos estábamos ni estuvimos nunca enamoradas del padre de nuestros hijos.

Al verme entrar, me miró. Pude ver la profundidad de sus pequeños ojos entreabiertos; en ellos advertí la chispa de alegría por mi llegada, pero reconocí el sabor amargo de la tristeza que atormentaba a su alma. Desde chica recordaba los ojos de ella; con su mirada, las palabras sobran.

La enfermera salió del cuarto y se quedó conversando con mi marido en el living. Me senté en la cama al lado de mi madre, le tomé la mano flaca, casi sin carne y esperé que hubiera podido sentir la mía. Sus ojos me siguieron en todo momento y me dedicó una sonrisa.

—Finalmente viniste.

—Así es mamá, estoy aquí.

—Hija, quiero decirte tantas cosas.

—No hables ahora, descansa.

Acaricié su cabello. El rostro, al igual que las manos, estaba frío y eso me congeló el corazón. Sus ojos miraron al techo, pero en realidad, buscaban mirar al cielo. Sabía que en esa mirada había una plegaria silenciosa. Ese silencio era aterrador; ese mismo que mantuvo durante años al lado de mi padre. Ahora, en su lecho de muerte, finalmente decidió romperlo. No habría podido hacerlo en otro momento de su vida y sin embargo era insoportable; ese silencio la perturbó desde antes de que me casara.

—Siento mucho lo que pasó aquella noche, hija mía.

—Ya está mamá, ya pasó, fue hace más de veinte años.

—Lo sé, pero no he podido olvidarlo.

—Ya no importa, estoy casada, tengo dos hijos maravillosos y dicho sea de paso, solo pude convencerlos con la promesa de que al volver les compraría un loro como mascota.

Ambas reímos, quise que al menos pudiera hacerlo una vez más. Nuevamente me miró con intensidad.

—Tu padre era un buen hombre, no lo juzgues.

—Él quería que yo me casara con un hombre que me asegurara un futuro, tal como él aseguró el tuyo —le dije intentando no llorar—; no puedo juzgarlo, hizo lo que pensó que era mejor para mí.

Mantuvimos silencio un rato largo; supe que ya no tenía fuerzas para seguir hablando. Con la otra mano, apenas pudo hacer una seña, indicándome el cajón de la mesita de luz. Al abrirlo, encontré un sobre y dentro de él, una rosa seca. La sostuve en la mano y de repente todo se nubló tras la humedad de mis ojos. Era la rosa que me regaló mi primer novio el día que cumplimos un año, justo antes de que mi padre lo echara de casa a empujones, prohibiéndole que vuelva a verme jamás. Fue el único hombre del que me enamoré en toda mi vida. Era un chico bohemio, escribía poemas y tocaba la guitarra con un grupo de amigos. No sabía nada de oficinas ni universidades. Yo era tan feliz a su lado que nunca imaginé la vida lejos de él, hasta esa noche en que me vi obligada

a cambiar para siempre el destino de mi vida, por el deseo de mi padre.

—Quise enviártela, pero el cartero nunca te la hubiera entregado en buen estado, se hubiera roto en el camino —me dijo con un hilo de voz.

Ya no le quedaban fuerzas para llorar, sin embargo, pude ver que las lágrimas le rodaron por las mejillas. Trató de decirme algo más, pero no tuvo fuerzas. La dejé dormir. Su respiración era lenta; su corazón aún luchaba por seguir latiendo.

Volví al living. Ese lugar parecía un museo, lleno de recuerdos familiares. Miré cada retrato. Recordé tiempos de mi niñez y mi adolescencia. Observé una foto y noté que estaba descentrada del marco. La quise arreglar y, al sacarle la tapa, encontré que detrás había otra foto. Era de mi primer novio conmigo, estaba abrazándome y en mi rostro pude ver la sonrisa que me salió desde el corazón en aquel momento mágico. Estaba vieja y amarillenta, había estado allí siempre, inclusive cuando mi padre vivía. La tomé, la apreté en mi pecho y otra vez lloré. Lloré por mí y también lloré por mi madre.

Ya no soy la misma - Inma Calvo

<http://inma-volandovoy.blogspot.com.es>

A primera hora me sorprendió la tormenta. La lluvia cayó torrencial empapándome a mí, al cartero con quien me choqué maldiciendo, a los vecinos y a los turistas que vieron cómo el aguacero inesperado les arrancaba repentinamente de la arena y de las esterillas. Crucé la calle y corrí a resguardarme en los soportales del museo local que, sin duda a aquellas horas, albergaban a más personas que las salas interiores. Estoy seguro que jamás me habría fijado si no hubiera sido por aquella camiseta de inspiración tropical que llevaba. Los papagayos, los loros y los flamencos del estampado destacaban entre el gentío. Estaba igual, igual, igual, con una hermosura que dolía, pero con una diferencia en su persona que provocaba el desgarró. Aquello no era una herida reabierto; sino la confirmación lúcida y plena (ahora sí) de que jamás habría esperanza para el regreso. Hacía ya tres años que no nos veíamos.

Intenté zafarme pero me cogió del brazo mientras tiraba de su acompañante. Me sentí morir.

—Intenté decírtelo, pero ni yo misma sabía cómo. Siento que te hayas enterado así.

—No tienes que darme explicaciones, Paula.

—Ahora soy Pau.

Huellas en el muro - tavi oyarce

<http://cuentos-tavioyarce.blogspot.cl/>

Mi madre debió intuir que la despedida de mi hermano era definitiva. Nunca en sus dieciocho años Rafael se había alejado de casa por un período tan prolongado. Mi padre se negaba a llorar y Rafael, era el único que mantenía la serenidad. Lo vimos tomar el autobús y dejar un vacío que no sabíamos cómo enfrentar.

—Vámonos a casa, Elena —dijo mi padre, y emprendimos el regreso mientras el autobús se confundía en la fatigante luz del alumbrado público.

Esa noche mis padres no durmieron. Cuchicheaban en su dormitorio para no despertarme. Yo no quería dormir. No entendía por qué Rafael debía ir al Granaderos a cumplir el servicio militar. Resignada, al fin, acepté la idea que la arena de Cavancha le haría olvidar el ajeteo de la capital.

Temprano, fuimos a despedir a Rafael al parque de concentración. Los muchachos se aprontaban a partir al puerto de Iquique. Elena abrazaba a mi hermano sin resignarse; yo, intentaba conversar con Manota, un pelirrojo amigo de Rafael pero era inútil, su voz la escuchaba lejana, como si la timidez de sus palabras se negara a penetrar mis oídos. Su rostro tenía un aire infantil. Ahora, por circunstancias de la vida el destino los unía en las calcinante tierras del norte.

—Chao, Camila —dijo Manota con voz ahogada. Sus manos gigantes me abrazaron.

—Cuidate —contesté, y corrí a refugiarme en brazos de mi hermano.

Cuando la caravana de buses enfiló hacia el norte vi llorar a mi padre. Cabizbajo, regresó al museo, mi madre a casa y yo me fui caminando a la academia.

Cuando regresé esa noche el ambiente era el que suponía. Elena afanaba en la cocina y mi padre frente al televisor veía las noticias.

—Nada interesante —exclamó al verme llegar.

—No las veas, papá —le dije, y me senté a su lado.

A la hora de la cena conversamos trivialidades, Rafael permanecía en

nuestras vidas como si nunca se hubiera ido.

Una tarde llegó carta de Rafael. Nunca imaginé la alegría que produciría en ellos tener noticias de mi hermano. La sobremesa se llenó de anécdotas, recuerdos de Rafael cuando era un niño. Mi hermano nos comunicaba haber descubierto su vocación: la carrera militar era su norte y pronto estaríamos orgullosos de verlo con su uniforme militar. Besos para Camila y saludos de Manota terminaba diciendo.

Un año después todo cambió. Las cartas se hicieron esporádicas. Los carteros solo dejaban bajo la puerta avisos de cobranza. Papá actuaba como si a su alrededor nada existiera. A veces mi madre lo llevaba a la plazuela y allí, en una ciudad bulliciosa y violenta intentaban sobrellevar la incertidumbre.

Dejé mis estudios y entré a trabajar a una empresa textil. Intentaba alegrar sus vidas pero mi padre se veía cada día más débil. Una tarde, Elena lo encontró sentado frente al televisor: el rostro congestionado y el cuerpo torcido sobre el brazo del sofá. Los médicos dijeron que un infarto había concluido con su vida; yo, desde mi ignorancia, creía que la pena se lo había llevado.

Hacía dos años que no sabíamos nada de Rafael y la muerte de mi padre ahondaba su ausencia. Elena evitaba recordarlos y se refugiaba en mis conflictos.

Un día de septiembre la ciudad amaneció enrarecida. La gente corría desorientada. El flujo de la locomoción colectiva había disminuido. En la textil me cercioré de los acontecimientos: una junta militar había derrocado al gobierno. Las radioemisoras transmitían marchas y bandos militares. El interventor, un viejo luchador de la guerra civil española, descendió de su oficina procurando bajar la tensión.

—¡Nada ocurrirá en la empresa! —exhortó—, es un día normal como cualquier otro. Tal vez ni el mismo creía en sus palabras en esos críticos momentos.

Subí al segundo piso pero fue imposible concentrarme. Pensaba en Elena y me angustiaba saberla sola en el caserón. Mi compañera encendió una radio a pilas y seguimos el curso de los acontecimientos. Yo tenía el corazón encogido.

A mediodía el lejano tableteo de las metralletas anunció lo inevitable. Rato después un camión militar chirrió frente a la entrada de la textil. Alguien, nervioso por la situación, tuvo la ocurrencia de disparar contra el vehículo desde el entretecho del edificio, y fue como si encendiera la mecha de un detonante. El camión arrancó de cuajo el portón de entrada. Por doquier surgían órdenes y contra órdenes. Al silbido de las balas siguió la estampida. Algunos huían por los tejados, otros por los sitios baldíos que rodeaban la empresa.

Sentí unos trancos ascender por la escalera. La puerta de mi oficina golpeó violenta contra el muro al recibir el impacto de un zapatazo. El conscripto, dueño absoluto de nuestras vidas nos conminó a arrodillarnos. Quise decir algo pero mi voz no respondía. Mi compañera hizo un movimiento absurdo y el muchacho asustado gritó fuera de sí:

—¡Terroristas, mi sargento!

—¡Dispara! —Atronó una voz desde el exterior.

La descarga hizo golpear el cuerpo de mi compañera contra el muro. Daba la impresión que se negaba a morir mientras la sangre escapaba de su pecho. El sargento que había dado la orden entró en ese momento dando grandes zancadas. Al verme levantó la mano.

—¡Yo me encargo de esta! —amenazó. El conscripto como si fuera un muñeco articulado desapareció de la oficina.

El hombre tenía las facciones contraídas. Sus ojos parecían inflamados por una luz rojiza; enmudecí. Cogió las solapas de mi chaqueta. Me levantó en vilo y me dejó caer en un rincón. Arrastró el cuerpo sin vida de mi compañera y lo tiró sobre mí, su sangre escurrió tibia por mi rostro. Extrajo luego una pistola del cinto y disparó: dos balas dejaron su huella en el muro.

—¡Mantén los ojos cerrados! —ordenó.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de salida. Entonces, venciendo el miedo que me paralizaba, grité:

—¿Y mi hermano?

Él giró la cabeza. Sobre su frente caía un mechón rojizo. Nada dijo. Le oí bajar enérgico los escalones y yo me di permiso para llorar...

Crónica de una espera interminable - Fernando Caporal

<http://ojosdelalibertad.blogspot.com.ar/>

La tormenta cae con furia, como si su enojo quisiera consolarme, hacerme sentir que no estoy solo. Miro por la ventana con melancolía, no creo que ningún cartero trabaje con este diluvio, no creo que pueda recibir la carta esta tarde; sin embargo, la duda me mantiene alerta. Mis ojos están un poco húmedos, no quiero ceder al llanto, sería aceptar que esa carta nunca va a llegar. No quiero admitirlo, me niego a pensar en que eso puede suceder. Mi respiración es lenta, mi cuerpo está pesado, flojo, como si moverme implicara un esfuerzo extra que no me deja manejar los brazos con soltura.

El abatimiento de la espera me está matando. Sé que podría haber sido distinta nuestra despedida y reconozco parte de mi culpa, pero no puedo evitar sentirme terrible. Para completar la tragedia de una espera incierta, ni siquiera sé si habrá podido llegar bien, no sé si habrá logrado atravesar la vasta extensión de arena del desierto sin problemas, tampoco hay señal para que pueda recibir la docena de mensajes de texto que le envié. Al menos me consuela que sabe cómo curarse si llegara a sucederle algo; las medicinas que lleva en el maletín pueden ayudarla.

Sobre la repisa, junto a la puerta, una de las fotos me recuerda que en una época fuimos felices. Al verla, en mi corazón crece la ilusión; tal vez la distancia pueda cambiar las cosas. En la foto, ella ríe junto a mí. Su sonrisa blanca adorna el rostro de felicidad que lleva bajo el sol abrazador. Aún puedo sentir el calor de aquella mañana en las costas africanas del Sahara occidental, tan solo tres años atrás, antes de que ocurriera aquel lamentable suceso que cambió mi vida para siempre.

Ninguno de los dos podíamos imaginar lo que nos esperaba; estábamos ilusionados y teníamos la esperanza utópica de poder ayudar a la gente. Eran lugares remotos, inalcanzables, llenos de peligros; sin embargo, nuestro espíritu de aventura y la pasión por nuestra carrera, nos impulsó siempre a cometer las imprudencias típicas de un par de jóvenes que sueñan con un mundo mejor.

Otra época. Otro tiempo, la inexperiencia y la impaciencia por no esperar a los nativos que nos llevarían a la tribu. Ansiosos, entonces, nos aventuramos solos a una travesía desconocida, como así también a las dificultades con las que nos encontraríamos, sin pensar siquiera un minuto en ellas.

Anduvimos varios kilómetros por el desierto. Los camellos avanzaron con lentitud; el calor se volvió casi intolerable. Ella llevaba un paño blanco que le cubría la cabeza; yo me protegía del sol debajo de otro, que además, intentaba mantener mojado con la poca agua que teníamos en la cantimplora. El mediodía nos cubrió con una determinación casi furiosa, imponiéndose encima de la enorme esfera celeste, totalmente despejada de nubes. La soledad del desierto era abrumadora; hacia donde mirábamos, había arena, nada más. El Sahara, si bien no era desconocido para nosotros, siempre nos sorprendía, ni ella ni yo éramos capaces de comprender la manera en que la naturaleza obra. Sin embargo, debajo de nuestros pies, un enorme e inconmensurable mar de arena, tan vasto como nuestros ojos podían ver, nos decía que Dios hace a su antojo, a veces sin que los hombres hallemos explicaciones razonables.

Y de repente, la locura. El camello alzando su cuello, los quejidos, el susto del animal que me tira al suelo y la caída de él sobre mí. El tremendo dolor en la cintura, alcanzo a ver a la víbora que se escurre veloz entre la arena, escapándose de su víctima; escucho la voz de ella, gritando desesperada, en un eco que cada vez se me hace más lejano. Veo las lomas de arena cada vez más distantes, todo se hace borroso, difícil de distinguir; la luz del sol ya no es tan clara, veo el rostro de ella lleno de lágrimas y su gesto desesperado. Mis piernas me duelen, siento la arena caliente que me quema, pero no puedo moverme. Luego nada, el vacío, el silencio.

Abro los ojos, veo una tienda de campaña alejarse, ella a mi lado en el vehículo con los ojos aún llenos de lágrimas, siento sus manos tomando las mías, pero no siento las piernas. Nunca más volví a sentirlas.

Ya no puedo viajar con ella ni acompañarla, ahora debe ir sola, aunque yo mismo me oponga a que corra esos riesgos. Sé que no puedo detenerla; es el amor a su profesión y a la gente la que la lleva una y otra vez a ese

sitio, a riesgo de pagar inclusive precios tan caros como el que pagué yo. Intenté detenerla y no de la mejor manera. Discutimos mucho. Al partir, cerró la puerta de la casa con un portazo. Estaba furiosa y lastimada por mi enojo. Temo que nunca regrese. No es la primera vez que discutimos en estos últimos tres años, reconozco que el miedo hace que me vuelva loco y pierda el control y la razón, pero más que el miedo, es la frustración de no poder ir con ella, como en el pasado.

Miro hacia la cocina. El loro que trajimos del Amazonas, parado sobre el palo de su jaula, me mira sin emitir sonido. Sé que él tampoco está de acuerdo con esta locura y siento culpa también por él. Afuera, la lluvia continúa cayendo; como si fueran múltiples martillazos a mi corazón, la espera continúa, inexorable. En esa repisa, como un museo de fotografías, me refugio en tiempos pasados, me pongo a salvo de un presente odioso y frustrante; me hundo, entonces, en los recuerdos de viajes y momentos de alegría, que ya no volverán.

El montón de arena - Lamarsalada

<https://lamarsaladabc.blogspot.com.es/>

Miró a aquel extraño hombre a los ojos y, sin muchas dudas, firmó el papel.

Debía de ser un nuevo cartero, no recordaba haberle visto antes. Cogió el paquete, tenía muchos sellos, uno de ellos tenía un dibujo de un loro verde. Miró el reloj, llegaba tarde al trabajo. Salió de la oficina de correos, llovía a cantaros, todas las tardes había alguna tormenta. Y como siempre sin paraguas-pensó, resignada a mojarse.

Llegó empapada al museo, se cambió corriendo y se encaminó a su larga tarde de trabajo. Le encantaba mirar los cuadros, podía meterse en ellos, en su historia, hablar con los personajes...

—¡Paula! ¿Dónde andas, estas en la inopia? —La zarandeo Damián—. Me voy a casa, falta la sala del señor Bosco por limpiar. ¡Date prisa, chica!

—Perdona es que mañana tengo examen y ando repasando por los rincones, tengo que aprobar para terminar el grado. ¡Tengo que salir de aquí cuanto antes!

—¿No me digas que no te gusta trabajar en el Museo? —Damián la miraba con asombro.

—Mis expectativas van más allá del Fairy y del trapo del polvo. —Miró desafiante a su compañero.

—¡Ay! Ya te iba yo a dar un buen repasón de polvo...—Babeaba el hombre, mirándola con ojos de cordero.

Damián se arrimó a Paula y le dio un cachete en el culo.

—¡No vuelvas a tocarme! Oh, oh...

«Contrólate, necesitas este trabajo, respira», intentaba controlarse Paula mientras le enviaba una mirada asesina.

—Sé que en el fondo me quieres muñeca... Me voy, termina el trabajo. —Se fue guiñando un ojo.

Tenía que centrarse, cogió los bártulos de limpieza, se dirigió hacia la sala. Cuando terminó, se sentó en la silla del guarda. Enfrente de ella tenía El jardín de las delicias, no se cansaba de mirarlo.

A la izquierda el paraíso, en el centro los placeres carnales y a la

derecha el infierno.

—Ojalá desapareciese de esta realidad tan triste, seguro que ahí dentro estáis genial ¿eh? —le habló al cuadro.

Sobre el regazo tenía el paquete que recogió en correos, lo estaba abriendo sin mirar, ya que sus ojos estaban anclados en el paisaje de la lujuria, repasando todos aquellos personajes que parecían tan libres, tan felices...

Se levantó para ir hacia la pintura, y la caja cayó al suelo. De ella salió un montón de arena dorada y una hoja de papel que fue a parar al otro extremo de la sala.

«¿Qué demonios es esto? ¿A quién se le habrá ocurrido meter arena en la caja?», pensó furiosa. Tendría que volver a limpiar.

Intentaba recogerla pero se le escapaba entre los dedos, comenzó a crearse un remolino alrededor de sus manos. Las partículas de polvo emitían una luz dorada. Paula miraba extasiada. La arena fue cayendo en sus manos hasta formar un montón.

Sin pensarlo dos veces sopló la arena hacia el cuadro, quedando cubierto con una capa dorada que fue cayendo hacia el suelo.

—¡Dios, la gente del cuadro se está moviendo! —chilló retrocediendo un paso.

Algo la llamaba, se oían risas, llantos, jadeos. Se acercó a él y posó la mano en el lienzo. Sentía un deseo terrible de estar con esa gente que no conocía de nada, de tocarla, de sentirla.

Se fue quitando la ropa, hasta quedarse desnuda, extendió los brazos hacia el cuadro. Unas manos emergieron del óleo, agarrándola e introduciéndola en el cuadro.

En la sala del museo solo quedaron los murmullos de regocijo, la ropa de Paula en el suelo y el montón de arena.

Al día siguiente Damián entró en la sala donde había desaparecido Paula y recogió el papel que había en el suelo. Lo leyó: «¡Ten cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que se haga realidad!».

—Qué narices significa esto?—enrolló la hoja y se la metió en el bolsillo.

Dio un repaso a la sala, dando con la ropa y el montón de arena. Echó una ojeada al cuadro, blasfemando en hebreo.

—No, no puede ser. Juraría que se ha movido esa muñequita del cuadro. Damián, estas fatal... Vaya con la mojigata, menuda juerga se ha debido correr esta noche. Mira que dejarse la ropa. ¡Verás cuando la coja!

Recogió todo y salió de la sala.

Debajo del cuadro rezaba una leyenda: «Si no se tomara la vida como una misión, dejaría de ser vida para convertirse en infierno».

Pollice verso - Arturo Campobello

—Hola, traigo un paquete para August Lowe.

—¿Para August? ¿Por qué le mandarían algo al set?

—Lamento no poder darle una respuesta, señorita. Yo solo me encargo de realizar entregas.

—Claro, disculpe. Pues en estos momentos debe estar en la arena, en medio de una contienda épica entre él y Amir.

—¿Gladiadores, eh? Eso explica que este lugar se asemeje a una oploteca.

—¿A una qué?

—Un museo de armas. Y ahora, necesitaría que su amigo el gladiador me firmase el recibo de entrega.

—Yo puedo firmar ese recibo, no creo que a August le importe.

—¿Y usted es...?

—Miranda Barrows, una compañera de rodaje.

—Sí, la indumentaria y los abalorios ya me han dado alguna que otra pista. Bien pues, si es tan amable... Perfecto, aquí se lo dejo. Yo debo seguir con la ruta, es mi lucha diaria, aunque no precise de arma alguna. Es tarde, me marcho.

—Por supuesto. Que tenga un buen día.

—¿Qué quería ese hombre, Miranda?

—Oh, estás aquí, Julie. Era el cartero, ha traído un paquete para August.

—¿Y por qué iban a enviárselo aquí?

—Eso mismo he pensado yo. ¿Qué contendrá?

—Ni idea. ¿Y por qué se ha entretenido tanto a hablar contigo si llevaba prisa?

—No lo sé, me ha parecido que pretendía ser agudo conmigo.

—Pues a mí más bien me ha parecido un loro. Puedes añadirlo a tu lista de admiradores.

—Vaya, ahora la graciosa eres tú. ¿Has estado escuchando todo el tiempo?

—Interiorizo al personaje. Era una buena oportunidad para

perfeccionar mis dotes de sigilo.

—Y también para fisgonear.

—Tú siempre pensando lo peor. El papel de embaucadora te va como anillo al dedo. Por cierto, ¿sabes dónde está la daga ornamental? No logro encontrarla por ninguna parte.

—¿No la estabas usando esta mañana durante la escena que hemos rodado?

—Así es, por eso me extraña que haya desaparecido.

—Quizás la tenga Salim.

—¿Qué se supone que tengo?

—¡Ah, menudo susto me has dado! ¿Acaso tengo que suponer que os pasáis el día escuchando tras las esquinas?

—Acabo de llegar, solo os iba a preguntar por un frasco de mercurio que iba a usar para mi siguiente escena. Ha desaparecido.

—¿Y realmente contiene mercurio?

—El director no fue específico en ese aspecto, así que sí, el elemento es genuino. Por eso sería conveniente localizar dicho frasco cuanto antes.

—Preguntémosle a August, ya habrá terminado su combate contra Amir.

—No han estado en la arena, Miranda. Acabo de pasar por allí y no había nadie. De hecho, tengo entendido que cancelaron el rodaje de la escena debido a la tormenta que anunciaron ayer en el parte meteorológico. Se prevé intensa.

—¿Cómo? Y entonces, ¿dónde ha estado todo este tiempo?

—Lo desconozco. En fin, debo seguir buscando ese frasco, quiero tener tiempo para comer antes de grabar. Nos vemos más tarde, chicas.

—Deberíamos ir a buscarle.

—¿No será que quieres descubrir qué contiene esa caja?

—Bueno, también. Vayamos a su camerino y salgamos de dudas.

—¿Cómo es posible que Salim no se asfixie de calor con todas esas prendas durante el rodaje?

—Casi siempre le veo vestido para rodar, ponerse toda esa indumentaria requiere tiempo.

—¿Y quién tuvo la idea de la máscara?

—Otra de las ocurrencias del director, supongo. Para “aportar dramatismo al personaje”.

—¿Ahora me estás imitando a mí o a él?

—¿Tú qué crees, Julie?

—Creo que ahora la ingeniosa eres tú.

—Touché. Parecía tener la voz algo ronca.

—¿Salim? Con tantos ropajes me sorprende que pueda mantenerse en pie.

—Es extraño que los chicos no nos hayan comentado nada.

—Tampoco hace falta darle tantas vueltas al asunto. Ya sabes lo despreocupado que puede llegar a ser August, él vive feliz en su mundo particular. Amir, en cambio, parece que solo viva para actuar en la película. No se habla con nadie desde que le dieron su papel a August.

Aquí es. August, ¿estás ahí? Te traemos un paquete.

Al abrir la puerta, una espeluznante escena: August se hallaba decapitado, frente al espejo.

Al abrir la caja, un macabro hallazgo: la cabeza de August con un casco de gladiador, la daga cubierta de sangre, y una nota: “Su destino estaba escrito. ¿Encontrasteis el frasco?”.

Tormenta de Arena - Diego Manresa Bilbao

Te veía dormir relajada y, al contrario que en otras mañanas de esta última época, en paz.

Llevábamos mucho tiempo sin hablar el uno con el otro. Me refero a hablar de verdad, no a eso que hacíamos mientras desayunábamos; yo leyendo el periódico y tú untando la mermelada en las tostadas. A hablar entre, y acerca de, nosotros.

Esa misma mañana, el cartero acababa de dejar un paquete a tu nombre, con una única frase a modo de remitente. “Tormenta de Arena”. No tenía ni la más remota idea de qué podía significar aquella frase y, pese a que la curiosidad me mataba, no quise abrirlo. La correspondencia de una persona es inviolable, es uno de los pocos rincones realmente propios que nos quedan.

El paquete en sí mismo era como cualquier otro. Una caja con todo el aspecto de contener un libro en su interior. No recordaba que me hubieras contado si habías encargado algo online, aunque la verdad es que de un tiempo a esta parte no sabía muy bien qué hacías ni en qué andabas metida. Te pasabas todo el día en la buhardilla de nuestra casa, y únicamente salías para comer o acudir al lecho conyugal para una de nuestras típicas sesiones de “no sexo” tan frecuentes en esas semanas.

Los primeros días me había esforzado en preguntarte cómo estabas, si el hecho de haber perdido el trabajo te hacía sentir triste de alguna manera. Sin embargo, tras un par de meses en los que tan solo respondías con un críptico «Bien, no te preocupes, todo se arreglará... Siempre lo hace, ¿no?», que repetías día sí, día también, como un loro, dejé de preguntar y asumí, errado como casi siempre, que cuando estuvieras preparada para hablar de tus —nuestros— sentimientos vendrías a mí.

El tiempo fue pasando, y lo que en su día fue una relación ardiente, cariñosa y llena de confianza mutua, se había ido convirtiendo en una reliquia, en una pieza de museo que tan solo era un espejo deformado de los gloriosos días pasados. Y todo había pasado poco a poco, desdén a desdén, grano a grano en el reloj, de arena como la tormenta del sobre, que anunciaba nuestra pronta disolución.

Lo único que me daba un poco de esperanza era verte dormir, tranquila y confiada, en mañanas de sábado como aquella. He de reconocer que había notado una cierta mejoría en tu ánimo y en el trato hacia mí en los anteriores diez días, quizá dos semanas; como si te hubieras quitado un peso de encima. Probablemente tuviera que ver con que ya no pasaras tanto tiempo en tu leonera, signo de que empezabas a estar lista para salir de tu coraza y hablar de todo lo que te —nos— ocurría. O que ya habías decidido que lo nuestro estaba muerto y enterrado, y tal vez tuvieras ya en mente otros horizontes.

No te esperé para desayunar. Prefería que durmieras tranquila y así de paso evitar nuestra silenciosa rutina matutina. Mientras el café se iba filtrando como la humedad de la casa en mis huesos, dejé el paquete encima de la cama, para que fuera lo primero que vieras al despertar y como prueba de mi respeto a tu intimidad, al menos hasta que me dejaras entrar en ella.

Justo en el momento que terminaba mi café, ya frío como la mañana, y releía en el periódico los resultados deportivos, llegaste a la cocina con un libro en las manos y la sonrisa más franca que te había visto en el último año.

—Cariño, sé que llevo una temporada en la que no hay quién me aguante y no te he hecho ni caso; tenía un proyecto entre manos y quería que fuera una sorpresa. —Y me acercaste el libro.

Se llamaba “Tormenta de Arena” y, para mi sorpresa, tú eras la autora. Recordaba que cuando nos conocimos habías escrito algún relato para una página de Internet y habías ido a algún taller, pero no creía que hubieras seguido con tu afición.

—Es un libro sobre una mujer que se queda en paro y sale adelante gracias a la ayuda y la comprensión de su marido. Esta es la primera prueba de impresión que me manda la editorial. Lee la dedicatoria, anda.

—”Para mi marido, Luis, el cual ha sido mi sostén y ha aguantado muchas cosas, como que no saliera de mi habitación en un año. Te quiero; gracias por tu respeto” —leí en voz alta mientras me mesabas el cabello.

Cada uno tiene su forma de llevar los momentos duros, y tú nunca fuiste de las que hablaran de ello. Sin duda era un bonito detalle, pero un

poco tardío. Habías tenido todo un año para decírmelo y, sin embargo, permitiste que me consumiera de remordimientos por no saber, por no poder, ayudarte cuando, sin saberlo, lo estaba haciendo.

Te miré a los ojos, sorprendido de lo poco que te conocía después de tantos años. Fue en ese preciso momento en el que supe que no había vuelta atrás.

Dagón - L. Daniel Caballero

El desierto es un mar solitario, desprovisto de vida alguna o esperanza. No hay palmeras, ni cobijo. Pero sí una sola vida, un caminante errante que arrastra arena entre sus pies y deshace las olas marinas del océano color café claro.

El hombre andrajoso ha caminado desde hace tres días. Los sucios y mal olientes chirajos de ropa le cuelgan por los lados, manchados de sudor. Pero no le importa, ha pasado por peores situaciones, y esa no lo detendrá, porque eso es su trabajo. Es contratado por su eficacia al encontrar objetos y/o personas perdidas, y siempre ha cumplido. El hombre vive de aventuras, y se llama John el Cartero.

Esta última aventura la ha corrido bajo su propio riesgo, solo por el deseo ambicioso de encontrar las perdidas Kashbah en Marruecos.

Por cinco veces fue advertido sobre los peligros que se avecinaban con esa aventura al salir del Museo de Arte e Historia. Poca atención prestó, no le importaba. Su arrogancia y la fantasía de una fortuna futura lo llevaron hasta llegar a allí, a ese maldito y terrible desierto.

Haciendo caso omiso a lo demás, lo que sí le llamó la atención fueron las advertencias sobre Dagón, el mitológico vigilante, considerado un demonio, de las Kashbah malditas. Miles de historias le contaron al pisar el primer escalón de la salida del Museo para adentrarse al desierto, y en todos esos relatos, al final, nadie sobrevivía ante tal presencia del monstruo, porque nadie regresaba. Nunca.

Sabe que encontrará las Kashbah y el tesoro que estas esconden entre sus grandes edificios de piedra. Pero no cree lo de Dagón.

Se detiene, amontonando arena entre los pies. Con las manos improvisa una visera para mirar hacia adelante. Algo le encendió una chispa de ilusión, la ilusión de que ha encontrado algo: a una distancia considerada, el cielo está oscuro como anunciando una tormenta. Según recuerda las historias, sobre las Kashbah cae una sombra inmensa que la mantiene en una oscuridad eterna, las tierras de las tinieblas le dicen. Da un grito de júbilo y, con las pocas fuerzas que lo acompaña, y con los músculos agarrotados, camina más deprisa de lo que se permitía.

Pasados varios minutos, quizá horas, él, ya, no tiene conciencia sobre el tiempo, se encuentra parado en una ladera que se desliza hacia un montón de piedras y rocas, jadeando, manchando su pecho con baba. Es como estar viendo el borde del mundo: una línea fina corre perfecta dividiendo la luz de sol con las sombras de las nubes; y allí, sumidos en un hueco oscuro, se alzan varias figuras geométricas de color café oscuro. Varios edificios altos se yerguen en el centro con ventanas en desproporcionadas posiciones, y casitas de techo achatados alrededor de ellos, unidos por serpenteantes callejones, cerrados varios metros por delante por puentes de marfil, de piedra y madera. El viento que proviene de las puertas entreabiertas de las chozas vacías, edificios y pequeñas casas, llegan a su oído como susurros de ultratumba.

—¡Lo he encontrado!

Pasa la línea divisoria, y planta el pie en la arena oscura, pensando en todas las riquezas que aguardan debajo esas excelsas estructuras. Es cuando las ondas expansivas de una fuerte explosión le golpean el pecho, y la luz intensa le ciega por un momento. Mira hacia las nubes que se arremolinaban en torno a un orificio resplandeciente en el medio de estas. Otro relámpago surge del agujero, acompañado de una masa inmensa envuelta en llamas. La combinación de colores le hace cerrar los ojos por segunda vez.

Abre los ojos al asegurarse de que puede hacerlo, y por desgracia, oh, maldita desgracia, mira el cuerpo que había caído con el rayo.

Es un ser inmenso que no encaja con las historias que había escuchado: la cabeza asemeja al de un loro, con un pico grueso y corto; los ojos a los laterales del cráneo son pequeños y azules, como los de un humano; su cuerpo es el de un hombre de musculatura inmensa, repleto de escamas verduscas, plateadas y rojas. El terrible monstruo apoya su mano grotesca de largas y puntiagudas uñas sobre el tejado de un edificio y lo aplasta, lanzando polvo por los aires. La bestia articula un chirrido agudo y hace que John, quien tiembla, se tape los oídos.

Un atronador rugido suena acompañado de un trueno.

La bestia se adelanta, empujándose por las bajas extremidades que tiene como piernas, semejantes a las ancas de una rana, aplastando y

derrumbando más edificios que explotan como grandes hongos de polvo.

John, asustado, se gira para escapar, y al girar, se topa con que sí es el borde del mundo. El precipicio se extiende hasta donde su vista no puede alcanzar. De izquierda a derecha todo es neblina amarillenta, oscura y fría, como si él, junto a las Kashbah, se hubiera alzado hasta el cielo.

De pronto recuerda el último fragmento de una historia que un anciano contó:

«... y nadie sobrevive ante su presencia, porque nadie vuelve...».

Voltea a ver. El monstruo sigue acercándose, poco a poco, arrastrándose, aferrándose con sus garras inmensas que resplandecen por los truenos por encima del animal/hombre. El hombre/animal abre su pico, bordeado de filosas escamas, y saca una lengua larga con púas agitándola de arriba hacia abajo, como saboreando el olor de su presa.

Con una terrible presión mental se detiene a pensar, tratando de imaginar alguna solución. Y se dijo que no había nada que pensar, que era solo hacerlo.

Gira y mira el precipicio. No quiere saber qué pasaría si la bestia se acercara a él. De todas maneras, ¿quién lo extrañaría?

El rugido de la bestia le llega de nuevo hasta sus oídos, haciéndole temblar los cimientos de donde se yergue su terror más puro.

John se inclina hacia adelante, mirando la nada que tiene enfrente.

Maldito monstruo...

Oh, maldito Dagón...

Con un impulso de sus débiles piernas, se lanza al precipicio, hacia la niebla.

El loro de Lena - Manuel Pla Martí

<http://plamarti.wordpress.com>

Pedaleó con fuerza para alcanzar la parte alta de la loma y vio a sus pies el centro urbano y el puerto. A lo lejos la sombra de los islotes de Las Tortugas entre la bruma del mar. Hoy libraba.

Llovía y pensó que tal vez fuera una ventaja. Habían pronosticado tormenta para esta parte de las islas.

Tenía que ser hoy. Era una obsesión que le oprimía la cabeza desde hacía semanas..., meses. Había llegado el momento.

La lluvia le golpeaba la cara. El impermeable amarillo con las letras de «Correos» revoloteaba al viento. Ahora, cuesta abajo, rompiendo la brisa, todo lo veía más claro que nunca. Su decisión era firme. Apretó el freno y atravesó las primeras calles del centro. Eran las ocho de la mañana y no tenía que pasar por la cartería.

Llegó frente al Museo, antigua cantina junto a la entrada del puerto en donde acostumbraba a desayunar. Hoy no tenía hambre. Dejó la bicicleta en el porche, se sacudió el impermeable y abrió la puerta. Ya en el interior sintió como penetraba en su nariz el olor de las fritangas y la cerveza. Sintió calor. Uno de los abanicos del techo chirriaba dando vueltas con lentitud, el local estaba en penumbra y en la barra dos parroquianos hablaban en voz baja delante de sendas cerveza. Al fondo, sentados en una mesa, otros dos desayunaban.

El cantinero lo miró con ojos perdidos.

—¿Lo de siempre? —preguntó.

Simoncito el cartero contestó sin mirar:

—Dame un ron y una cerveza.

Lena se despertó a las seis de la mañana con el ruido de la lluvia en el techo de zinc de su ranchito. A través de la pequeña ventana vio el manto gris sobre el mar y la arena de la playa encharcada. La luz del amanecer era turbia. Roberto, dentro de su jaula abierta comenzó a silbar el himno nacional.

Lena pensó, como cada día desde hacía dos años, en Look. Este le había dicho antes de irse:

«Nuestra situación va a cambiar. No tendrás que salir más a vender mango biche y aceite de coco en el Paseo Marítimo».

Se fue, le dijo, para la Isla Pequeña del Maíz con la lancha de Juancho Águila a traer diez pacas de marihuana.

Ahora estaba en la cárcel de Bluefields y cada tres días, Lena, recibía una carta de su marido con la huella de un beso. Ella guardaba todas las cartas debajo del colchón y de vez en cuando abría una al azar para volverla a leer y mojarla con sus lágrimas.

Picó media yuca y una papaya para el loro, puso los pedazos en una ponchera, la acercó a la jaula y dijo:.

—Ven, Roberto.

El loro voló hasta su hombro y Lena dejó la ponchera sobre la mesa de madera que Look había comprado, el día antes de irse, donde Mincho el carpintero.

Don Arlingthon, viejo tuerto y gruñón, antiguo capitán de lancha, antiguo criador de ratas albinas y antiguo comerciante de cocos, amedrentaba con insultos soeces a los «boys» que veía merodeando por la alberca de su casa; pensando que venían a robarle el agua. Viudo, padre de un hijo gay del que siempre se avergonzó y padre de una muchachita díscola, nacida cuando él ya era un hombre viejo, dejó de hablarle el día que se casó con el inútil de Look. Era el padre de Lena y guardaba siempre en el primer cajón de la cómoda un Colt calibre .45.

Simoncito el cartero avanzó suavemente con su bicicleta por la carretera circunvalar desafiando la lluvia. Al llegar a la curva de los manglares se introdujo por el camino de la playa y vio al frente la casita de Lena; oculta pero cercana a la carretera, a las casas de la carretera y a la casa de su padre. Sabía que era temprano. Tenía tiempo.

La cara, el cuerpo, las curvas, la voz y la sonrisa de Lena reverberaban en su cabeza. Hacía semanas que no dormía pensando en ella.

«Es la hembrita más bacana de la isla», pensaba, recordándola desnuda.

La había observado por el Paseo mientras caminaba, y el contoneo de sus caderas, el movimiento rítmico de sus nalgas, esos brinquitos acompasados de sus pechos lo volvían loco. El encierro del marido avivó

sus ansias. Muchas veces la había espiado por la ventana de su casa antes de entregarle las cartas y una vez la vio desnuda mientras se echaba agua en la regadera.

Lena oyó los golpes en la puerta y de forma inconsciente abrió, pero la mirada de Simoncito la turbó y quiso cerrarla. El loro, sobre la mesa, cantaba: «Lorito real, tengo plumas verdes y soy liberal». Al ver la embestida del cartero y el aparatoso retroceso de su ama, gritó: «¡Cartero loca!». Simoncito atenazó a la muchacha por la cintura y en el forcejeo resultó arañado. Lena, después, le mordió la cara y recibió un golpe en la sien que la dejó aturdida. Simoncito le arrancó la blusa al tiempo que la arrastraba hacia la cama y de un manotazo quiso acallar al loro que seguía gritando: «¡Cartero loca!», desprendiéndole varias plumas.

Roberto huyó por la celosía de la ventana gritando: «¡Lena!,Lena!». Atravesó el manglar, sobrevoló la carretera y ante los vecinos que se asomaron a las terrazas de sus casas siguió gritando: «¡Lena,Lena!». Todos comprendieron que Lena estaba en peligro. Unos diez hombres, mujeres y niños atravesaron el manglar, se plantaron ante la casa de Lena y vieron salir por la puerta de la playa a Simoncito el cartero con la camisa desgarrada y la cara sangrando, mientras dentro se oía una voz rota pidiendo auxilio.

Don Arlingthon, el hombre del ojo de vidrio, que en cierta ocasión paró la música de un baile con un: «¡Stop the music!», para buscar por el suelo el ojo que se le había caído, sacó de la pretina de su pantalón un revolver oscuro, apuntó, disparó y dijo:

—Positivo.

Luego se puso a llorar.

.....

Capítulo 9

El anciano y la llave

Junio, 2016

.....

Entrañable despedida - Luis Ponce

El anciano encontró la llave en un texto de Julio Cortázar.

Las incógnitas que lo intranquilizan serían despejadas tarde o temprano. No en vano había vivido tanto tiempo y había buscado tantos caminos. Los puentes tendidos en las relaciones culturales le servirían para abrir la caja de Pandora en que se había convertido su vida cotidiana. Alguien había dejado escapar una situación en la que no hubiera querido estar. Cómo no cambiar papeles.

Entre buscar las ropas apropiadas, las suyas y las de Emma, recoger lo usado de ayer que aún estaba en el dormitorio y buscar un manual que lo guíe en este laberinto, se le han ido casi tres horas.

Lo más duro es bajar y subir las escaleras. La artritis le oprime los huesos, la casa que juega con él aumenta un par de escalones a la vieja escalera de madera.

Acosado por el reloj que lo empuja hacia el amanecer, busca ayuda especializada. Consulta con Carreño y Escudero Coll. Recurre a José Antonio Urbina y Alfonso Ussía, pero la información le huye, se escabulle. No hay nada específico que satisfaga sus requerimientos.

Su cerebro recorre la biblioteca mental que se acumula entre los recuerdos, desempolva escenas de sus lecturas relacionadas con el tema que le inquieta, mientras su cuerpo tiene que realizar unas actividades domésticas a las que no está acostumbrado. Escucha ceremoniosamente el Réquiem, a cuyo pesado ritmo pasa la escoba, dobla las camisas y enrolla los calcetines.

Luego, toma un descanso para otro café a las tres de la mañana. El aroma, aquel que acompañó sus vidas en frías mañanas hogareñas o en plácidas tardes de sapientes intercambios intelectuales, lo envuelve en una nube resplandeciente. Con el *Confutatis Maledictis* a todo volumen, bajo un cuadro de la Edad de la Ira de Guayasamín, cae en sus manos una edición de cuentos de Cortázar, donde encuentra la respuesta a las preguntas que le carcomen el seso.

Lo lee de un tirón.

Cuántas cosas ignoradas, cuántos detalles desconocidos, qué falta de

humildad, qué despreocupación de las costumbres. Porqué a los demás les puede pasar y a él no. Un vestigio de desconocida soberbia revolotea por sus gestos inconscientes. Pero pronto desaparece al encontrar en Cortázar la respuesta. Ahí estaba todo. En tres cuartillas su amigo Julio, el que lo había acompañado durante tantas tardes, le aclaraba las normas conductuales y le despejaba el camino hacia un compromiso inesperado.

Ahora sí cree estar preparado para una ceremonia a la que nunca ha asistido. Al estreno de una obra jamás escrita, a la primera presentación de una ópera para un solo ejecutante, a la premier de una película que nunca fue filmada. Al cierre de la tapa de un libro donde él había puesto la mitad de las palabras.

Abre las cortinas y extiende las mantas sobre las camas de los dormitorios del piso superior. El piso de madera cruje acompasadamente con sus articulaciones.

Se acerca a la placidez de Emma y le cubre los párpados con besos. Su rostro tiene esa magia que lo cautivó siempre. Sin edad. Para el amor no hay edad, el amor no distingue jóvenes de viejos y conserva a los ojos del amante el súmmum de todas las edades.

Los peldaños se le vuelven interminables y pesados a pesar de que desciende.

Mientras, en la cocina, la bebida baila a borbotones calientes y su aroma invade la casa, él se cerciora de la ubicación simétrica de los sillones de la sala, enciende dos lámparas esquineras, lava los floreros de cristal que tienen aún las huellas de antiguas gotas de agua y pasa un plumero por el último cuadro que ella pintara.

Se sirve una temblorosa taza de café y lentamente sube a acompañar a Emma.

Cuántas remembranzas guardan los peldaños. Mientras asciende, le vienen las imágenes a la memoria, solo buenos recuerdos. A su lado, ella sube a brincos los escalones mientras se ríe a carcajadas. O baja tristemente los peldaños cuando el dolor le sobrecoge el alma. Cuántos momentos fugazmente felices. Cuántos instantes en que el corazón le estallaba de amor por cualquier cosa. Por un gesto, una mirada, un mohín o una caricia.

Cuántos días y noches inolvidables bajo el permanente tintinear de su sonrisa. Y aún le queda amor para brindarle.

Pronto amanecerá. Sentado en el cómodo reclinable que ha estado cuarenta años en su dormitorio, da una segunda lectura a Cortázar para grabar en la memoria unas pautas que nunca creyó necesitar.

Viste a Emma con un primaveral vestido blanco con pequeños estampados de ageratum, cómodos zapatos de tacón bajo al estilo de Elizabeth II, níveos guantes de punto y un rocío de su Chanel Numero Cinco de toda la vida.

Cuando los gallos inician su concierto, toma su ducha mañanera y se viste con el más liviano y claro de sus atuendos: un terno blanco de lino crudo, con una camisa perla y zapatos de piel al tono. Acicala sus uñas y atusa su bigote.

Toma del vestidor su mejor sombrero de paja toquilla, un Fedora Classic de cinta negra, y lo deposita junto al libro en su sillón.

Después de atenuar con el aliento de su boca el frío de sus dedos, acaricia los pies de su esposa, al tiempo que en un adiós retrospectivo le agradece los años de compañía.

Parsimoniosamente, recoge sombrero y libro, y desciende hasta el estudio, con abatido orgullo, mientras el alba que desconoce amores, ingresa por las ventanas.

Un antiguo teléfono negro de mediados del siglo pasado le sirve de puente con el presente:

—Hola, hijo, tu madre acaba de fallecer.

En el antiguo Grundig se escucha a Julio Jaramillo sollozar las notas del pasillo “Sombras” de Rosario Sansores: “cuando tú te hayas ido, me envolverán las sombras”, que lo trasladan sesenta años atrás.

Sobre el escritorio reposa abierta generosamente la prosa de Cortázar: “Conducta en los velorios”.

Portiber el alquimista - Juanjo Urbán (Grumete)

El anciano encontró la llave en una estantería entre dos libros. Hacía tiempo que no la necesitaba, y se había vuelto loco buscándola. Sus aposentos daban fe de ello.

Con pasos firmes y una sonrisa como la de un niño cuando se le da un caramelo, se dirigió hacia la chimenea. En un recoveco introdujo la llave y se abrió ante él la pared del fondo. Encendió una antorcha y empezó a bajar los escalones de piedra. El olor a soledad y las telarañas inundaban cada rincón de la estrecha escalera. Llegó a una sala lúgubre e inhóspita, donde solo había una mesa de trabajo. Estaba repleta de ollas, crisoles, alambiques, vasos, redomas, morteros, filtros, coladores... Tenía todo lo necesario para que un buen alquimista pudiera hacer su tarea.

Volvió a ojear la carta que le había llevado el emisario del Rey Arthund Drysell, era el monarca de Odenwald desde hacía más de diez años desde la guerra de la “traición”. Así se llamó vulgarmente por las numerosas conspiraciones que hubo dentro del reinado de Borki Orinson.

La carta le decía:

«El Rey Arthund Drysell precisa de sus servicios urgentemente. Llegaron rumores que un gran alquimista se alojaba en una pequeña granja en las montañas, a unas horas a caballo. A bastantes de mis mercenarios les encantaría retirarse a un sitio tan tranquilo. Deseo no tener que recomendarlo. Como sabrá, hace poco contraje matrimonio con Geirla Tsarrae. Necesito un heredero, varón y con la fortaleza de un océano. Esperaré noticias antes del alba».

Para el Rey, la primera opción en busca de descendencia fue ir cambiando de esposas. La que no le podía dar su ansiado varón, se le desterraba a la isla del viento, además de cortarles la lengua. Se rumoreaba que el Rey tenía un “museo” exponiendo todos sus trofeos, las siete lenguas y centenares de cabezas, la deslealtad era castigada con vehemencia.

La primavera había llegado y para cualquier alquimista que dominaba la espagiria, era bastante fácil conseguir las plantas y flores necesarias para hacer una poción de la fertilidad. Solo un par de horas precisó para

encontrar todos los componentes que iba a utilizar, tenía mandrágora, ortiga, salvia, bardana.

Portiber se puso a trabajar, empezó a hervir todas las plantas para sacar el aceite de las mismas y el azufre de los vapores. Con la fermentación y la destilación del alcohol iba a conseguir el mercurio, y con las cenizas extraería la sal. Tenía los tres pilares básicos de la espagíria: azufre, mercurio y sal. Con los tres componentes más los aceites extraídos ya tenía la poción que necesitaba el Rey estéril.

Con la esencia en un frasco no más grande que un dedal, se lo ató al cuello de su halcón y se lo envió con unas indicaciones.

«La vida en una poción.

Tómeselo de una vez sin compasión.

Relájese, mantenga la ilusión.

Esperaré noticias, con satisfacción.

A su servicio su majestad, siempre a su servicio».

Al día siguiente los rayos del sol que entraban por la ventana despertaron al anciano. Empezó a hacer su rutina de todos los días, con una vitalidad mayor que un joven de veinte años. Aunque no se esmeraba tanto con la limpieza como los días atrás. Aparte de alquimista era hechicero, además pintaba y escribía. Desde hacía una década que solo se dedicaba a sus pasiones: pintar y escribir. Tenía numerosos libros escritos y múltiples pinturas, cogió un libro que lo tenía sin acabar, salió a la calle y se sentó debajo de un árbol milenario que daba muy buena sombra y empezó a escribir:

«La guardia del rey estaba ya formada y equipada, con su capitán a la cabeza. Salieron con sus caballos a todo galope, la misión que tenían entre manos así lo exigía...».

Un estruendo le hizo dejar de escribir, en la cara se le dibujó la misma sonrisa que cuando encontró la llave. Se levantó dejando el libro y la pluma en el suelo y se dirigió al camino. Tenía los brazos en jarras y su mirada clavada en el horizonte mientras el fuerte viento le hacía ondear la túnica y el pelo. La polvareda que se vislumbraba detrás de la colina y el sonido a herraduras, estimulaban a Portiber. Esperaba ansioso ver aparecer los blasones de la casa Drysell, los segundos se hacían minutos.

Otra persona estaría aterrada, la guardia real venía a matarle. Pero él estaba radiante, parecía que había rejuvenecido cincuenta años, consiguió ser leal a su auténtico Rey. Como le dijo en su coronación siendo el maestro alquimista del reino: «Le serviré hasta que me quede una sola gota de aliento, a sus pies su majestad Borki Orinson».

El coleccionista de llaves - Elizabeth Storm

El anciano encontró la llave en medio de la mesa de cristal, tal y como se lo había prometido. Sus manos, desgastadas y retorcidas como las ramas del olivo, se acercaron instintivamente al viejo bronce oxidado del diminuto objeto. Sin embargo, a apenas un milímetro de rozar el metal, sus dedos esqueléticos se detuvieron en seco.

—¿Qué sucede, viejo Tommy? —Tom no necesitó volver la cabeza para saber que el hombre sonreía por encima de su hombro.

—Esta no es mi llave —dijo secamente, luchando contra el temblor de sus manos. El anciano pudo oír claramente el crujir del gatillo detrás suyo, a punto de ser pulsado, mientras el frío cañón del arma acariciaba su pelo encanecido.

—¿A no? ¿No lo es, Tommy? —preguntó alegremente el hombre detrás suyo. El silencio se volvió tan denso que Tom pudo saborear su amargo grito. Los latidos de su corazón resonaban como un martilleo constante en sus venas, a punto de explotar. La sangre quería salir. La sangre quería brotar.

—Nada de trucos, Jack. Esta no es mi... —Tom esperaba el disparo pacientemente. Escuchó el disparo incluso antes de que el hombre pulsara el gatillo, ensanchando su sonrisa de reptil. El pesado cuerpo del anciano cayó sobre la mesa de cristal, quebrando su reluciente superficie en mil pedazos bajo un ensordecedor estruendo.

En un instante, su cabeza abierta yacía a los pies de Jack, sumergiendo sus immaculados zapatos en un reluciente charco escarlata. Este, observando la escena como espectador complacido, tardó unos instantes en reaccionar. Cuando sus oscuros ojos, emanando destellos inhumanos, se alejaron al fin de un extraño estado hipnótico, el hombre dio un leve puntapié al cuerpo del anciano, abriéndose camino en medio de la estancia.

—Nada de trucos, viejo Tommy. —Su mirada resplandecía más que nunca—. Nada de trucos.

Y con un hábil movimiento de las manos, sacó una diminuta llave de bronce oxidado de su bolsillo, idéntica a la que reposaba a sus pies, sobre

cientos de afilados y relucientes trozos de cristal.

Jack paseó sus relucientes zapatos sobre el parqué manchado, hasta detenerse frente a una gran puerta de roble. Introduciendo la pequeña llave en el oscuro ojo de la cerradura, giró el objeto en su interior, y abrió la puerta acompañado de un sordo crujido.

El olor a humedad impactó contra su rostro, mezclado en una gran nube de polvo.

—Nada de trucos.

El suave tintineo de cien llaves chocando entre ellas, balanceándose perezosamente, cada una colgada cuidadosamente de su gancho en la pared, rebotó por las claustrofóbicas paredes desgastadas del viejo almacén. Jack colgó las dos llaves idénticas junto a las demás, cada una en su viejo gancho. El aire viciado relucía como una galaxia, iluminado por el destello del metal bajo la fría luz tenue de un viejo fluorescente.

Jack olió el polvo y los años dentro de la habitación, y con ellos algo más: tal vez un leve trazo de su perfume, o ese aroma de su pelo que ya casi había olvidado. Jack la olió a ella entre las paredes de toda la casa, y casi la pudo ver reír dentro de cada destello, cada llave. Del mismo modo que la gente veía a un asesino en un enamorado como él, Jack vislumbró un camino en esas llaves: una puerta hacia su amada. Nadie lo veía, por supuesto. Pero al fin y al cabo, la magia, al igual que el amor, no se ve: se siente.

El coleccionista de llaves cerró la puerta, y tachó un nombre más de su lista. Una llave más, un paso menos.

La llave - José María Moya

El anciano encontró la llave en la cama, a su lado, sobre la huella de un cuerpo de mujer, en las sábanas, aún tibias y muy arrugadas.

Perplejo, cogió la llave y saltó del catre. Llamó a su mujer:

—¡Adelaida!

El silencio respondió a su llamada. Sus pies temblorosos tomaron posesión de sus cálidas zapatillas. Se dispuso a franquear la puerta del dormitorio para adentrarse en la penumbra del salón de la casa. Volvió a llamar, aunque tenía la sensación de que sería inútil.

—¡Adelaida!

Tomó el chaquetón del respaldo de una de las sillas, y se lo puso. Tendría que salir y utilizar la maldita llave. Otra vez el maldito juego. Comenzaba a estar harto de tanto buscar, de perseguir, de mantenerse en alerta día y noche, sin saber exactamente para qué.

Salió a exterior de la casa, y se dispuso con el mejor ánimo que fue capaz, a jugar...

La luna se reflejaba a lo lejos, sobre las montañas, aún con nieve en los neveros. La temperatura era gélida, y el vaho que exhalaba su respiración no se congelaba por poco. Caminó despacio, con cuidado extremo, no fuera a ser que se cayera y complicase más la situación.

Extrajo una linterna de su bolsillo interior del grueso tres cuartos, y la encendió para alumbrarse un poco, aunque la claridad de la noche era excelente. ¿Por dónde empezar esta vez?

—¿Adelaida?

Esta vez su voz sonó menos perentoria, como más íntima, casi como una súplica. Pero el silencio seguía siendo la respuesta. Miró su reloj, casi las cuatro de la mañana. Apretó el paso, arrebujándose en su abrigo. Sus fuerzas no estaban para florituras, pero no iba a abandonar fácilmente.

Sus pasos resonaron en la oscuridad, encaminándose hacia el cobertizo, cerca del pozo. El haz de luz era suficiente para determinar a corta distancia, lo que se tenía delante, aunque no con suficiente detalle.

Algo parecía interponerse en su camino. Una especie de bulto en el camino. Se acercó impaciente. Levantó una manta que tapaba...

—¡Joder! —increpó sin saber bien a quien.

Debajo de la manta había una caja. Intentó su apertura, sin éxito, por la fuerza bruta tradicional. Nada. Nada de nada.

Se quedó mirando fijamente la manufactura de la caja, que le resultaba familiar. Tenía una especie de grabado, un arañazo aquí y allá, cosas que le hacían sentir que conocía el origen de la caja. Observó la cerradura... ¿Y si....

Llevó la llave a la cerradura y esta se deslizó casi como por arte de magia. Suspiró. Levantó la tapa, y se quedó helado, si esto era posible.

—Adelaida, Adelaida.

Volvió a suspirar, y de nuevo sus pasos, después de incorporarse, se dirigieron a la casa. Volvió a entrar y se recostó en el sofá. Se quedó dormido en el acto.

Desde arriba, en la buhardilla, Isabel sonrió. Otra noche que había ganado la batalla a Alois, el alemán.

Después de taponarlo, se acurrucó a su lado, en el sofá del salón, por la mañana sería otro día. Depositó un beso sobre la mejilla del hombre y suspiró, casi para ella

—Te quiero, papá.

Gente equivocada - Elvis Christie

El anciano encontró la llave en un hueco natural de la piedra que conformaba la jamba del portalón de su casa. «¡Qué extraño!», murmuró para sí. No recordaba haberla dejado allí.

—¡Qué extraño! —repitió en voz alta mirando la llave por todos sus costados.

Siempre solía dejarla en el mismo lugar, dentro del buzón de correos que estaba adosado a la fachada (como en todas las casas de su calle), de donde la extraía a través de la ranura inferior con sus finos dedos. Es más, por lo que podía recordar, desconocía la existencia de aquel hueco. Últimamente su memoria había ido a peor y a ello se debía que expresase sus pensamientos en voz alta; notaba que así las ideas quedaban mejor arraigadas en sus recuerdos.

Tras abrir la puerta, accedió al zaguán sintiendo ya una sensación incómoda, de ajenidad. Avanzó renqueante por el pasillo mirando perplejo unos cuadros que no recordaba. «Maldita memoria» iba a exclamar al entrar en la estancia principal, pero las palabras murieron en sus labios al ver la disposición del mobiliario. Aquello ya no podía ser una cuestión de memoria. Sencillamente, no era su casa.

—¡No me lo puedo creer, me he metido donde el vecino! —casi gritó, manifestando de viva voz su contrariedad.

Concediéndose cierta indulgencia («¡Qué le vamos a hacer!», mascullaba), se giró para abandonar el lugar y se dio de bruces con un individuo que en ese momento entraba en la sala. ¿Sería el vecino? El anciano no recordaba en ese momento su nombre ni era capaz de ponerle cara. Atolondrado y asustado, iba a farfullar una excusa cuando algo en la expresión del desconocido le hizo quedarse callado. Aunque los rasgos le resultaban familiares, en ese rostro había hostilidad y violencia contenida. Nada propio de un vecino de siempre y menos por un error tan tonto como equivocarse de puerta. Al fin y al cabo, se conocían de toda la vida, creía.

—¿Tú qué coño haces aquí, eh? —le gritó en la cara el intruso -aunque, a decir verdad, el intruso era él-.

—Yo, yo... yo me he equivocado. Perdón, ya me voy.

—No vas a ir a ningún lado, viejo —contestó el recién llegado interponiendo su cuerpo entre Fermín -que así se llamaba el anciano- y el vano de la puerta, impidiéndole la salida.

Al tiempo y desde otra habitación entraba en la sala un segundo sujeto cargando en sus brazos una voluminosa caja de cartón.

—¿Pero qué ...?! —arrancó a hablar el último sin terminar la frase, interrogando silenciosamente a su compañero con un levantamiento sucesivo de la barbilla y los hombros a la vez que dirigía la mirada hacia Fermín.

—Ya me encargo yo —contestó huraño el primer desconocido tomando del codo a Fermín y arrastrándolo hacia afuera. Antes de llegar a la puerta principal, Fermín se dirigió suplicante a su acompañante:

—Mire, le pido disculpas. Creo... Creo que me he equivocado de puerta al entrar. Me falla bastante la memoria, ¿sabe usted?, y no era mi intención molestarle. Pero ya me voy. No, no... no he tocado nada, se lo juro.

El desconocido se lo quedó mirando a los ojos durante unos instantes con una expresión indefinida, como valorándolo y, exhalando un suspiro, lo empujó a la calle mientras componía forzosamente un gesto casi amable.

—De acuerdo, de acuerdo. No pasa nada. Ale, váyase usted, que ya es tarde y aquí no ha pasado nada.

El desconocido volvió al interior cabizbajo y pensativo. Entró en la sala, donde su compañero se afanaba en llenar la caja con cuantos objetos de valor iba encontrando, y lo miró cariacontecido.

—Ya está —se limitó a decir.

—¿Qué has hecho con él? —lo interrogó el otro sin dejar de rebuscar en cajones y muebles.

—Nada. Lo he dejado ir.

—¿Qué?! ¿Estás gilipollas o qué te pasa? ¿Y si nos denuncia?

—Y ¿qué mierdas querías que hiciera? ¡Es mi padre, coño! —Se revolvió, descompuesto—. Pero tranquilo —añadió con pesar—, ni siquiera me ha reconocido y mañana no recordará nada. Tiene Alzheimer.

El cajón del olvido - Shira M. Collins

<http://www.shiramcollins.wordpress.com>

El anciano encontró la llave en el fondo del cajón del olvido. Deseaba abrir la puerta de su memoria antes de que la muerte se presentara y le pillara con la maleta vacía. Tembloroso metió la llave, la giró y empujó despacio la puerta. Al otro lado se encontró con un pasillo enmoquetado de rojo granate, las paredes blancas como la cal y puertas de color azul intenso a cada lado, que parecía no tener fin. Cuando pisó la moqueta todas las puertas se abrieron a la vez.

Miró en la primera habitación que había a su derecha. Una cama de hospital donde su madre estaba tumbada. Le veía el dolor en la cara, pero al mismo tiempo estaba feliz. Su padre se paseaba por la habitación sin saber qué hacer con las manos que le sudaban sin parar. No quiso mirar más.

Pasó delante de varias habitaciones sin detenerse. Se detuvo en una a su izquierda. Era una cocina. Tendría unos diez años. Era verano. Estaba sentado en la mesa mientras su madre le preparaba la merienda, un bocadillo de chocolate. Mientras su madre le daba el bocadillo, el teléfono del salón empezó a sonar y ella fue a cogerlo. En el primer mordisco escuchó el grito de su madre, un grito que se le quedaría clavado en los oídos durante mucho tiempo. Volvió a sentir aquel golpe sordo en el pecho, trabajar en la mina tenía sus riesgos. Tiró de esa puerta con rabia.

Continuó andando hasta que se detuvo en otra habitación donde vio a un adolescente. Tendría unos catorce años y estaba rezando en el colegio de los Padres Josefinos. Su madre le había enviado allí al no poder hacerse cargo de él. Para él en parte fue un descanso, y aunque el sentimiento de abandono a veces le visitaba, allí la vida no giraba en torno al fantasma de su padre. Una mezcla de alegría y lastima le inundó, echaba de menos a aquellos “hermanos”. La dejó abierta.

Avanzaba sin saber qué habitación mirar, cuando un olor dulce le hizo detenerse. Cerró los ojos y se dejó guiar a la derecha por aquel olor a melocotón. Se asomó era la cafetería “Le Café Noir” de París. La vio a ella, Chloë, con su larga melena castaña recogida en una trenza, acompañada

de un flequillo rebelde y los labios pintados de rojo cereza a juego con el vestido que marcaba sus curvas. Él entraba en la cafetería, y con su medio francés le preguntó a primer camarero por una calle. El camarero no le hizo caso. Chloë se levantó arrastrando las miradas de muchos de los hombres que estaban en la cafetería. Se acercó a él y le agarró del brazo. Le dijo en un francés que él pudo entender, que le había estado esperando y que como siempre llegaba tarde. Él se quedó mirando dentro de aquellos ojos verdes, sin decir nada, mientras Chloë tiraba de su brazo para sacarle de la cafetería. Anduvieron un rato en silencio. Chloë no se soltaba del brazo. Él no decía nada, pensaba que si hablaba se rompería la magia, que ella desaparecería. Ella se detuvo en seco. Le habló en español y le indicó que esa era la calle por la que había preguntado al camarero. Sacó del bolso un bolígrafo y un papel donde le apuntó su nombre y número de teléfono. Él le dijo que se llamaba Antonio. Chloë se despidió de él con un beso en la mejilla que aún hoy podía tocar. Los recuerdos de una vida volvieron de repente a su memoria. La historia que escribieron juntos, poco a poco, sin prisa, sin pausa, con sus más y sus menos, sus discusiones en dos idiomas, sus hijos. La piel se le erizaba recordando sus labios, sus caricias, su piel bajo la suya y el olor a melocotón.

Durante un rato se quedó parado delante de aquella habitación. No sabía si quería continuar por el pasillo, o quedarse en aquella habitación. Después de un buen rato supo que había llenado su maleta con lo importante. No quiso mirar más y siguió andando por el pasillo hasta el final, no quería ver a Chloë desaparecer consumida por el alzhéimer.

Llegó a una puerta verde, con la palabra “Empujar” en letras doradas. Lo hizo con suavidad, empujó la puerta sereno y tranquilo. Al otro lado una mujer de unos cincuenta años, con un vestido verde de tirantes y unas sandalias a juego le estaba esperando. Una placa dorada en el tirante izquierdo la identificaba como “La Muerte-Aux.1998”. No era como se la habían pintado. No daba miedo, no llevaba guadaña y transmitía paz. En sus manos portaba una lista que miró. Se presentó a Antonio, le dio la bienvenida y le acompañó a una de las mesas que había cerca de la puerta donde estaban sentados su padre y su madre. Los abrazó con fuerza.

Estaba a punto de sentarse cuando el olor a melocotón volvió. Al darse

la vuelta vio a Chloë, de pie, con el vestido rojo cereza. Se miraron. Ella le agarró del brazo, él la rodeó con los suyos. Cerró los ojos dejando que el olor a melocotón le envolviera.

Oyó cómo sus hijos lloraban, mientras la puerta de su vida se cerraba.

Su gran secreto - Henar Tejero

El anciano encontró la llave en un rinconcito del cajón de su mesilla. Mil recuerdos brotaron en su mente de repente, como si una parte de su pasado recobrara vida. Jang era un superviviente de aquel atroz bombardeo de Hiroshima de un día de agosto de 1945.

Yukiko, su mujer, trabajaba en un hospital en las afueras de la capital, donde los heridos de guerra se amontonaban por los pasillos cuando las habitaciones estaban saturadas. El trabajo era agotador y había que obrar con frialdad viendo tanta crueldad y locura por parte de sus enemigos los aliados.

Jang era campesino y ese día había viajado a un pueblo cercano a vender sus verduras en el mercado, como cada semana.

De repente el horror se apoderó de él. Una columna de humo ascendió rápidamente. En el centro se observaba un terrible color rojo. La turbulencia se extendió propagando los incendios con enormes llamaradas. Era imposible contar los incendios. Se propagaron por todas partes. Lanzó un alarido ensordecedor y observó como las casas se habían derrumbado a su alrededor. La bomba había destruido todo lo que se encontraba sobre el suelo. Él se había refugiado detrás de unos montones de cascotes y había logrado sobrevivir. La base del hongo producía una densa niebla y la ciudad, junto con las colinas, estaban desapareciendo bajo el humo violáceo. El olor a azufre parecía inundar el aire, haciéndolo irrespirable.

Este quería echar a correr, pero no sabía qué dirección seguir. Todo era caos, como un laberinto pedregoso. La gente corría sin rumbo, gritando, buscando un porqué, buscando un motivo que respondiera a tanta desolación. Otros lloraban desconsoladamente, si es que reunían fuerzas. Sus propias lágrimas lavaban sus rostros, algunos ya desfigurados por las llamas. A medida que avanzaba iba esquivando cadáveres, que se hacían más visibles al disiparse la niebla caliente y punzante que le ardía en el pecho.

«¿Dónde estará mi amada?». Este fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza tras observar tanta barbarie y calamidad. Quizás nunca

podiera volver a reunirse con ella. Esa sería su mayor desolación.

Siguió avanzando entre edificios derruidos, desorientado, borracho de tanta lluvia negra. Al poco acertó a ver las ruinas de una iglesia que le era familiar y avanzó en dirección este. Lloró sin más, guiado por el sentimiento de esperanza de encontrar a su mujer, y a la vez por el miedo que se apoderaba de él si no le encontraba. Sus lágrimas mostraban agotamiento e impotencia, dolor e indignación y la lucha por seguir el camino que había emprendido.

Por fin, llegó al barrio donde se encontraba el hospital y lo vio a lo lejos, observando que era de los pocos lugares que aún se mantenía en pie. Los alrededores estaban atestados de supervivientes que hacían cola para ser atendidos. Algunos mantenían la calma a pesar de su pavoroso estado, quizás esperando un milagro.

Logró entrar tratando de esquivar con la mirada los cuerpos, muchos arrugados como un papel por las llamas, otros infestados y con llagas. La buscó por todas partes, incluso preguntó a algunos compañeros del hospital y no halló respuesta. Todo era confusión y caos. Nadie recordaba nada con lucidez aparte de la explosión. Entonces fue a los vestuarios y buscó en su taquilla. Era fácil localizarla, pues se podían leer sus nombres. Esta estaba abierta, revolvió entre sus ropas y encontró su bolsa de aseo, unas llaves y unas fotos. Observó una llave suelta, pequeña, como de una caja fuerte, lo cual le intrigó bastante, pues ella tras sus diez años de casados nunca le había ocultado nada. No parecía saber el significado de la palabra secreto, en cuánto a su vida de pareja. Jang hurgó nuevamente entre sus cosas, buscando respuestas. Entonces entre sus fotos vio una carta sin dirección. Pensó que era el momento de leerla. «Ahora o nunca», se dijo. Sintió que hacía algo malo, que invadía su intimidad, pero no podía parar de leerla. Quizás le diera una pista de dónde estaba. A medida que iba leyendo sintió un vuelco en su corazón. La alegría le invadió. Era una carta de amor, dedicada a él, claro está. Su cumpleaños se acercaba y ella le tenía preparado un regalo (oculto en algún lugar, para él secreto).

No volvió a ver a su amada, pero guardó sus pertenencias con recelo, como queriendo anclarse en el pasado, sin el estallido de las bombas,

manteniendo la alegre y cotidiana vida que les había hecho felices sin más, sin ningún motivo en especial salvo el estar unidos y compartir sus pequeños momentos.

Durante varios años le había buscado en distintas organizaciones dedicadas a indagar sobre los desaparecidos tras el desastre, aunque sin ningún éxito. Se contaban por miles los que se fueron sin dejar ni rastro y nadie sabía nada de ellos, a pesar de que sus seres queridos seguían manteniendo la esperanza, quizás negándose a la evidencia... quién sabe.

Jang no volvió a rehacer su vida. Había vivido con su hermana durante todo este tiempo. Ambos se habían quedado solos tras esta situación y decidieron acompañarse el uno al otro, curando su doloroso duelo.

Un día este recibió una carta de una de las ‘Asociación de Desaparecidos de Hiroshima’ con una noticia que le dejó perplejo y estupefacto. No daba crédito a lo que estaba leyendo: Habían encontrado la dirección de una tal Yukiko Kimoto en una ciudad cercana.

Sintió su corazón como un caballo desbocado y trató de sosegarlo. Entonces lloró sin poder evitarlo... de gozo.

Al día siguiente cogió un autobús rumbo a su destino. No sabía qué le diría o si ella querría verlo, pero tenía que intentarlo.

Al llegar a la casa, vio que había una barbacoa en el jardín. Una mujer de mediana edad se le acercó:

—¿Busca a alguien señor? —le dijo amablemente.

—Sí, a una vieja amiga. Yukiko Kimoto.

—Pase, está en la casa. Celebramos una fiesta. Tenemos carne a la brasa y bocaditos. Está invitado.

Zona X - Yubany Checo

El anciano encontró la llave en el falso del piso de madera donde hace años la había escondido. La sintió herrumbrosa y cubierta por una fina capa de polvo. Había ocultado el secreto hasta este momento.

Recibió a los pacientes con la amabilidad que le distinguía:

«Póngase cómodo y cuénteme», les decía.

Su estilo no era novedoso pero conservaba los buenos modales que muchos olvidaron después que se declaró el derecho a la inmortalidad. Todos creían merecerlo.

Su oficina a media luz con un sillón en piel negra y una silla reclinable facilitaba que cualquiera le contara sus problemas. Durante los primeros años de la promulgación del derecho los pacientes iban a consulta por los casos habituales: bullying, infidelidad, depresión. Después empezaron a llegar casos de otros tipos como el del señor carnicero de la ciudad quien decía:

«Estoy cansado de esta vida».

«¿No le gusta ser inmortal?».

«El problema es que no hay nada que perder. La vida era lo más valioso y ahora puedes tomar cualquier riesgo sin que la pierdas. No hay emociones. Por eso alguien como yo piensa en morir. ¿Es normal doctor?», preguntaba el hombre con las manos dobladas detrás de la cabeza.

La firma del decreto presidencial aprobando la inmortalidad produjo una algarabía general.

Por unos minutos miró la jeringa que sostenía entre sus dedos mientras acomodó su cabeza en el sofá. Tenía ese presentimiento que le hizo colocarla dentro de la mesita de noche, cerrarla con llave y esperar hasta despejar su mente. No había nada malo en hacerlo, pensó pero se quedó dormido.

La mayoría lo hizo a la media noche como decía el instructivo. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho como ellos, sin dudar, sin pensarlo tanto.

Era de madrugada cuando los gritos lo despertaron. Se escuchaban

remotos y débiles hasta que los percibió en las casas vecinas. A los gritos le siguieron ruidos como de cristales rotos que hasta hoy no entendió. Se asomó por la ventana cuando los soldados de la armada sacaban a las personas de sus casas y marcaban las puertas con una X roja. Así hicieron con los escogidos. Miró a sus vecinos caminar lentos, con la mirada perdida y sin oponer resistencia. Los camiones los esperaban.

El hombre quería tiempo para llevar a cabo todos sus sueños. La ansiedad que le provocaba envejecer sin lograr sus metas y el miedo a la muerte ya tenían solución con la inmortalidad. Pero aquellos ciudadanos que vivieron por mucho tiempo expuestos a grandes traumas fueron los primeros escogidos en la ola de exterminio. La inmortalidad fue entonces un derecho exclusivo. El gobierno decidió quien sería inmortal y quien debía morir bajo el pretexto de un colapso de recursos si todos vivían eternamente.

El estuche les llegó a sus buzones. Contenía una jeringa, instructivo y una ampolla de una solución incolora, no percedera. La explicación era que la inyección liberaba un nanobot en la sangre que eliminaba la basura genética acumulada en las células. Así los órganos se regeneraban y el envejecimiento se detenía.

«Abra la puerta», le gritaron desde afuera volándole la cerradura de una patada. Escondió la llave y corrió hacia la parte trasera de la casa. Oculto detrás del rosal, las espinas le rasgaron la mejilla derecha. Sentía la sangre caliente bajándole hasta el cuello. Contuvo la respiración hasta no hacer ningún ruido.

Luego se supo: la inyección para los escogidos no era la de inmortalidad sino la de obsolescencia, aquella que aceleraba la vejez y dejaba a la memoria sin recuerdos. Por eso la reacción de inconsciencia de los desafortunados cuando se veían al espejo. Su cerebro no distinguía a la persona vieja que se reflejaba después de la inyección. Luego morían.

Por varios días buscó comida en las casas marcadas.

¿Cuántos quedaban como él? Podría ser el único hombre mortal en toda la ciudad.

Cuando la misión de las tropas terminó, cruzó el cerco fingiendo ser uno de ellos: un inmortal. A los meses, sus estudios de psicología le

ayudaron abrir un consultorio en una calle céntrica.

No recuerda la última vez que alguien murió. Los niños crecían, los accidentes de tránsito y enfermedades continuaron. El gobierno se preocupaba por aumentar la producción de alimentos y administrar los recursos naturales. Algunas iglesias y escuelas funcionaban de manera clandestina. No eran necesarias.

Esa mañana abrió la puerta del consultorio. Un sobre blanco estaba en el piso. Lo recogió y leyó:

Debió morir hace años como ellos. Ha ocultado muy bien sus arrugas y canas pero he notado que envejece. Imagino lo que siente cuando se mira al espejo y ve su cicatriz. Pero lo que le ocurre a usted es la esperanza de muchos como yo, los que queremos revertir el proceso. Supongo está cansado de fingir ser uno de nosotros, un inmortal. Yo lo entiendo. El gobierno busca restablecer el envejecimiento pero necesita un ADN que se conserve intacto. Se lo que pensara ahora. Lamento que su esposa también muriera por este capricho. Le aconsejo cooperar. Sería hermoso volver al ciclo de la vida: nacer, crecer, reproducirse y luego morir. Lo que antes nos provocaba miedo ahora es un anhelo. Usted tiene lo que buscamos gracias a su indecisión de no morir esa noche. Será bien recompensado.

El falso piso quedó en la misma posición. Metió la llave en la cerradura de la mesita. Acarició el sofá; miró por la ventana como evocando a los vecinos, a los soldados, a los camiones encendidos.

Tomó la jeringa con una mano. Golpeó la cefálica con su índice. Nunca estuvo tan decidido. Condenaría a todos a la inmortalidad. La aguja metálica le abrió la piel. Un golpe repentino en la puerta. Luego unos pasos subiendo los escalones hasta detenerse en el umbral de la puerta de su habitación. Alguien la abrió. Él, frente espejo, no pudo gritar.

«¡Detente!», le ordenaron.

La jeringa cayó al suelo. Cuando se acercaron, sus manos aun temblaban.

La historia del abuelo - David C.

El anciano encontró la llave en la pequeña taza que le había obsequiado su padre, antes de irse a la guerra. Caminando muy despacio por el reuma y otros males de la vejez, se dirigió a un viejo baúl.

Cinco niños sentados en círculo le esperaban. La niña menor; Lifa, le observaba asustada. Nunca había visto el rostro de su abuelo tan triste y sombrío. Ella, hacía poco había preguntado a su abuelo si era cierto que en la antigüedad los árboles hablaban.

Su abuelo la había mirado, su rostro sonriente había desaparecido. Después de un largo silencio, quito la pipa de su boca y se levantó a abrir ese sucio y viejo baúl.

Con dificultad, forzó el cerrojo con la llave, quizás ya oxidado por el tiempo, hasta que al fin, con sus manos temblorosas y un leve quejido, levanto la tapa. Sacó un rollo de papiro, y se dirigió al pequeño grupo de sus nietos inquietados por su repentino cambio de humor.

—Lifa mía —dijo el abuelo—, esto es algo les debí leer hace mucho tiempo. Es una carta de mi padre.

Desenrolló el papiro y después de tragar una bocanada de humo de su pipa, comenzó a leer:

«Querido hijo, han pasado quince años desde que salí con nuestro cacique ilos Dioses bendigan su vida! Ahora, hemos regresado. El ejército más fiero del Saliente, en la primera colina de nuestro reino. Pero hemos quedado impotentes ante lo que ven nuestros ojos. ¡Oh hijo mío! Nunca pensé que nuestro viaje fuera en vano, y que nuestros propósitos se viesan burlados. Lo que debía convertirse en la celebración de victoria. Es ahora un gemir de derrota. Mis ojos, secos por la ferocidad de la guerra; han roto en llanto. Mis rodillas, fuertes por el temple del combate; han temblado y flaqueado. Estoy aquí de rodillas, junto a mis camaradas. Caímos, temblamos, lloramos. Lo que nuestros ojos ven, duele más que dolor de los golpes. Arde más que las puntas de flechas. Arde el pecho, conmueve el alma, cuando vemos esta barbaridad. Hemos sido deshonorados del honor por el cual luchamos. Nuestra gloriosa consigna, ahora solo son palabras vacías. Ese bosque, el que tanto defendimos, con

árboles hermosos, frondosos y de voluntad propia, ha sido destruido. ¿Por qué? ¡Hemos vencido al enemigo! ¿Por qué no hay árboles?».

El llanto del abuelo no le permitió seguir leyendo. Intentó detener su llanto nostálgico con un jalón a su pipa. Los niños le observaban inquietos. Lifa observó a su hermana mayor con ojos sorprendidos. «¿Qué le pasa al abuelo?», deseaba preguntarle. Kani le observó como diciendo «Cuidado con lo que dices niña». Pero Lifa no se detuvo.

—Abuelo, ¿por qué el bosque significaba mucho para tu padre?

—Ese era sin igual. Eran arboles con verdadera vida. Eran parte de los habitantes de este reino. No como los comunes arboles de hoy.

—Pero, ¿qué los hacía especiales?

—Podían mover las ramas y ayudarte a cargar. Tenía voces especiales y solían cantar canciones en el alba y al crepúsculo. Con ellos no existía la cosecha, ellos nos daban sus frutos, porque nos amaban, y querían congraciarse con nosotros. Podían moverse y emigraban de una parte del reino a otra. Pero si tratabas bien a un árbol, y le amabas, este podría decidir quedarse contigo.

—¿Y qué les pasó? —preguntó Nani, el hermano gemelo de Lifa.

—Los reinos del norte destruyeron sus árboles para vender la madera a los reinos del Poniente. Y querían venir a destruir los nuestros, al reino del Saliente. Nuestros padres lucharon quince años contra ellos y los vencieron.

—¿Y dónde están ahora? —preguntaron Loni y Pesa al mismo tiempo.

—Yo... —dijo el abuelo con las manos temblorosas. Y cogió el rollo de papiro y continuó leyendo.

«¡Oh hijo mío! Luchamos ferozmente contra nuestros enemigos. Esos desalmados que cortaron sus divinos y mágicos bosques. Y que pretendían cortar los nuestros. Y nosotros le hemos castigados por esa barbaridad. Los Dioses lo permitieron, por su gran insulto. Pero ahora, que estamos de regreso, no nos dignamos a caminar por esa tierra mancillada, con la conciencia burlada. Pues nunca, ni en nuestros más remotos pensamientos y augurios, se nos ocurrió que nuestros verdaderos enemigos eran ustedes, nuestros hijos. Luchamos y vencimos a reinos, pero fueron ustedes nuestros hijos, que cortaron nuestros bosques, a los

que tanto defendimos».

El abuelo enrolló el papiro. Lifa miraba sus manos temblorosas y muchas preguntas venían a su mente. No podía creer que era cierto. ¡Los árboles que hablaban fueron reales!

—Abuelo, ¿dónde se pueden encontrar esos árboles?

—He escuchado a algunos viajeros que muy al Sur, han sido vistos árboles que no dan fruto en ninguna estación del año. Dicen que de pronto aparecen. Nadie sabe qué tipo de árboles son. Y cuando alguien tiene la intención de cortarlos, un día antes desaparecen. Pero solo son puros cuentos.

—¿Por qué crees que solo son cuentos? ¡Alguien debió esconder algunos!

El abuelo sonrió.

—Yo estaba allí cuando cortaron el último. Yo di la orden. No hay más. Yo lo sé.

Lifa pensó en los árboles. Se imaginaba a ella jugando con ellos. Acariciando sus ramas. Comiendo sus frutos.

—¿Por qué no vamos a buscarlos? —dijo Lifa a los demás.

—¡Porque es imposible! —respondió Kani—. ¿No has escuchado a los sacerdotes? El Sur está lleno de criaturas horribles. Y adoran a otros dioses.

—Sí —dijo el abuelo—. Para llegar al sur hay que pasar pantanos, bosques tenebrosos y muchas cosas horribles. Sin mencionar el Estrecho de Ronli.

—¿Qué es el Estrecho de Ronli? —Loni estaba curioso.

—Es un espacio de tierra entre dos mares que une las tierras del sur con la nuestras. Y está dominado por Ronli. Nadie lo ha visto y ha vivido para contarle.

Lifa salió al patio y observó los árboles. Seguía pensando en ellos. Se quedó observando el atardecer hasta que el sol se escondió detrás de la colina quebrada. Ella tenía un plan.

Un día duro - Jordi Lafuente

<https://jordilafuente.wordpress.com/>

El anciano encontró la llave en el mismo lugar donde la dejó veinte años atrás. Al levantar la piedra, unos insectos, indistinguibles para la mirada velada del anciano, correataron en distintos sentidos. Un abrazo de raíces blancas atrapaba la llave. Al liberarla de su cautiverio, una lombriz, que para él fue una mancha rosada que desapareció, se enterró en el barro. Cuando se levantó, sintió un leve mareo y se puso la mano en el pecho, agarrándose a la barandilla de la entrada. Cuando se repuso, entró en la casa.

El sol del atardecer reflejado en el polvo persistente que flotaba por la estancia, creaba bloques de luz naranja. Mientras arrastraba sus pasos por la saqueada estancia, el aire le olía a recuerdos encerrados. Habían forzado una de las ventanas y se lo habían llevado todo. Lo único que quedaba era el viejo sillón que su padre compró a un artesano del barrio de Chiyoda.

La pared estaba decorada con una caligrafía de múltiples colores que el anciano no conseguía entender. Un colchón moderno pero viejo, exhibía sus muelles sin ningún pudor y una lata de comida alimentaba a las moscas de plata que rompían el silencio con su zumbar. La cocina había corrido la misma suerte que el resto de la casa. Algunos restos de madera carcomida y agujeros en las paredes, pero ni rastro de los armarios. Su mano temblorosa abrió el grifo de la pica y tras un breve gorgoteo brotó un líquido marrón. El anciano bebió de aquella agua abandonada sin importarle el terrible sabor que tenía.

Subió con dificultad las escaleras y abrió únicamente su habitación. Quería que el resto quedasen intactas en el recuerdo. El vacío de la habitación era insoportable. De nuevo se cogió el pecho. Se acercó con nostalgia a la ventana. Tenía el sol del ocaso en su piel cuando miraba el viejo cerezo deshojado que se extinguía delante de la casa.

Recordó cómo se fueron cerrando las habitaciones una a una conforme su familia las abandonaba. Primero se marcharon sus padres: él, cáncer; poco después ella, acuario de sus propias lágrimas. Por último se marchó

la bromista de su hermana pequeña que, por sorpresa, encarceló a un conductor ebrio. Lamentando las horas, después los días y por último los años, perdió su vida en la soledad de aquella casa, hasta que casi mudo, se marchitó a otro barrio sin mirar atrás. Los seguros de sus previsores familiares le permitieron buscar la felicidad. Quiso encontrarla en algún amigo fugaz, en su ex mujer y en una acentuada afición por el coleccionismo, pero nada de eso funcionó. El amor lo esquivó desde muy temprana edad. Con el tiempo volvió a su soledad y al lamentar de los años, de los días y por último de las horas. Esa misma mañana se despertó con la sensación de que aquella ya no era su casa y un dolor en el pecho que no le dejó ni comer. Por la tarde, desde algún profundo lugar de su ser, resonó la risa de su hermana que lo trajo de nuevo a esta casa, a esta ventana.

El sol empezaba a esconderse detrás de las casas del vecindario cuando, resuelto, como si hubiese encontrado una razón para moverse, atravesó la sombra de su antiguo futón que el sol había definido pacientemente sobre el tatami, y se dirigió al hueco del armario empotrado. Rompió el papel de un lateral y, con dificultad, sacó de las entrañas de la pared una antigua caja metálica de galletas de arroz. Bajó de nuevo a la estancia principal y se sentó en el viejo sillón. Antes de abrir la caja, entre sudores y jadeos, sintió de nuevo un pinchazo, breve pero intenso, que le provocó una sonrisa de dolor. Mientras miraba el contenido, su sombra se alargaba sobre el suelo de madera. De entre todos los objetos, eligió la koma que le talló a mano su padre y salió para hacerla rodar. El cielo teñía de rojo el patio.

La lanzó y mientras rodaba, otra se unió a su baile. Enseguida reconoció la koma de su hermana. El anciano le hizo un gesto de complicidad y lanzaron los dos a la vez. Después contaron el tiempo que rodaban “ichi, ni, san, shi... “. Jugaron y rieron bajo el olor del cerezo en flor, hasta que la madre del anciano los llamó a cenar. Él y su hermana corrieron hacia la cocina.

Su madre removía con paciencia la cazuela de mishosiru. Varias bolas de onigiri decoraban el centro de la mesa y el sonido de la cazuela hirviendo impregnaba el aire de miso y cebollino recién cortado. Su padre

fue el último en llegar y miró severamente la koma de madera que el anciano había dejado sobre la mesa. Mientras su hermana espantaba las moscas de la comida, su madre le acarició dulcemente el pelo blanco y le pidió que guardase el juguete antes de comer.

El obediente anciano bajó de un salto de la silla y se dirigió, a cada paso más pesado, hacia la estancia principal. Por su blanquecina retina entraron las últimas luces del día que sobresalían apenas por encima de las casas. Se dejó caer en el sillón, guardó la koma en la caja metálica y, completamente agotado, se recostó en el polvoriento respaldo hasta que, por fin, el sol se puso.

La llave de bronce - Maritel

El anciano encontró la llave en el primer escalón de la puerta del fondo; una llave grande, de bronce, pulida por el uso, semejante a la de la puerta que acababa de abrir.

«¡Qué extraño», pensó. «Mía no es, alguien debió dejarla ahí». Estaba sorprendido y quería encontrarle una explicación lógica al hecho; porque no podía ser que la llave hubiese caído sin que se oyera su tintineo; «La persona se habría percatado y la levantaría...». Al instante, la dejó caer, para comprobarlo y la verdad, que sonaba fuerte.

«Sí, era evidente que alguien puso ahí esa llave, quizás luego de intentar abrir la puerta con ella».

Esto le hizo pensar que no se trataba de un simple intento de entrar a la casa, tenía la sensación que había algo más; pero no alcanzaba a comprenderlo.

La levantó nuevamente y volvió a examinarla.

Por más que su cabeza daba vueltas, no encontró la respuesta.

Caminó por el sendero empedrado y húmedo, que lo llevaría hasta el muro cubierto de enredaderas. Todas las mañanas tenía por costumbre, ir hasta ese rincón, donde el aroma de los jazmines le traía gratos recuerdos; allí también aguardaba para ver el sol iluminando los árboles y el jardín.

Se detuvo; aspiró el aire fresco de la mañana, como esperando que la naturaleza pudiera aclararle el misterio...Sintió el frío del metal en su mano; su cabeza volvió a buscar un argumento que le explicara lo sucedido y cuanto más lo pensaba, más absurdo le parecía; pero aquella sensación rara que sintió al principio, lo mantenía expectante e inquieto.

Decidió entrar para desayunar y cuando pisó el tercer escalón, oyó sonar el teléfono que había dejado encima de la mesa de la cocina. Era un mensaje con letras mayúsculas que decía:«la llave de bronce que encontraste no es tuya; así que la dejas donde estaba».

¡El anciano quedó estupefacto! Volvió a leer el mensaje sin firma, cuyo número no figuraba en su escasa lista de amigos y familiares; se quedó sentado sin saber qué hacer, sintiendo su corazón acelerado y su mente confundida, ante semejante advertencia.

Pensó, luego de recuperarse un poco: «Debería llamar a este número, exigiendo una explicación... O ir directamente a la policía y denunciar; pero denunciar qué, si no me ha faltado nada, solamente decir que encontré esta llave de bronce en el primer escalón de la puerta del fondo; que luego me llamaron por teléfono para recordarme que no era mía y que debía dejarla en el mismo lugar. No sé, no sé, es todo muy raro y muy absurdo; pueden pensar que alguien me hizo una broma o que me estoy volviendo loco...».

Vicente había cumplido ochenta años y hacía cinco que era viudo. Vivía solo, en su casa de dos plantas con varias habitaciones y hermosos ventanales, por donde entraba el sol de la mañana.

La señora de la limpieza dejaba todo en orden y él se encargaba de mantenerlo. Le resultaba demasiado grande sí, es cierto, tanto que ya varias veces pensó en la propuesta de su hija Mercedes: «Papá, deberías comprar una casa más chica que quedara cerca de la nuestra, para poder vernos todos los días y así compartir más tiempo con tu nieto, que ya tiene tres años».

Pero a pesar de la soledad, él se sentía bien y no quería abandonar su hogar, donde fuera tan feliz. Le parecía muy difícil adaptarse a una nueva situación.

Sonó nuevamente el teléfono. Esta vez era ella, invitándolo a almorzar como todos los domingos. Oír la voz de su hija lo calmó, sintiendo que no estaba solo.

Recién se dio cuenta del día en que vivía y también que la llave en su mano, le molestaba. Entonces la depositó en el mismo lugar donde la había encontrado. Extendió la mirada hasta el final del sendero, como si quisiera que el rumor de las hojas y el aroma de las flores le revelaran el intrigante suceso; pero nada de eso ocurrió. Agobiado por sus pensamientos, cerró la puerta con doble giro de la llave y se dirigió a la cocina.

Luego de desayunar té con tostadas y miel, sacó su viejo Austin 70 y marchó a casa de Mercedes. Quería mejorar su estado de ánimo, no deseaba transmitirle inquietud y desasosiego a la familia; por eso decidió tomar en dirección al parque, para caminar un poco y así despejar la

mente.

Todo transcurrió con normalidad. Ella lo notó muy callado y pensativo durante el almuerzo; pero, no le llamó la atención, ya que otras veces estuvo así y luego volvió a ser el mismo alegre y bromista de siempre.

Fue con su nieto a la placita, lo acompañó al tobogán y a las hamacas; luego el pequeño, quiso subir al gusano, saltar en el arenero, correr y tirarse en el césped, mientras él lo seguía de cerca, sin perderlo de vista. El niño estaba feliz y él había logrado distraerse, sintiéndose mejor.

Regresó temprano y no salió con sus amigos; el cansancio lo vencía, le dolían las piernas; así que resolvió acostarse.

No le fue fácil conciliar el sueño, porque aquella llave de bronce le daba vueltas y más vueltas en la cabeza...«¿Por qué? ¿Quién? ¿Qué intenciones tendría?» Era muy difícil para el anciano descifrar el misterio. Así pasó la noche, inquieto, sobresaltado, perseguido por ideas absurdas.

Al otro día se dirigió a la puerta del fondo y la abrió presuroso. ¡Ahí estaba la misteriosa llave! ¡Pero esta vez, en el segundo escalón!

—Y esto, ¿qué significa? —dijo con voz entrecortada.

Por unos instantes quedó mirando fijamente la llave, pero reaccionó de inmediato, cerrando la puerta con vehemencia.

¡Ya estaba decidido! ¡No lo pensaría más, ni pasaría más noches de cavilaciones, imaginando cosas horribles!

Marcó en el celular el número de su hija y le pasó un mensaje en estos términos: «Mercedes, resolví poner en venta la casa. Espero alegrarte con la noticia. Besos de tu padre, que te quiere mucho».

Llave a la libertad - Dante Tenet

El anciano encontró la llave en un sendero del jardín de la residencia donde vivía, la guardo rápidamente en un bolsillo para que nadie la viera.

Pensó: «Esta debe abrir la puerta que da a la calle y podré marcharme de aquí».

Recorrer esos senderos era la única diversión que tenía.

Hacía ya varios meses, no sabía bien cuántos, que sus hijos lo habían llevado para que pudiera estar mejor atendido.

Aceptó a regañadientes. Sus luces se estaban apagando poco a poco y no opuso resistencia. Sabía que no estaba bien, se olvidaba cosas, caía en silencios prolongados; pero a veces la chispa volvía y entonces se preguntaba: «¿Qué estoy haciendo acá?».

Duraba poco, pero ese momento, esos pocos minutos en los cuales volvía a ser él, dolían. ¡Ay, Señor cómo le dolían! Pensaba: «Le voy a decir a mi hijo, que me saque de aquí». Pero luego la niebla regresaba y la realidad se mezclaba con recuerdos, algunos de ellos frutos de su imaginación, nunca vividos, aunque en su mente tan reales como los verdaderos.

Siguió caminando, la mano en el bolsillo, apretando con fuerza la llave, no quería perderla. Quizás ya no tenía claro para qué la iba a usar, pero la adrenalina corría por sus venas y le daba la ilusión de recuperar su libertad.

Se sentó en un banco, la caminata rápida lo había fatigado y quería pensar un plan de acción que le permitiera escaparse.

Permaneció un largo rato absorto en sus pensamientos, a su lado pasaban enfermeras, otros internos, a ninguno le contestaba el saludo, había comenzado un viaje interior y en él pasaban retazos de su vida.

Eran destellos rápidos que tal como llegaban se iban; por ahí venía su infancia, con las escapadas de pesca en las tardes de verano, más acá la primera nieta, Cecilia, que siempre andaba con los piecitos descalzos y a él le preocupaba tanto. A veces todo se ponía borroso, abría los ojos, veía el parque que lo rodeaba, pero no lograba saber dónde estaba.

Ese día era especial, la llave en su bolsillo le daba la seguridad de que

podría marcharse, la tarde caía y la campana llamando a cenar lo hizo incorporarse y marchar con paso cansino al comedor.

Pensaba escaparse cuando sirvieran el postre, todos estarían ocupados y no notarían su ausencia, la puerta principal tenía vigilancia, pero su llave abría la de proveedores y a esa no la vigilaba nadie.

Disimuladamente llevó la mano a su bolsillo, quería estar seguro de que todavía la tenía. Mientras, pensaba: «Últimamente pierdo tantas cosas...». Cuando la encontró respiró aliviado.

Se dirigió a su mesa, en la misma el cuadro de siempre; sentado enfrente Pedro “el Mudo”, que el único sonido que emitía era el que hacía al tomar la sopa; a su derecha Francisco, capitán de ultramar, que solo navegaba fantasías últimamente; y a su izquierda Pepe, músico, que pasaba sus días golpeando dos palillos para marcar el ritmo de vaya uno a saber qué canción. Ninguno lo iba a extrañar.

La enfermera le trajo sus pastillas, las tomó con aplicación, no quería llamar la atención. En cuanto le sirvieron el postre y la camarera se retiró de su mesa, se levantó como si fuera hacia el baño, pero antes de llegar se desvió hacia la salida.

Estaba fresco, los primeros días de invierno se hacían sentir, se levantó el cuello de la campera y empezó a caminar. El sendero que conducía a la puerta estaba iluminado con faroles aislados y no se veía muy bien. Había casi quinientos metros hasta su objetivo, nadie estaba a la vista, su salida parecía segura.

Cuando llevaba recorrida la mitad de la distancia, un banco, tan solitario como él, le dio la excusa para sentarse y reponer fuerzas. Cerró los ojos, volvieron los recuerdos, las lágrimas acudieron a sus ojos, era uno de esos escasos momentos de lucidez.

Pensó: «¿Qué estoy haciendo?, ¿a dónde voy a ir?». Abrió la mano, la llave cayó al suelo, las lágrimas se convirtieron en un llanto silencioso, la luz del farol lo abrazaba como abrigándolo.

Lo encontraron tras dos horas de búsqueda, él ya se había ido sin necesidad de usar la llave, una sonrisa iluminaba su cara.

El anciano y la soledad de la llave - Bernardo A. Castro Sáez

El anciano encontró la llave en un día en que nadie podía imaginar siquiera su existencia. Lo había intuido, sin embargo por la embriaguez de su mente y las confusas visiones que lo atormentaban, prefirió dormir. Ahora no sabía qué hacer, era una responsabilidad muy grande; pero cuando uno elige asumirlo, no hay más remedio que hacerlo.

Se levantó con esa característica lentitud de sus setenta años. Aún no asimilaba lo sucedido y se preguntaba: «¿Será posible que todo el esfuerzo pueda terminar de esta manera?».

Quiso coger el cuaderno pero intuyó que escribirlo podía ser peligroso. Muchas veces había cometido el error de dejar todo registrado y siempre caía en manos ajenas. Luego, se sentó en ese gran sillón que un día le habían regalado los viajeros varios años atrás. Sacó su encendedor zippo, cuyo recuerdo aún perduraba en su mente y volvió a encender el cigarro que a medio consumir que había dejado en el cenicero.

Se quedó embelesado mirando el humo de su cigarro que se elevaba y se esparcía por el cuarto, llegando al techo, a las ventanas, a la puerta. Entre él y el humo no había nada que lo diferenciara, sentía que ambos eran uno solo.

—¡Qué estupidez! —se dijo.

Se levantó del sillón, se dirigió a la cocina y abrió la puerta del refrigerador; sacó una cerveza, buscó un abridor y la destapó. Cuando se sentía medio confundido, triste o melancólico, incluso exaltado, lo único que lo calmaba era un buen trago de cerveza helada. Bueno, a veces necesitaba más de una para ahuyentar los malos espíritus. Pero solo con sentir el brebaje cayendo por su garganta, se calmaba.

El calor era insoportable, iba cada cierto tiempo a mirar por la ventana, no quería que nadie lo sorprendiera, menos el día de hoy que había encontrado la llave. Solo esperaba que la noticia no se esparciera tan rápido, necesitaba todo el tiempo posible.

—¿Si llegan y no estoy preparado?

Estaba nervioso, hacía muchos años que había encontrado esa casa

abandonada entre las montañas, no quería que nadie lo encontrara y ahora, con la llave en la mano, podría cambiar todo.

Caminaba como loco por todos los cuartos, iba a la cocina y abría otra cerveza, luego entraba a la pieza y se tiraba en la cama, comenzaba a dar vuelta sobre ella jugando como un niño, se paraba y se volvía a lanzar sobre ella, cuando estaba agotado se mojaba la cara y la cabeza en el baño; luego, volvía a mirar por la ventana.

—¿Qué estoy haciendo?

No podía entender por qué esta nueva situación lo había alterado y, para poder escapar a ese sentimiento, se movía por todos lados como si el movimiento y los cambios de direcciones lo pudiesen proteger y calmar.

Se dirigió al escritorio, el tiempo transcurría y pareciera que su lentitud fuera a propósito. Abrió el cajón, sacó la cajita de metal finamente tallada y volvió a mirar la llave. Estuvo mirándola por un largo tiempo, preguntándose dónde la había perdido y por qué. Se imaginaba las peripecias que estarían realizando los otros buscadores, los innumbrables que se aventuraron a buscarla sin saber sus consecuencias. Recordó que no había querido hacerse cargo ni ser responsable de nada; pero no hubo caso. Desde esa vez, su único destino fue la aventura, el riesgo. Y ahora, ya viejo, lamentaba no haber tenido ni mujer ni hijos, aunque en la situación que se encontraba... era lo mejor.

Sus manos temblorosas tomaron la llave, la alzó y comenzó a brillar de tal manera que la luz que salía de ella lo cegó. Cerró los ojos por un instante y, poco a poco, los fue abriendo. Se dio cuenta que ya no estaba en su casa. Se miró y comenzó a tocarse, quizás para sentir alguna sensación que lo llevara de regreso al hogar. Definitivamente, se convenció de que estaba en otro lugar. Se encontraba en medio del desierto, solo había arena, dunas y montañas por todos lados.

Se sentó aturdido, volvió a observar, tomó un poco de arena en sus manos, comenzó a mirar hacia el horizonte y se quedó pensando por un largo rato. El cielo estaba despejado, no había viento y la temperatura era muy agradable. Luego, se dio cuenta que la llave ya no la tenía en sus manos, buscó en todos los bolsillos, miró hacia abajo y estaba sobre las botas, se arrodilló y cogió la llave, al tocarla, nuevamente se vio sentado

en el mismo sillón en el que se había sentado hace un instante, con los mismos recuerdos y la misma cerveza en sus manos temblorosas.

Respiró hondo, se sintió aliviado, cerró los ojos... para no abrirlos más.

El anciano, la llave y su secreto - Ales

<http://micuadernodeescritor.blogspot.com>

El anciano encontró la llave en el lugar de siempre. Aquella mañana el sol entraba en la habitación atravesando las cortinas e iba a parar a la base de la chimenea que presidía el pequeño salón. La habitación no era en absoluto ostentosa, pero lo poco que había allí estaba meticulosamente colocado. Próximos a la puerta de madera había dos sillones perfectamente inclinados hacia una pequeña televisión que se encontraba próxima a la chimenea, alejada de la ventana. En cada uno había dos cojines delicadamente acolchados. Cerca de la ventana, que se encontraba en el extremo opuesto de la habitación, había un pequeño mueble sobre el que alguien había colocado un montoncito de revistas de manera que mantenían el exquisito orden de la sala. De fondo se escuchaba una música suave que salía de una pequeña radio colocada encima de la chimenea, junto a la pequeña caja metálica que el anciano estudiaba con detenimiento.

El anciano cogió la caja y acarició sus relieves detenidamente. Sus manos cansadas y llenas de arrugas captaron hasta el más mínimo detalle que la caja le ofrecía. Empezó por la parte inferior de la misma, luego pasó por los laterales, para finalmente llegar a la parte frontal donde estaba el mecanismo de apertura. Con un chasquido, la cajita se abrió.

Allí, reposando sobre un pequeño cojincito rojo, descansaba la llave más hermosa que el hombre había creado. Sus formas y sus relieves estaban exquisitamente diseñados. Su silueta era perfectamente simétrica desde la cabeza hasta los dientes. Al tacto era suave, ligera como una pluma, sin perder la dureza característica de una llave de excelente calidad. El anciano notaba esto y mucho más cada vez que la tenía en sus manos. Tanta era la belleza que encontraba en aquella llave que, cada mañana, y únicamente por las mañanas y a esa hora, el anciano se permitía admirarla.

Pero aquella mañana fue diferente. Cuando todavía no había terminado de examinar la llave, llamaron a la puerta. Se trataba de dos hombres con gabardinas grises y gastadas que venían a comprobar la

instalación del gas. El anciano les dejó entrar y los guió hasta la cocina. Uno de ellos le estuvo preguntando cosas respecto a la instalación mientras retiraba una de las tuberías y la examinaba con detenimiento. El anciano observó cómo su compañero desaparecía por la puerta de la cocina, pero no dijo nada. Tampoco dijo nada cuando el hombre le comunicó que la instalación parecía estar correcta después de examinar la tubería del gas de tan extraña manera. No dijo nada tampoco cuando el otro hombre regresó y le hizo una negativa con la cabeza a su compañero de manera disimulada. De hecho, no hubiese dicho ni hecho nada si ese mismo hombre no le hubiese preguntado directamente por la llave después de arrojar la cajita metálica con violencia al suelo. Obviamente, lo que buscaba no se encontraba allí. El anciano únicamente sonrió, algo que al hombre no le debió hacer ni la más mínima gracia porque se llevó la mano al abrigo en un gesto que el anciano conocía bien.

Con un giro brusco de una pequeña palanca colocada junto a las tuberías, una nube de gas caliente golpeó en la cara al desprevenido técnico, que no pudo hacer más que llevarse las manos a los ojos dejando caer un objeto al suelo. Su compañero ya había encontrado lo que buscaba en su abrigo, pero no fue tan rápido en usarlo como el anciano. El disparo se escuchó en todo el edificio.

Con el arma del técnico en la mano, el anciano pasó al lado del hombre herido en la pierna y salió corriendo en dirección a la azotea.

Mucho les debieron haber pagado, porque pese a su mal estado corrieron detrás de él por las escaleras. Y les valió la pena. En la azotea el anciano no tenía a dónde ir.

Cuando le gritaron que se entregase, esta vez no intentó escapar. Al contrario, dejó caer el arma y, con absoluta tranquilidad, les ofreció la llave. El que iba armado se la arrebató de un tirón, sin dejar de apuntarle ni un instante.

Solo entonces el anciano habló:

—Tanto esfuerzo por conseguir una llave que ni siquiera sabéis qué abre.

—El jefe... —comenzó a decir uno de ellos.

—El jefe sabe lo mismo que vosotros. Nada. Y me encargaré de que así

continúe siendo.

Y sin que los dos hombres pudiesen evitarlo, el anciano saltó al vacío llevándose con él su secreto.

Los recuerdos - Antonia Castro Delgado

El anciano encontró la llave en un cajón de la mesilla de María. Se quedó largo rato mirándola, hacía tantos años que se la dio para que ella la guardase que sin poderlo evitar su mente voló...

—¡Juan! —gritaba María desde la entrada a la casa—. ¡Juan, mira! Ha llegado una carta y es de tu hermano. ¡Vamos, hombre! ¿A qué esperas? Ven rápido, ¿dónde te has metido? ¡Juannn!

—Ya voy mujer, espera, no seas impaciente. Todo puede esperar incluso la carta de mi hermano.

Cuando Juan llegó, sentados en el primer peldaño de los cuatro escalones que separaban la entrada a la vivienda, cogió la carta también con impaciencia. En ella, su hermano les contaba la suerte que había tenido y que quería compartir con ellos su única familia.

Manuel, el hermano de Juan, se había tenido que marchar nada más terminar la guerra al norte de Argentina, a la región de Catamarca. Allí, después de pasar muchas calamidades pudo abrirse camino. Era minero de profesión y contactó con un grupo de gente que después de su jornada hacían explotaciones en viejas minas abandonadas. Tuvieron suerte y dieron con un filón: ¡plata!

Manuel, en su pueblo, había sido maestro maderista en las minas de plomo, su trabajo consistía en ir detrás de los barreneros y hacer el ensamblaje de madera en las largas galerías que se iban abriendo. Cuando legalizaron la explotación de la mina pensó: «¿Y si me pasara algo...?».

Con este miedo puso los derechos de los beneficios de la parte que le tocaba a nombre suyo, de su hermano Juan y María.

—Dios mío, María, esto puede ser mucho dinero. Casi casi podríamos decir que somos ricos, no podría ser de otra manera, Manuel no nos lo hubiese dicho si no tuviera la seguridad de ello.

En la carta, Manuel les pedía que en cuanto pudiesen, y a vuelta de correo, les mandase la documentación, sobre todo el nombre y los apellidos completos de María; quería que todo lo concerniente a las ganancias de la mina fuese para los tres. Él no tenía familia propia de momento, pero si llegara a tenerla más adelante no quería dejar a sus

hermanos fuera de su buena fortuna.

«En la próxima carta, y una vez que esté todo legalizado, os diré como os mando la llave de la caja fuerte en donde tengo pensado ir guardando los ahorros, donde también guardaré el testamento en caso de que me pasara algo. En la mina ya sabes, por mucho cuidado que pongas...». Y terminaba la carta con un «Os quiero».

De esto hacía tanto tiempo...

Después María enfermó, raquitismo le dijeron. Había poca comida que llevarse a la boca, apenas un puchero a medio llenar con unas sopas de pan y boquerones o unas gachas. La posguerra era dura en el pueblo para los que no tenían tierra, y en la mina los jornales muy bajos, apenas unos reales, unas pesetas, y María la mayoría de las veces solo comía una vez al día, por las noches, cuando Juan llegaba de la mina y le traía algo que le había dejado en el puchero. Además, la niña mamaba demasiado. Se sentía muy débil, muy cansada, a veces su hermana Milagros le llevaba algún trozo de pan, algo de queso o unos huevos.

¡Habían pasado tantos años...!

La niña murió, ¿cuánto hace? Ni me acuerdo, pensó Juan. ¿Fue estando yo en la cárcel o en el monte? En su boca se dibujó una amarga sonrisa. «¡La cárcel! ¡Por robar una cabra! Pero si nos moríamos de hambre, y el señorito tenía tantas... Y María, mi María, lloraba Juan... sola en la calle, enferma y con la niña sin tener donde ir, donde dormir; menos mal que su hermana le había puesto un jergón en la cocina.

Hacía tantos años de aquello, tantos años de la llave, la herencia, Manuel, la mina. La había olvidado por completo, ahora ya ¿para qué?

Ya no está mi María, ni mi niña, ni mi hermano, ya no quiero plata ni oro, solo quiero ir con ellas, acabo de dejarla allí, sola, con su niña, con nuestra niña. Aún estaban en la casa los vecinos, su cuñada Milagros con su marido y los hijos y... Juan los oía preparar comida, llorar. Hablaban de lo buena que había sido, lo servicial, lo sola que había estado durante los años de la guerra, después el monte, la cárcel de Juan, lo difícil que había sido su vida, la enfermedad y la muerte de la niña, lo mal que lo había pasado, lo dura que había sido la vida para ella; siempre sola haciendo frente a la vida y a la muerte...

Se dejó caer en la cama, cerró los ojos y lloró, lloró con esa serenidad que da el dolor cuando viene de dentro del alma. En su mano encontraron una llave...

La Máquina - María Kersimon

El anciano encontró la llave en el hueco de la pared, detrás del abrevadero. Con ella abrió la puerta de roble que, atascada por la hiedra y las glicinas salvajes, giró ruidosamente sobre sus goznes. Tras acomodar sus ojos a la penumbra, tiró de una lona repleta de heces de rata y cascotes, dejando al descubierto La Máquina. Los años de inactividad no habían empañado su poderío: orgullosa, la Shneider se erguía altiva en el centro del establo en desuso. La habían escondido en posición estratégica: bastaba arrastrarla unos metros para dejarla operativa, apuntando al valle...

Fue a buscar la yunta y la unció a La Máquina. «Paco, échame una mano con esta rueda que está encallada... Mariano, sujeta la mula mientras amarro el mástil al yugo... la vaca a la derecha, así... ¡Arre!, ¡arre vaca!... ¡Arre muuula...! Unos pocos metros... ¡ya está! Ahora, a armar la trinchera y aguardar hasta el amanecer».

Llenó y acarreó sacos de tierra con la ayuda de la mula hasta bien entrada la noche. Los dispuso al borde de la era, diez, veinte, treinta sacos, formando un semicírculo alrededor del cañón. Cuando se rindió al descanso, la luna asomaba blanquecina sobre el horizonte, y al sur, el mar le devolvía reflejos plateados. Un faro parpadeaba. El anciano, físicamente agotado, se arrastró más que caminó al cobertizo, pero se sentía enardecido. «Muchachos, estoy contento de vosotros. Mañana les daremos una sorpresa a esos cobardes de ahí abajo. No se imaginan lo que les espera. “Al combate acero va... No pasarán. No pasarán”. Cada uno a su catre. Manolo, tú empiezas el turno de vigilancia».

Amaneció rojo fuego; el horizonte se incendió de repente y le hirió la luz al anciano a través de la persiana desvencijada. Sobresaltado, lanzó un grito de combate. «Arriba tropa, que despunta el alba. ¡Victoria o muerte! No viviremos agachados. ¡Tierra y Libertad! “...por la tierra y por el pan, vista al frente, pulso firme...”. Mariano, distribuye los fusiles. Santi, tú, El Gato y yo, a La Máquina. Que está con ganas de sonar de nuevo, esta preciosidad. “...temple duro, roca viva... ¡acero va!... bomba al cinto, bayonetas, al combate acero va...”».

El anciano lustraba el acero con la manga, echándole el aliento, una y otra vez.

«Ya os decía yo que la escondiéramos aquí, que no se sabía cuándo volvería a haber jaleo. “Anda jaleo, jaleo, suena una ametralladora y ya empieza el tiroteo, y ya empieza el tiroteo. Anda jaleo, jaleo...”. Vamos, a cargar el obús, echadme una mano compañeros. Así, así, apuntaremos a... primero vamos a hacer bailar al cura. Adelante muchachos. Apunten. ¡Fuego!».

El estruendo rajó la mañana y la polvareda que envolvió al viejo cañón por un momento le veló al anciano la visión del pueblo. Cuando se disipó, divisó la enorme brecha que la granada había abierto en el muro del jardín de la rectoría, por donde ahora se escapaban enloquecidos patos y gallinas. Al poco salió también el cura a todo correr, arremangándose la sotana. Acudían en tropel los habitantes del pueblo. En primera línea, el alcalde y el guardia civil. Luego el juez de paz y el maestro. Los niños, que querían salir de la escuela para ver lo que pasaba, fueron empujados dentro por seguridad. Los vecinos gesticulaban, primero sin atinar a descifrar el origen del cataclismo, hasta que uno de los forestales señaló hacia el monte, donde algo de la humareda seguía flotando en el aire.

Allí el anciano campaba erguido, los brazos en jarra y la frente alta. Solo llegaban jirones de las frases que clamaba «...dignidad... justicia... no me rendiré... devolvedme lo... quitado. ¡Lucharé... mi libertad... hasta... final!».

Hubo un revuelo entre los vecinos. Salieron el médico y la enfermera del centro de salud y se precipitaron a parlamentar con el juez de paz. Las conversaciones se estancaban cuando sonó otro disparo y el proyectil, esta vez, agujereó la fachada del cuartel de la guardia civil, donde flameaba la bandera junto a la divisa “TODO POR LA PATRIA”.

Entonces apareció la asistente social, reunió a las personalidades y en un instante parecieron ponerse todos de acuerdo. Mandó al enfermero agitar una bata blanca sujeta al palo de una escoba y a los forestales acercarle un megáfono a través del cual le habló al anciano en estos términos:

«Don Fermín, le juro por mi vida que le devolverán su pensión y no

se tendrá que ir a la residencia. Podrá quedarse en su casa y conservar sus tierras. Le pondremos una ayuda a domicilio. Ahora subiré con el médico, aparte Usted el cañón».

Tormento - Jess Zyan

<http://dreamscapehall.blogspot.mx>

El anciano encontró la llave por entre la oscuridad y suciedad de su celda. Después de tantos años, siempre estuvo hay; oculta y esperando por ser hallada. Ahora ya no importaba. El tiempo había pasado. Ya no era el joven que entró a aquel oscuro y desolado sitio para ver cómo se consumía su vida, como si de una vela se tratara. Aquellos que lo pusieron en ese sitio habían ganado. No había más por hacer; solo salir y descubrir que había quedado de su antiguo yo.

¿Podía salvarse algo de él? ¿Alguien lo recordaría? ¿Qué le esperaba en el exterior? No lo sabía, pero por sentir la luz del sol una vez más sobre su piel, valía la pena. Con esos pensamientos, el anciano abrió la puerta y descubrió que del otro lado lo esperaba una habitación idéntica a su prisión. En principio, tanto el cómo su mente creyeron que se trataba de una alucinación, producto del encierro. No obstante, los ojos ansiosos y las manos temblorosas pronto se apoyaron en la pared de su nueva prisión. Aquel gesto hizo que sus hombros fueran víctimas de violentos temblores, al tiempo que una solitaria lágrima caía por los pliegues de su piel. Habían jugado con él. Su tormento no había terminado.

El triángulo rosa - Cryssta

El anciano encontró la llave en el bolsillo del abrigo, la había dejado allí el día que ingresó en el hospital aquejado de una neumonía. La edad y su precaria salud no eran buena combinación y tuvo complicaciones. Cuando le dieron el alta, se encontraba aún muy débil, pero sintió que había llegado el momento de usarla.

No debía demorarse, los médicos le dijeron que no llegaría al verano y necesitaba despedirse. Respiró hondo, todo lo que sus pulmones maltrechos le dejaron, cogió la llave y fue hacia el escritorio para abrir el único cajón que tenía cerradura. De allí sacó un sobre que guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Como tantas veces había hecho, subió al tren con destino a Oranienburg y al llegar tomó el autobús que llevaba al campo de concentración de Sachsenhausen, ahora convertido en museo. El personal estaba acostumbrado a las visitas del anciano, y aunque se extrañaron al verle en un mes distinto al habitual, nada le dijeron, respetando así su intimidad.

Conocía el lugar de memoria, por lo que se dirigió sin rodeos a un punto concreto de la pista utilizada por “El batallón de los patinadores(1)”.

Con los ojos cerrados, acudió a los recuerdos que conservaba frescos del verano de 1943. La pista que ahora pisaba medía unos setecientos metros y presentaba diferentes superficies. La construyeron con el objeto de probar el calzado destinado a los soldados de la Wehrmacht. Los prisioneros del campo, muchos de ellos homosexuales, eran obligados, como castigo, a caminar por ella en marchas de unos cuarenta kilómetros, algunos con mochilas que llegaban a pesar veinte kilos.

Sabía que, las primeras veces que los vio marchar, aguantaban gracias al efecto del Pervitin(2); de ninguna otra forma habrían podido pues se encontraban en un estado grave de desnutrición. Las pastillas escaseaban y verlos caminar hasta caer extenuados le laceraba el alma, pero ¿qué podía hacer él? Solo era un soldado que cumplía órdenes para salvaguardar su propia vida y cualquier gesto que hiciera para aliviar a los presos le costaría muy caro.

Entonces llegó su recuerdo más doloroso. Aquel día le ordenaron

hacer guardia cerca de la pista y distinguía con claridad las caras de “los patinadores”. Todos estaban demacrados, sus rostros nada tenían que ver con lo que fueron antes de entrar al campo. A pesar de ello, reconoció a uno; sus hermosos ojos azules, agrandados por efecto de la malnutrición, le miraban directamente pidiendo ayuda.

Vio cómo, con una leve sonrisa, el hombre se separó de los compañeros y se dirigió a la valla electrificada. Las órdenes habían sido tajantes: cualquier prisionero que entrara en la zona debía ser abatido sin previo aviso. Tras un pequeño gesto de asentimiento, disparó.

El anciano volvió de sus recuerdos. Abrió el sobre y, poco a poco, fue sacando el contenido. Primero, un triángulo rosa(3) con unas pequeñas manchas de sangre reseca que prendió a su chaqueta con un imperdible. Después, una bala usada. A continuación, una foto antigua donde se le veía a él en su juventud abrazando a un chico de ojos claros. Por último, una cápsula.

Acarició la imagen del joven que lo acompañaba mientras las lágrimas le corrían por las mejillas; apretó con fuerza la bala que lo había liberado del sufrimiento y, tras musitar con dulzura: «Ya voy contigo, amor», se metió la cápsula en la boca y la quebró con los molares. El cianuro acabó con su vida en pocos minutos.

Algunos trabajadores del museo lo vieron caer y acudieron para auxiliarlo. Uno de ellos recogió la foto. Gracias a ser buen fisonomista supo enseguida quiénes eran los dos muchachos: uno, el hombre que yacía en el suelo; el otro, un prisionero cuya imagen depauperada podían ver los visitantes en la exposición fotográfica. Con respeto, guardó la fotografía en un bolsillo de la chaqueta del anciano, el que estaba cerca del corazón.

(1) El batallón de los patinadores existió. Este es mi pequeño homenaje a los que sufrieron allí.

(2) Metanfetamina comercializada por Temmler-Werke en Alemania.

(3) El triángulo rosa servía para identificar a los hombres homosexuales en los campos de concentración.

En memoria de las víctimas de todas las guerras, tanto del bando

vencido como del vencedor y dedicado especialmente a todas las personas que no pueden vivir su amor por culpa de la intolerancia.

Una promesa de amor - Lucrecia Gordillo

El anciano encontró la llave en el único lugar donde nunca la buscó. A nadie, solo a él, se le podía ocurrir dejarla ahí. Era la llave del fétetro de María. Hacía diez años que la había enterrado. Hacía diez años que vivía en soledad. No necesitaba ni quería salir, ni hablar con otras personas. Afortunadamente para él, el vecino más próximo estaba a cinco kilómetros de distancia. Eso le daba paz, disfrutaba de su aislamiento y de la naturaleza a su alrededor. Los pájaros, desde muy temprano cantaban para él, entonces se levantaba e iba a sumergirse en la poza. De joven había sido un gran clavadista, pero hoy, ya solo gustaba de la tranquilidad del agua que relajaba sus músculos. Flotando, de cara al cielo, con los ojos cerrados, decía: Ven, María, ven a flotar conmigo. Al sentirla a su lado, sonreía y juntos jugueteaban de nuevo dejando que el agua, cómplice de sus deseos, les acariciara el cuerpo. Contento, satisfecho y limpio, volvía a casa a prepararse los huevos escalfados. Me gustan tanto los fritos, pensaba. Pero la grasa ya no es buena para mis arterias.

Una vez por semana, luego de su jugueteo en el agua, se iba al pueblo más cercano a comprar los víveres. Estrictamente a eso. Seguía haciendo las compras como recordaba que las hacía María, Comprando poco de cada cosa, pues ella siempre decía que no es bueno que los alimentos pasen muchos días en la alacena o el refrigerador.

Me gusta comer todo fresco y acabado de cocinar, respondía cuando el tendero le aconsejaba que llevara más comestibles para más tiempo.

Sabía que su fin estaba cerca y por eso había estado buscando la llave. Le había prometido a María que el día que él muriera dejaría instrucciones para que pusieran su cuerpo junto al de ella. La vida no es de elástico, pensaba. Así que mejor voy preparando todo. Uno nunca sabe a qué hora Nuestro Señor envía a su ángel a buscarnos. Además, ya es tiempo de volver a verte, le decía cuando sentía su proximidad en el baño matutino.

Buscó en el armario su traje azul marino, solo una vez se lo había puesto. Fue el día del sepelio y ese le serviría también para el propio. Registró los bolsillos y en uno del chaleco estaba la llave. Bueno, se dijo, hoy estoy de suerte, maté dos pájaros de un tiro. Ya tengo el traje y la

llave. Ahora, a contratar el servicio para que, cuando eso suceda, vengan a buscarme.

Escribió su testamento, las indicaciones necesarias, puso todo en orden y pidió a Dios que le diera una señal para saber cuánto tiempo le quedaba. A la mañana siguiente durante el baño, llamó varias veces a María pero ella no llegó. Primera vez, en diez años que no llegaba a flotar con él. Ella también tenía que prepararse. Había llegado el gran día. El anciano lo comprendió. Esa era la señal. Llegó a la casa y se vistió con el traje azul.

Cuando lo encontraron, creyeron que estaba dormido. Estaba sonriendo y tenía la llave en la mano. Todo se haría según su última voluntad.

La última promesa - Mabel Tineo

El anciano encontró la llave en un cajón del clóset mientras recogía las cosas de su difunta esposa para donarlas a la caridad. Estaba guardada en un cofre de plata junto a las arras que le había entregado el día de la boda, la nostalgia le invadió, no pudo contener las lágrimas, ráfagas de recuerdos cruzaron por su mente en ese instante.

Esa llave, que su esposa siempre guardaba con gran recelo, abría la puerta de una hermosa cabaña a orillas de un lago que él le había obsequiado por su primer aniversario de bodas, y desde entonces había sido su refugio secreto, el lugar donde escapaban para disfrutar a plenitud de la magnificencia de su amor.

El anciano tomó su chaqueta, se subió al coche y condujo hasta aquel lugar. Al llegar su cuerpo se estremeció, con las manos temblorosas abrió la puerta, encendió el fuego de la chimenea, se sentó en el sofá y comenzó a recordar lo feliz que había sido junto a aquella gran mujer, con quien había compartido cuarenta y cinco años de su vida y que ahora había partido dejando en su alma un vacío enorme que no sabía cómo llenar. No tenía ni la más remota idea de cómo hacer para vivir con la ausencia de quien durante todo ese tiempo había sido su amiga, su amante, su confidente, su apoyo, su único y gran amor. Y aunque estar en ese lugar le hacía sentirse más cerca de ella; ya que en cada rincón, en cada detalle, en cada objeto podía sentir la presencia de su amada, eso no le daba consuelo a su alma.

Se levanto del sofá y se dirigió a la cocina por algo de beber. Grande fue su sorpresa al mirar en la puerta de la nevera sujeto con imanes un sobre que decía: “Amado Juan, sé que vendrás aquí”. El anciano arranco el sobre y lo abrió desesperadamente, encontrando una carta de puño y letra de su mujer donde le escribía:

“Amor de mi vida, hoy descubrí que me tocará partir de este mundo antes que a ti; aunque siento una enorme tristeza porque sé que mi partida te ocasionara un gran dolor, debo confesarte que mi alma se siente aliviada, porque el mayor temor que tuve toda mi vida fue que llegara el día en que tuviera que aprender a vivir sin ti. Espero que aceptes

la decisión de Dios como yo lo he hecho, pues realmente me siento muy agradecida con él por haberme concedido la dicha de conocerte y ser feliz a tu lado durante todo este tiempo. No permitas que el dolor de perderme sea más grande que tu fe. Mi corazón se queda contigo y te acompañará hasta el último día de tu vida, así que debes prometerme que encontraras la forma de volver a sonreír, que dejaras de lado la tristeza, te reconectarás con la alegría y disfrutaras a plenitud los años que te queden de vida. Este es mi último deseo y la última promesa que le harás a tu esposa. Amado Juan, solo si me prometes cumplir con esto yo podré descansar en paz. Eternamente tuya... Helen”.

El anciano apretó la carta fuertemente contra su pecho y entre lágrimas dijo: «En nombre de nuestro inmenso amor, amada mía, te lo prometo».

Multiple choice - Denise

<http://primeranaturaleza.blogspot.com.ar>

1) El anciano encontró la llave en...

a- ...una esquina del último cajón de la mesa de luz de su mujer, debajo de una pila de álbumes de fotos del año del ajo.

b- ...el piso del laboratorio, detrás de la cabina que estaba construyendo, en medio de una maraña de cables que salían del panel de control.

c- ...del estante más elevado de la Gran Biblioteca, debajo del milenario Códice Venostiano.

2) La llave en cuestión...

a- ...encendía la moto chopera que se había comprado para su septuagésimo quinto cumpleaños.

b- ...era un invento suyo que servía para ajustar unas tuercas magnéticas de forma triangular creadas por él especialmente para esa cabina.

c- ...serviría, quizás, para abrir una pequeña puerta destartalada que había hallado por casualidad en el fondo de la vieja bodega que se extendía por debajo de la Abadía de Ändress.

3) Y estaba ahí porque...

a- ...se la había escondido la hinchapelotas de su mujer, que, para variar, odiaba la moto, el casco, la campera de cuero y la barba. Decía que le daba vergüenza ajena, que era un pendeviejo.

b- ...seguramente, se le había caído del bolsillo del guardapolvo. Tenía demasiadas cosas en los bolsillos; ya se le habían desfondado tres veces. La empleada doméstica lo había amenazado con cobrarle horas extra por los trabajos de costura.

c- ...¿quién sabe? La escritura que decoraba la puertecilla parecía más primitiva que la del códice de mil años. Tal vez se tratase de un hechizo para mantenerla cerrada. Solo había una manera de saberlo.

4) El anciano tomó la llave y...

a- ...sin sentir el menor remordimiento por el desorden que dejaba atrás, salió de la pieza y caminó silbando hasta la puerta.

b- ...la depositó en la tapa del panel abierto para tenerla a mano, mirando al otro lado para buscar la pinza crimpeadora. ¿Dónde la había dejado?

c- ...el Códice, un manual de pronunciación de la Lengua Antigua. De nuevo ante la puerta, fue leyendo la inscripción en voz alta. Las letras brillaron y desaparecieron. El sacerdote introdujo la llave.

5) En ese momento...

a- ...mientras se ponía el casco, listo para salir, la voz de la vieja gruñona esa, que le preguntaba a dónde iba, terminó por sacarlo de quicio: «¡Voy a lo de mi hermano!», gritó. «¡El boludo se encerró en el laboratorio y ahora no responde! ¡La empleada está como loca, voy a ver qué pasa!». El muy estúpido se las daba de inventor, siempre con ese guardapolvo, pero lo único que lograba era fastidiarlo, pensó al abrir la puerta. Y antes de salir, agregó: «¡Ah, y la próxima vez que me vuelvas a esconder la llave de la moto, desaparezcó yo también!».

b- ...mientras se inclinaba para buscar debajo del asiento de la cabina, se le cayó, sobre un cable pelado, una de las tuercas que llevaba en el bolsillo. El cortocircuito activó el teletransportador y la llave, que había quedado muy cerca del control electrónico, alteró el funcionamiento del programa. Sin saber cómo, el inventor se encontró en un desierto de arena púrpura y cielo verde.

c- ...mientras la puerta se abría, el anciano se dio cuenta de que no se trataba de un portal interdimensional como había creído, sino, simplemente, de una entrada de servicio sellada, quizás, para que no entrasen los ladrones. El alivio, sin embargo, mutó en sorpresa al llamar su atención un hombre cuya extraña túnica blanca resaltaba, brillante, en el púrpura del desierto. Parecía desorientado y, al ver al sacerdote, le habló en una lengua que este jamás había escuchado.

Nadar contracorriente - Perla Preciosa

El anciano encontró la llave en la caja fuerte. Subió al desván, su lugar preferido del domicilio conyugal cuando necesitaba meditar y estar a solas para poner en orden los pensamientos y pesares que lo atormentaban.

«Querida Trini:

»Hoy, por primera vez, estoy solo en nuestra entrañable casa. No tengo palabras para explicarte lo que siento tras tu marcha. Solo sé que te he querido, lo cual, para ti, tal vez sea suficiente.

»Hay cosas que nunca he querido descubrirte, bien por respeto a tu familia, bien debido a tu partida prematura. Ahora que estás sentada a la derecha del Señor, sea Él quien decida si mereces al marido que tuviste y con el que fuiste tan feliz, según tus propias palabras, pronunciadas TANTAS veces ante mí. No te quepa duda, sin embargo, de que para ti sigo siendo el mismo hombre que conociste, casi desde niña.

»Como sabes, a los seis años, mis padres me llevaron al seminario. Salieron a recibirnos un sacerdote mayor y un muchacho joven: entrecano y de edad avanzada uno, rubio y muy guapo el otro. Recuerdo a este como uno de mis referentes vitales en todos los sentidos. Era algo tímido, pero muy afable; inteligente y muy propenso a la filosofía, de manera que, con tan solo diez años, los profesores aseguraban que cantarían Misa en pocos más. “Hay que amar al prójimo como a uno mismo”, solía decirme cuando nos quedábamos solos en el recreo. “Aunque para ello, en no pocas ocasiones, tengas que actuar contra tu conciencia. A los pobres, si no queremos morir de hambre, no nos queda más remedio que hacernos curas y servir a la Comunidad. Seguramente tú también tendrás que hacerlo algún día”.

»¡No sabía mi querido amigo y mi confidente Félix cuánta razón tendría! Yo le preguntaba, pues me trataba como si fuese mayor, si amar al prójimo consistía en dar a los niños comida que no comerían ni los perros, amenazándolos con dormir a la intemperie si no lo hacían, en castigarlos sin comer cuando no se sabían la lección, y en otras tantas atrocidades que con mi corta edad pude ver. ¿Acaso éramos nosotros los culpables de la miseria general que padecía el país tras la cruenta guerra

del 36?

»Félix me contestaba que Dios no quería el mal para sus hijos, sino que los hombres pervertían su mandato en aras de sus privilegios, y con ello, no solo engañaban al mundo, sino también a sí mismos; no así a Dios, quien, por ser todopoderoso, veía incluso nuestras intenciones más recónditas.

»Para consolarme me ofrecía sus brazos y me arrullaba como mi madre en su momento. Cubría mi cara y todo mi cuerpo de besos. Eran ardientes, e intensos, aunque silenciosos, hasta el punto en que solo la premura del horario era capaz de hacerme volver del idilio en el que me hallaba sumido.

»Tras acompañarme a la habitación cinco minutos antes de lo acostumbrado para no arriesgarnos a ser castigados con menos horas de descanso, sacaba del bolsillo del uniforme un pan tiernecito, que algún padre le regalaría, como recompensa por su esfuerzo, y a su vez, me lo entregaba entero. Lo guardaba como si fuera una reliquia y lo repartía entre las comidas de los días sucesivos.

»Los curas no me apreciaban demasiado y yo les correspondía de la misma manera. Así pues, terminados los estudios elementales, debía casarme, como todo hombre que se preciara. Por ello, decidí hacer de la necesidad virtud, y retomando la idea de Félix de que todas las personas son iguales ante Dios en dignidad, con independencia de la clase social en la que nazcan, te tomé por esposa cuando aún eras una criada en casa, sin demasiada resistencia por parte de mis padres. Joven, honesta y sencilla, eras todo lo que necesitaba una dama para ser señora de bien en nuestra época. Yo, tal vez por excesiva laxitud de temperamento, preferí esto a pasarme el resto de la vida en la cárcel o en el psiquiátrico por desviado. Nunca tuve conciencia de estar enfermo.

»Recuerdo el día de la boda como uno de los más entrañables para ambos: procuré ser idóneo hasta en los momentos más complicados para mí, de forma que, pocos meses después nació nuestra primera hija. De ambas has sido una madre ejemplar, digna de la añoranza que por ti sentimos y del lugar que ocupas ahora.

«Durante tus últimos meses de vida, mientras te debatías en el lecho

entre la vida y la muerte, y una tarde en que me hallaba dando un paseo por el Retiro, pues el día estaba muy apacible, vino a verme nuestra hija Blanca. La acompañaba otra joven, de la que me dijo que eran compañeras de universidad. Me trajeron a casa y ya aquí, me confesó que era también su compañera sentimental. Llevaban dos años de relaciones y querían casarse. Instintivamente le respondí, que aún era muy joven y tenía tiempo para madurar el asunto. Ella, sin embargo, parecía muy convencida de querer formalizar su situación tras finalizar los estudios. Terminadas las prácticas la contratarían en el Instituto, y Virginia, su novia, había heredado la farmacia de su madre.

»Perplejo, meditaba en silencio, mientras recordaba sus actitudes de pequeña: esos besos tan fogosos que les daba a sus muñecas en los labios; esas encerronas en el baño con las amigas para observarse mutuamente; las riñas y alguna bofetada por parte de su hermana cuando la encontraba en semejantes trances, y hasta tu intervención puntual para separarlas. Recordaba igualmente las escenas con Félix en el Seminario y le sugerí hablarlo en otro momento e ir a visitarte juntos al hospital. Virginia se marchó, después de prometerles otra charla tras tu restablecimiento.

»Querida Trini, ya no estás con nosotros, y sin embargo la vida debe seguir su curso normal. Para tus hijas he procurado ser un buen padre. Sin rencor a tantas injusticias y quizá por respeto a ambos, ¿Qué le sugiero a la niña?».

La casa del tilo - Otilia

El anciano encontró la llave en el mismo lugar donde a diario la había dejado los últimos veinte años, colgada del caballito que su abuelo talló para él. Este utilizó la espléndida madera de un tilo. El ejemplar frondoso y robusto presidía y daba nombre a sus tierras, hacía ya más de un siglo, cuando una noche de tormenta fue vencido por un ejército de rayos que desgajaron sus ramas y lo partieron en dos.

El abuelo plantó un nuevo tilo. Luego, aprovechando el corazón del viejo árbol, y con la paciencia que solo da el cariño, hizo el primer regalo de Reyes de Esteban.

Los fallos de memoria eran cada vez más constantes y prolongados. El último le había dejado a la intemperie toda la noche. Pero al fin podía abrir la puerta, el cristal de esta reflejó su imagen. Esteban escudriñó aquel anciano de pelo y barba blancos, no pudo reconocerse. Miró a su alrededor y solo vio pobres jirones de su vida.

Hizo un esfuerzo para apartar los pensamientos que cruzaban por su mente. ¡Ahora no!, no había tiempo, tenía que preparar muchas cosas y quedaban unas horas. Pero los recuerdos son pertinaces y el hombre decrepito se vio de niño cazando con el abuelo por el campo, sintió el olor de ajo y pimentón que la abuela echaba a la sopa castellana, desayuno de los pastores de la hacienda. Ese olor y las conversaciones rudas de aquellos hombres fueron el despertador de su infancia, junto al sonido del acordeón; cuando el día era invernal y la nieve cubría los campos, retrasando la salida de los rebaños a pastar, el abuelo, al calor de la trébede, tocaba las viejas habaneras aprendidas de su padre.

El mismo acordeón que ahora estaba mudo en un rincón, y que le había hecho tropezar, al ir a descolgar de la pared la vieja escopeta de dos cañones. Con ella en la mano, se dirigió al cajón donde guardaba los cartuchos comprados a escondidas en la ciudad. Fue el día que le obligaron a ir con la asistente social, para someterle a unas pruebas médicas.

Todo empezó por la denuncia de los vecinos, ilos buenos samaritanos! Tenían miedo de que con su actitud y raras costumbres produjera algún

desastre donde la víctima fuera él o, peor aún, los damnificados fueran ellos.

A Esteban lo criaron los abuelos maternos desde que unos militares acompañados de algún vecino con ansias de revancha, una noche fría del treinta y ocho, en plena Guerra Civil, sacaran a sus padres de la casa por rojos, y al amanecer encontraran sus cuerpos bajo el tilo. Ahí los enterraron.

A la sombra del joven árbol, junto a sus padres, Esteban enterró también a los abuelos. Para entonces ya era mayor de edad y había tomado la decisión de marcharse del pueblo. Vendió todo el ganado y las tierras, exceptuando la que cubría a los seres queridos, cerró la casona y sin despedirse de nadie, cogió el tren.

Viajó por la península, pero en plena dictadura, encontró un país de mantilla, peineta y agua bendita, por ello pasó a Francia, donde contactó con grupos españoles afines a la República. Estos fueron una escuela de política para él, allí estuvo una década; luego embarcó rumbo a América y entró a formar parte de la Internacional Socialista. Ya en los noventa, con el gobierno de Felipe González, volvió a España.

En el pueblo nadie conoció al forastero con la maleta y el hatillo de libros hasta que no se encaminó a la casa del tilo; entonces, los más viejos aventuraron que sería Esteban.

En los primeros años la convivencia fue escasa pero normal, luego afloraron las excentricidades; que habla solo, que por las noches recita los “Diarios” de Azaña a pleno pulmón, que en las madrugadas sale a la era y arenga creyéndose Indalecio Prieto, que si tiene olvidos peligrosos, que...

El detonante de la denuncia fue el incendio provocado, las llamas calcinaron varias hectáreas de campo y estuvieron a punto de alcanzar su casa y las contiguas.

Cuando volvió del hospital, en su cabeza solo martilleaba la última frase: «Está enfermo y hay que sacarlo de su casa».

«De su casa no le sacaría nadie, de eso se encargaba él», pensaba Esteban.

Buscó un papel y escribió:

“Al Juez: quiero que mis pertenencias sean entregadas al asilo de huérfanos y que me entierren junto a mi familia bajo la alfombra de hojarasca de nuestro tilo”.

Firmó el testamento, cargó la escopeta y se sentó frente a la puerta abierta; allá en el horizonte, el atardecer quemaba la luz del día en el cielo. Oyó que venían en su busca, que lo llamaban. Cuando estuvieron delante de él, apretó el gatillo como el abuelo los botones del acordeón. La música no cesó hasta que el cargador estuvo vacío.

Memorias - Rafelo

El anciano encontró la llave en lo que pensó sería el último lugar para esconder nada. Tan a la vista, colgada en su cuello, atada a un simple cordel. Quizás no significaba nada, o quizás lo era todo. «Si tan solo pudiese recordar», pensaba. Haciendo un esfuerzo inconmensurable, en su mente se agolpaban las memorias. La guerra, ese infierno escalofriante; una familia; dos bellas niñas; aquel rostro hermoso que no cesaba de dar vueltas. Una carta. Susurros; de pronto... El silencio abrumador; la oscuridad. Algo más temido que la propia muerte; la más negra y profunda de las cárceles, simulaba un paraíso a su lado. «¿Qué está pasando?», gritaba sumido en el silencio. «Quiero saber, necesito entender; en qué me he convertido».

«¡La fecha!», se gira como buscando un calendario. «El tiempo es implacable. Somos esclavos de nuestras acciones, y prisioneros de nuestras dudas. Verdugos de nuestra propia existencia. A menudo flagelamos nuestro ser, buscando respuestas. La respuesta es la llave. La llave; la llave; la llave».

Abatido, cae sobre las sábanas blancas, pulcras. Queda enmudecido como tratando de escuchar. ¿Escuchar qué? Si no se oye nada. Solo silencio. La habitación comienza a dar vueltas, vuelve aquel bello rostro. Es de una mujer. «Beatriz», sin saber cómo, recuerda su nombre. «Lucía y Fátima, como su tía». Encuentra también los nombres de las niñas. «¡Mis niñas!». «Ya lo sé; he caído en manos enemigas ¡No van a sacarme nada!», un grito de espanto desprende su garganta. «Si he de morir he de hacerlo dignamente; si he de morir he de hacerlo dignamente... si he de morir he de hacerlo dignamente», repetía. Su voz se resquebrajaba, al compás de los golpes propinados a la pared. Cada frase acarrea mayor sentido. Todo iba cobrando lógica.

«Calma, eso es lo que buscan, volverte loco. No dejes que ganen». Vuelve a la cama y aprieta la llave con mucha más fuerza. Un rayo de luz en medio del infierno. «Hoy es dos de mayo». Otra vez la dichosa condena. «La fecha, la llave, todo tiene un significado, todo está relacionado». Se vuelve queriendo pensar. Escucha un canto. Una voz

muy familiar. Beatriz nuevamente. Ahora juegan en un parque. «Las veo, están solas y tienen miedo. ¿Dónde está su madre? ¿Qué pasa?». En un suspiro agitado; regresa la oscuridad. «¡No, no de nuevo por favor!», rompe a llorar. Lo hace de una manera suave, apretando el mentón, para mantener las formas. «Los hombres no lloran; luchan hasta el final, convierten los fracasos en experiencia, y las experiencias en victorias», expresa, cerrando con ímpetu las manos.

«Hay que ser fuertes; fuertes, para no derrumbarse ante las adversidades». Se abraza a si mismo buscando cariño. «Hoy es mi cumpleaños», recuerda sonriente. El sentido común lo aborda. Era la misma llave, todos los años. Sin estar del todo claro, en su mente otrora brillante, guardaba la respuesta. Sería irónico decir que bajo llave. «Es mi esposa; son mis hijas, mi familia. La llave del cofre». Una caja de música con una con una pequeña bailarina. De ahí la melodía de aquel canto.

Si bien, no recordar era un suplicio; hacerlo resultaba mucho peor. «¿Por qué sigo vivo? ¡No es justo! ¡Llebadme de una vez malditos demonios!», gritó aterrorizado. Comenzó a tararear la melodía mientras sonreía. Alcanzaba a verlo todo por momentos, la guerra, el alzhéimer, las niñas, los cumpleaños en familia. Desde nacimientos, hasta matrimonios, alegrías y buenos momentos. Toda una vida pasó ante sus ojos. Su vida. «La caja, la llave... la llave abre la caja, la nota, todos los años me dejan una nota». Dio un salto sobre la cama, examinándola con la mirada. Su corazón se agitó, colmado de emoción. Sí. Estaba, y la nota también: «Felicidades papá», decía. Otra vez lágrimas. «Son buenas chicas. Qué digo buenas, las mejores». «Ya cumples ochenta y cuatro años», continua la nota. «Y como cada año, te dejamos tu regalo. Somos conscientes de tu enfermedad y todo lo que implica. Es posible que ni siquiera nos recuerdes, pero nosotras a ti sí. Te echamos de menos. Te queremos... y...».

En ese instante, la música termina. Todo vuelve a ser oscuro. El anciano se nota sudado, pegajoso, palpa su cara descompuesta y no lo entiende.

«La guerra dejó estragos en mi cabeza», piensa. «Me va a estallar de un momento a otro». Vuelve a sumirse en un terrible caos de pensamientos e

ideas. Algo le molesta. La llave; otra vez la llave.

El secreto detrás de la llave - Beverly Matos

El anciano encontró la llave en sus pertenencias, las que le recogieron a su llegada a urgencias. Mientras tanto una vez más en la sala de espera del hospital se encontraban sus hijas; sentadas, agotadas, somnolientas y, sobre todo, preocupadas por la situación de su padre, Felipe.

Era la tercera vez que sufría un accidente doméstico, sabían que no podía seguir viviendo solo, así que, tras hablar con el médico, las hermanas toman la decisión de enviarlo a un centro de la tercera edad.

Felipe tiene demencia y últimamente ya no reconoce a su familia, debe estar bajo vigilancia continua, así que, el traslado se prepara para el día siguiente.

Las mujeres entran en la habitación para anunciarle a su padre lo de su traslado a su nuevo hogar, pero inesperadamente Felipe tiene un momento de lucidez y cuando ve a sus hijas entrar las saluda efusivamente dejándolas perplejas y sin palabras.

Antes de que pudiesen articular palabra les dice:

—Se lo que vais a hacer y dónde me vais a llevar, pero antes de irme necesito que me escuchéis... —El viejo extiende la mano y les ofrece la llave—. Tomad, niñas; esta llave es de un doble fondo que tiene la caja de seguridad que hay en casa, dentro encontraréis unos documentos; hijas, solo espero que nos perdonéis a vuestra madre y a mí. Hace unos años, cuando ella falleció, me hizo prometer que antes de mi muerte os diría la verdad. Quiero que sepáis que lo que hicimos fue por salvar vuestras vidas y aunque algunos actos fueron reprochables, hicimos lo que tuvimos que hacer por vosotras, al menos os dimos un futuro y todo nuestro amor.

Las hermanas no daban crédito a lo sucedido, pero aun así quisieron comprobar si lo que decía el anciano era cierto Y se encaminaron a casa, llave en mano, en busca de respuestas.

Se dirigieron directamente a la caja de seguridad y buscaron los mencionados documentos; sacaron las partidas de nacimiento y los papeles de propiedad de su casa, las joyas de su fallecida madre, y algunos recuerdos de familia; dieron unos golpecitos a el fondo de la caja que sonaba hueco; abrieron la trasera y encontraron, para su asombro, que

realmente había algo ahí detrás.

Extrajeron, con sumo cuidado, un sobre bastante grande color gris que contenía papeles y algunas fotos; en la primera se podía ver una feliz pareja que portaban cada uno un bebé en brazos, una de las hermanas dio la vuelta a la fotografía que rezaba por detrás: “Con las niñas por primera vez, mayo del 76”.

En la siguiente fotografía se podía ver una mujer embarazada de expresión seria, marcadas ojeras y de aspecto desaliñado. Le dieron la vuelta buscando respuestas, pero esta foto no tenía nada escrito. Pasaron a la última fotografía, solo salía una lápida en la que se podía leer: “Cris 1959-1982”. No ponía nada más, ni apellidos, ni lo típico que se suele encontrar en una lápida solo un simple nombre y una fecha; nada más, ni por delante ni por detrás de la foto.

Pasaron entonces a leer los documentos: unas partida de nacimiento en las que ponía aproximadamente lo mismo que la que ya tenían en su poder, las que eran sus partida de nacimiento de siempre, salvo porque esta actual tenía otra localización en el apartado de “lugar de nacimiento” ponía : “Desconocido”, y en el apartado “Hija de...” también ponía “Desconocido”.

Siguieron leyendo y encontraron una carta de su Madre y su Padre:

«Queridas hijas, si estáis leyendo esto es porque de alguna manera sabéis la verdad o bien os la hemos contado nosotros o bien (y espero que esta no sea la opción) habéis averiguado la razón de estas letras. Nosotros hemos sido durante muchos años voluntarios de paz en varios países, hasta que en unos de esos viajes conocimos a vuestra madre, Cris; era una muchacha muy joven a que le usaban como “desahogo” de los hombres de su pueblo. Al igual que a muchas de las niñas de su poblado. Desde que tenían unos nueve o diez años hasta el momento de su desarrollo. El grupo de voluntarios que fuimos ese año nos vimos envueltos en una guerra que se desató entre este pueblo y el vecino. Arrasaron con casi todo y nosotros tuvimos que luchar también para sobrevivir. Vimos morir algunos compañeros y tuvimos que hacer que algunas personas les acompañaran en el paso a la otra vida; pudimos sacar a tres de esas niñas fuera de allí, Cris era una de ellas, lo que no sabíamos es que estaba embarazada de

vosotras al sacarla. El caso es que al venir aquí registramos a Cristina como protegida de guerra y cuando vosotras nacisteis hicimos como si fueseis nuestras por nacimiento, luego nos mudamos de la ciudad para mayor seguridad y fue cuando la pequeña Cristina falleció, pues ya venía enferma de su país de origen. Le prometimos que cuidaríamos de vosotras y haríamos cualquier cosa para manteneros con vida. Por eso aun a día de hoy nadie puede saber de vuestro pasado, pues todavía hay gente que os podrían hacer lo mismo que a Cris. Espero que nos perdonéis por guardar durante tanto tiempo semejante secreto y esperamos que sepáis que lo que hicimos fue por vosotras, la gente que tuvimos que matar y a los que tuvimos que sobornar, todo fue por vosotras. No dejéis que vuestro (muy comprensible) enfado haga que estos actos (reprochables o no) sean en vano. Cuidad la una de la otra siempre. Os queremos, mamá y papá».

Las hermanas, más que sorprendidas, acudieron directas a ver su padre pero este ya estaba sumido en su mundo de tinieblas y ni siquiera las reconoció. Así que ellas volvieron a casa y decidieron seguir como si nada, rompieron la carta de sus padres y siguieron sus vidas con el secreto detrás de la llave guardado solo para ellas.

La cabaña - Ciudadano de Mastia

El anciano encontró la llave en el hueco, al levantar la teja. Desde niño, vio a su abuelo colocarla en ese lugar; también lo hacía su madre. Dubitativo, como paralizado, contempla el herrumbroso trozo de metal frío, cargado de recuerdos, que le da acceso a la vieja cabaña.

Suena el dolido canto de la puerta, cuando el anciano la abre. Ahora el polvo se hace visible, la luz solar irrumpe en la estancia dominada por la oscuridad durante tanto tiempo. Una mixtura de olores, que acompañan a la humedad, se hace presente. Transmiten, al cerebro, recuerdos de aquellos momentos del pasado: su madre se alojó en esa cabaña por la premura del parto. La vaquera, embarazada, acudía a diario a los prados de la montaña, donde pastaban sus animales. Viuda, por culpa de una disputa entre hermanos, por la incoherencia y la falta de entendimiento, por una guerra incivil. Cumplido el uso de razón, ayuda a su progenitora en los quehaceres proveedores del sustento, a ellos y a su anciano e impedido abuelo. Las frías aguas de los ríos donde trabajó el anciano, como ganadero, le atobaron las piernas. La muerte de su hijo le partió el alma; ese abuelo que formaba parte de un sillón, durante el día hasta que, en volandas, era llevado a la cama.

Vuelve a la realidad, un dolor lacerante se hace presente. En su vientre habita un cangrejo que le corroe; eso es lo que siente él. La palabra esperanza no la incluyeron los médicos en su pronóstico; el tratamiento un mero protocolo, por no decir que no hacemos nada. Tomó la decisión de pedir el alta voluntaria, no aceptó un ensañamiento terapéutico.

En un rincón se encuentra el arca. Lenta y temblorosa, la mano del anciano abre el candado y manan las imágenes de su pasado, que refleja cada objeto contenido: un tirachinas, recuerdo de su infancia, para cazar aves y espantar alimañas; la primera pelliza, que le hizo su madre con un viejo abrigo de su padre... y ahora aparece la navaja, con empuñadura de asta de ciervo, que un día le regaló un guerrillero del maquis. Él, le ayudó en su huida, le dio cobijo y alimento. Ahora recuerda cómo ese regalo le cambió la vida.

Su mano alcanza, en el fondo del arca, una libreta con pastas de piel;

pertenecía a su madre. Archivo de sus trabajos, contabilidad de vida, registro de partos, litros de leche; todo lo referente a su ganado. Pero, en ese cuaderno, también está anotado un hecho provocado por otros animales. De forma automática busca la página y lee: “Los que fusilaron a mi marido”. Siete hombres, allí relacionados, eran los que formaron el pelotón; gente del entorno, conocidos. Tres nombres marcados con una cruz al margen; fallecidos. Cuatro con un punto negro, los cuatro que le llevaron a la cárcel, los que degolló con la navaja del guerrillero, uno a uno; cuando su madre murió y, él, leyó sus nombres en el cuaderno. Tenía veinticinco años y una novia que le quería; eso, le quería, después no.

Su mente sigue nadando en el pasado: la salida de la trena le dejó un olor penetrante, una marca; el destierro por cumplir, le hizo buscar una vida, un empleo en la capital. Allí se dedicó a vender carbón a domicilio, con un carro y una escuálida acémila, siempre cansada; todo prestado, por lo que pagaba una cantidad al usurero propietario.

Otra vez el dolor le saca de la evocación del pasado, ese caníbal roedor de entrañas hace que se tumbe en el catre. El aire parece que no quiere entrar en sus pulmones y tiene que forzarlo. El anciano mira al tosco artesonado del techo; sus ojos, lacrimosos, visualizan imágenes de aquellos seres que acompañaron su vida: madre, abuelo, la muchacha que quiso y, en la nebulosa, la silueta de un hombre que no deja ver su cara; la ansiada figura del fusilado, del padre que no conoció... La luz del sol se apaga lentamente, como cuando se iba a dormir y su madre bajaba la luz del quinqué. Llega la dama negra, se citó con ella hace unos meses; le pidió el favor de elegir el lugar desde donde partir en su último viaje. El carbonero se ha ido acompañado por la dama. La puerta, entreabierta, deja pasar la brisa que ojea la libreta caída junto al lecho.

Amanece, por el camino hacia los prados sube un hombre que arrea unas vacas. Al llegar al refugio ve la puerta abierta, se extraña, siempre está cerrada, y entra...

Ya de atardecida, en la taberna de la aldea, se comenta la muerte del carbonero aparecido en el bohío. Jarras que escancian vino de la tierra. Voces a favor y en contra del fallecido, sobre ellas, una más alta dice:

—Donde mismo nació quiso morir. Dejad tranquilos a los muertos y enderezad lo que tengáis torcido.

—¿Y tú quién eres para tomar parte en esto? —uno de la taberna le reprocha—. ¿Con qué derecho opinas, si no eres de aquí?

El desconocido responde:

—Soy nieto de uno de los degollados, por ese hombre. Mi padre me encomendó buscarlo y pedirle perdón por lo que mi abuelo hizo. No solo hubo razones políticas en el fusilamiento del padre del carbonero; hubo algo más. Este hombre, durante su vida, ha penado por lo que hizo: perdió a su familia, la soledad le acompañó, la enfermedad y el sufrimiento se unieron al final de sus días; estaba desahuciado. Yo siento haber llegado tarde, no pude cumplir con el encargo de mi padre, pero tengo derecho a hablar, ¿no creen?

Por la senda, que baja de la montaña, vienen una moza y un mozo acompañados por su canto; corean las esquilas del ganado. Y al llegar a la cabaña, que en el camino encuentran, un mirlo blanco levanta el vuelo, entre piales se marcha. La moza exclama:

—¡Mira, un alma que busca descanso!

El anciano y la llave - NEGA

El anciano encontró la llave en el bolsillo de un saco, mientras reunía ropa vieja para donarla a una residencia de ancianos. Estaba en un armario del antiguo cuarto de costura de su fallecida mujer. La verdad es que hacía días que se le había extraviado sin saber cómo ni por qué, y eso lo tenía muy preocupado.

Había recorrido la casa, los lugares conocidos, revisado las gavetas del mueble de su cuarto, en la sala y en cuanta gaveta acostumbraba guardar lo que era le era importante. Pero se preguntaba qué misterio era ese, que no le permitía recordar cómo había llegado a ese bolsillo.

Ahí fue cuando miro al espejo y se dijo: Cada vez que vayas a guardar algo te miraré a los ojos y repetiré el lugar y la razón del porqué guardarlo. Esa será la solución para cuidarme de no volver a perder nada. Es que vivir solo tiene ese problema, no hay a quien pedirle que nos recuerde lo que olvidamos, ni podemos culpar a otro de la pérdida, ni del olvido, ni de nada. Esta uno a la buena de Dios con nuestros olvidos y lamentos. Claro que, también está uno libre para olvidar y que nadie nos lo cuestione; esa, sin dudas, es una gran ventaja en la cual no había pensado. Agradezco a esa llave por revelarme tal ventaja.

El problema ahora es saber por qué y para qué guardé la llave. El asunto se me ha complicado de repente, cuando creí que estaba todo resuelto al haberla encontrado. La solución debe estar en ella misma, seguramente. Observo con detalle su forma, tamaño y color. Por el color desgastado supongo que es una llave antigua, muy usada, por lo que debería saber dónde entra. Por la forma será fácil descifrar su origen. Si pruebo introducirla en cada cerradura de la casa seguramente encontraré para cuál puerta fue hecha. Ahí estará resuelto el acertijo del tamaño, ya que forma y tamaño son propiedades íntimamente relacionadas en una llave.

Así que me pondré manos a la obra y recorreré todas las puertas de la casa e iré anotando en cuál de ellas la llave no funciona. Sí, porque si no anoto correré el riesgo de olvidar en cuál de las puertas la llave no sirvió y ahí sí que será un desastre. Comenzaré por organizar la búsqueda desde

la parte posterior de la casa e iré caminando hacia el frente. Después, clasificaré las puertas por color, ya que las hay blancas y marrones, ah y una que otra negra, aunque pocas. En resumen: iré de atrás hacia adelante dentro de la casa, agruparé las puertas por colores y mientras, iré anotando y descartando la que no sirva.

Pero antes de comenzar iré a dar una vuelta para descansar mi memoria y así olvidarme que esa bendita llave existe. Al final ya encontré la manera de asegurarme de volver a recordar lo que había olvidado.

Solamente falta de memoria - Gadi

<http://unaatalaya.blogspot.com.es/>

El anciano encontró la llave en sus calzoncillos malolientes. El día posterior a una noche de pasión, él y su mujer debían volver a casa. Habían visitado, con el resto de compañeros jubilados, Mallorca en su momento de más esplendor. Viajaban en un autocar que les llevaría de vuelta al barco con rumbo a Barcelona, a la monótona vida de residencia de la que el anciano estaba tan aburrido. Sin embargo, la hora de salida del autocar se había retrasado porque el anciano había olvidado la llave de su maleta. Siempre colgaba de su cuello, a excepción de ese día.

El anciano desenvolvió el amasijo de calzoncillos arrugados que había olvidado al lado de la puerta del baño. No le molestó la posibilidad de que la señora de la limpieza los hubiera encontrado. De repente, la llave se resbaló del tejido y tintineó sobre el suelo. El anciano, con dificultad, se agachó para recogerla, pero segundos después se recuperó. Sentía la juventud en sus huesos. Se guardó los calzoncillos en el bolsillo trasero de los pantalones y reanudó la marcha hacia el autocar.

Sus compañeros de viaje le recibieron con refunfuños, porque sabían que llegarían al puerto con retraso, y a nadie le apetecía pasar más tiempo del necesario en la isla. Ninguna pareja se había conformado con el viaje a Mallorca. En verdad, el anciano y su mujer eran los únicos que habían pasado una velada inolvidable.

—¿Dónde estaba? —preguntó su mujer cuando el anciano se sentó.

—En los calzoncillos de

—¡Ah! —Su mujer giró la cara hacia la ventanilla, pero en el reflejo se veía que, entre sus arrugas, estaba sonriendo.

El anciano también sonreía, y ambos conocían la razón. Ninguno de los dos podía olvidar todo lo que habían disfrutado la noche anterior. Él recordaba cada uno de los pliegues de su piel, y el ligero perfume floral que los embadurnaba. Ella recordaba cada una de las canas sobre su pecho, que se teñían de un color platino cuando la luz de la luna las alcanzaba. Después de años sin volver a hacerlo, la sensación era más que satisfactoria.

El anciano intentó hacer memoria sobre cómo había perdido la llave de la maleta. Recordaba cómo, dentro del baño, se había quitado los calzoncillos y los había dejado desperdigados en una esquina. Pero nada más. No era capaz de saber cuándo y por qué había caído, o dejado, esa llave ahí. Creía haberla tenido todo el rato colgando de su cuello.

El anciano miró de reojo a su mujer. Veía que aún seguía sonrojada, aunque intentaba simular que estaba durmiendo. El anciano se acomodó en el asiento y pensó que, a pesar de tener placeres juveniles, seguía siendo un anciano. No había otra razón por la que la llave había caído ahí.

Nunca es tarde - Marvelous

El anciano encontró la llave en el lugar más insospechado que hubiese podido imaginar. Era imposible que estuviese allí tanto tiempo, y sin haberse dado cuenta que la tenía bien cerca. Cómo no se le había ocurrido antes abrir el sobre que su madre le hubo entregado ya hacía más de sesenta años; entonces ella le decía que cuando tuviese ocasión que leyera los folios que tenía dentro, porque allí estaba la llave, y estaría siempre, de lo que él buscaba.

Durante toda su vida siempre había estado tratando de comprar corazones, voluntades, sumisiones, etc., con una actitud que seguro tendría que haber sido equivocada. El sobre ya estaba descolorido y ajado por el paso del tiempo. Estaba firmado por su mamá, con fecha de mediados del siglo pasado. Pero él nunca tuvo tiempo de atender los consejos de sus padres. De siempre desde la adolescencia, había estado ocupadísimo con los amigos y los juegos, su moto, discotecas, los primeros escarceos amorosos, y las posteriores aventuras de faldas. Se decía que había que aprovechar el tiempo al máximo, pero a su madre... ¡ay! nunca le había tenido el oído dispuesto.

Era algo hiperactivo, pero sobre todo ególatra y egocéntrico.

Ya decrépito y achacoso, en la residencia geriátrica donde su hijo lo había aparcado porque tampoco soportaba a su padre, sacó de la mesilla de noche el sobre, donde tendría que estar la dichosa llave. Lo rasgó, y con ojos expectantes se puso a leer, a la vez que unas lágrimas le inundaban la vista. ¿Estaría allí en esas cuartillas la verdadera causa de los fracasos que tuvo a lo largo de toda su existencia?

Conforme iba leyendo, a la vez rebobinaba su mente en el tiempo y se contemplaba en la moviola de su vida. No le quedaba ni siquiera un solo amigo, ya que todos se habían ido apartando de su lado. Empezaba a vislumbrar claramente que él había sido maleducado, avasallador, desconsiderado, y un verdadero explotador con todo aquel que había formado parte de su vida. Por eso jamás sintió aprecio, estima o cariño de ningún congénere humano. Bueno, quizás solo al principio, de la mujer con la que convivió unos años, que parecía que estaba colada por sus

huesos, pero no; había sido por su físico, por su irresistible belleza de joven y por su posición económica. Pero la convivencia duró poco, pues a ella se le hacía insoportable.

Seguía sentado en el borde de la cama, dejó de estar abstraído y cayó en la cuenta de que sus lágrimas de pena y auto conmiseración habían manchado buena parte del escrito de su mamá. En los últimos renglones, su madrecita del alma le resumía que la llave que buscaba para su vida la tenía dentro de sí mismo, y que no buscara fuera en lujos, riquezas y demás fatuidades nada realmente productivo, aleccionador y trascendental; que todo lo que de verdad importaba en la vida no costaba dinero ni se podía comprar, y que la verdadera clave —y llave— de la felicidad, progreso, éxito, o amor, estaba, y estaría siempre, en el interior de todo ser humano. Le agregaba, que solo con una actitud noble, humanitaria y respetuosa con las personas, podría abrir las puertas que se propusiera.

Reflexionó largo rato y creyó haber asumido y aprendido la lección, aunque ya era bien tarde para rehacer su vida.

Vio una luz nueva en su interior cuando vio pasar por el pasillo a su compañera de mesa en el comedor. Creyó haber visto la más tierna mirada que nunca antes había imaginado en ninguna otra mujer. Se propuso poner en práctica los consejos de la carta, empleando el tiempo que le quedara de vida en conquistar a esa dulce ancianita.

Se dirigió al comedor —ella ya estaba sentada en la mesa—, tomó asiento a su lado, puso la mano temblorosa sobre la suya, y con cierta solemnidad le dijo:

—Rosi, mi madre me ha dado una llave para que conquiste tu corazón. Podemos intentar recorrer juntos el camino que nos queda, ¿lo intentamos?

Ella con cara de infinita sorpresa respondió:

—Héctor, ni te imaginas el tiempo que te llevo esperando. Me enamoré perdidamente de ti desde que eras joven; y lo sigo estando. Nunca te fijaste en mí, y mira que ambos éramos del mismo barrio. Seguí tu trayectoria, y con dolor contemplaba que estabas perdido y sin rumbo. Ahora vislumbro que acabas de cambiar. Nunca es tarde. ¿Sabes que te digo? Que sí. Creo que merecerá la pena intentarlo. Adelante Héctor y no

perdamos más tiempo. Bésame.

El baúl de los recuerdos - Nube Blanca

<http://mis-aventuras-literarias.blogspot.com>

El anciano encontró la llave en un rincón lleno de objetos innecesarios, mezclados entre las motas de polvo que solo servían para darle un toque abandonado al cajón de la mesita. La llave tampoco estaba aislada de todo el mercadillo de cachivaches y telarañas, y su color antes dorado, se había convertido en una pieza de hierro oxidada.

Al tocar el objeto con las manos arrugadas sintió que podía respirar con más facilidad de algún modo, y su boca se convirtió en una sonrisa de melancolía. Puede que estuviera pensando en su difunta esposa, o tal vez estuviera pensando en su juventud, pero la cuestión es que sus ojos lagrimosos se iluminaron ligeramente. Así pues, cogió la llave y se levantó con cuidado, ayudando a su espalda posando una mano sobre el lumbar mientras su cara de alegría se mezclaba con el dolor.

Salió de aquella habitación de olor rancio, y cruzó el pasillo de blanco y negro, pues los retratos que colgaban en las paredes eran fotografías antiguas; muchas de cuando aun estaba con ella. Continuó andando por el corredor, dejando atrás las puertas a ambos lados hasta que llegó a una puerta con un cristal de color amarillento. Lo abrió con un ruidoso chirrido que despertó a toda la casa, pero como vivía solo desde hace tiempo, nadie más se dio cuenta, ni siquiera la mujer sonriente de la fotografía más cercana. Se dirigió a la entrada cruzando por el salón; espacio repleto de pinceladas de pasado. Sin embargo, una llamada inesperada le hizo parar su recorrido allí. Tras mirar el número que aparecía en la pequeña pantalla del teléfono fijo, se recordó a si mismo que no tenía mucho tiempo, pues era la llamada de su hijo para avisarle que iría ese mismo día de visita como todos los domingos. Y ahora sí, ignorando por completo aquel sonido estridente que no le dejaba reflexionar en silencio, cogió otra llave para encontrarse al segundo siguiente en el portal con la puerta principal del piso cerrado. Subió todas las escaleras lenta y pesadamente, hasta que llegó al cuarto y último piso del edificio, donde se encontraban los trasteros. Abrió la suya, y entró a este otro espacio antiguo y perdido en las épocas de los comienzos de los años cincuenta.

Allí, en otro rincón donde la poca luz que entraba apenas alcanzaba, había un baúl de color difuso cerrado con un candado oxidado. Al anciano se le encendieron los ojos al mirar la cerradura, y pacientemente pero a la vez sin poder contenerse, giró la llave en el agujero. Un chirrido avisó a los cuatro vientos que el pasado había sido otra vez expuesto ante el mundo, en la oscuridad del ático desordenado.

Había una fotografía, una gabardina, varias llaves, un reloj, una carta todavía sellada, varias monedas inservibles para el mercado actual, un libro fino, y entre otras cosas, también una pequeña caja de terciopelo.

Primero cogió el libro, el cual era su obra preferida, y pasó las hojas, intentando retener las pocas palabras que era capaz de leer a causa del rápido movimiento de cambio de hoja para no perder mucho tiempo. Al llegar a la última hoja, miró al reloj, comprobando que efectivamente, todavía tenía tiempo de sobra.

Entonces, tomó las llaves, la carta sellada y las monedas anticuadas, y cuando las guardó con mucho esmero en el bolsillo al tratar de piezas clave de su pasado, se levantó apartando la vista del baúl y dirigiendo ambas manos de nuevo al lumbar. Al poner la espalda del todo recta, se encaminó hacia el otro lado del trastero, a la pared opuesta, la cual estaba prácticamente oculta por unas cajas. El anciano apartó varias fácilmente, pues estaban vacías: su única función era tapar la pared. Detrás había una pequeña puerta de acero, una caja fuerte. La abrió utilizando las dos llaves guardadas en el baúl, y dentro, entre más pertenencias que ya se encontraban allí, dejó las monedas anticuadas y la carta sellada con la explicación de lo que estaba a punto de hacer, de tal forma en que llamaran la atención al abrir la puerta de acero.

Miró otra vez el reloj, y al darse cuenta de que el momento estaba a punto de llegar, se vistió la gabardina y abrió la caja de terciopelo. Tal y como esperaba, encontró un revólver. La observó con detenimiento, y sonrió tontamente, aunque su piel se hubiera erizado sin remedio a causa del miedo. Se sentó entonces sobre el baúl, y mientras abrazaba a la fotografía con la pistola en la sien, pronunció lo que siempre quiso decir: “Vuelvo contigo, Ana”.

Se oyó un disparo, y a continuación, el ruido del coche del hijo que

venía de visita.

Desatado en los Cielos - AC Callaspo

El anciano encontró la llave entre unas piedras, no muy lejos de la puerta. Su suspiro de calma, sin embargo, fue interrumpido por una fuerte sacudida.

Sus piernas se movían a todo fulgor, conscientes de que algo horrible estaba a punto de pasar. Las sacudidas se hacían cada vez más violentas, y más desesperadas. Un pequeño “no” abandonó la boca del viejo cuando vio una apertura en la puerta. Era un margen diminuto de solo centímetros, pero eso no la hacía menos peligrosa.

Pensando inmediatamente en cerrar el portal, el anciano empujó aquella maciza laja de piedra con todas sus fuerzas. La cosa detrás de la puerta no se iba a quedar sin hacer nada, y mandó la puerta y al anciano hacia atrás con un macizo puñetazo.

La sombra de una inmensa mano emergió de las cavernosas profundidades selladas por la puerta; las palabras no podían describir aquella aberración, una oscuridad de lo más pura, un profundo abismo negro con cinco filosas garras. La mano golpeaba y arañaba la puerta con una violenta desesperación, marcada por ferales gruñidos.

Era muy obvio que la abominación hacía lo posible por liberarse de su encierro. El anciano la veía con horrorizada maravilla, sus ojos pequeños y su boca abierta ante algo tan espantoso como aquella oscuridad. Sin embargo, rápidamente recobró la razón y fue a completar su misión. Apretando aquella llave de oro contra su pecho, el anciano embistió la puerta con todo lo que su cuerpo podía darle. La puerta se movió. Pero no para cerrarse.

Ya nada obstruía la salida. El anciano cayó, y nunca se levantó. Y era lo mejor. Cuando la puerta se abrió, un largo y demacrado brazo se unió a su compañero. Y como ese, salió un tercero, y un quinto, y un noveno... Todos se abalanzaron sobre aquel cuerpo inerte, arrastrándolo hacia la oscuridad como lobos hambrientos.

El viejo despertaría un tiempo después. No podía ver nada, pero sentía como si flotara en medio de un gran vacío. Él no sentía miedo o temor. Más bien se sentía acompañado y feliz; podía sentir a sus padres, a sus

amigos, incluso a personas que nunca había conocido. Todos estaban ahí, contentos de tenerlo con ellos. Su felicidad era tanta, el anciano quería que otros se sintieran como él. Quería salir y traerlos. Pero cuando iba a hacerlo, sintió su cuerpo chocar contra piedra fría y dura. Él intentó una y otra vez, hasta que oyó una cerradura cerrarse.

Un suave susurro salió de la puerta sellada. Un pequeño “no”, seguido de varios violentos golpes. Un nuevo anciano, un pescador judío llamado Pedro, solo suspiró. Él miraba la llave en su cinturón con rabia y asco, por que si la opción fuera de él, nadie tendría que cruzar esa puerta jamás.

Él se sentía engañado. Esa no era la promesa que le habían hecho.

Memento Mori - El Graffo

<http://www.elgraffo.co>

El anciano encontró la llave en la mesa, detrás del servilletero. Había instalado notas adhesivas por toda la casa y justo sobre la llave encontró una con hora y lugar subrayados. Con el transcurrir de las semanas comenzaba a olvidar las fechas, teléfonos y compromisos, e incluso algunos elementos de su rutina diaria.

Aquel día salió con dirección al consultorio del nuevo neurólogo que estaba a tan solo unas cuantas calles de su casa. El anterior especialista se encontraba al otro lado de la ciudad y en más de una ocasión el anciano se subió al bus, pero no supo dónde bajarse, ni en qué ruta iba, ni por qué se había enfrascado en una conversación con la mujer de al lado.

El neurólogo lo esperaba con los resultados de las últimas pruebas. Le hizo las mismas preguntas de la sesión anterior, pero el anciano respondió sin inmutarse. Le prescribió la misma serie de medicamentos y le entregó la receta:

—¿Y dónde los compro, doctor?

—En la misma farmacia, si prefiere.

El anciano volvió a mirar el papel.

—¿Tampoco lo recuerda, cierto? Ni el nombre de la persona que le está ayudando en casa, ni sus citas...

—No.

—Verá, don Miguel, su condición está empeorando. Le sugiero por su propio bien que venga a estos controles con su ayudante. Se lo anotaré también en la receta para que no lo olvide.

El rostro del anciano se arrugó y agachó la cabeza. Se despidió del neurólogo y sacó algunas notas de su bolsillo con un par de compras para hacer antes de regresar a casa.

Al cabo de unos meses dejó de asistir a los controles y se limitaba a seguir las anotaciones de la libreta con las actividades del día, horarios y comidas. Todos los lunes lo visitaba Guillermo, su hijo, quien le daba un pequeño fajo de billetes a una ayudante, que un día dejó de tener nombre, luego rostro y después era solo alguien que aparecía y desaparecía con su

comida.

Después dejó de existir el tiempo. De vez en cuando miraba el calendario marcado con una equis en cada día, pero luego no supo si la marca correspondía al día actual o al anterior, por lo que tuvo que dejar una nota adicional, no fuera a quedarse atrapado en la rutina del mismo día.

Luego se encontró a sí mismo buscando palabras que significaran esto o aquello. Tardaba algunos instantes (o quizá horas) para recordar el significado de ciertas palabras que decían en televisión, en el supermercado o la ayudante. Apuntó en una sección especial de la agenda los significados más importantes y firmaba con frecuencia sus datos personales para tenerlos siempre presentes.

Un día, sin embargo, además de olvidar firmar con sus datos, no supo cuántos años tenía. Se asomó al espejo del lavabo y el reflejo le devolvió la imagen de un hombre con facciones arrugadas, de ojos cansados, delgado y encorvado. Su rostro se arrugó con asco y empezó a llorar, cubriendo sus ojos de su propio espanto. Pasaron algunos minutos (o tal vez horas, porque no cayó en cuenta de mirar el reloj cuando inició el llanto), y abrió el gabinete de un solo golpe. Vació el contenido de varios frascos y los metió en un envase transparente. Sobre un papel adhesivo escribió “Para morir”. Como precaución adicional, programó en su agenda el día y la hora del evento con las instrucciones para hacerlo. Faltaban apenas unos meses.

Las marcas seguían apareciendo en el calendario, mientras que en su mente desaparecían las palabras y los nombres de los objetos. En algún lugar de la casa había una caja que respondía a un botón y emitía imágenes, sonidos y personas. De repente encontraba granos de colores en una superficie blanca y una persona que se los llevaba a la boca. Había olores agradables, hedores, manchas, punzadas en su cuerpo, cada uno más irreconocible que el anterior.

Un día encontró una marca especial en el calendario, acompañada de instrucciones largas en una hoja y un frasco. Ingirió todo su contenido con agua y rompió el papel como lo indicaba la última instrucción. Cerró los ojos y todo se volvió oscuro. Los abrió de nuevo y se encontró sentado

en su casa, con un vaso sin contenido en una mesa y un papel hecho pedazos a sus pies. Se levantó y se asomó por la ventana. Ese día había olvidado qué significaba “morir”.

Los Candeleros - Menta

El anciano encontró la llave en la sagrada ranura de los pechos de doña Elvira, ama de llaves de don Anselmo Cifuentes, dueño de la chacra y señor al que ambos servían. Al palpar el metal, don Antonio Cisneros sonrió y después suspiró aliviado. Sus miedos habían terminado, sus noches de insomnio pronto quedarían en un mal recuerdo.

Unos días atrás, se había encontrado con fray Blas de Cascante, amigo de la infancia, que estaba visitando la diócesis del Callao. Don Antonio aprovechó esta circunstancia para que el fraile le escuchara en confesión todos sus pecados. Empezó hablando de algunos pecadillos sin importancia, pero poco a poco se le desató la lengua y fue verbalizando los infames hechos que había realizado durante su vida.

Calló un momento para coger aliento y siguió su declaración intentado explicar el miedo que sentía al llegar la noche. Al acostarse y cerrar los ojos, empezaban a desfilar delante de él los castigos divinos que le esperaban; el miedo crecía y se convertía en terror, entonces le invadían fuertes temblores que duraban hasta el amanecer. En algunas ocasiones, durante breves sueños intermitentes, escuchaba el tañer de las campanas de la iglesia. Cuando esto ocurría, se levantaba reconfortado.

Tras un largo silencio, fray Blas le impuso, como penitencia expiatoria, realizar duros ayunos, interminables oraciones y, sobre todo, generosas donaciones a la iglesia parroquial del pueblo que le vio nacer en España, lugar en el que debían officiar misas para el alivio de su alma.

Para terminar, le explicó que los sueños en los que oía doblar las campanas, simbolizaban la palabra de Dios. Su alma, acariciada por su sonido, volaría cada vez más alto hasta conseguir la paz. Eso sí, siempre y cuando invirtiera algún dinerillo en su salvación.

Él no tenía más que unos ahorros, pero hacía tiempo que le rondaba una idea y la llevó a cabo... Oculto entre bancos rotos y reclinatorios desvencijados, espío durante un buen rato, como tantas otras veces, los movimientos de la mujer. Cuando oyó que ascendía por las gradas de caracol, salió de su escondrijo y esparció en dos escalones una fina capa de grasa; encima de ella colocó unos pergaminos. Después, encañonando

su voz por el hueco de la escalera, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Elvira! ¡Socorro! ¡Ven!

Rápidamente volvió a su observatorio. Enseguida oyó los pasos rápidos de las chanclas de doña Elvira. Y de pronto, escuchó el sonido de un cuerpo dando tumbos y el chasquido de un hueso fracturado. Después, silencio.

Se acercó al vano de la puerta y encontró a Elvira en el suelo; las enaguas, descolocadas, le tapaban parte de la cara y una de las piernas estaba debajo de la otra en un ángulo inverosímil. Doña Elvira Ceballos yacía muerta en el último peldaño de la escalera que subía al campanario.

Recogió los pergaminos que se habían deslizado hacia abajo. Con un trozo de esparto limpió los escalones y arrojó estos objetos al fuego del hogar.

Encontró la llave donde esperaba. Se dirigió al armario en el que sabía que ella guardaba ocultos sus tesoros. Don Antonio abrió la puerta, iluminó el interior y vio dos candeleros de plata. Los llevó hasta una mesa y, en uno de ellos, hurgó con la punta de su daga la cera sólida que había en el cañón. Enseguida notó algo duro. Entonces, con mucha destreza, realizó un pequeño movimiento de palanca y extrajo una gran perla con silueta de lágrima. La contempló admirado e inmediatamente se la llevó a los dientes para comprobar su rugosidad. En el segundo candelero halló una perla gemela de la anterior.

Ahora solo le faltaba bajar hasta el puerto de El Callao y entregar los candeleros con las perlas ocultas a fray Blas de Cascante, que viajaría a España embarcado en la fragata Nuestra Señora de las Mercedes.

El fraile sabía lo que tenía que hacer cuando llegara a Cádiz. Utilizaría como intermediarios a los joyeros de la Casa Real Española para que aconsejaran la compra de las dos perlas a su majestad Carlos IV. Le harían ver que de este modo, la reina, María Luisa de Parma, podría lucir unos preciosos pendientes que realzarían la belleza del collar, que ya poseía, con la famosa perla Peregrina.

Y el resto del dinero que consiguiera en esta transacción, lo gastaría en pagar misas y novenas dedicadas a salvar la pobre alma del anciano pecador.

El jardinero - Nina Latte

<https://eneljardiningles.wordpress.com/>

El anciano encontró la llave en el primer peldaño, junto a las botellas de leche fresca. Se agachó sin prisa. Podía sentir sus huesos curvándose bajo el peso de los años amontonados sobre ellos. Recogió la ajada llave del suelo y la puso en el bolsillo izquierdo de su camisa, junto al corazón.

Cronos maulló lastimoso pidiendo su desayuno. El anciano tomó las dos botellas de cristal y fue hasta la cocina, donde la tetera silbaba como un faro en la noche, exhalando vapor para anunciar que el agua ya estaba lista. Vertió leche en el plato del felino y se preparó su acostumbrado té con miel en una de las delicadas tazas inglesas de su amada Anna. Un buen sorbo caliente era bastante para despertar su cuerpo y avivar los recuerdos. Cuánto la echaba de menos. La enfermedad se la había llevado hacía más de un año, pero aun podía sentir su presencia junto a él. Algunas veces, hasta le parecía oler su tarta de manzana recién hecha enfriando en el alféizar o escuchar su voz cantarina mientras cuidaba de las flores del jardín.

El gato se frotó contra sus piernas para recordarle que tenían un largo día por delante. Posó la taza sobre la mesa y cogió sus útiles de jardinería. Paseó entre las fragantes rosas, los elegantes lirios y los alegres narcisos, buscando el lugar perfecto. Eligió un claro entre las fresias y cavó un agujero con esmero, sin prisa, como lo hubiera hecho Anna. Sacó la llave del bolsillo, acarició la herrumbre acumulada en ella durante años con sus dedos manchados de tierra húmeda y la enterró con delicadeza. Se preguntó qué flores nuevas germinarían de aquella semilla, de aquella vida plena.

Se sacudió la tierra de los pantalones y miró las dulces flores del almendro. Un suave tintineo le descubrió a Cronos jugando con una llave blanca. Le gustaban tanto los niños. El anciano suspiró con amargura. A pesar de los años que llevaba encargado de cuidar el jardín, no se acostumbraba a las llaves blancas.

La cubrió con sus manos con infinita delicadeza. Acercó los labios y exhaló su cálido aliento de vida en el interior de la concavidad. Una

golondrina pio asustada y asomó la cabeza entre los dedos del anciano. El gato se acercó a olerla con curiosidad. El viejo abrió las manos y el pájaro voló con torpeza para posarse en la rama del roble. Algunas aves se quedaban en el jardín para siempre y otras, sencillamente, decidían volver porque se habían ido antes de tiempo.

El anciano se sentó en el porche para admirar la armoniosa belleza del jardín. Cronos se tumbó a su lado para que le acariciara la cabeza y ronroneó meloso con los ojos entrecerrados. La golondrina levantó el vuelo, dio un par de vueltas en el cielo y desapareció entre las nubes. El viejo milenario sonrió con esperanza y deseó que solo volviera al jardín cuando fuera una llave vieja.

El pasado olvidado - Yoli

El anciano encontró la llave en el portal de su casa. Era un collar que tenía una pequeña llave colgando. Junto con ella había un papel doblado por la mitad, en el que ponía «Ya nos veremos». No había una inscripción en el collar de plata. Observó el trozo de papel de un cuaderno corriente. La letra que había sido escrita en tinta roja, no le era conocida. No le parecía ser una carta amenazadora, pensó que podría ser la broma pesada de algún chaval. Esto no disminuyó la ansiedad que sentía.

De eso hacía dos semanas, momento en el que empezó su calvario. Cada noche, le llamaban por teléfono, y cuando lo cogía, solo oía la respiración de alguien, después colgaban. Daba igual que él dijese que iba a llamar a la policía y que le iban a atrapar, o que le insultara; el sujeto del otro lado nunca contestaba. Cada vez que salía a la calle, miraba hacía todos los lados, por si alguien se quedaba mirándole, pero todo parecía normal. Estaba tan nervioso que desde hacía unos días prácticamente no salía de casa.

Le había dado vueltas a la cabeza sobre quien podía ser esa persona que le estaba amargando la vida. Fue policía durante treinta años y tenía a sus espaldas a muchos delincuentes que había llevado a la cárcel, pensó que algunos pudieran estar resentidos. Además eso no le ayudaba, pues hacía como tres semanas, tuvo que ir a la consulta del hospital, debido a que empezó a olvidar cosas, y el médico, el doctor Héctor Hernández, que le llamó la atención pues era un pelirrojo con muchas pecas, le dijo lo que sospechaba: tenía principio de alzhéimer. Como vivía solo, nunca se había casado ni tenía hijos, le recomendó una asistente e ir a unas clases para ejercitar la memoria, pero no quiso que nadie entrase en su casa ni pensaba ir a esas clases, pues pensó que eso no lo curaría. El médico siempre fue amable con él, he incluso un día en que se le olvidó las llaves en la consulta, fue hasta la parada del autobús donde esperaba para poder dárselas.

Poseía una pistola, que no era la reglamentaria, y pensaba utilizarla para acabar con su vida como él quería, no en un hospital siendo un vegetal. Pero después ocurrió lo de la nota, y quería saber quien era, antes

de poder irse de este mundo.

Eran las tres de la tarde cuando llegó a su casa después de ir a comprar al mercado, y cuando entró no vio nada anormal, así que se fue a la cocina con la bolsa. Al abrir la nevera para meter las cosas vio una nota pegada con un imán en la que decía «Mira en tu habitación». Enseguida cogió la pistola que guardaba en la funda, se dio la vuelta todo lo rápido que pudo y, con la pistola en alto, miró a su alrededor, escuchando atentamente cada sonido, pero solo se oía el reloj del comedor. Fue avanzando poco a poco, siempre pegado a la pared, con todo su cuerpo en alerta. Su casa era pequeña pues el comedor y la cocina era un solo espacio, y tenía dos habitaciones; el baño y su cuarto, por lo que no había mucho espacio para esconderse.

Al mirar en su cuarto, vio en su cama algo pequeño, cómo un papel amarillento y también una carta. Un rápido vistazo le bastó para darse cuenta de que no había nadie, así que bajó la pistola, aunque no se la guardó. Se acercó a la cama y cogió aquel papel, que era el recorte de un periódico, con la fecha del diecisiete de abril de 1974. Era un artículo que decía que una mujer de treinta y seis años, había muerto de un tiro en el estómago, debido a que un policía la había matado en el fuego cruzado que sucedió entre él y un ladrón que huía del banco. Junto a ella se encontraba su hijo, de 8 años, que lo presencié todo. En el recorte estaba la foto de la mujer y su hijo, y debajo ponía sus nombres: Cecilia González, una mujer muy guapa que tenía como collar una llave, y Héctor Hernández, un niño pelirrojo con pecas. Luego miró la carta y había un pequeño texto:

«El pasado no se olvida».

Comprendió que el pasado, ese que se le estaba escapando cada día, una parte de él, la que quería olvidarlo, había vuelto.

Pequeña fantasía conyugal - Juan Chukofis

<http://nadiesabeellugar.blogspot.com.ar>

El anciano encontró la llave en la pared, atrás de la cocina. La giró. Costumbres viejas, de otros tiempos. No es que hubiera una fuga de gas, tampoco sabía si no la había. Pero el diablo abre las hornallas. Mientras dormimos recomendable evitar accidente fatal, al asesino silencioso.

Apoyó la pesada pava encima de la hornalla que rechinó como un cuchillo sobre un plato de vidrio. Apretó los dientes. Abrió una hornalla. Por un segundo pensó en hacerlo, dejarlo correr e irse. O quedarse, tal vez fuera lo mejor para los dos, para todos. Raspó un fósforo que se partió. Quizás era el destino. Sacó, lo más rápido que pudo con esa extrema lentitud irritante de los ancianos, otro que hizo chispa y se prendió en el segundo intento. La voz, la señal se diluyó. Una explosión abajo de la pava y olor a pelo chamuscado. Abrió la ventanilla de vidrio gris esmerilado. Un viento dormido entró en la casa. Despejó el encierro, los nuevos sueños. El anciano buscó el mate sobre la mesa. Tiró parte de la yerba vieja, medio seca, medio mojada. Puso un poco de yerba nueva y acomodó la bombilla. En la cama, su mujer, Estela, dormía como si no pudiera morir nunca. Respiraba tranquilamente, apenas abría la boca, un silbido como viento entre los árboles, como el que haría la pava unos segundos después. La baba le caía por el costado y ampliaba el charco húmedo, gris, sobre la almohada. El anciano miró a la mujer. Sentado en la silla apoyó los codos sobre la mesa, miró hacia la puerta. El agua en la pava silbó. El anciano la agarró con un repasador, cerró la hornalla. Se acercó a la mujer mientras cebaba el primer mate de la mañana.

Estela se despertó tosiendo. El anciano le acercó un mate pero no quiso tomarlo; todavía peleaba con la tos. El sueño anestesia la tarea de la vejez; al final dormir no deja de ser un ensayo de la muerte. Se incorporó, atragantada, parecía quedarse sin aire, que ya no podía respirar. El anciano le palmeó la espalda varias veces, con fuerza. Vomitó un líquido verdoso. Le alcanzó agua que tomó haciendo burbujas en el vaso. La mujer, más tranquila, volvió a recostarse. Ahora tenía un brillo opaco y nublado en sus ojos. Se adormeció, el mediodía pasaría el médico. El

anciano la dejó sola, salió a comprar.

Afuera había sol y no tanto frío. Las veredas iluminadas por el sol. La vida seguía el curso normal de cualquier barrio en el final del verano. Un chico en bicicleta zigzagueando en la calle. Un hombre cambiando la goma pinchada del auto. El perro negro y blanco de la verdulería rompiendo una bolsa de basura. En un puesto de diarios «Un rayo mató a una adolescente en Villa Gesell». Volvió dos horas después, una bolsa con dos pedazos de carne, dentro de otra con dos tomates, una bolsita con tres cajas de remedios y otra con caramelos de miel. La mujer dormía y el anciano la despertó para darle el antibiótico.

Llegó el médico, la revisó y no la encontró distinta, ni mejor ni peor, como dijo, estable. Había que esperar que pasen los días. El anciano preparó la comida, le acercó el plato a la mujer que apenas lo probó. Aunque se sentía mejor, con más ánimo pero sin fuerza. Le ofreció entonces un caramelo, comió uno él. Miró el teléfono cuando estaba terminando de comer. El hijo tendría que estar por llegar, al menos eso había prometido. Dejó los platos y cubiertos en la bacha. Puso agua a calentar y llamó al hijo, que al final se había complicado y no iba a pasar. Preparó unos mates y se sintió cansado, le dolían las rodillas. Se acercó, despacio, a la cama. Se recostó en un borde, con los pies en el aire la mujer estaba atravesada. Apoyó la cabeza en la almohada, luchó contra sus ojos hasta quedarse dormido, en un sueño profundo.

Encontraba la llave en la pared, atrás de la cocina. La giraba. Abría una hornalla, y después otra, y otra, y otra. El sonido del gas como la goma de una bicicleta desinflándose. Cerraba la ventana corrediza de vidrio gris esmerilado. El sonido del gas interrumpido por los pasos que hacían eco en el silencio de una casa sin muebles. Iba a la cama, la mujer dormía pálida y gris, un sueño convaleciente, arrugada como las sábanas blancas. Veía los pliegues de piel manchada en la cara que se deformaba. Un mechón de pelo pegado en la frente. Y entonces caminaba hacia la puerta. Podía sentir la llave en el bolsillo del pantalón. Al meter la mano tocaba la llave junto a un caramelo medio derretido. Ahora, frente a la puerta, sacaba la llave que se le resbalaba entre los dedos y caía. Y se llevaba uno a uno los dedos a la boca, limpiándose, despacio, todo

el pegote. Ahora tenía que agacharse, recuperar la llave. Lentamente, con movimientos como diapositivas, apoyaba una rodilla en el piso. Descansaba un momento, el dolor le decía que estaba ahí, que no era un sueño. En el piso, estiraba la mano, acariciaba la llave que al hacer contacto con sus dedos recibía una descarga eléctrica que la alejaba, de un salto, todavía más. Entonces apoyaba la otra rodilla y estaba por gatear cuando de golpe sintió el pinchazo en el nervio ciático. Se quedó duro, un segundo eterno, vencido, despierto.

El refugio - Algotcar

El anciano encontró la llave en una de sus evocaciones mentales. La imagen se coló de manera fugaz al releer un diario de su infancia. Y aunque con el paso de los años sus recuerdos se habían vuelto muy difusos, por alguna razón que desconocía, hubo un sonido que nunca logró olvidar. El que producía la destartalada puerta de madera que abría esa llave. Puede que otro niño hubiera abandonado el lugar al oír tan estridente ruido, pero su caso era distinto. Para él sonaba a completa y absoluta libertad.

Repentinamente, todos los recuerdos de esa época comenzaron a retornar en una interminable sucesión de fotogramas. El día que curó el ala de un águila, cuando se bañó por primera vez en el río situado detrás de la casa, la noche que contempló las estrellas sobre el tejado. También recordó el gran chalé del pueblo donde él había vivido. A sus padres, siempre sonrientes y cariñosos. Incluso, rememoró su último cumpleaños. En el que ellos, para sorprenderlo, le depositaron en su mesilla una carta de felicitación junto a una gran llave negra...

Acordarse de todos esos momentos provocó un cambio en su semblante. Unas lágrimas furtivas emprendieron un vertiginoso descenso por su rostro. El dolor, oculto arduamente durante tantos años, resurgía implacable para torturarlo. Y por primera vez en muchos años, le urgió la imperiosa necesidad de fugarse de nuevo a ese lugar de paz. Ahora que la caja de Pandora volvía a abrirse, los momentos menos agradables habían decidido regresar a su memoria.

Cuando abrió la carta de cumpleaños, donde se encontró un mapa con una nota pidiéndole que huyese. El momento en que encontró a sus padres muertos en el salón. Los gritos que le obligaron a esconderse durante todo el día, para luego, milagrosamente, lograr fugarse en mitad de la noche. La marabunta de familiares persiguiéndole y empeñados en acabar con su vida.

Secreto de vida - J. Alan DeMort

El anciano encontró la llave en el único lugar que no habría imaginado, la tomo entre sus arrugadas y frágiles manos esbozando una sonrisa.

—Tú, tú eres lo que he buscado toda la vida —dijo mientras lágrimas bajaban por sus mejillas—. Todo este tiempo buscando de habitación en habitación, y lo único que tenía que hacer era mirar debajo de mi propia cama. Que estúpido soy.

Contempló la vieja llave durante un breve instante, sentado al borde de la cama, perdido entre sus recuerdos, recuerdos de él buscando la llave sin descanso por las más de cuarenta y dos habitaciones, destrozando todo en ellas, solo pensando en su recompensa.

Bajó por la escalera principal velozmente mientras se escuchaba el crujir de la madera devastada por el paso del tiempo, de lo que alguna vez fue una gran mansión. Recorría los pasillos sin dejar de gritar:

—La encontré, por fin la encontré, ¿me escuchan?

Parecía como si le estuviera gritando a las paredes, que durante años fueron testigos de su locura por la llave.

Sin dejar de sonreír, entró a la habitación más pequeña de todas. Dentro de esta se encontraba una puerta de bronce y acero.

—Detrás de esta puerta se encuentran los secretos que mas he anhelado —dijo con voz temblorosa mientras la acariciaba sutilmente con las yemas de sus dedos.

La puerta era tan vieja como la llave que intentaba abrirla. Tragando saliva introdujo la llave en la cerradura, giró dos veces a la derecha hasta que escuchó los cerrojos abrirse.

—Por fin lo he conseguido —dijo mientras se abría la puerta y se iluminaba la habitación lentamente. Había telarañas tapizando las paredes, al centro una mesa cubierta de polvo, sobre ella un cofre que miraba con ilusión, solo que con cada paso que daba su emoción se convertía en miedo. Sabía de la posibilidad de que la meta de su vida fuese solo una ilusión, un sueño, un desperdicio.

Al estar frente al cofre lo tomó diciendo:

—Dentro debe hallarse.

Abrió el cofre encontrando en su interior un sobre, que abrió de inmediato, encontrando dentro una carta fechada el 10 de agosto de 1944. Empezó a leer en voz alta con torpeza, tartamudeando tratando de recordar como sonaban las palabras:

«Hola edwim, si encontraste esto, ¡felicidades! Ganaste la búsqueda del tesoro. Vaya, parece ayer cuando solo eras un bebé. Tu risa era tan contagiosa que hasta el amargado abuelo Jerry reía a carcajadas cuando estaba a tu lado. Ahora ya tienes doce años. Me siento tan viejo... Mi padre me dijo que el tiempo no espera a nadie, y no hay nada más cierto. En fin, te prometí que si encontrabas todas las pistas, estas te conducirían a la llave que abriría la puerta donde encontrarías el secreto de la vida».

El anciano hizo una pausa para secarse las lágrimas, cada palabra le traía un recuerdo perdido, una pista de quien fue alguna vez y de lo que se había perdido todos estos años. Retomó la lectura después de unos instantes.

«Es más sencillo de lo que la gente piensa. Tu manera de verla la convertirá en un juego o en una condena, no dudes regalar una sonrisa, ni temas derramar una lágrima. No mates el tiempo porque el tiempo es el que nos mata. Disfruta cada etapa de la vida, crecer es descubrir que nada es lo que parece. Más libertad, es cierto, pero también más responsabilidades, más dinero, pero menos tiempo pa gastarlo. Aprende de la soledad cuando te acompañe, despide a tristeza con un abrazo, aférrate a la esperanza sin olvidarte de la realidad, disfruta con alegría y convive con la constancia porque esta te compensara. Haz lo que más te guste sin pensar en qué dirán los demás, al final de cuentas todos tendremos que irnos, mejor que sea felices por lo que logramos y por lo que intentamos. Solo diviértete, que la vida es un juego. Un mal chiste, es cierto, pero a veces los malos chistes son los que mas nos hacen reír. P.D.: No abras los regalos hasta que volvamos».

La búsqueda del tesoro - Stephany S.

El anciano encontró la llave en un rincón de la chimenea... escondida tras un ladrillo suelto, era obvio que había estado allí desde hacía mucho tiempo y no recordaba ninguna puerta en la casa que tuviera una cerradura en la que esa llave pudiera encajar, era antigua y sencilla, sin grandes adornos.

Su tatarabuelo había construido la casa y nadie fuera de la familia había vivido allí, por lo que debía pertenecer a algún antepasado. ¿Pero a quién? ¿Y qué necesidad había de esconder la llave de esa forma?

Decidido a descubrir qué abría la llave, el anciano probó cada puerta de la casa, cada alacena, cada cajón, en todos y cada uno de los lugares que se le ocurrieron, y no pudo encontrar en dónde calzaba; al final pensó que tal vez el objeto que abría la llave ya no se encontraba en la casa, después de todo era una construcción antigua, por lo que las puertas, ventanas y gran parte del mobiliario fueron reemplazados casi en su totalidad a través de los años y probablemente lo que debía abrir ya no existía.

Agotado, decidió que ya era hora de dejar su pequeña búsqueda del tesoro. Fue a la cocina, preparó la comida y se sentó a comer; sobre la repisa de la chimenea un antiguo cofre que había pertenecido a su abuelo, llamó su atención, él siempre llamó a ese baúl su “pequeño tesoro” y recordó cómo le dijo que algún día sería suyo, recordó lo que le había preguntado a su abuelo hacia tantos años ya.

—¿Si va a ser mío, abuelo, por qué no puedo tenerlo hoy?

Su abuelo había sonreído y le había dicho:

—Aún estás muy pequeño para valorar el tesoro, mi niño, pero un día serás lo suficientemente grande para entenderme y espero que en ese momento aún me quieras.

Los años pasaron y cuando su abuelo murió repentinamente él heredó el cofre, pero nunca pudo encontrar la llave y decidió no dañar el objeto que tanto había querido su abuelo, abriéndolo por la fuerza.

El anciano tomó el antiguo cofre y observó la ranura para la llave, era pequeña y antigua, así que tomó la llave que había dejado sobre la mesa y la insertó en la cerradura y como había sospechado abrió sin ningún

problema. Estaba tan emocionado como cuando su abuelo le contaba esas historias sobre búsquedas de tesoros.

Tomó una profunda respiración y miró dentro. Había recortes de periódicos que hablaban de robos de joyas antiquísimas, piezas de arte, monedas invaluable. Todos los objetos fueron robados entre 1903 y 1923 y, por lo que decían los recortes, nunca fueron recuperados. Tampoco capturaron al ladrón a quien llamaron “El Fantasma”. El anciano revisó los demás objetos en el cofre y encontró el diario de su abuelo. En sus páginas, su abuelo confesaba ser “El Fantasma”, describía cómo había planeado y ejecutado los robos y al final del diario, explicaba que decidió dejarlo al nacer su primer hijo ya que había recibido un tesoro más valioso y que no quería seguir corriendo riesgos que lo podrían alejar para siempre de la maravillosa familia que tenía.

El anciano estaba congelado, no podía creer que su querido abuelo fuera un ladrón, que hubiese podido esconder esa doble vida de toda su familia. Siempre había sido su héroe, pero ahora entendía porque su abuelo esperaba que aún lo quisiera cuando supiera la verdad y tal vez por miedo a eso nunca le dijo dónde estaba la llave; pero tampoco entendía que había hecho el abuelo con todo lo que había robado ya que las piezas nunca se recuperaron y aunque siempre habían disfrutado de una vida cómoda y prospera, gracias al negocio familiar, nunca habían tenido la fortuna que se habría obtenido de la venta de los invaluable objetos que su abuelo había robado.

Cuando más confundido estaba, vio en el fondo del pequeño baúl, una carta dirigida a él:

«Mi querido niño, si estás leyendo esto ya debes saber mi secreto y seguramente estás decepcionado de mí, pero quiero que sepas que nada de lo que hice fue por codicia, solo me movió el afán de aventura, pero no es una excusa, sé que lo que hice estuvo mal, era solo un tonto joven que quería retar al mundo, pero cuando tu padre nació, entendí lo peligroso de mis actos, pues no quería alejarme de tu abuela y mi hijo si alguna vez me atrapaban y aunque quería regresar los objetos, nunca pude hacerlo, pues me expondría a ser descubierto y no estaba dispuesto a correr el riesgo; pero ahora esos tesoros son tuyos, son mi regalo para ti, ahora

será tu búsqueda del tesoro. Junto con esta carta, dejo un mapa y las instrucciones necesarias para que encuentres la ubicación de las reliquias, por supuesto dejé un par de acertijos para hacerlo más interesante y cuando lo encuentres... que sé que lo harás, será tu decisión si quieres mantener los tesoros para ti o regresárselos al mundo, pero sin importar la decisión que tomes, recuerda mi niño... Lo que cuenta es la emoción de la búsqueda y la satisfacción encontrar tu tesoro. Con amor, El abuelo».

Con lágrimas en los ojos el anciano abrió la hoja del mapa y de ella cayó una nueva llave, más grande esta vez, evidentemente de una puerta.

Solo pudo sonreír y pensar: «Es hora de buscar mi tesoro».

La llave - Anastasio de la Torre

El anciano encontró la llave en una cajita azul con unas extrañas inscripciones doradas, la misma que aparecía regularmente en sus sueños. E inmediatamente supo qué hacer con ella.

Él, un hombre apocado, que jamás había tomado una decisión en su vida, temeroso de cualquier novedad y enemigo de todo lo que se pudiera considerar una aventura, cogió su mochila, la rellenoó con algo de ropa, unos cuantos sándwiches envasados y tres botellas de agua, fue al garaje, arrancó su viejo Land Rover y salió de la ciudad por la autopista del Noroeste.

En su mente iban juntándose imágenes, sonidos y olores que en su tiempo carecieron de importancia, pero que ahora estaban encajando unos con otros, hasta formar un relato limpio y claro que le daba sentido a todo. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, dónde tenía que ir y en cuánto tiempo, tan solo tenía que dejarse llevar por su instinto.

El viaje fue largo, se internó por carreteras casi abandonadas, durmió unas pocas horas sin bajarse del coche, comió y bebió sin dejar de conducir y por fin, justo cuando la primera luna llena del verano aparecía en el horizonte, detuvo el vehículo y se apeó.

Todavía le quedaba una larga ascensión por el serpenteante camino que, a través de la ladera del volcán dormido, llegaba al cráter, completamente recubierto de verde césped, y en cuyo centro geométrico se levantaba una construcción de piedra seca, en otros tiempos refugio de pastores. Al llegar a ella, empujó la vieja puerta de madera y entró a una estancia amplia, luminosa y extrañamente limpia.

Contó trece losas en la hilera colindante a la bisagra superior de la puerta y posó sobre ella la palma abierta de su mano izquierda, desde ahí dibujó mentalmente el movimiento del caballo de ajedrez y en la piedra que correspondía colocó sus dedos pulgar y meñique de la otra mano; justo enfrente se oyó un ligero ruido, y algo se elevó desde el suelo de tierra pisada. Era una plataforma con una pequeña cerradura en la que el hombre, sin dudarle, introdujo la llave de la cajita azul.

Un pasadizo se abrió a sus pies. El anciano, movido por un impulso

inexplicable , se acercó a él y comenzó a descender por una escalera de la que no se adivinaba el final. Tras pisar el quinto peldaño, un portón se cerró a sus espaldas y la oscuridad más completa se apoderó del túnel.

Un viento salvaje que salía de no se sabe donde, le impactó con una fuerza superior a todas las que recordaba. No le empujó hacia ningún sitio, no se tuvo que agarrar a nada para no caer, sino que atravesó todo su cuerpo, disolviéndolo, disgregándolo en trozos cada vez más minúsculos hasta que, finalmente, todos los átomos de su ser danzaron con un movimiento perfectamente regular, pero que mantenía la mínima estructura para seguir sintiendo la propia identidad.

Y fue en ese preciso momento en el que él empezó a entender.

Toda la sabiduría que los hombres han estado buscando durante milenios la descubrió en su mente, sin hacer ningún esfuerzo, simplemente recordándola, como si hubiera estado allí desde siempre. De golpe comprendió la naturaleza del Universo, el origen de la vida, la extensión del tiempo y los límites del espacio.

Supo el por qué de las acciones humanas, tanto de sus miserias más profundas como de las grandezas más sublimes. Quedaron desveladas para él la complejidad de la meteorología, de la astronomía e incluso de la política. Conoció el secreto inmemorial de la belleza, de todo lo que emociona en lo más íntimo al ser humano.

Supo que el gran error de base de los humanos, cuando pretendían entenderlo todo, era creer que el mundo es tal y como lo apreciaban ellos; que todas las teorías existentes obviaban el hecho de que tanto la razón como los sentidos son limitados, e igual que hay sonidos que el oído no es capaz de percibir tampoco se pueden entender todas las dimensiones de la realidad.

Supo que de la época de la que venía se podían esperar grandes avances en el conocimiento de lo que nos rodea, que la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad eran unos pilares muy firmes para seguir avanzando, que gracias a ellas se podía saber que el corredor por el que estaba bajando era lo que se había convenido en llamar un agujero de gusano, una conexión entre dos lugares del tejido del espacio-tiempo.

Supo que siempre habían existido personas que los utilizaban; que

con su existencia se podían explicar muchos de los grandes misterios del siglo del que estaba saliendo, desde la construcción de las pirámides hasta la vida del más allá; que sin ellos eran impensables ni los cuentos de Borges ni el eterno retorno de Nietzsche.

Supo que eran incontables las veces que lo había atravesado. A la memoria le vinieron en una rápida sucesión cientos de paisajes, de tiempos, de amores, de risas, de llantos, de tristezas, cientos de vidas, de las que, por encima de todo, le quedaba una única permanencia, la de saber que había sido siempre él quien las había vivido.

Y por último supo que tras aquella claridad que empezaba a adivinarse a lo lejos, habría otra habitación, que estaría situada en no se sabe qué tiempo ni qué lugar, y en la que al entrar olvidaría casi completamente todo lo que estaba recordando, y que allí estaría hasta que, otra vez, volviera a encontrar la cajita azul con unas extrañas inscripciones doradas.

La llave del destino - Majencio

El anciano encontró la llave en los albores del tiempo y en los más de cinco mil años que había estado en su posesión tan solo cuatro veces estuvo a punto de usarla.

La primera fue a los pocos días de hacerse con ella. La introdujo en la ornamentada cerradura del pequeño baúl taraceado con la firme intención de abrirlo, pero lo que había escuchado cuando encontró la llave en el fondo del mar frenó sus dedos: «Como dueño de la Llave del Destino se te concede el don de la vida eterna, pero también la responsabilidad de ser juez del mundo de los hombres». Seguía sin entender bien esas palabras que le fueran susurradas al oído por una mujer que no podía ver, pero todo el valor que había reunido desapareció con el eco de las mismas. No había prisa. Si esa voz decía la verdad, tenía mucho tiempo por delante para comprender su significado.

Pronto descubrió que, a pesar de no envejecer un solo día y de disfrutar de una salud de hierro, inmune a todo tipo de enfermedades, no era invulnerable. A lo largo de los siglos sufrió varios atentados contra su vida en los en alguna ocasión escapó malherido. Por ello, la eternidad resultó ser un don que incluía el irónico inconveniente de tener que permanecer con vida durante milenios. Tras unas pocas generaciones entendió que lo principal era pasar desapercibido y darse a conocer lo menos posible. Para ello, nada como no quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, lo que le había llevado a recorrer el mundo entero varias veces.

Sus viajes comenzaron cuando abandonó Sumeria alrededor del año 2500 a. C. con destino al valle del Nilo. Allí vio florecer y marchitarse imperios que dejaban como herencia gigantescas construcciones en piedra. Aún hoy recuerda la sobrecogedora belleza de la pirámide de Giza, deslumbrante bajo el sol del desierto, y lo diferente que la encontró cuando volvió a visitarla muchos siglos después con las tropas de Napoleón. En Roma vivió la caída de la república y el amanecer del imperio. Conspiró en el magnicidio de Julio César y ello a punto estuvo de costarle la vida. Decidió entonces no volver a inmiscuirse en el desarrollo de la historia y limitarse a buscar todo lo relacionado con la responsabilidad que sin

desearlo le había sido asignada.

En el año 762 fue la primera vez que estuvo a punto de usar la llave conociendo las consecuencias. Durante sus viajes por Grecia y Oriente Medio había descubierto por fin su secreto y por aquel entonces llevaba algún tiempo viviendo en China. Gobernaba la dinastía Tang y en el año 755 se produjo un levantamiento armado, conocido como la rebelión de An Lushan. Tras casi siete años de conflictos, uno de cada dos habitantes de China había muerto a causa directa de los combates o de las hambrunas que les siguieron. Gracias a la pequeña fortuna que había reunido durante los siglos anteriores pudo poner a salvo a miles de personas, pero decenas de millones perecieron, lo que le sumió en un profundo sentimiento de desesperanza. La noche del 18 de marzo del año 762 introdujo la llave en la cerradura y realizó un cuarto de giro en el sentido contrario a las agujas del reloj. No pudo pasar de ahí. En esa ocasión fue el miedo lo que frenó sus dedos, forzándole a sacar la llave de la cerradura y a arrojarla contra la pared como si le quemara en la mano.

Las otras dos ocasiones en las que casi hace uso de la llave tuvieron lugar en el siglo XX. En 1916 se encontraba viviendo en Montevideo y las noticias sobre la Gran Guerra le convencieron de que el momento había llegado. Sin embargo, el océano de por medio enfrió sus intenciones y ese día la llave entró en la cerradura y salió horas después sin haberse movido un solo milímetro. El último intento fue la tarde del 9 de agosto de 1945, cuando la llave volvió a entrar en la cerradura y sin un solo titubeo comenzó a girar para cumplir su función. Sobre la mesa de la habitación del hotel situado a cien metros de Times Square, en New York, la edición de Daily News llevaba en portada el lanzamiento de la segunda bomba atómica sobre Nagasaki. Ese día la humanidad estuvo tan solo a un cuarto de vuelta de descubrir que todas las acciones tienen consecuencias tarde o temprano, pero le fue concedida una última oportunidad.

Hoy, 16 de junio de 2016, el anciano se ha levantado temprano. Quiere disfrutar del último amanecer. Tras la Segunda Guerra Mundial el mundo pareció haber entendido la lección, pero resultó ser un espejismo. Por cada paso hacia adelante, se daban dos hacia atrás. No había duda, la humanidad había agotado su tiempo y estaba más allá de toda posibilidad

de redención.

Por quinta vez en cinco mil años, en anciano introduce la llave en la ornamentada cerradura del pequeño baúl taraceado y la gira con decisión hasta escuchar un sonido metálico. Cuando abre la caja de Pandora percibe un olor a flores frescas. Una brisa cálida le acaricia el rostro al tiempo que Elpis, la diosa de la esperanza, se escapa y deja a la humanidad a merced de todos los males.

Después de tanto tiempo, ansía la muerte. Inmensamente cansado, se tumba en la estrecha cama y cierra los ojos.

Aún huele a flores frescas.

Más allá del umbral - John Doe

El anciano encontró la llave en la caja de madera finamente labrada oculta en un cajón de un antiguo armario. La sostuvo con delicadeza entre sus manos arrugadas. Una pequeña llave plateada y reluciente. La había buscado durante décadas, gastado todo su tiempo y toda su fortuna en perseguirla alrededor del mundo. Sin embargo una y otra vez desaparecía y con ella todo rastro de su existencia. Por ello muchos años atrás había abandonado aquella infructuosa búsqueda. Pero ahora la tenía frente a sus ojos.

El rostro cetrino del viejo parecía tallado en piedra, tan solo el leve temblor de sus manos delataba las emociones que se agitaban en su interior. Miró para ambos lados, como si temiera algo, pero la tienda estaba vacía. Fijó de nuevo la vista en la llave, abrumado por su peso, cerró con fuerza la mano y la metió dentro de uno de los bolsillos de su abrigo. Regresó la caja de madera al lugar donde la había encontrado y se alejó de allí, despacio, intentando no levantar sospecha mientras observaba de soslayo al canoso vendedor que fumaba pipa mientras leía un diario. Se dirigió hacia la salida de la tienda con una sonrisa en su rostro, le parecía una burla del destino, una ironía cruel, que luego de tanto tiempo tras ella, la viniera a encontrar en una pequeña tienda de antigüedades cuando ya se había sugestionado de que su existencia no era más que patrañas y quimeras de viejos papeles amarillentos y olvidados, de oscuros sabios de épocas antiguas. Pero ahora mientras escuchaba el tintineo metálico de las campanillas de la puerta al abrirse pensó que este descubrimiento no era algo al azar, que las coincidencias no existían, por fin la llave lo había encontrado. Lo había escogido. Finalmente él era digno. Y una mueca de satisfacción controló su rostro cuando sintió el gélido viento de la calle, se alejó por la acera con paso apresurado y un rictus de lobo dibujado en su rostro.

Entró a su casa con violencia, el portazo resonó a través del caserón vacío y enorme, subió como pudo, casi a saltos las largas escaleras de parquet pulido hasta su habitación. Sacó la llave plateada del bolsillo y la depositó encima de la mesa de noche, se sentó en la cama, pensativo,

incapaz de dejar de observarla. Sus ojos brillaban con un fulgor casi demoníaco en la oscuridad de la habitación. La llave a su vez relucía con un brillo espectral atrapando toda luz que entraba en aquella penumbra, parecía vibrar en el silencio del cuarto. El anciano se levantó de manera intempestiva de la cama y miró en derredor con la certeza de estar siendo observado por una presencia terrible, pero no lo acompañaba nada más que las tinieblas y las sombras de la habitación. Tomó la llave y salió del cuarto.

Con mano temblorosa el anciano dibujaba extraños símbolos en el deslustrado suelo de madera del estudio. La luz fantasmal de la luna se filtraba a través de los grandes ventanales. Su dedo trazaba marcas arcanas mientras murmuraba palabras ininteligibles, cada marca producía que su cuerpo se estremeciera con ligeros temblores, que se fueron intensificando junto a la voz del anciano, que ahora se proyectaba a través de las paredes en un éxtasis terrorífico. De pronto el anciano se detuvo y un rumor que venía del suelo llenó toda la habitación.

Sus ojos se oscurecieron por completo cuando termino de hacer la invocación. Los símbolos se iluminaron de un intenso color escarlata y toda la casa comenzó a crujir, sombras reptantes se deslizaron por las paredes y las ventanas. Él observaba todo desde el círculo de protección que había dibujado. El lejano susurro comenzó a subir de intensidad, risas coléricas y palabras siseantes nunca antes escuchadas por humano alguno reverberaban por toda la estancia. Afuera la oscuridad se hacía cada vez más impenetrable, las paredes se dilataban y regresaban luego a su forma ante la mirada impávida del anciano y su rictus de lobo. La puerta de la estancia se iluminó con un tétrico resplandor. Avanzó fuera del círculo de protección, los rumores y demás sonidos callaron de golpe mientras el anciano recorría los pocos pasos hacia el portal, estiró su mano y colocó la llave plateada en la cerradura. La giró. la puerta se abrió entre el rechinar de sus pesados goznes. El anciano de pie ante el umbral dio un paso hacia la oscuridad. La puerta se cerró lentamente con un quejido.

Ramiro y Eduviges - José Torma

<http://www.cuentoshistoriasyotraslocuras.wordpress.com>

El anciano encontró la llave en una caja de zapatos. Era antigua y pesada, de color cobre. La examinó curioso, no sabía qué abría. Una suave brisa en su memoria hizo sonar la campana del cobertizo de su recuerdo. Con dificultad tomó el bastón y salió del cuarto.

Recordó que el edificio era muy viejo requería trabajo, pero él no tenía las fuerzas ni quien le ayudara para hacer las reparaciones necesarias. Su familia había partido hacía tiempo, y él jamás pudo seguirla. Ahora solo mataba los días, encerrado en ese cuarto, olvidando la vida y los recuerdos, exiliado del mundo.

Tenía asistencia médica del estado. Una vez a la semana un enfermero lo ayudaba a asearse y a limpiar su habitación. Su nombre era lo primero que olvidaba, lo llamaba “Juan” para disimular y el hombre no lo corregía.

A medio pasillo se detuvo, con ojos asustados entornó la mirada y se preguntó qué hacía. El sonido de la campana centró su pensamiento. Un hombre joven estaba en la puerta del cuarto, le sonreía y con un gesto lo invitaba a acercarse. No lo conocía, pero su sonrisa lo tranquilizaba.

—¡Hola, Ramiro! —saludó el joven—. Qué bueno que llegas. ¿La trajiste? Llevo mucho tiempo esperándote.

Le mostró la llave con timidez, los ojos de su visitante se agrandaron de la emoción.

—Ven, tenemos mucho de que hablar.

Y sin mediar otra palabra, tomó la llave y entró al cuarto. La atmósfera cambió en cuanto lo siguió. Ramiro se encontraba en el viejo cobertizo. Una gruesa capa de polvo cubría el suelo. Pegado a una de las paredes, se encontraba un gran armario de roble. Sin dudar, el hombre se acercó e introdujo la llave.

—Acércate —le dijo al notar su turbación—. ¿Recuerdas esto?

Ramiro miraba sorprendido gruesos álbumes de fotos, trofeos y una pequeña caja de música. Con mano temblorosa la tomó e instintivamente la volteó para darle cuerda. Los acordes del Lago de los Cisnes llenaron el lugar mientras una esbelta bailarina giraba incansable sobre una de sus

piernas. Un par de anillos estaban sujetos a la cintura con un listón rojo.

Con delicadeza puso la caja sobre la mesa y desató el nudo.

—¿Las recuerdas, Ramiro? Son tus anillos de matrimonio. Tenían que ser especiales, las mandaste traer de París, nadie en México tendría unos semejantes.

Guardó silencio al ver que el anciano intentaba penetrar la bruma que había en su cerebro. Una pequeña lágrima se le escapó mientras admiraba las joyas. Levantó la vista para mirar la foto que el joven le mostraba.

—Ella es Eduviges, tu esposa.

Una mujer guapa sonreía desde la fotografía, su cabello estaba atado en un moño con un gran lazo rosa. En la mano izquierda brillaba el complemento del anillo que se le había materializado en el dedo anular. De a poco su mente estaba más lúcida, los recuerdos regresaban, lento primero, pero después a raudales poblando su memoria.

El joven sonrió al verlo y seguido le mostró unas fotos donde tres niños sonreían chimuelos a la cámara. Tenían los ojos de su mujer, pero la piel morena como él. Pasó los dedos sobre la imagen de sus rostros. Las lágrimas ahora surgían sin obstáculo, limpiándole la mente y el alma.

—Son tus hijos, Ramiro. ¡Trillizos! Algo extraordinario en el pueblo, nunca había habido otro nacimiento múltiple. Estabas tan contento que te fuiste a la capital a comprar puros para regalar... ¡Y tú no fumas! Siempre lo mejor para tu familia.

Sintiéndose revitalizado, se acercó a examinar los tesoros escondidos en aquel viejo mueble. La medalla del ejército, los álbumes de fotos, el trofeo de basquetbol y, escondido en la parte trasera, bajo un guante raído de béisbol, un paquete de cartas atadas finamente por un listón rosa. Levantó la vista interrogante hacia el muchacho, mientras se las entregaba.

—Las guardó todas, nunca te olvidó, te esperó hasta el fin. ¿Te las leo?

Perdió la cuenta del tiempo que pasó escuchando a aquel desconocido que leía sus palabras. Los recuerdos florecieron y sus lágrimas cesaron, reía sin control ante alguna de las anécdotas que relataba. Un álbum revivió la niñez de sus hijos, se entristeció al recordar su muerte en un trágico accidente.

Mientras seguía explorando el armario, el hombre leía. Encontró el primer libro que le regaló a Eduviges. Se sorprendió con las flores secas que había entre las páginas; gardenias, sus favoritas. El conocido aroma llegó a su nariz y por un instante la sintió cerca. Su mujer perdió la razón después del accidente y se la habían llevado lejos y él no pudo ir con ella. De pronto, le fallaron las piernas y se apoyó en el bastón con más fuerza.

—¿Estás bien, Ramiro, necesitas descansar?

Asintió y tomó la mano que le ofrecía el joven que lo llevó, solícito, de regreso al presente. Con cuidado y gran amor lo acomodó en la cama, prolijo acomodó sus cabellos y le arregló el cuello de la pijama. Sus ojos se encontraron por un momento. De su bolsillo, su invitado sacó un sobre, lo abrió y le dejó una última foto en sus manos, con ternura le sonrió mientras un suave sopor invadía al anciano.

Tras unos minutos de sueño, Ramiro abrió los ojos. El joven había desaparecido. Se sorprendió al ver la foto en sus manos, en ella se veía al joven sonriente, abrazando a su Eduviges que lucía radiante. El cobertizo, imponente, enmarcaba sus figuras. Una gran paz llenó su ser, se acercó la fotografía a los labios y depositó un leve beso sobre la imagen de la pareja.

Al día siguiente lo encontró el enfermero. Ramiro había fallecido con una gran sonrisa en su rostro y la foto de su boda fuertemente apretada contra el pecho. En la esquina quedaba el armario con las puertas abiertas, vacío de recuerdos y una gruesa llave tirada en el piso.

Díálogos con la muerte - Luis

El anciano encontró la llave en esa nieta que el destino le brindó para que sus ansias de vivir se abrieran de nuevo en su interior. Ya estaba en la columna del siete y pocas le quedaban por pasar.

Su vida, convertida en una monotonía, transcurría esperando aquel maldito final que se acercaba a pasos agigantados. Los años, como un fórmula uno, pasaban por la meta en un abrir y cerrar de ojos y caían del calendario como las hojas caducas en un otoño gobernado por el viento.

De cuando en cuando, aquel ermitaño que llevaba dentro le jugaba malas pasadas, dejando que la melancolía invadiera su mente al recordar aquel pasado que no volvería jamás.

¡Ah!, y lo peor de todo, el balance de su vida; errores irremediables, sacrificios absurdos —¡Huy, si pudiera empezar de nuevo! —exclamaba para sus adentros, pero aquella chiquilla venida del cielo rebosante de vitalidad, le rescataba de esas elucubraciones mentales llenándole de entusiasmo día a día.

Por las tardes iba a recoger a Sarita al colegio. Aquel griterío alegre y ensordecedor que dejaban escapar los chiquillos a su salida le sabía a gloria. El revivir de cuando sus hijos eran pequeños le hacía sentir joven, había retrocedido treinta años; casi nada.

Por el camino de regreso a casa, la pequeña iba dando saltitos a paso de baile mientras le contaba sus andanzas escolares. Él la escuchaba satisfecho dándole algún que otro consejo de abuelo y cogiéndole su manita fuertemente, no fuera caso que se soltara y tuvieran algún disgusto.

Llegaron acompañados por un tiempo espléndido; el verano ya estaba a la vuelta de la esquina. Mientras Sarita desenvolvía el bocadillo, el anciano abrió la puerta, entró en el salón y...

—¿Tú aquí?!

—Sí. ¿A quién esperabas encontrar a tu edad? —le preguntó con su tétrica mirada, cubierta por esa capa oscura, apoltronada en el sofá de casa con las alas recogidas y alzando su guadaña como estandarte.

—A ti no, por supuesto.

—Deberías de alegrarte —le dijo con una ironía malévola—, he venido a traerte un pasaje para la eternidad.

—No pienso acompañarte, métetelo por donde te quepa.

—¿Te atreves a desafiarme, anciano?! —le preguntó altanera, revoloteando sus alas negras para amedrentarle.

—Sí, soy un anciano, pero un anciano joven, tengo los setenta recién cumplidos y el alma llena de vida.

—¿Y crees que con eso puedes vencerme?

—Eso espero. Lucharé hasta mi último aliento.

Ella, dejó caer una sonrisa sarcástica y le dijo:

—Podría haber venido antes y no lo he hecho ¡No te quejes!

—¡Ah! Encima tendré que darte las gracias. ¡Qué desfachatez!

—¡Basta ya de tanta palabrería absurda! ¿No me negarás que en más de una ocasión has deseado que apareciera para rescatarte de tus penurias terrestres?

—Eres patética. Solo eran malos pensamientos.

—¿Seguro que no quieres ver lo que hay mas allá de mí?

—¡No! ¡Vete! — le respondió con firmeza

Contrariada por la decisión del anciano, su rostro esquelético empezó a moverse de un lado para otro lleno ira.

—¡Tú lo has querido! Tendrás el final más cruento que te hayas podido imaginar.

El ángel de la muerte hizo revolotear sus enormes alas y se abalanzó sobre él cubriéndole de oscuridad. Alzó su guadaña para arrebatarle la vida, pero en el instante de darle la estocada final, unos fuertes temblores hicieron tambalear toda la estancia, desvaneciendo su fuerza por momentos.

—Te lo dije, no te saldrás con la tuya. Tengo a un ejército de almas que con su desfibrilador me llenan de vida. Vete por donde has venido, si no quieres probar el sabor de la derrota.

—De aquí no me voy de vacío —le replicó—. Lo que me da vida es llevaros conmigo.

Una vez que aquellos temblores cesaron, aquel espectro malévolo retomó su camino en busca de otro ser que sumar a su lista y la paz reinó

en el alma de aquel anciano.

La luz era cada vez más intensa en sus pupilas. Abrió los párpados, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde estoy...? No me respondáis... En el cielo.

Era la habitación de cuidados intensivos del centro hospitalario. Estaba rodeado por su familia y aquella nieta que le tenía cogida la mano con todas sus fuerzas, pidiendo a la divinidad que su abuelo no la abandonara.

De entre sus labios, aún maltrechos por aquel amago de infarto, dejó escapar una leve sonrisa y murmuró al aire:

—Esta vez has perdido. Tendrás que esperar. Ya te dije que mi ejército no se daría por vencido.

La llave - Laura

El anciano encontró la llave en el cajón secreto de su escritorio. La tomó con cuidado y observó sus líneas como nunca antes lo había hecho.

Un malestar lo obligó a recostarse en la inmensa cama. A través de los altos ventanales vio la tarde invernal que iba pasando velozmente al ocaso.

Quiso llamar a Martha, su ama de llaves, pero desistió. Lo que debía suceder, sucedería en su momento debido.

Martha. Crecieron prácticamente juntos. Ella, unos años mayor, le fue incondicional. Le enseñó los primeros juegos del amor, que luego él perfeccionó en sus frecuentes viajes por las grandes ciudades. Sabía todo lo que acontecía. En ocasiones parecía saber de antemano lo que sucedería.

El tiempo había sido benévolo con ella. Parecía siempre de la misma indeterminada edad.

Recuperado, con la llave en su mano, recorrió el castillo ancestral, llegando hasta la puerta prohibida. La puerta que tanto había intrigado a las mujeres. Era ese el momento, o nunca.

La abrió.

Al principio no distinguió nada. Los cortinados cubrían parcialmente la entrada de luz exterior.

Un espejo le devolvió su imagen pero no le mostró un anciano encorvado por el peso de los años, de tupida barba blanca. La imagen era de sí mismo cuando era joven, cuando sus ojos brillaban con la excitación de la aventura y su barba, tan tupida y negra era casi azul. Cuando a su paso retumbaba el castillo y temblaba la llama de las velas.

Con el andar de una juventud pasada hacía décadas, recorrió la habitación.

En la semipenumbra desfilaron, fantasmales, sus esposas. La muerte temprana las llevó una por una.

Marguerite, su irreverente primera esposa, con sus vestidos de volantes y su risa fácil, alegre como solo pueden serlo los jóvenes cuando creen que son dueños del mundo y creen que todo les está permitido.

Sabía que el caballo que había elegido no era manso. Se le advirtió varias veces.

Ann Marie, la aristócrata. Muy creativa en sus juegos. Astuta, inteligente, audaz, pero curiosa como las otras. Creyó que lo podría engañar. Pronto se dio cuenta que tal cosa era imposible. La caída durante la cacería en la que se quebró el cuello fue imposible de prever.

Odette, con sus rizos rubios que se agitaban al correr en una cascada viviente a su espalda. Ingenua, con una fuerte moralidad que de poco le sirvió ante una prohibición. Se asomó demasiado al balcón, intentando ver más lejos, y cayó con un grito de terror interminable.

Y Catherine. Evocar tan solo su nombre le provocaba una punzada. Era tan dulce... Sus ojos enseguida dejaban entrever lo que pensaba. Era pura pero pronto aprendió, superando al maestro en creatividad. Muy inteligente e intuitiva. Una extraña anemia se la llevó.

Después de Catherine no se casó más.

Las palabras “maldición” y “asesino” se escuchaban sotto voce en los rincones de la comarca. Nada pudo probarse jamás.

En un rincón de la habitación encontró a la criatura, tal como la había encontrado aquel día en el bosque. Martha le había insistido para que saliese a cazar, a pesar de parecía que los demonios habían salido de su morada. El extraño ser solo quería un lugar donde nadie la molestase. A cambio su fortuna y poder quedarían asegurados.

Él era joven y ambicioso, inescrupuloso a más no poder. Su palabra era ley, por encima de todo poder terrenal.

Las supersticiones y leyendas de seres devoradores de almas resurgieron en la comarca. Historias viejas, muertas hacía tiempo, parecían cobrar vida.

Comprendió la necesidad de la muerte de sus esposas, extrañamente accidentales.

No pudo dejar de ver la eficiente mano de Martha, la custodia real del secreto. Siempre fue así. Él prefirió creerse inocente, ignorante de lo que acontecía en sus tierras. Pero no podía seguir engañándose. No más.

Sabía que al salir su vida acabaría y no le importaba. Estaba cansado. Cansado de la soledad que durante tanto tiempo creyó que era protección

y con el tiempo descubrió que era encierro. Cansado del vacío de la vida solitaria, de las risas falsas y de los afectos comprados. Había vendido su alma al diablo. Ellas lo habían descubierto y habían pagado con sus vidas.

Con cuidadosos pasos de anciano volvió a su habitación. La tarde ya se había convertido en noche cerrada. Se recostó cómodamente, esperando el final.

Pasado un tiempo imposible de medir entre la vigilia y la duermevela, la puerta se abrió suavemente. Era Martha que venía a cumplir con su misión.

Proyecto Literautas

Literautas está dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y quieren disfrutar del proceso de la escritura.

Además del taller “Móntame una Escena”, libros de escritura y aplicaciones móviles para ayudar a tu inspiración, en Literautas.com podrás encontrar muchas otras cosas: un club de lectura, foros para escritores, ejercicios de escritura, consejos, apuntes, tutoriales y otros recursos sobre el arte de contar historias.



¡Te esperamos!

www.literautas.com

facebook.com/Literautas

twitter.com/literautas